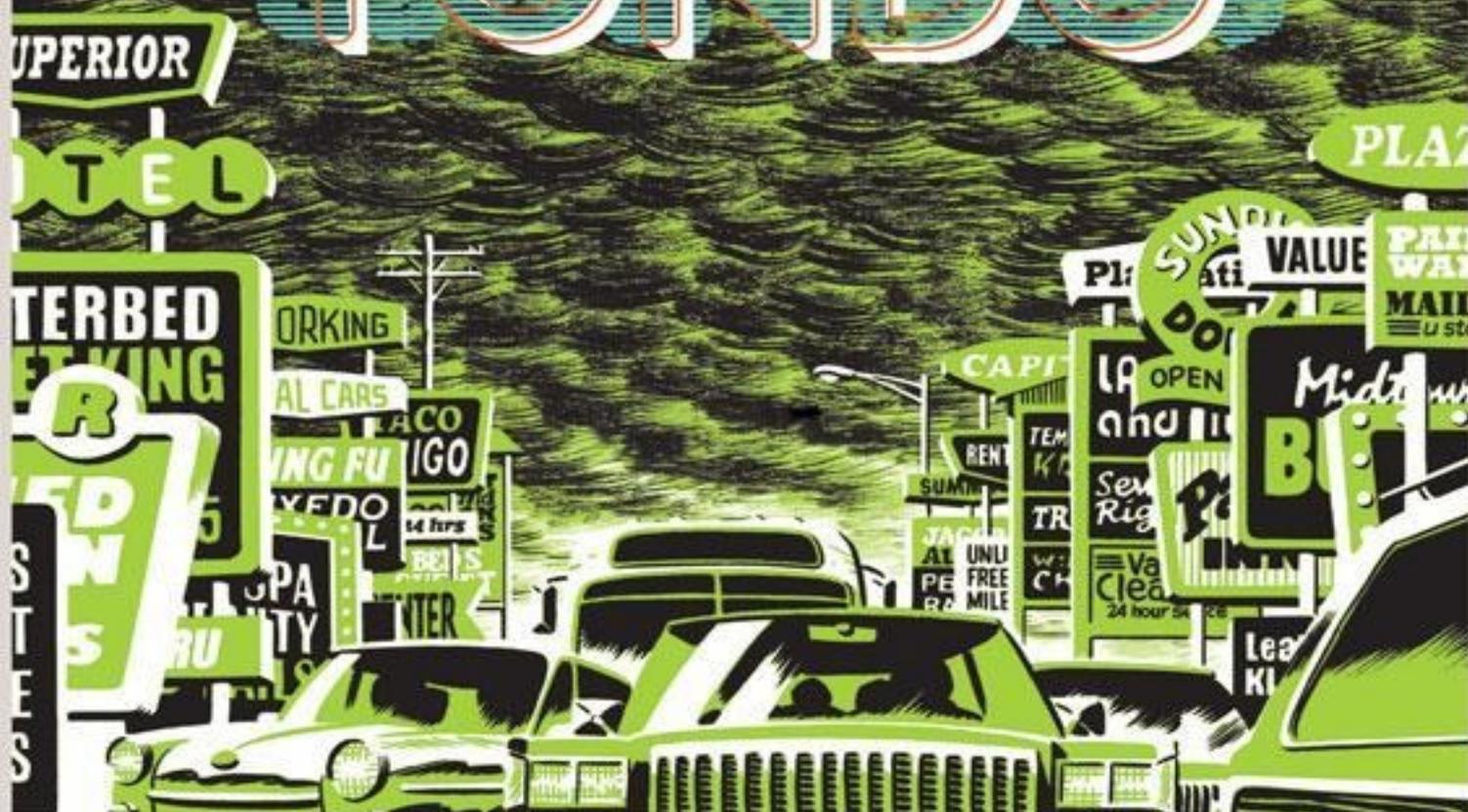


RUIDO DE FONDO



DON DELILLO



Lectulandia

Jack Gladney, un profesor universitario especializado en estudios sobre Hitler, vive en una pequeña ciudad americana con Babette, su cuarta esposa, y los hijos que ambos han tenido de anteriores matrimonios. Marcados por el consumismo y el miedo a la muerte, los Gladney tratan de llevar una vida familiar tranquila cuando un terrible accidente industrial provoca un «escape tóxico a la atmósfera», una nube de gases letales que amenaza su ciudad.

Don DeLillo capta toda la extrañeza de la existencia humana en el mundo contemporáneo. La nube tóxica es una versión más visible y apremiante de ese ruido de fondo que rodea a los Gladney y a todos nosotros: el murmullo incesante de la televisión, las transmisiones de radio, las sirenas, las ondas ultrasónicas y electrónicas, todas esas señales omnipresentes que nos hechizan y nos paralizan. En palabras de DeLillo: «Una historia sobre el miedo, la muerte y la tecnología. Una comedia, por supuesto».

Ganadora del National Book Award en 1985, *Ruido de fondo* es un clásico de la novela americana y, junto a *Submundo*, la obra más representativa de uno de los más aclamados narradores contemporáneos.

Lectulandia

Don DeLillo

Ruido de fondo

ePub r1.0

chungalitos 28.10.13

Título original: *White Noise*
Don DeLillo, 1985
Traducción: Gian Castelli Gair
Retoque de portada: Piolín

Editor digital: chungalitos
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Sue Buck y Lois Wallace

I

ONDAS Y RADIACIÓN

Los automóviles —todos de tipo ranchera— llegaron al mediodía formando una larga hilera reluciente que se extendía a través de la zona oeste del campus. En fila india, rodearon la anaranjada escultura en forma de viga de sección rectangular y avanzaron en dirección a los dormitorios. Concienzudamente aseguradas sobre sus techos, transportaban numerosas maletas llenas de prendas ligeras y ropa de abrigo; junto a ellas podían verse cajas repletas de mantas, botas y zapatos, libros y papel de carta, sábanas, almohadas, edredones, alfombras enrolladas y sacos de dormir, así como bicicletas, esquís, mochilas, sillas de montar inglesas y vaqueras y botes hinchables. A medida que los vehículos frenaban y se detenían, numerosos estudiantes saltaban de sus asientos y se precipitaban hacia las puertas traseras para iniciar la descarga de los objetos apilados en su interior: equipos de música, radios y ordenadores personales; pequeños refrigeradores y utensilios de cocina; cajas de discos y de casetes; secadores y rizadores de pelo; raquetas de tenis, balones de fútbol, palos de hockey y de lacrosse, arcos y flechas; sustancias controladas, píldoras y sistemas anticonceptivos; alimentos y chucherías aún no extraídos de sus bolsas: patatas fritas con sabor a ajo y cebolla, nachos, empanadas de crema de cacahuete, Waffelos y Kabooms, caramelos blandos de frutas variadas y palomitas al café, gaseosas Dum-Dum y pastillas de menta Mystic.

Durante los últimos veintiún años he sido testigo de este espectáculo todos los meses de septiembre, e invariablemente se trata de un acontecimiento digno de verse. Los estudiantes se saludan unos a otros con cómicos gritos y ademanes que parecen sugerir un estado de intoxicación alcohólica. Como de costumbre, han pasado un verano saturado de pérfidios placeres. Los padres, deslumbrados por el sol, permanecen cerca de sus automóviles contemplando imágenes de sí mismos por doquier. Muestran todos un concienzudo bronceado, rostros bien arreglados y expresiones forzadas. Experimentan una sensación de renovación, de reconocimiento común. Las mujeres se mantienen atentas y despiertas, esbeltas por su régimen, recordando siempre los nombres de las personas. Sus esposos parecen satisfechos con limitarse a calcular el tiempo, distantes pero cordiales, realizados en su paternidad, rezumando la seguridad de encontrarse protegidos por una enorme variedad de pólizas de seguros. Más que cualquier otra cosa que pudieran hacer a lo largo del año, más que cualquier ley o liturgia formal, era aquella reunión de vehículos lo que revelaba a los progenitores que entre todos formaban una colección de ciudadanos que compartían una misma opinión; que eran un pueblo, una nación.

Salí de mi despacho y descendí por la colina en dirección al pueblo. En el pueblo hay casas con torreones y porches de dos plantas en los que la gente se sienta a la

sombra de los viejos arces. Hay iglesias de estilo gótico y griego renacentista. Hay una residencia psiquiátrica con un pórtico alargado, varias buhardillas ornamentadas y un tejado de inclinación sumamente pronunciada rematado por un florón en forma de piña. Babette, yo y nuestros hijos de anteriores matrimonios vivimos al final de una calle tranquila situada en lo que en otro tiempo fue una zona boscosa atravesada por profundos barrancos. Hoy en día, discurre una autopista al fondo del patio trasero —si bien muy por debajo del nivel del mismo—, y cuando por la noche nos acomodamos en nuestra cama de latón podemos oír el ruido del escaso tráfico que la recorre como un murmullo constante y remoto que arroja nuestro descanso, como el sonido de las almas muertas parloteando en los límites de un sueño.

Yo trabajo en el College-on-the-Hill. Soy presidente del departamento de investigaciones acerca de Hitler. Yo mismo fui quien, en marzo de 1968, introdujo en Norteamérica la disciplina de investigaciones sobre Hitler. Fue un día frío y luminoso, azotado por vientos intermitentes procedentes del Este. Cuando sugerí organizar todo un departamento dedicado a la vida y obras de Hitler, el rector advirtió rápidamente las posibilidades de la idea. El proyecto tuvo un éxito tan inmediato como electrizante. El rector llegó a trabajar sucesivamente como asesor de Nixon, Ford y Carter antes de perder la vida en un telesquí austríaco.

En el cruce de la calle del Olmo con la Cuarta, los automóviles giran a la izquierda en dirección al supermercado. Agazapada en un vehículo en forma de cajón, una agente de policía patrulla la zona en busca de coches mal aparcados, vehículos que han superado el tiempo del parquímetro y pegatinas de inspección técnica caducadas. Pegados sobre los postes de teléfono, pueden verse por toda la población carteles de confección casera referentes a perros y gatos perdidos, escritos en ocasiones con caligrafía infantil.

Babette es alta y relativamente corpulenta; puede decirse que posee cuerpo y sustancia. Sus cabellos forman una alocada pelambreira rubia de un tono cobrizo especial que solía denominarse rubio sucio. De haber sido una mujer menuda, su cabellera habría resultado demasiado mona, pícara y artificial, pero el tamaño de su figura proporciona cierta seriedad a su aspecto desgreñado. Las mujeres corpulentas nunca planean estas cosas. Carecen de la malicia necesaria para las conspiraciones corporales.

—Tendrías que haber estado allí —le dije.

—¿Dónde?

—Hoy era el día de las rancheras.

—¿Otra vez me lo he perdido? Se suponía que debías recordármelo.

—La hilera se extendía a lo largo de la biblioteca musical hasta internarse en la autopista. Las había azules, verdes, rojas, marrones... Relucían bajo el sol como las caravanas del desierto.

—Sabes que necesito que me recuerden las cosas, Jack.

Babette, despeinada, muestra ese aire de dignidad ausente de quienes se encuentran demasiado preocupados por cuestiones serias como para interesarse o inquietarse por su propio aspecto. Tampoco es que pueda considerársela como realizadora de grandes acciones, al menos tal y como el mundo suele entenderlas. Cuida a los niños y se ocupa de ellos, trabaja como maestra en un programa de educación para adultos y pertenece a un grupo de voluntarios que leen en voz alta para los ciegos. Una vez a la semana acude a leerle a un tipo llamado Treadwell que vive en un extremo del pueblo. Se le conoce como el Viejo Treadwell, como si se tratara de un rasgo del paisaje, una formación rocosa o un denso pantano. Babette le lee extractos del *National Enquirer*, el *National Examiner*, el *National Express*, el *Globe*, el *World* y el *Star*. El viejo exige constantemente su dosis semanal de misterios religiosos. ¿Por qué negárselos? La cuestión es que, haga lo que haga, Babette siempre logra que me sienta dulcemente recompensado por estar unido a una mujer noble que ama la luz del día y las complicaciones de la vida, la turbulenta y miscelánea atmósfera de las familias. Una y otra vez la veo realizar sus tareas hábilmente, con un ritmo estudiado y una aparente facilidad inexistentes en mis antiguas esposas, quienes mostraban cierta tendencia a verse aisladas del mundo objetivo, siempre tensas, absortas en sí mismas, atrapadas por los lazos que las unían a la comunidad intelectual.

—No eran las rancheras lo que quería ver. ¿Cómo es esa gente? ¿Qué llevan esas mujeres? ¿Faldas plisadas? ¿Jerséis de punto? ¿Visten los hombres chaquetas de

montar a caballo? ¿Cómo son las chaquetas de montar a caballo?

—El dinero los ha vuelto cómodos —repuse—. Creen sinceramente que están en su derecho de poseerlo, y de algún modo esa convicción los hace toscamente saludables. Podría decirse que resplandecen ligeramente.

—Me cuesta trabajo imaginar la muerte con esos niveles de ingresos —dijo ella.

—Acaso la muerte no existe tal y como la conocemos. Quizá se trata tan sólo de unos cuantos documentos que cambian de dueño.

—La verdad es que nosotros también tenemos ranchera.

—Sí, pero es pequeña y de color gris metálico, y el portón está oxidado.

—¿Dónde está Wilder? —dijo, súbita y rutinariamente presa del pánico, llamando al niño (uno de los suyos) que permanecía inmóvil sobre su triciclo en el patio trasero.

Babette y yo solemos conversar en la cocina. En nuestra casa, la cocina y el dormitorio constituyen las estancias principales, los centros de poder, las fuentes. En ese sentido somos iguales: contemplamos el resto de la casa como un espacio destinado a almacenar muebles, juguetes, objetos no utilizados procedentes de matrimonios anteriores, distintas colecciones de niños pequeños, regalos de parientes políticos ya olvidados, ropas heredadas y cachivaches. Cosas, cajas. ¿Por qué todas esas posesiones conllevan un peso tan amargo? Parecen impregnadas de oscuros presagios. Excitan en mí una inquietud no relacionada tanto con el fracaso personal como con algo más general, algo de amplitud y contenido mucho más extensos.

Regresó con Wilder y lo sentó en el mostrador de la cocina. Denise y Steffie descendieron por la escalera y nos pusimos a hablar del material escolar que necesitarían.

No tardó en ser hora de almorzar, y entramos todos en un período de caos y algarabía. Nos arremolinamos, discutimos un poco, dejamos caer algunos utensilios. Por fin, una vez satisfechos con lo que habíamos logrado pescar en los armarios y la nevera o arrebatarnos mutuamente, comenzamos a untar silenciosamente mostaza o mayonesa en nuestros alimentos de brillantes colores. La atmósfera era de expectación solemne, como si disfrutáramos de una recompensa duramente ganada. La mesa estaba abarrotada, y Babette y Denise se golpearon un par de veces con el codo, aunque ninguna de las dos pronunció palabra. Wilder continuaba sentado sobre el mostrador, rodeado de cartones abiertos, latas estrujadas, brillantes bolsas de patatas fritas, cuencos de pastosas sustancias protegidos con láminas de plástico, anillas, tiras de celofán y porciones individuales de queso con sabor a naranja. Heinrich —mi único hijo— entró, estudió la escena detenidamente y desapareció de nuestra vista por la puerta trasera.

—No era éste el almuerzo que tenía planeado —dijo Babette—. Estaba pensando seriamente en tomar yogur y germen de trigo.

—¿No habíamos oído eso antes? —dijo Denise.

—Sí, y probablemente aquí mismo —dijo Steffie.

—Se pasa la vida comprando esas cosas.

—Pero nunca se las come —apuntó Steffie.

—No, porque piensa que si continúa comprándolas no tendrá más remedio que comérselas aunque sólo sea para quitárselas de en medio. Es como si intentara engañarse a sí misma.

—Ocupan media cocina.

—Sí, pero termina tirándolas porque se estropean —dijo Denise—. Y entonces comienza de nuevo el proceso desde el principio.

—Mires donde mires —dijo Steffie—, ahí están.

—Se siente culpable si no las compra, se siente culpable si las compra y no se las come, se siente culpable cuando las ve en la nevera y se siente culpable cuando las tira a la basura.

—Es como si no fuera fumadora pero fumara —dijo Steffie.

Denise tenía once años y era una chiquilla obstinada. Casi no había día en que no elevara una protesta contra aquellas costumbres de su madre que consideraba inútiles o peligrosas. Yo salía en defensa de Babette. Le decía que era yo quien debía mostrar disciplina en las cuestiones de régimen alimenticio. Le recordaba lo mucho que me gustaba su aspecto. Solía sugerirle que la honestidad era inherente a la corpulencia siempre y cuando ésta no sobrepasara el volumen adecuado. La gente experimenta confianza ante la presencia de cierta corpulencia en los demás.

Ella, sin embargo, no se mostraba satisfecha de sus caderas y sus muslos. Caminaba con pasitos rápidos y subía a la carrera por la escalinata del instituto de estilo neoclásico. Afirmaba que convertía sus defectos en virtudes porque mi propia naturaleza me impulsaba a defender a mis seres queridos de la cruda realidad. La realidad siempre contenía elementos acechantes, decía.

La alarma de humos saltó en el pasillo del piso superior, bien para avisarnos de que la batería se había agotado, bien debido a que la casa estaba en llamas. En silencio, concluimos nuestro almuerzo.

En College-on-the-Hill, los jefes de departamento visten togas académicas. No hablo de esas prendas ostentosas y tremolantes que llegan hasta los pies, sino de túnicas sin mangas fruncidas a la altura de los hombros. Me gusta la idea. Me gusta desembarazar el brazo de los pliegues del atavío para consultar el reloj. El simple acto de mirar la hora resulta transformado por este ademán. Los gestos decorativos aportan romanticismo a una vida. Los estudiantes ociosos tienen así ocasión de contemplar la propia hora como un complejo embellecimiento —como un romance de la conciencia humana— cuando observan al presidente de su departamento atravesando el campus con un brazo encorvado emergiendo de su túnica medieval y el reloj digital parpadeando bajo la luz del tardío crepúsculo veraniego. La toga, por supuesto, es negra, y va bien prácticamente con todo.

No existe, propiamente dicho, un edificio destinado al departamento sobre Hitler. Estamos instalados en el Salón Centenario, una estructura de ladrillo oscuro que compartimos con el departamento de cultura popular, conocido oficialmente como ambientalismo norteamericano. Se trata de un grupo curioso. El equipo académico está compuesto casi exclusivamente por emigrados neoyorquinos, todos ellos avispados, algo zafios, locos por el cine y propensos a aficiones banales. Se encuentran aquí para descifrar el lenguaje natural de la cultura, para organizar en un método formal los relumbrantes placeres que han conocido en sus infancias arrojadas por la sombra de Europa: un aristotelismo de envolturas de chicle y cancioncitas de anuncio de detergente. El jefe del departamento es *Alfonse (Comida Rápida) Stompanato*, un individuo de amplio torso y aspecto formidable que conserva permanentemente expuesta en un nicho su colección de botellas de gaseosa de antes de la guerra. Todos los miembros de su equipo son hombres. Todos visten ropas mal planchadas, todos necesitan un corte de pelo y todos acostumbran a hundir el rostro en la axila para toser. Juntos, muestran el aspecto de un grupo de camioneros reunidos para identificar el cuerpo mutilado de un colega. Transmiten una impresión de amargura, suspicacia e intriga permanentes.

De entre ellos destaca como excepción Murray Jay Siskind, un antiguo cronista deportivo que me invitó a almorzar con él en el comedor, un lugar cuyo aroma institucional a alimentos sólo vagamente definidos despertó en mí recuerdos recónditos y tenebrosos. Murray, entonces nuevo en el Hill, es un individuo de hombros cargados que luce pequeños lentes redondos y una barba al estilo Amish. Había acudido como profesor invitado para disertar acerca de iconos vivientes y parecía azorado por la información que había recogido hasta entonces entre sus colegas del campo de la cultura popular.

—Comprendo la música, comprendo las películas, comprendo incluso hasta qué punto los tebeos pueden revelarnos cosas, pero aquí hay profesores hechos y derechos que no leen otra cosa que los envases de cereales para el desayuno.

—Constituyen la única vanguardia con la que contamos.

—No pretendo que suene a protesta. Me gusta estar aquí. Me he enamorado por completo de este lugar. De su entorno rústico. Quiero verme libre de metrópolis y de vínculos sexuales. El calor. Eso es lo que las ciudades representan para mí. Uno baja del tren, sale de la estación y recibe su azote en pleno rostro. El calor del aire, del tráfico, de las personas. El calor de la comida y del sexo. El calor de los rascacielos. El calor que sale flotando de los subterráneos y los túneles. En las ciudades siempre hay cinco grados más de temperatura. El calor se eleva de las aceras y desciende desde el cielo envenenado. Los autobuses exhalan calor. Las multitudes que forman los compradores y los oficinistas emanan calor. Toda su infraestructura está basada en el calor, y consume y regenera calor desesperadamente. Esa muerte térmica final del universo de la que tanto les gusta hablar a los científicos se encuentra ya considerablemente avanzada, y podemos advertir su grado de desarrollo a nuestro alrededor en cualquier ciudad de tamaño medio o grande. Calor y humedad.

—¿Dónde está viviendo, Murray?

—En una casa de huéspedes. Me tiene completamente cautivado e intrigado. Es una magnífica casona destartada próxima a la residencia psiquiátrica. Cuenta con siete u ocho huéspedes, todos ellos más o menos permanentes excepto yo. Una mujer que oculta un terrible secreto. Un hombre de mirada enloquecida. Otro que nunca sale de su habitación. Una mujer que permanece junto al buzón durante horas, esperando algo que nunca parece llegar. Un hombre sin pasado alguno. Una mujer de pasado oscuro. El lugar está impregnado de un olor a vidas desdichadas de película que realmente me estremece.

—¿Y usted qué papel desempeña? —dije.

—Yo soy el judío. ¿Qué otra cosa podría ser?

El hecho de que Murray vistiera casi por completo de pana tenía algo de enterecedor. Despertaba en mí la sensación de que desde que tenía once años y vivía en su atestado complejo de cemento debía de haber asociado aquel tejido resistente con la perspectiva de estudios superiores en un lugar increíblemente lejano, arbolado y umbroso.

—No puedo evitar sentirme dichoso en una población llamada Blacksmith —dijo—. He venido aquí para evitar las situaciones. Las ciudades están llenas de situaciones, de personas sexualmente astutas. Hay algunas partes de mi cuerpo que ya no animo a las mujeres a manipular a su antojo. En Detroit me vi inmerso en una de esas situaciones con una mujer. Necesitaba mi semen para una demanda de divorcio. Y lo más irónico es que me encantan las mujeres. Me descompongo a la vista de unas

piernas largas caminando con decisión mientras la brisa asciende desde el río, iluminadas por juegos de luces en cualquier día laborable. La segunda ironía es que no son los cuerpos de las mujeres lo que ansío en el fondo, sino sus mentes. La mente de una mujer. Su delicada compartimentación y su poderosa corriente unidireccional, como si se tratara de un experimento físico. Qué encantador resulta hablar con una mujer inteligente ataviada con medias cuando cruza las piernas... Ese ruidito estático del crujido del nailon logra hacerme feliz a diferentes niveles. La tercera ironía — relacionada con las anteriores— es que invariablemente me siento atraído por las mujeres más complicadas, neuróticas y difíciles. Me gustan los hombres sencillos y las mujeres complicadas.

Los cabellos de Murray mostraban un aspecto denso y pesado. Poseía unas cejas espesas y unos suaves mechones de pelo rizado que ascendían por los lados del cuello. Su pequeña barba tiesa, confinada a la barbilla y no realzada por bigote alguno, parecía un componente optativo que pudiera aplicarse o retirarse según lo exigieran las circunstancias.

—¿Qué clase de conferencias proyecta dar?

—De eso exactamente quería hablarle —dijo—. Han logrado ustedes algo espléndido con lo de Hitler. Lo han creado, lo han hecho prosperar y lo han convertido en algo propio. No hay nadie en ninguna facultad, instituto o universidad de esta parte del país que pueda siquiera pronunciar la palabra Hitler sin señalar hacia ustedes con la cabeza, ya sea literal o metafóricamente. Aquí está el centro, la fuente incuestionable. Ahora es *su* Hitler, el Hitler de Gladney. Imagino que debe de resultarles profundamente gratificante. Este instituto es internacionalmente conocido como resultado de sus estudios acerca de Hitler. Cuenta con una identidad propia, con una imagen de consecución. Han logrado desarrollar todo un sistema en torno a esta figura, una estructura dotada de innumerables subestructuras y campos de estudio interrelacionados: una historia dentro de la historia. Me causa admiración tal obra. La considero magistral, astuta e inauditamente anticipadora. Exactamente lo que yo quiero hacer con Elvis.

Varios días después, Murray acudió a mí interesándose por una atracción turística conocida como el establo más fotografiado de Norteamérica. Recorrimos treinta y cinco kilómetros a través de la campiña de Farmington. Se veían prados y huertos de manzanos. Los vastos campos aparecían surcados por blancas hileras de vallas. No tardaron en comenzar a verse los anuncios. EL ESTABLO MÁS FOTOGRAFIADO DE NORTEAMÉRICA. Contamos cinco de ellos antes de llegar al lugar. En el aparcamiento provisional había cuarenta automóviles y un autocar de excursionistas. Avanzamos a lo largo de un sendero de ganado hasta el punto, ligeramente elevado, desde el que

los visitantes tomaban sus fotografías. Todos los visitantes llevaban cámara fotográfica; algunos incluso trípodes, teleobjetivos y juegos de filtros. En una cabina, un hombre vendía postales y diapositivas: imágenes del establo tomadas desde el mirador elevado. Permanecimos cerca de un bosquecillo de árboles y observamos a los fotógrafos. Murray guardó un largo silencio, garabateando notas a intervalos en una pequeña libreta.

—Nadie ve el establo —dijo finalmente.

A esto siguió un silencio igualmente prolongado.

—Cuando uno ha visto los anuncios del establo, resulta imposible ver el establo en sí.

Enmudeció una vez más. Los presentes abandonaban el mirador con sus cámaras y eran reemplazados inmediatamente por nuevos visitantes.

—No estamos aquí para capturar una imagen, sino para mantenerla. Cada fotografía no hace sino incrementar su aura. ¿Lo nota, Jack? Una acumulación de energías sin nombre.

De nuevo un largo silencio. El hombre de la cabina seguía vendiendo postales y diapositivas.

—El hecho de estar aquí constituye una suerte de rendición espiritual. Sólo vemos aquello que ven los demás. Los miles que han acudido en el pasado, los que acudirán en el futuro. Hemos aceptado formar parte de una percepción colectiva y eso, literalmente, proporciona color a nuestra perspectiva. En cierto modo es como una experiencia religiosa, igual que cualquier forma de turismo.

De nuevo, silencio.

—Están tomando fotos de gente tomando fotos —dijo.

Durante un rato no pronunció palabra. Escuchábamos el incesante chasquido de los disparadores, el susurro de las manivelas que hacían avanzar los rollos de película.

—¿Cómo era el establo antes de ser fotografiado? —dijo—. ¿Qué aspecto tenía? ¿En qué sentido era similar o distinto al resto de los establos? Se trata de preguntas a las que no podemos responder porque hemos leído los anuncios, hemos visto a la gente disparando sus cámaras. No podemos evadirnos del aura. Formamos parte del aura. Estamos aquí, estamos ahora.

Aquello pareció complacerle inmensamente.

Cuando corren malos tiempos, la gente se muestra ansiosa por sobrealimentarse. Blacksmith está llena de adultos y niños obesos, con piernezuelas regordetas, que caminan anadeando ataviados con pantalones holgados. Se les ve esforzándose por emerger de sus automóviles utilitarios; se ponen sus chándales y corren en familia a través del paisaje o caminan calle abajo con la cara manchada de comida. Comen en los grandes almacenes, en los coches, en los aparcamientos, en las colas de los cines y los autobuses, bajo los árboles majestuosos.

Tan sólo los ancianos parecen mantenerse exentos de esta fiebre alimenticia. Aunque algunas veces parecen ausentes de sus propios gestos y palabras, muestran también un aspecto esbelto y saludable. Las mujeres, cuidadosamente acicaladas; los hombres, bien vestidos y con aire resuelto, seleccionando carritos de la compra en la hilera que se extiende frente al supermercado.

Atravesé el jardín del instituto y me dirigí hacia la parte trasera del edificio, en dirección al pequeño estadio descubierta. Babette ascendía corriendo los escalones del estadio. Me senté frente al campo, en la primera fila de gradas de cemento. El cielo aparecía lleno de nubes desgarradas. Al alcanzar la parte superior de la estructura, Babette se detuvo e hizo una pausa, apoyando las manos sobre el elevado parapeto e inclinándose para descansar en postura diagonal. A continuación, giró en redondo y descendió caminando, con el pecho agitado. El viento dibujaba ondas sobre su atuendo, demasiado grande. Caminaba con las manos en las caderas, extendiendo los dedos. Llevaba el rostro vuelto hacia arriba para capturar la frescura del aire y no me vio. Cuando llegó al escalón inferior, se volvió hacia las gradas y realizó una especie de ejercicio para estirar la nuca, tras lo cual inició una vez más el ascenso a la carrera.

Subió tres veces, descendiendo lentamente después de cada una de ellas. No se veía a nadie por las inmediaciones. Trabajaba esforzadamente, con los cabellos flotando al viento, ejercitando las piernas y los hombros. Cada vez que llegaba a la cumbre se apoyaba contra el muro y dejaba caer la cabeza. Podía distinguirse la agitación de la parte superior de su cuerpo. Tras el último descenso me reuní con ella en el borde del campo y la abracé introduciendo las manos bajo el elástico de sus pantalones de algodón gris. Sobre los árboles apareció un pequeño aeroplano. Babette, húmeda y cálida, emitía un zumbido infantil.

Corre, apalea nieve, tapa las grietas de la bañera y de la pila. Juega a juegos de palabras con Wilder y por la noche, en la cama, lee en voz alta clásicos del erotismo. ¿Qué hago yo? Retuerzo las bolsas de basura y las ato, nado algunos largos en la piscina del instituto. Cuando salgo a pasear, los corredores callejeros me dan alcance

inaudiblemente, aparecen junto a mí y me hacen brincar estúpidamente por el susto. Babette habla con los perros y con los gatos. Alcanzo a ver sombras de color por el rabillo del ojo. Ella, con el rostro iluminado de excitación, proyecta excursiones de esquí que nunca llegamos a realizar. Ascendo por la colina en dirección al instituto, contemplando las piedras recubiertas de cal que bordean los senderos de los jardines de las casas más nuevas.

¿Quién de los dos morirá primero?

La pregunta sale a relucir de cuando en cuando, igual que dónde están las llaves del coche. Completa una frase, prolonga una breve mirada entre ambos. Me pregunto si la propia noción forma parte de la naturaleza del amor físico, cual un darwinismo a la inversa que cargara al superviviente de miedo y de tristeza. ¿O se trata acaso de cierto elemento contenido en el aire que respiramos, algo extraño que —como el neón— cuenta con un punto de fusión y un peso atómico propios? La sostuve entre mis brazos en la pista de ceniza. Hacia nosotros se aproximaba una muchedumbre de chiquillas, treinta muchachas vestidas con relucientes pantalones cortos formando una improbable masa de balanceos. Su respiración anhelante, el ritmo superpuesto de sus pisadas. A veces pienso que nuestro amor carece de experiencia. La cuestión de la muerte se convierte en un sabio recordatorio. Nos cura de nuestra inocencia de futuro. ¿Están condenadas las cosas más simples o eso no es más que una superstición? Contemplamos a las muchachas que se acercaban de nuevo. El grupo aparecía ya deshilachado, dotado de rostros y pasos diferenciados, casi ingravidas en su ansia, capaces de aterrizar con liviandad.

El Marriott del aeropuerto, el Travelodge del centro, el Sheraton Inn con Centro de Conferencias.

—Bee quiere venir a visitarnos en Navidad. Puede dormir con Steffie —dije de camino a casa.

—¿Se conocen?

—Se conocieron en Disney World. Estarán bien.

—¿Cuándo estuviste en Los Ángeles?

—En Anaheim, quieres decir.

—¿Cuándo estuviste en Anaheim?

—Quieres decir en Orlando. Hace ya casi tres años.

—¿Dónde estaba yo? —dijo ella.

Mi hija Bee, nacida de mi matrimonio con Tweedy Browner, acababa de empezar sus estudios de séptimo grado en un suburbio de Washington y tenía problemas para reajustarse al modo de vida de los Estados Unidos después de haber pasado dos años en Corea del Sur. Iba al colegio en taxi, y telefoneaba a sus amigas de Seúl y Tokio. Cuando estaba allí, había sentido ganas de comer emparedados de ketchup con palitos Trix. Ahora, solía cocinar feroces platos chisporroteantes a base de cebolletas y

camarones, monopolizando la diversidad de Tweedy, propia de una carta de restaurante.

Aquella noche —era viernes— pedimos que nos trajeran comida china y nos pusimos los seis a ver la televisión. Babette lo había convertido en una norma. Parecía pensar que si los críos veían la televisión una vez a la semana con sus padres o padrastros, el efecto restaría brillantez al medio ante sus ojos, convirtiéndolo en un saludable deporte casero. Su resaca narcótica y su misterioso y enfermizo poder idiotizante se verían gradualmente reducidos. Aquel razonamiento me hacía sentir vagamente ofendido. De hecho, la tarde constituía una sutil forma de castigo para todos nosotros. Heinrich solía permanecer sentado y en silencio frente a sus rollitos al huevo. Steffie se mostraba desconsolada cada vez que alguno de los personajes que salían en la pantalla parecía a punto de sufrir alguna experiencia vergonzosa o humillante. Poseía una enorme capacidad para experimentar turbaciones ajenas. A menudo solía abandonar la estancia hasta que Denise le avisaba de que la escena había concluido. Denise aprovechaba tales ocasiones para aconsejar a la otra, más joven, acerca de la necesidad de adquirir dureza, de mostrarse malévola y curtida frente al mundo.

En cuanto a mí, mantenía la costumbre formal de leer a Hitler los viernes hasta horas avanzadas después de pasar la tarde frente al televisor.

Una de aquellas noches, me acosté junto a Babette y le conté cómo tiempo atrás, en 1968, el rector me había aconsejado tomar medidas acerca de mi nombre y de mi aspecto si pretendía ser tomado en serio como innovador en torno al tema de Hitler. Jack Gladney no servía, dijo, y me preguntó de qué otros nombres disponía. Finalmente, acordamos que debía inventarme una inicial suplementaria y hacerme llamar J. A. K. Gladney, apodo que hube de llevar desde entonces como si se tratara de un traje prestado.

El rector me previno acerca de lo que él denominaba mi tendencia a presentarme de modo inseguro ante los demás. Me sugirió con firmeza que engordara. Quería que llegara a «convertirme» en Hitler. Él mismo era un personaje alto, barrigón y rubicundo, de mandíbula cuadrada, pies enormes y trato aburrido: una combinación formidable. Yo contaba con las ventajas de poseer manos y pies grandes y una altura considerable, pero carecía notoriamente de volumen, o eso pensaba él: me hacían falta cierto aire insano que sugiriera excesos, cierto acolchamiento y exageración, cierta masa y robustez. Si pudiera volverme más feo —parecía insinuar— lograría prestar una enorme ayuda a mi carrera.

Así, Hitler me proporcionó algo en lo que convertirme y hacia lo que desarrollarme, por mucho que mis esfuerzos al respecto hayan pecado de tímidos. Las gafas —con su montura negra, gruesa y pesada— fueron idea mía, a modo de alternativa frente a una espesa barba que mi esposa de turno no quería que me dejara

crecer. Babette dijo que le gustaba el estilo J. A. K. y que no pensaba que resultara llamativo desde un punto de vista vulgar. Para ella, transmitía dignidad, importancia y prestigio.

Soy el falso personaje que sigue los pasos del nombre.

Disfrutemos mientras podamos de estos días sin rumbo, me dije a mí mismo temiendo la posibilidad de una hábil aceleración.

Durante el desayuno, Babette leyó todos nuestros horóscopos en voz alta empleando para ello su tono de narradora. Intenté no escuchar cuando llegó al mío, aunque pienso que deseaba enterarme: creo que busqué en él algunas pistas.

Después de cenar, cuando me dirigía al piso de arriba, oí que la televisión decía: «Sentémonos en la postura del medio loto y pensemos en nuestra espina dorsal.»

Aquella noche, pocos segundos después de caer dormido, me pareció precipitarme a través de mí mismo en una caída poco profunda pero sobrecogedora. Desperté sobresaltado y contemplé la oscuridad, advirtiendo que había experimentado un espasmo muscular relativamente común conocido con el nombre de contracción mioclónica. ¿Es así como viene, de un modo abrupto y perentorio? ¿No debería ser la muerte —pensé— un salto de cisne, grácil, suave y de alada blancura, que no alterara la superficie?

Pantalones vaqueros dando tumbos en la secadora.

Nos encontramos con Murray Jay Siskind en el supermercado. Su cesta contenía alimentos y bebidas genéricos, artículos desprovistos de marca y empaquetados en bolsas blancas adornadas con sencillas etiquetas. Había una lata de color blanco sobre la que se leía MELOCOTONES EN CONSERVA. Había un blanco paquete de beicon desprovisto de ventanilla transparente a través de la cual poder observar el aspecto de una loncha de muestra. Llevaba un bote de nueces tostadas con una envoltura blanca en la que podían verse las palabras CACAHUETES VARIADOS. Murray no dejó de asentir con la cabeza mientras le presentaba a Babette.

—Ésta es la nueva austeridad —dijo—. Empaquetados insípidos. Me gustan. Siento que no sólo estoy ahorrando dinero sino también contribuyendo a una suerte de consenso espiritual. Es como la Tercera Guerra Mundial. Todo será blanco. Nos arrebatarán nuestros brillantes colores y los emplearán en el esfuerzo bélico.

Su mirada permanecía fija en los ojos de Babette mientras extraía diversos artículos de nuestro carrito para olfatearlos.

—Ya he comprado estos cacahuets en otras ocasiones. Son redondos, cúbicos, punteados, cosidos. Cacahuets machacados. En el fondo del bote hay un montón de polvo, pero tienen buen sabor. Lo que más me gusta es el empaquetado en sí. Tenías razón, Jack. Son lo último, la vanguardia. Formas nuevas y osadas. Capacidad para conmocionar.

Una mujer tropezó y cayó contra un expositor de libros de bolsillo situado junto a la entrada de la tienda. Del elevado cubículo del rincón del fondo emergió un tipo

rechoncho y se dirigió perezosamente hacia ella. Una de las dependientas de caja dijo: «Leon, el perejil»; y él respondió mientras se aproximaba a la mujer caída: «Setenta y nueve.» Llevaba el bolsillo de la camisa atestado de rotuladores.

—¿Así que cocina en la casa de huéspedes? —dijo Babette.

—Mi habitación incluye una zona destinada a la preparación de platos calientes. Me siento feliz allí. Leo las programaciones de televisión, leo los anuncios de *Ufología actual*. Quiero sumergirme en la magia y el terror de Norteamérica. Mi seminario marcha bien. Los estudiantes son despiertos y comunicativos. Hacen preguntas y yo las respondo. Toman apuntes mientras hablo. Algo completamente insólito en mi vida.

Cogió nuestro frasco de analgésico extrafuerte y olfateó el borde del tapón a prueba de niños. Olfateó nuestros melones dulces, nuestras botellas de soda y de ginger ale. Babette se adentró en el pasillo de congelados, una zona de la que mi médico me había recomendado que me mantuviera apartado.

—El cabello de su esposa es una maravilla viviente —dijo Murray, escrutando aún más detenidamente mi rostro, como si quisiera comunicarme un respeto creciente hacia mí basado en este nuevo elemento de información.

—Sí, lo es —repuse.

—Tiene un cabello importante.

—Creo que sé a qué se refiere.

—Confío en que aprecie a esa mujer.

—Desde luego.

—Porque una mujer así no surge como si tal cosa.

—Lo sé.

—Deben de dársele bien los niños. Más que eso: apostarí a que es magnífico contar con ella en cualquier tragedia familiar. Es del tipo de las que toman el control y demuestran fortaleza y afirmación.

—La verdad es que se derrumba. Se derrumbó cuando murió su madre.

—¿A quién no le pasaría?

—Se derrumbó cuando Steffie llamó desde el campamento diciendo que se había roto un hueso de la mano. Tuvimos que conducir durante toda la noche. Terminé recorriendo una carretera maderera con Babette llorando.

—Su hija, lejos de ella, entre extraños, dolorida. ¿A quién no le pasaría?

—Su hija no. Mi hija.

—Ni siquiera su propia hija.

—No.

—Extraordinario. Seguro que me encanta.

Salimos los tres juntos, intentando maniobrar nuestros carritos entre los libros de bolsillo esparcidos frente a la entrada. Murray condujo uno de los nuestros hasta el

aparcamiento y a continuación nos ayudó a cargar y empujar todas nuestras mercancías de doble empaquetado en la parte posterior del todoterreno. Entraban y salían automóviles. La agente de policía, desde su ajustado microvehículo, vigilaba la zona en busca de parquímetros con la banderita roja. Añadimos a nuestro cargamento la única bolsa de artículos blancos y peso ligero de Murray y atravesamos Elm en dirección a su alojamiento. Se me antojaba que Babette y yo, entre la masa y variedad de nuestras compras, entre la fenomenal plenitud sugerida por aquellas bolsas atiborradas —por su peso, su tamaño, su número—, entre los familiares diseños del empaquetado y los llamativos letreros, los tamaños gigantes y los paquetes de oferta familiar con sus pegatinas de Day-Glo, entre la sensación de saciedad que experimentábamos, la sensación de bienestar y la seguridad y satisfacción que aquellos productos proporcionaban al hogar cómodo hogar de nuestras almas, habíamos alcanzado una plenitud existencial desconocida para otras personas que necesitan menos, que esperan menos, que planean sus vidas en torno a solitarios paseos al atardecer.

Murray tomó la mano de Babette entre las suyas al despedirse.

—La invitaría a visitar mi habitación, pero es demasiado pequeña para dos personas a menos que ambas estén dispuestas a sostener una relación íntima.

Murray es capaz de adoptar un aspecto que resulta falso y honesto al mismo tiempo. Un aspecto que concede el mismo crédito al fracaso y al éxito de la lascivia. Afirma que en los viejos tiempos de sus relaciones urbanas creía que sólo existía un modo de seducir a una mujer: mediante el deseo franco y evidente. Se esforzaba desesperadamente por evitar el autodesprecio, el autoescarnecimiento, la ambigüedad, la ironía, la sutileza, la vulnerabilidad, el civilizado desánimo universal y el sentido trágico de la historia: precisamente las cosas, dice, que más naturales resultan en él. De todas ellas, tan sólo ha permitido que una —la vulnerabilidad— vaya insertándose gradualmente en su programa de abierta lujuria. Está intentando desarrollar una vulnerabilidad atractiva para las mujeres. Trabaja en ello conscientemente, como los que en el gimnasio levantan pesas frente a un espejo. Sus esfuerzos, sin embargo, sólo han producido hasta el momento ese aspecto suyo semirastrero, apocado y zalamero.

Nos dio las gracias por llevarle. Le contemplamos mientras avanzaba hacia el porche ladeado, apuntalado con bloques de escoria, bajo el que un tipo descansaba en una mecedora con la mirada perdida en el espacio.

Los cabellos de Heinrich comienzan a retroceder. Me pregunto por qué. ¿Consumiría su madre durante el embarazo alguna clase de sustancia genéticamente nociva? ¿Tengo yo la culpa de algún modo? ¿Le he criado, sin darme cuenta, en las proximidades de algún cementerio de residuos químicos o en la ruta de corrientes de aire que transporten desechos capaces de producir magníficas puestas de sol y degeneración del cuero cabelludo? (La gente afirma que hace treinta o cuarenta años las puestas de sol que contemplamos no eran tan impresionantes ni mucho menos.) Tanto en la historia como en las tendencias de su propia sangre, la culpa del hombre se ha visto complicada con la tecnología, con el rezumar cotidiano de la pérfida muerte.

El chico tiene catorce años y a menudo se muestra evasivo y malhumorado, aunque en otras ocasiones resulta desconcertantemente obediente. A veces tengo la sensación de que su humilde aceptación de nuestros deseos y órdenes constituye un arma privada de reproche. Babette tiene miedo de que termine atrincherándose en una habitación y rociando una avenida vacía con cientos de balas de armas automáticas hasta que acudan a reducirle unidades de las fuerzas de operaciones especiales equipadas con ametralladoras de grueso calibre, arietes y chalecos antibala.

—Va a llover esta noche.

—Está lloviendo ahora —dije.

—La radio ha dicho que será esta noche.

Le llevé al colegio en coche el primer día en que acudió, después de un período de fiebre y afonía. Una mujer ataviada con un chubasquero amarillo detuvo el tráfico para permitir que un grupo de niños atravesara la calzada. La imaginé en un anuncio de sopas, quitándose el sombrero impermeable mientras entraba en su alegre cocina, donde el marido —un individuo más bien pequeño al que sólo le quedan seis semanas de vida— permanecía frente a un humeante puchero de sopa de marisco.

—Mira el parabrisas —dije—. ¿Es eso lluvia o no?

—Me limito a repetirte lo que dijeron.

—El hecho de que lo digan por la radio no significa que tengamos que dejar de prestar crédito a la evidencia que nos proporcionan nuestros sentidos.

—¿Nuestros sentidos? Nuestros sentidos se equivocan con mucha mayor frecuencia de la que aciertan. Se ha demostrado en el laboratorio. ¿Acaso no has oído hablar de todos esos teoremas que afirman que nada es lo que parece? El pasado, el presente y el futuro no existen fuera de nuestras mentes. Lo que llamamos leyes de la dinámica no son más que un timo monumental. Hasta el sonido puede engañar a la mente. El hecho de que no oigas un sonido no significa que éste no se produzca. Los

perros pueden oírlo. Otros animales también. Y estoy seguro de que existen sonidos que ni siquiera los perros consiguen oír. Pero existen en el aire, en las ondas. Quizá nunca se interrumpen. Con una frecuencia alta, alta, alta. Procedentes de quién sabe dónde.

—¿Está lloviendo —insistí yo— o no?

—No quisiera tener que responder.

—¿Y si alguien te pusiera una pistola en la sien?

—¿Quién, tú?

—Alguien. Un tipo con gabardina y gafas ahumadas. Te pone una pistola en la sien y pregunta: «¿Está lloviendo o no? Lo único que tienes que hacer es decir la verdad, y yo me guardaré la pistola y tomaré el próximo vuelo que salga de aquí.»

—¿Qué verdad es la que quiere? ¿La verdad de alguien que viaja a través de otra galaxia casi a la velocidad de la luz? ¿La velocidad de alguien que gira en órbita alrededor de una estrella de neutrones? Quizá si esa gente pudiera contemplarnos por un telescopio nos vería con sesenta centímetros de estatura y estaría lloviendo ayer en lugar de hoy.

—Tiene la pistola apoyada en *tu* sien. Quiere tu verdad.

—¿De qué sirve mi verdad? Mi verdad no significa nada. ¿Y si este tipo de la pistola procede de un planeta situado en un sistema solar completamente distinto? A lo mejor él llama jabón a lo que nosotros llamamos lluvia. Llama lluvia a lo que nosotros llamamos manzanas. ¿Qué se supone que debo responder?

—Se llama Frank J. Smalley, y es de St. Louis.

—¿Quiere saber si está lloviendo *ahora*, en este crítico instante?

—Eso es. Aquí y ahora.

—¿Existe algo que podamos llamar ahora? El *ahora* viene y se va tan pronto como lo has dicho. ¿Cómo puedo decir que está lloviendo ahora si lo que llamamos *ahora* se convierte en *entonces* nada más decirlo?

—Acabas de decir que no existían el pasado, el presente ni el futuro.

—Sólo en nuestros verbos. Ése es el único lugar en el que los encontramos.

—La lluvia es un nombre. ¿Existe lluvia aquí —en este lugar en particular— en cualquier momento que elijas para responder a la pregunta durante los próximos dos minutos?

—Creo que el problema de esta discusión es que intentas hablar de este lugar en particular mientras viajas en un vehículo que, evidentemente, se encuentra en movimiento.

—Limítate a responderme, ¿quieres, Heinrich?

—Como mucho, podría aventurar una opinión.

—O está lloviendo o no lo está —dije.

—Exacto. Eso es precisamente lo que intento decir. Sería cuestión de adivinar. Si

quieres seis, seis, y si no, media docena.

—Pero puedes *ver* que está lloviendo.

—También ves el Sol desplazándose en el firmamento. Pero ¿es el Sol el que se desplaza a través del cielo o la Tierra la que gira en torno a él?

—No acepto la analogía.

—Pareces convencido de que eso es lluvia. ¿Cómo sabes que no es ácido sulfúrico desprendido por las fábricas que hay al otro lado del río? ¿Cómo sabes que no es lluvia radiactiva procedente de una guerra desencadenada en China? Quieres una respuesta aquí y ahora. ¿Puedes probar, aquí y ahora, que eso que cae es lluvia? ¿Cómo puedo yo saber que lo que llamas lluvia es lluvia de verdad? ¿Qué es la lluvia, en cualquier caso?

—Es eso que cae del cielo y consigue que termines lo que llamamos mojado.

—Yo no estoy mojado. ¿Lo estás tú?

—De acuerdo —dije—. Muy bien.

—No, en serio: ¿estás mojado?

—Fantástico —proseguí—. Una victoria de la incertidumbre, el azar y el caos. Un momento estelar para la ciencia.

—Ponte sarcástico, si quieres.

—Un momento estelar para los sofistas y los quisquillosos.

—Sigue. Muéstrate sarcástico. No me importa.

La madre de Heinrich vive ahora en un *ashram*. Ha adoptado el nombre de Madre Devi y se ocupa de las cuestiones prácticas del asunto. El *ashram* se encuentra situado en las afueras de un pueblo llamado Tubb, en Montana, que antiguamente se dedicaba a la fundición de cobre y que ahora se llama Dharamsalapur. Abundan los rumores habituales acerca de libertad sexual, esclavitud sexual, drogas, nudismo, control de la mente, falta de higiene, evasión de impuestos, idolatría, tortura y muertes largas y atroces.

Le observé mientras atravesaba el chaparrón en dirección a la entrada de la escuela. Se movía con lentitud deliberada, y se despojó de su gorra de camuflaje cuando aún se hallaba a diez metros del portal. En esos momentos descubro que le amo con desesperación animal, que siento la necesidad de resguardarle bajo mi abrigo y oprimirle contra mi pecho, de mantenerle ahí, de protegerle. Parece atraer el peligro. La sensación se hace presente en la atmósfera, le sigue de una estancia a otra. Babette hornea sus pastas favoritas. Le contemplamos sentado ante su pupitre, una mesa sin pintar cubierta de libros y revistas. Trabaja hasta bien entrada la noche, planeando jugadas de ajedrez para una partida que está disputando por correo con un presidiario culpable de asesinato.

El día siguiente amaneció brillante y soleado; podía verse a los estudiantes del Hill sentados sobre el césped y los alféizares de las ventanas de los dormitorios,

escuchando música y tomando el sol. El aire era un ensueño de melancolía veraniega, del último y lánguido día, de la ocasión de salir una vez más con los brazos y las piernas al descubierto y de sentir el aroma de los tréboles y el césped. Me encaminé al Dúplex de Bellas Artes, nuestro edificio más reciente, una construcción distribuida en diferentes alas y dotada de una fachada de aluminio anodizado color verdemar en la que se reflejaban las nubes. En la planta baja estaba la sala de cine, una estancia de moqueta oscura y suelo inclinado equipada con doscientas butacas tapizadas. Me senté bajo la débil luz en un extremo de la primera fila y aguardé la llegada de mis estudiantes de grado superior.

Todos ellos eran especialistas en Hitler, miembros de la única disciplina — Nazismo Avanzado— que yo aún impartía tres horas a la semana, restringida para alumnos superiores; un curso de estudios diseñado para cultivar la perspectiva histórica, el rigor teórico y un concepto maduro del perpetuo atractivo popular de la tiranía fascista, con especial énfasis en los desfiles, los mítines y los uniformes, las tres menciones y los informes por escrito.

Todos los semestres organizaba proyecciones de imágenes de archivo consistentes en películas de propaganda, escenas tomadas en congresos del Partido y reportajes de épicas místicas protagonizadas por desfiles de gimnastas y montañeros: una colección que había montado hasta lograr un documental impresionista de ochenta minutos de duración. En él predominaban las escenas multitudinarias. Agitados primeros planos de miles de personas rodeando un estadio tras un discurso de Goebbels; muchedumbres que avanzan en manada y se apelonan, internándose en el tráfico. Salones en los que penden estandartes con la cruz gamada, coronas mortuorias e insignias con la calavera. Hileras de miles de abanderados formados frente a columnas de luz inmóvil, ciento treinta reflectores antiaéreos enfocados hacia lo alto: una escena que sugería un anhelo geométrico, la notación formal de un poderoso deseo de masas. No poseía discurso narrativo alguno. Tan sólo cánticos, canciones, arias, discursos, gritos, vítores, acusaciones, chillidos.

Me puse en pie y ocupé un lugar en la parte delantera de la sala, en el centro de la fila, de cara a la entrada.

Uno tras otro fueron entrando, procedentes del sol, con sus pantalones cortos de popelín, sus camisetas de producción limitada y sus suéteres de diario adornados con franjas de estilo rugby y polo. Los contemplé mientras tomaban asiento, fijándome en su actitud contenida y reverente, su expectación incierta. Algunos portaban libretas de notas y linternas de lectura; otros aparecían provistos de material de lectura encuadernado en brillantes carpetas. Se oían susurros, el crujido del papel, los golpes de los asientos que se abrían a medida que los estudiantes iban instalándose. Me recliné contra el borde del proscenio, esperando a que entraran los últimos, a que alguien cerrara las puertas al voluptuoso exterior de aquel día de verano.

No tardaron en acallarse los sonidos. Había llegado el momento de pronunciar las palabras que habrían de servir de introducción. Dejé que el silencio se afanzara unos instantes y liberé mis brazos de los pliegues de la toga para poder gesticular con libertad.

Cuando la sesión se hallaba próxima a concluir, alguien preguntó acerca de la conspiración para matar a Hitler. La discusión derivó hacia las conspiraciones en general. Me sorprendí a mí mismo diciendo frente a las cabezas allí reunidas: «Toda conspiración tiende a seguir un camino que conduce a la muerte. Forma parte de su propia naturaleza. Conspiraciones políticas, conspiraciones terroristas, conspiraciones de amantes, conspiraciones narrativas, conspiraciones que forman parte de los juegos infantiles... Cada vez que intervenimos en una conspiración nos aproximamos a la muerte. Es como un contrato que todos deben firmar, tanto los conspiradores como las víctimas de la conspiración.»

¿Es cierto eso? ¿Por qué lo dije? ¿Qué significa?

Dos noches a la semana Babette acude a la iglesia congregacionalista situada en el otro extremo del pueblo y pronuncia ante grupos de adultos reunidos en el sótano charlas acerca de la corrección en la postura. Básicamente, les enseña el modo adecuado de permanecer de pie, sentarse y caminar. La mayor parte de sus alumnos son ya ancianos, y nunca he tenido muy claro por qué quieren mejorar sus posturas. Parecemos creer que es posible mantener a raya a la muerte a base de observar las reglas de urbanidad. A veces acompaño a mi mujer al sótano de la iglesia y observo cómo se pone en pie, gira sobre sus talones, adopta diversas poses heroicas y gesticula apaciblemente. Hace referencia al yoga, al kendo, al desplazamiento cataléptico. Habla de derviches sufíes y de montañeros sherpas. Los viejos asienten y escuchan. Nada es tan extraño ni remoto que no pueda aplicarse. Siempre me siento sorprendido ante su aceptación y su confianza, ante la dulzura de su fe. Nada les resulta lo bastante dudoso como para poner en tela de juicio su utilidad, pues todos intentan redimir sus cuerpos de toda una vida de malas posturas. El escepticismo ha tocado a su fin.

Nuestra casa mostraba un aspecto viejo y mustio, con la luz del porche iluminando un triciclo de plástico y una pila de troncos de cera y serrín destinados a proporcionar tres horas de llamas coloreadas. Denise, sentada en la cocina, hacía sus deberes sin perder de vista a Wilder, quien había descendido por la escalera y permanecía sentado en el suelo y abstraído en la contemplación de la puerta del horno. Edificios en silencio, jardines suavemente inclinados y envueltos en sombras. Cerramos la puerta y nos desnudamos. La cama estaba hecha una pena. Revistas, barras de cortina, un negruzco calcetín de niño. Babette canturreó algo extraído de un espectáculo de Broadway mientras depositaba las barras en un rincón. Nos abrazamos, nos dejamos caer sobre la cama de un modo controlado y ajustamos nuestras posturas zambulléndonos mutuamente en nuestros cuerpos, intentando apartar las sábanas con los tobillos. Su cuerpo cuenta con varias depresiones alargadas, lugares en los que la mano puede detenerse a explorar, espacios que aminoran los ritmos.

Estábamos convencidos de que algo habitaba en el sótano.

—¿Qué quieres hacer? —dijo ella.

—Lo que tú quieras.

—Lo que sea mejor para ti.

—Para mí, lo mejor es complacerte —dije.

—Quiero que te sientas feliz, Jack.

—Me siento feliz cuando te complazco.

—Tan sólo quiero hacer lo que tú quieras.

—Y yo quiero hacer lo que sea mejor para ti.

—Pero puedes complacerme permitiendo que sea yo quien te complazca —
repuso ella.

—Como elemento masculino, considero que complacer al otro forma parte de mi
responsabilidad.

—No estoy segura de si eso es una declaración afectuosa y sensible o una
observación sexista.

—¿Acaso está mal que el hombre se muestre considerado con su pareja?

—Yo puedo ser tu pareja cuando jugamos al tenis —cosa que, dicho sea de paso,
deberíamos empezar a hacer de nuevo—, pero aparte de eso soy tu mujer. ¿Quieres
que te lea?

—Magnífico.

—Sé que te gusta que te lea cosas *sexies*.

—Pensé que a ti también te gustaba.

—¿Acaso no es básicamente la persona a la que se está leyendo la que obtiene la
satisfacción y el beneficio? Cuando leo para el Viejo Treadwell no es precisamente
porque encuentre estimulantes esos periodicuchos.

—Treadwell está ciego, y yo no. Pensé que te gustaba leer pasajes eróticos.

—Me gusta si te gusta a ti.

—Pero es que también tiene que gustarte a ti, Baba. ¿Cómo iba a sentirme yo, de
otro modo?

—Yo disfruto con que te guste mi lectura.

—Tengo la sensación de que estamos echándonos una patata caliente el uno al
otro. Una patata caliente que consiste en determinar quién es el que disfruta con ello.

—Me apetece leer, Jack. En serio.

—¿Estás total y completamente segura? Porque si no es así, en modo alguno lo
haremos.

Alguien encendió el televisor en un extremo de la casa y una voz de mujer dijo:
«Si se parte en trozos con facilidad se denomina esquisto, y huele a arcilla cuando se
moja.»

Escuchamos el suave y constante murmullo del tráfico nocturno.

—Elige siglo —dije—. ¿Quieres leer algo acerca de esclavas etruscas o prefieres
calaveras georgianas? Creo que tenemos cosas que hablan de burdeles de flagelación.
¿Qué me dices de la Edad Media? Tenemos íncubos y súcubos. Monjas en
abundancia.

—Lo que prefieras.

—Prefiero que elijas tú. Resulta más *sexy* de ese modo.

—Uno elige y el otro lee. ¿No es mejor lograr un equilibrio, una especie de toma

y daca? ¿Acaso no es eso lo que realmente lo hace *sexy*?

—Tensión, suspense... estupendo. Elijo yo.

—Y yo leo —repuso ella—. Pero no quiero que elijas nada en lo que aparezcan hombres literalmente en el interior de las mujeres u hombres que penetran a las mujeres. «La penetré.» «Me penetró.» No somos vestíbulos ni ascensores. «Le deseaba en mi interior», como si el otro pudiera arrastrarse por completo dentro de ella, firmar el registro, dormir, comer, etcétera. ¿Podemos dejar eso claro? No me importa lo que hagan esas personas siempre y cuando no penetren ni sean penetradas.

—De acuerdo.

—«La penetré y comencé a embestirla.»

—Estoy completamente de acuerdo —dije.

—«Penétrame, penétrame, sí, sí.»

—Sin duda, un estilo totalmente absurdo.

—«Clávamela, Rex. Te quiero dentro de mí, quiero que me penetres con fuerza, quiero que me penetres profundamente, sí, ahora, ¡oh!»

Comencé a notar que se anunciaba una erección. Qué estúpido todo, cuán fuera de contexto. Babette se echó a reír ante sus propias frases. La televisión dijo: «Hasta que los cirujanos de Florida le instalaron una aleta artificial.»

Babette y yo nos contamos todo. Según el momento, le he contado todo a todas mis esposas. Claro está que a medida que se acumulan los matrimonios hay más cosas que contar, pero cuando digo que creo en la sinceridad absoluta no me refiero a ello en un sentido grosero, como si se tratara de un deporte anecdótico o de una revelación a medias. Es una forma de autorrenovación a la vez que un gesto de confianza en la custodia. El amor nos ayuda a desarrollar una identidad lo bastante segura como para permitirnos depositarla bajo el cuidado y protección del otro. Babette y yo hemos consagrado nuestras vidas a un afectuoso amparo mutuo, las hemos revisado bajo la luz de la luna exponiéndolas sobre la palidez de nuestras manos, hemos hablado hasta altas horas de la noche de padres y madres, de nuestra niñez, de nuestras amistades, de nuestros despertares, de nuestros antiguos amores y de nuestros antiguos miedos (con excepción del miedo a la muerte). No cabe olvidar detalle alguno, ni siquiera un perro con garrapatas o la ocasión en que el hijo de los vecinos se tragó un insecto para ganar una apuesta. El olor de las despensas, la sensación de los atardeceres vacíos, de las cosas que llueven sobre nuestra piel, cosas tales como hechos y pasiones, la conciencia del dolor, la pérdida, el disgusto y los placeres que nos dejan sin respiración. En estas confesiones nocturnas creamos un espacio entre las cosas tal y como las experimentamos entonces y tal y como hablamos de ellas ahora. Se trata de un espacio reservado para la ironía, la comprensión y el afecto divertido, el medio que se nos ofrece para rescatarnos a nosotros mismos del pasado.

Me decidí por el siglo veinte. Me puse el albornoz y acudí al dormitorio de Heinrich en busca de una revista barata de la que Babette pudiera leer: una de esas que publica cartas de los lectores con el relato de sus experiencias sexuales. Se me antojaba como una de las pocas cosas con que la imaginación moderna había contribuido a la historia de las prácticas eróticas. Son cartas en las que descubrimos la existencia de una doble fantasía. La gente escribe episodios imaginarios y a continuación los ve publicados en una revista de difusión nacional. ¿Dónde reside el auténtico estímulo?

Wilder estaba en la habitación, contemplando cómo Heinrich realizaba un experimento de física con bolas de acero y un cuenco de ensalada. Heinrich llevaba puesto un batín de felpa, con una toalla en torno al cuello y otra alrededor de la cabeza. Me dijo que buscara en el piso de abajo.

Apilados en un montón de revistas viejas encontré algunos álbumes de fotografías familiares, uno de los cuales tendría al menos cincuenta años. Los subí al dormitorio. Permanecimos horas sentados en la cama, mirándonos. Niños guiñando los ojos ante el resplandor del sol, mujeres cubiertas con sombreros veraniegos, hombres cubriéndose el rostro ante la luz, como si el pasado poseyera una calidad de luminosidad ya desconocida para nosotros, un fulgor dominical que obligaba a aquellas personas —vestidas de domingo para acudir a misa— a tensar sus facciones y contemplar el futuro oblicuamente, acaso algo distantes, mostrando una sonrisa inmóvil y bien dibujada, escépticas ante algo inherente a la naturaleza de la cámara oscura.

¿Quién de los dos morirá primero?

Mi batalla con la lengua alemana comenzó a mediados de octubre y se extendió a lo largo de la casi totalidad del año académico. En mi calidad de máxima figura norteamericana en lo que se refiere a estudios sobre Hitler, había intentado ocultar durante largo tiempo el hecho de que no hablaba alemán. No sabía hablarlo, no podía leerlo y era incapaz de comprenderlo o de trasladar al papel la frase más sencilla. Algunos de mis colegas en este campo sabían algo de alemán; otros, lo hablaban con fluidez o podían mantener un nivel razonable de conversación. En College-on-the-Hill nadie podía especializarse en estudios hitlerianos sin haber estudiado al menos un año de alemán. Vivía, en suma, al borde de un vasto paisaje de vergüenza.

La lengua alemana. Carnosa, tergiversadora, escupiente, congestionada y cruel. Más pronto o más tarde, uno se veía obligado a enfrentarse a ella. ¿Acaso el gran esfuerzo del propio Hitler no había sido expresar en alemán el mensaje crucial de su autobiografía, masiva, rimbombante y dictada desde su cautiverio en una fortaleza de las colinas de Baviera? Gramática y sintaxis. El tipo debió de sentirse encarcelado en más de un modo.

Anteriormente ya había realizado diversos intentos por aprender alemán mediante resueltas investigaciones de sus orígenes, estructuras y raíces. Percibía el poder letal de la lengua. Quería hablarla bien, servirme de ella como de un atractivo o un sistema de protección. Cuanto más me espantaba el aprendizaje de las palabras, las reglas y la pronunciación, más importante se me antojaba seguir adelante. A menudo identificamos aquello que nos resistimos a tocar con el material de lo que se compone nuestra salvación. Sin embargo, me veía derrotado por los sonidos básicos, por la aspereza septentrional al espetar las palabras y las sílabas, por el acento imperioso. Algo ocurría entre la parte trasera de la lengua y el paladar que convertía en grotescos mis intentos por pronunciar las palabras germanas.

Estaba decidido a intentarlo de nuevo.

Debido al elevado reconocimiento profesional que había alcanzado, al amplio auditorio que convocaban mis conferencias, al hecho de que mis artículos aparecieran publicados en los principales periódicos, a la toga académica y las gafas oscuras que llevaba día y noche siempre que visitaba el campus y a que soportaba una estructura de ciento tres kilos y medio de peso y uno noventa de estatura dotada de enormes manos y pies, sabía que mis clases de alemán habrían de mantenerse en secreto.

Me puse en contacto con un hombre no afiliado a la universidad, alguien de quien Murray Jay Siskind me había hablado. Ambos compartían alojamiento en la casa de tejados verdes de Middlebrook. Era un tipo de cincuenta y tantos años que caminaba con un leve contoneo. Tenía el cabello escaso y las facciones blandas, e iba

remangado hasta los codos mostrando ropa interior de tejido térmico.

Su tez poseía un tono que podría denominar de color carne. Su nombre era Howard Dunlop. Me dijo que había sido quiropodista, pero no me reveló el motivo por el cual había abandonado dicha actividad ni me dijo cuándo había aprendido alemán o por qué, y algo en su actitud me impidió preguntárselo.

Nos sentamos en su habitación de la casa de huéspedes, oscura y atestada. Junto a la ventana había una tabla de planchar desplegada. Podían verse pucheros de esmalte desportillados y bandejas de utensilios dispuestas sobre un tocador. El mobiliario era vago y miserable. En los límites de la estancia se esparcían los objetos elementales. Un radiador desnudo, un catre cubierto por una manta militar. Dunlop se sentó en el borde de una silla, entonando generalidades gramaticales. Cuando cambiaba de inglés a alemán era como si se hubiera torcido una cuerda en su laringe. Su voz se impregnaba de una abrupta emoción, una fricción y un gargarismo que sonaban como el agujoneo de la ambición de una bestia. Me contemplaba con la boca abierta y gesticulaba, croaba, rozaba el estrangulamiento. La base de su lengua vomitaba sonidos, ásperos ruidos humedecidos por la pasión. Tan sólo estaba demostrando ciertas reglas básicas de pronunciación, pero la transformación de su semblante y de su voz me hacía pensar que estaba abriendo un pasadizo entre distintos niveles de existencia.

Permanecí allí sentado, tomando notas.

La hora transcurrió rápidamente. Dunlop se limitó a encogerse levemente de hombros cuando le pedí que no comentara las clases con nadie. Se me ocurrió que él era el hombre que Murray había descrito en su resumen de compañeros de alojamiento como aquel que nunca abandonaba su habitación.

Me detuve frente al dormitorio de Murray y le pedí que me acompañara a cenar a casa. Él puso a un lado su ejemplar de *American Transvestite* y se deslizó en su chaqueta de pana. Nos detuvimos en el porche el tiempo suficiente para que Murray le comunicara al casero, allí sentado, que en el cuarto de baño del segundo piso había un grifo que goteaba. El casero era un individuo grande y rubicundo de salud tan robusta y desbordante que parecía estar sufriendo un infarto permanente.

—Acabará arreglándolo —dijo Murray cuando nos pusimos en marcha en dirección a Elm—. Más pronto o más tarde, lo arregla todo. Se le dan muy bien esas pequeñas herramientas, aparatos y artefactos cuyo nombre siempre ignora la gente de la ciudad. Los nombres de esas cosas sólo son conocidos en comunidades remotas, pueblos pequeños y zonas rurales. Es una lástima que sea tan fanático.

—¿Por qué sabes que es un fanático?

—Las personas que saben arreglar cosas son, por lo general, fanáticas.

—¿Qué quieres decir?

—Piensa en todas las personas que han ido a tu casa para arreglar algo. ¿Acaso no

eran todos unos fanáticos?

—No lo sé.

—Conducían camionetas, ¿no es cierto? Con una escalera desplegable en el techo y un muñequito de plástico colgando del retrovisor.

—No lo sé, Murray.

—Resulta obvio —dijo.

Me preguntó por qué había escogido este curso en particular para aprender alemán después de tantos años de pasar desapercibido. Le dije que se había programado un congreso sobre Hitler para la primavera siguiente en College-on-the-Hill. Tres días de conferencias, talleres y mesas redondas. Eruditos en Hitler procedentes de diecisiete estados y nueve países extranjeros. Asistirían alemanes auténticos.

Cuando llegamos a casa, Denise depositó una húmeda bolsa de basura en el triturador de la cocina y lo puso en marcha. El émbolo se disparó hacia abajo con un ruido espantoso y desgarrador repleto de sugerencias mágicas. Los niños entraban y salían de la cocina, el grifo goteaba sobre la pila, la lavadora palpitaba en el pasillo de entrada. Murray parecía absorto por la acumulación de sucesos. Metales gimientes, botellas que estallan, plásticos aplastados. Denise escuchaba atentamente, asegurándose de que el estruendo del destrozo contuviera los elementos sonoros adecuados, lo que indicaría que la máquina estaba funcionando correctamente.

Heinrich le decía a alguien por teléfono: «Los animales cometen incesto constantemente. ¿Hasta qué punto puede ser antinatural?»

Llegó Babette. Venía de correr y traía la ropa empapada. Murray atravesó la cocina para estrechar su mano. Ella se dejó caer en una silla y recorrió la estancia con la mirada en busca de Wilder. Advertí que Denise establecía una comparación mental entre el equipo de deporte de su madre y la húmeda bolsa que acababa de arrojar al triturador. Podía verlo en sus ojos, como una conexión sardónica. Eran aquellos niveles secundarios de la vida, aquellos destellos extrasensoriales y flotantes matices del ser, aquellas nubes de compenetración creadas inesperadamente, lo que me hacía pensar que constituíamos un acto mágico, los adultos y los niños juntos, compartiendo cosas inexplicables.

—Tenemos que hervir el agua —dijo Steffie.

—¿Por qué?

—Lo han dicho por la radio.

—Siempre están diciéndote que hiervas el agua —dijo Babette—. Es la nueva moda, como cuando te decían que giraras el volante en la dirección del derrape. Aquí llega Wilder. Ya podemos cenar.

El pequeño se movía con un suave contoneo, balanceando la gruesa cabezota, y

su madre respondía con muecas de placer —extravagantes máscaras de felicidad— mientras le veía acercarse.

—Los neutrinos atraviesan la tierra sin detenerse —dijo Heinrich, aún al teléfono.

—Sí, sí, sí —dijo Babette.

El martes tuvieron que evacuar la escuela primaria. Los niños sufrían dolores de cabeza e irritaciones oculares, y se quejaban de un sabor metálico en la boca. Una de las maestras comenzó a rodar por el suelo y a hablar lenguas extranjeras. Nadie sabía qué estaba ocurriendo. Los investigadores dijeron que podía tratarse del sistema de ventilación, las pinturas y los barnices, las espumas aislantes, los aislamientos eléctricos, la comida de la cafetería, los rayos emitidos por los ordenadores, las protecciones de amianto contra incendios, los adhesivos de los empaquetados y los vapores de cloro de la piscina o quizá de algo más profundo, de grano más fino, aún más estrechamente entrelazado con el estado básico de las cosas.

Denise y Steffie se quedaron en casa durante aquella semana mientras grupos de hombres ataviados con trajes de Mylex y máscaras antigás revisaban sistemáticamente el edificio con sus detectores por infrarrojos y sus equipos de medición. Dado que el Mylex también se considera un material sospechoso, los resultados tendían a ser ambiguos y hubo que programar una nueva y más rigurosa sesión de inspecciones.

Las dos niñas, Babette, Wilder y yo fuimos al supermercado. A los pocos minutos de entrar nos topamos con Murray. Era ya la cuarta o quinta vez que me lo encontraba allí, aproximadamente el mismo número de veces que le había visto en el campus. Asió a Babette por el bíceps izquierdo y se deslizó a su alrededor, aparentemente olfateando sus cabellos.

—Una cena deliciosa —dijo, situándose detrás de ella—. A mí también me gusta cocinar, por lo que lo aprecio doblemente cuando otras personas lo hacen bien.

—Ven cuando quieras —dijo ella, girando sobre sus talones y esforzándose por descubrirle.

Avanzamos juntos hacia el interior ultrarrefrigerado. Wilder viajaba sentado en el carrito, intentando alcanzar los artículos de los estantes a medida que pasábamos junto a ellos. Se me ocurrió que era ya demasiado grande y estaba demasiado crecido para subirse a los carritos de supermercado. Me pregunté también por qué su vocabulario parecía limitarse a veinticinco palabras.

—Me siento feliz de estar aquí —dijo Murray.

—¿En Blacksmith?

—En Blacksmith, en el supermercado, en la casa de huéspedes, en el Hill. Siento que todos los días aprendo cosas importantes. La muerte, la enfermedad, la vida después de la vida, el espacio exterior. Aquí todo resulta mucho más claro. Puedo ver, y pensar.

Avanzamos hasta la zona de alimentación en general y Murray se detuvo con su

cesta de plástico para investigar entre los blancos cartones y los frascos. No me sentía seguro de entender a qué se refería. ¿Qué quería decir con mucho más claro? ¿Podía ver y pensar, qué?

Steffie me cogió de la mano y dejamos atrás los recipientes de fruta, esparcidos en una zona que se extendía junto a la pared a lo largo de unos cuarenta metros. Estaban dispuestos en forma diagonal, frente a espejos inclinados que la gente golpeaba accidentalmente cuando intentaba alcanzar las hileras superiores. De los altavoces surgía una voz: «Kleenex Softique, su camión está obstruyendo la entrada.» Las manzanas y los limones se precipitaban al suelo de dos en dos o de tres en tres cada vez que alguien cogía una pieza de fruta de los montones apilados. Había seis clases distintas de manzanas junto a melones exóticos de diferentes tonos. Todos los frutos parecían de temporada y mostraban un aspecto fresco, brillante y bruñido. Los clientes arrancaban delgadas bolsas de sus soportes e intentaban determinar por qué costado se abrían. Advertí que el lugar se hallaba inundado de ruido. Sistemas atonales, traqueteos y chirridos de los carritos, altavoces y máquinas de café, gritos infantiles. Y sobre todo ello —o quizá bajo todo ello— un rugido sordo e ilocalizable como el que produciría cierta forma multitudinaria de vida inmune a la aprehensión humana.

—¿Le dijiste a Denise que lo sentías?

—Quizá lo haga más tarde —contestó Steffie—. Recuérdamelo.

—Es una niña encantadora, y querría ser tu hermana mayor y amiga tuya... si la dejaras.

—¿Amiga mía? No sé. ¿No crees que es un poco autoritaria?

—Además de decirle que lo sientes, acuérdate de devolverle su *Manual médico de referencia*.

—Se pasa la vida leyendo eso. ¿No te parece raro?

—Al menos, lee algo.

—Claro, listas de recetas y medicamentos. ¿Y quieres saber por qué?

—¿Por qué?

—Porque está intentando descubrir los efectos secundarios de ese potingue que toma Baba.

—¿Qué toma Baba?

—No me preguntes a mí. Pregúntale a Denise.

—¿Cómo sabes que toma algo?

—Pregunta a Denise.

—¿Por qué no puedo preguntárselo a Baba?

—Pregúntaselo a Baba —dijo ella.

Murray surgió de uno de los pasillos y encabezó la marcha caminando junto a Babette, de cuyo carrito extrajo un paquete doble de toallas de papel para

olisquearlas. Denise se había encontrado con unas amigas, a las que acompañó a la entrada del supermercado para ver los libros de bolsillo alineados en endebles expositores, volúmenes impresos con relucientes títulos metalizados, letras en relieve, vívidas ilustraciones de violencia sectaria y romances turbulentos. Lucía una visera de color verde. Oí que Babette le decía a Murray que se la había visto puesta durante catorce horas diarias a lo largo de las últimas tres semanas. Nunca salía sin ella, ni siquiera de su dormitorio. La llevaba puesta en el colegio —cuando había colegio—, en el cuarto de baño, en el sillón del dentista y en la mesa a la hora de cenar. Aquella visera tenía algo que parecía comunicarse con ella, prestarle volumen e identidad.

—Constituye su conexión con el mundo —dijo Murray.

Ayudaba a Babette a empujar el carrito atestado.

—Los tibetanos creen que existe un estado transitorio entre la muerte y el renacimiento —oí que le decía—. La muerte representa básicamente un período de espera. Al poco tiempo, un útero nuevo se encargará de albergar el alma. Entretanto, el alma recupera parte de la divinidad que perdió en su nacimiento.

Observó su perfil, intentando detectar alguna reacción.

—Suelo pensar en eso cada vez que vengo aquí. Este lugar nos proporciona una recarga espiritual, nos prepara, es como una frontera o un sendero de acceso. Fíjate en su brillo. Está repleto de información extrasensorial.

Mi mujer le sonrió.

—Todo está disfrazado por el simbolismo, oculto por velos de misterio y capas de material cultural. Pero se trata de datos extrasensoriales, de eso no cabe duda. Grandes puertas deslizantes que se abren y se cierran espontáneamente. Ondas de energía, radiación incidente. Ahí están todas las cifras y las letras, todos los colores del espectro, todas las voces y sonidos, todos los términos codificados y frases ceremoniales. Tan sólo es cuestión de descifrarlos, reordenarlos, despojarlos de sus envolturas de impronunciabilidad. Tampoco es que queramos hacerlo, ni que de hacerlo fuéramos a conseguir nada con ello. Esto no es el Tíbet. Ni siquiera el Tíbet es ya el Tíbet.

Estudió su perfil, y ella añadió unos cuantos yogures al carrito.

—Los tibetanos intentan contemplar la muerte tal y como es. Como el fin de nuestro apego hacia las cosas. Se trata de una verdad tan sencilla como difícil de concebir. Sin embargo, tan pronto comenzamos a dejar de negar la muerte, hallamos que es posible morir en calma y a continuación experimentar el renacimiento uterino o la vida después de la vida en el sentido judeocristiano o las experiencias incorpóreas o los viajes en ovni o como queramos denominarlo. Y podemos hacerlo con una perspectiva clara, sin miedo ni sobrecogimiento. No tenemos que aferrarnos artificialmente a la vida... ni a la muerte, si a eso vamos. Sencillamente, avanzamos hacia las puertas deslizantes. Ondas y radiación. Observa qué bien iluminado está

todo. Este lugar está aislado, contenido en sí mismo. Intemporal. Ése es otro de los motivos por los que pienso en el Tíbet. En el Tíbet, morir constituye un arte. Un sacerdote entra en la estancia, se sienta, ordena salir a los afligidos parientes y aísla la habitación. Sella puertas y ventanas. Tiene ante sí una tarea importante. Cánticos, numerología, horóscopos, recitaciones. Aquí no morimos: compramos. Pero la diferencia es menos señalada de lo que podrías pensar.

Para entonces, hablaba casi en un susurro, e intenté acercarme a ellos sin embestir el carrito de Babette con el mío. Quería oírlo todo.

—Estos supermercados tan grandes, tan limpios y tan modernos representan para mí una revelación. Me he pasado la vida en tiendas de ultramarinos pequeñas y sofocantes, llenas de vitrinas inclinadas con bandejas repletas de alimentos blandos, húmedos, apelmazados y de tonos pálidos. Mostradores tan altos que había que ponerse de puntillas para pedir lo que necesitabas. Gritos, acentos. En las ciudades nadie presta una atención específica a la muerte. La muerte es una cualidad que reina en el aire. Está en todas partes y en ninguna. Los hombres gritan al morir para que se les preste atención, para ser recordados durante uno o dos segundos. Morir en un apartamento en lugar de en una casa basta para deprimir al alma —diría yo— durante varias vidas consecutivas. En los pueblos hay casas, hay plantas en los balcones. La gente encuentra más notoriedad en la muerte. Los muertos tienen rostro, tienen coche. Si no conoces un nombre, conoces el nombre de una calle, el nombre de un perro: «Conducía un Mazda de color naranja.» De cada persona conoces un par de detalles inútiles que luego se convierten en circunstancias fundamentales de identificación y emplazamiento cósmico cuando esas personas mueren súbitamente, tras una breve enfermedad, en su propia cama, con su edredón y sus almohadas a juego, una lluviosa tarde de miércoles, con fiebre alta, algo de congestión en la nariz o en el pecho y preocupados por la ropa que han enviado al tinte.

—¿Dónde está Wilder? —dijo Babette, y se volvió para mirarme de un modo que sugería que hacía diez minutos que le había visto por última vez.

Otras miradas —menos pensativas y culpables— indicaban la existencia de espacios de tiempo más amplios, de océanos de desatención más profundos. Como: «Ignoraba que las ballenas fueran mamíferos.» La situación era tanto más peligrosa cuanto más amplio el período temporal y más ausente la expresión. Como si la culpabilidad fuera un lujo que sólo se permitía cuando el peligro era mínimo.

—¿Cómo ha podido bajarse del carrito sin darme cuenta?

Los tres adultos nos distribuimos frente a la entrada de otros tantos pasillos y escrutamos el tráfico de carritos y cuerpos deslizantes. A continuación, revisamos otros tres, estirando el cuello, oscilando ligeramente a medida que cambiábamos de punto de observación. No hacía más que ver manchas de color hacia el costado derecho pero, tan pronto desviaba la vista, desaparecían. Llevaba años viendo

manchas de colores, pero nunca tantas, nunca dotadas de una animación tan alegre. Murray vio a Wilder en el carrito de otra señora. La mujer agitó la mano en dirección a Babette y se encaminó hacia nosotros. Vivía en nuestra calle con su hija adolescente y Chun Duc, un bebé de origen asiático. Todos nos referíamos a la niña por su nombre, con tono orgulloso, como si fuéramos sus propietarios, pero nadie sabía a quién pertenecía Chun ni de dónde procedía.

—Kleenex Softique, Kleenex Softique.

Steffie se mantenía asida a mi mano de un modo que, con el transcurso del tiempo, yo había llegado a identificar más como reconfortante que como suavemente posesivo (cual creyera al principio). Producía en mí cierto asombro. Era una firme sujeción que me ayudaba a recobrar la confianza en mí mismo, a rebelarme contra los melancólicos estados de ánimo que ella misma creía detectar en torno a mi persona.

Antes de unirse a la cola de la caja rápida, Murray nos invitó a cenar el sábado de la semana siguiente.

—Basta con que me lo confirméis en el último momento.

—Allí estaremos —dijo Babette.

—No pienso preparar nada del otro mundo, así que no dudéis en llamarme si os surge algún otro plan. Ni siquiera tenéis que llamar. Si no aparecéis, sabré que ha ocurrido algo que os ha impedido venir.

—Murray, estaremos allí.

—Traed a los niños.

—No.

—Magnífico. Pero si decidís traerlos, no hay problema. No quiero que penséis que os estoy poniendo en un compromiso. No os sintáis obligados sin remedio. O aparecéis o no aparecéis. Yo cenaré de todos modos, así que no pasa absolutamente nada si surge algo y tenéis que cancelar la cita. Sólo quiero que sepáis que allí estaré si decidís presentaros, con niños o sin ellos. Tenemos hasta mayo o junio para hacerlo, por lo que el sábado de la semana que viene no tiene por qué parecer una ocasión especial.

—¿Vendrás el próximo semestre? —pregunté.

—Quieren que dé un curso acerca de la filmografía de accidentes automovilísticos.

—Hazlo.

—Lo haré.

Ya en la cola de la caja, me restregué contra Babette. Ella retrocedió, apretándose contra mí, y yo la rodeé con los brazos y deposité las manos sobre sus pechos. Ella hizo girar las caderas y yo acaricié sus cabellos y murmuré: «Rubio sucio.» Gente firmando cheques, altos dependientes empaquetando la mercancía en bolsas. No todos hablaban inglés en las cajas de salida, ni tampoco en las proximidades de las

secciones de frutas y congelados, ni entre los automóviles aparcados en el exterior. Cada vez más, oía hablar lenguas que no lograba identificar y mucho menos comprender, si bien los altos dependientes eran de origen norteamericano, y también las cajeras, bajitas, regordetas bajo sus blusas de color azul, ataviadas con leotardos y diminutas alpargatas blancas. A medida que la cola avanzaba lentamente hacia la caja, los caramelos balsámicos y los inhaladores nasales, intenté introducir las manos bajo la falda de Babette, sobre su vientre.

Fue al salir al aparcamiento cuando llegó a nuestros oídos el primer rumor acerca de la muerte de un hombre durante la revisión de la escuela de enseñanza primaria, uno de los inspectores ataviados con máscaras, voluminosos trajes de Mylex y botas enormes. Según contaban, se había desplomado, muerto, en una de las aulas del segundo piso.

La enseñanza en College-on-the-Hill cuesta catorce mil dólares, a lo que hay que añadir el desayuno-almuerzo de los domingos. Siento que existe una conexión entre esta cifra poderosa y el modo en que los estudiantes se sitúan físicamente en las zonas de lectura de la biblioteca. Se acomodan en amplios asientos tapizados adoptando diversas posturas nada elegantes, calculadas evidentemente como signos de identificación de alguna hermandad u organización secreta. Posturas fetales, extendidas, patizambas, arqueadas, envaradas, a veces casi invertidas. Se encuentran tan estudiadas que casi representan una forma de mímica clásica. Existe en ellas un elemento de refinación exagerada, de consanguinidad. A veces pienso que me he perdido en un sueño del lejano oriente demasiado remoto para poder ser interpretado, pero tan sólo practican el lenguaje de su clase económica en una de sus formas externas disponibles, como la congregación de todoterrenos a principio de curso.

Denise observó cómo su madre arrancaba la pequeña cinta de celofán de la pieza de regalo de un paquete de dieciséis chicles envueltos por separado. Aguzó la mirada mientras se volvía hacia las agendas telefónicas que descansaban frente a ella, sobre la mesa de la cocina. Su rostro de onceañera equivalía a una experta máscara de exasperación reprimida.

Esperó un largo instante.

—Por si no lo sabías, esa porquería produce cáncer en los animales de laboratorio —dijo con voz serena.

—Fue idea tuya, Denise. Tú fuiste la que me dijo que comiera chicle sin azúcar.

—Entonces no aparecían avisos en los paquetes. Me costaría trabajo creer que no has visto el aviso que han puesto ahora.

Mientras hablaba, transcribía nombres y números de teléfono de un cuaderno a otro. No había direcciones. Sus amigos —una raza dotada de siete dígitos de conciencia analógica— tan sólo tenían números de teléfono.

—Lo mismo me da de un modo u otro —dijo Babette—. Depende enteramente de ti. O mastico chicle con azúcares y colorantes artificiales o mastico un chicle sin azúcar y sin color que resulta dañino para las ratas.

Steffie colgó el teléfono.

—No mastiques nada —dijo—. ¿Nunca pensaste en esa posibilidad?

Babette cascaba huevos sobre una ensaladera de madera. Me dirigió una mirada en la que pude advertir que se preguntaba cómo la muchacha podía hablar por teléfono y escucharnos al mismo tiempo. Porque nos encuentra interesantes, quise decirle.

—Escuchad, o mastico chicle o fumo —dijo Babette a las niñas—. Si queréis que

empiece a fumar otra vez, quitadme mis chicles y mi Mentho-Lyptus.

—¿Por qué tienes que hacer una de las dos cosas? —comentó Steffie—. ¿Por qué no dejar de hacer ambas?

—¿Y por qué no hacer ambas? —dijo Denise despojando cuidadosamente su rostro de toda expresión—. Eso es lo que queréis, ¿no es cierto? Todos logramos hacer lo que queremos, ¿no es así? Con la excepción de que si queremos ir al colegio mañana no podemos porque están fumigándolo o lo que sea.

Sonó el teléfono; lo cogió Steffie.

—No soy una criminal —dijo Babette—. Todo lo que pretendo es masticar un patético trocito de goma insípida de vez en cuando.

—No es tan fácil —dijo Denise.

—Pero tampoco es un crimen. Sólo mastico unos dos trocitos al día.

—Bien, pues ya no puedes hacerlo.

—Bien, pues sí puedo, Denise. Quiero hacerlo. Masticar me relaja. Estás haciendo una montaña de un grano de arena.

Steffie se las arregló para captar nuestra atención a través de la fuerza suplicante de su mirada. Mantenía el micrófono tapado con la mano. No habló, sino que formó las palabras con los labios.

Los Stover quieren venir.

—¿Los padres o los hijos? —preguntó Babette.

Mi hija se encogió de hombros.

—No los queremos —dijo Babette.

—Que no vengán —dijo Denise.

¿Qué les digo?

—Diles lo que quieras.

—Limítate a asegurarte de que no vienen.

—Son aburridos.

—Diles que se queden en casa.

Steffie retrocedió con el teléfono, como si quisiera protegerlo con su cuerpo, los ojos repletos de miedo y excitación.

—Es imposible que un trocito de chicle haga daño —dijo Babette.

—Me imagino que tienes razón. No importa. Tan sólo lleva un aviso impreso en el paquete.

Steffie colgó.

—Tan sólo es peligroso para tu salud —apuntó.

—Tan sólo son ratas —dijo Denise—. Imagino que tienes razón. No importa.

—A lo mejor se piensa que murieron durante el sueño.

—No eran más que unos roedores inútiles, ¿qué más da?

—¿Qué más da? ¿Por qué preocuparse? —dijo Steffie.

—Por otra parte, me gustaría ver si es verdad que sólo toma dos al día. Siempre se olvida de todo.

—¿De qué me olvido? —dijo Babette.

—Da igual —respondió Denise—. No importa.

—¿De qué me olvido?

—Sigue, mastica. No te preocupes por el aviso. A mí no me importa.

Alcé a Wilder de la silla en que estaba sentado y le di un sonoro beso en la mejilla. El niño se estiró de placer. A continuación, le deposité sobre el mostrador y subí a buscar a Heinrich. Estaba en su dormitorio, estudiando la distribución de las piezas de un ajedrez de plástico.

—¿Aún estás jugando con el presidiario? ¿Cómo va la cosa?

—Bastante bien. Creo que he conseguido arrinconarle.

—¿Qué sabes de ese tipo? Es algo que quería preguntarte.

—¿A quién mató, te refieres? Es lo que hoy está de moda. Preocuparse por las víctimas.

—Llevas meses jugando al ajedrez con él. ¿Qué sabes de él salvo que está en la cárcel cumpliendo cadena perpetua por asesinato? ¿Es joven, viejo, negro, blanco? ¿Os comunicáis algo que no sean jugadas de ajedrez?

—A veces nos enviamos notas.

—¿A quién mató?

—Fue en un momento de tensión.

—¿Y qué ocurrió?

—Fue acumulando cada vez mayor tensión.

—Así que salió a la calle y le pegó un tiro a alguien. ¿Contra quién disparó?

—Contra unas personas de Iron City.

—¿Cuántas?

—Cinco.

—Cinco personas.

—Sin contar al patrullero. Ése fue después.

—Seis personas. ¿Alimentaba una manía obsesiva por sus armas? ¿Vivía en un pequeño cuartucho situado frente a un aparcamiento de hormigón de seis plantas? ¿Lo utilizaba para almacenar su arsenal?

—Unas cuantas pistolas y un rifle de cerrojo con mira telescópica.

—Con mira telescópica. ¿Disparó desde un paso elevado de autopista o desde una habitación alquilada? ¿Entró acaso en un bar o en una lavandería? ¿Abrió fuego indiscriminadamente en su antiguo lugar de trabajo? La gente dispersándose, refugiándose bajo las mesas... Peatones que luego dicen que les pareció oír petardos. «Estaba esperando el autobús cuando empecé a oír un ruido similar al estallido de petardos.»

—Se subió a una azotea.

—Un francotirador de azotea. ¿Escribió algo en su diario antes de subir a ella? ¿Grabó la voz, fue al cine, leyó libros acerca de asesinatos en masa para refrescarse la memoria?

—Grabó cintas.

—Grabó cintas. ¿Qué hizo con ellas?

—Se las envió a sus seres queridos, suplicando su perdón.

—«No puedo evitarlo, chicos.» Sus víctimas, ¿eran todos desconocidos? ¿Fue un crimen motivado por la envidia? ¿Le despidieron del trabajo? ¿Dijo haber estado oyendo voces?

—Todos desconocidos.

—¿Dijo haber estado oyendo voces?

—Sí, en la televisión.

—¿Se dirigían a él? ¿Exclusivamente a él?

—Le decían que pasaría a la historia. Tenía veintisiete años, estaba divorciado y en paro, y le habían inmovilizado el coche. Se le estaba acabando el tiempo.

—Voces que te presionan insistentemente. ¿Cómo se enfrentó con los medios de comunicación? ¿Concedió montones de entrevistas, escribió cartas al director del periódico local, intentó vender los derechos para un libro?

—En Iron City no hay medios de comunicación. No pensó en eso hasta que ya era demasiado tarde. Dice que si tuviera que hacerlo de nuevo no se lo plantearía como un asesinato normal, sino como un atentado.

—Seleccionaría su objetivo con más cuidado, mataría a alguien famoso, se haría notar, se haría recordar.

—Ahora ya sabe que no va a pasar a la historia.

—Tampoco pasaré yo.

—Tú tienes a Hitler.

—Sí, ¿verdad?

—¿Qué tiene Tommy Roy Foster?

—Muy bien, te ha dicho todas esas cosas en las cartas que te envía. ¿Qué le dices tú cuando le contestas?

—Que estoy perdiendo el pelo.

Le miré. Llevaba un chándal, una toalla arrollada al cuello y muñequeras en ambos brazos.

—Sabes muy bien lo que diría tu madre acerca de esta relación ajedrecística por correo...

—Sé lo que dirías tú. Lo estás diciendo.

—¿Cómo está tu madre? ¿Has sabido algo de ella últimamente?

—Quiere que este verano acuda al *ashram*.

—¿Y tú quieres ir?

—¿Quién sabe lo que quiero hacer? ¿Quién sabe qué quiere hacer nadie? ¿Cómo puede uno estar seguro acerca de algo así? ¿Acaso no se trata todo de una cuestión de química cerebral, de señales que van y vienen, de energía eléctrica que discurre por el córtex? ¿Cómo puedes saber que algo es lo que realmente quieres o si es sencillamente una especie de impulso nervioso de tu cerebro? En uno de los hemisferios se produce una descarga menor de actividad y de repente resulta que quiero ir a Montana o que no quiero ir a Montana. ¿Cómo sé que realmente quiero ir y que no es tan sólo el resultado de la descarga de unas cuantas neuronas? Quizá no es más que un destello accidental de la médula y de pronto me encuentro en Montana y descubro que no quería ir desde el principio. Dado que no puedo controlar lo que sucede en mi mente, ¿cómo puedo estar seguro de lo que querré hacer dentro de diez segundos? Y no digamos de lo que se refiere a ir a Montana este verano... La actividad del cerebro no cesa, y nunca sabes cuándo algo responde a ti como persona y cuándo es una neurona que ha dado en el blanco o ha fallado. ¿Acaso no es por eso por lo que Tommy Roy mató a todas aquellas personas?

Por la mañana, fui andando al banco. Me dirigí al cajero automático para verificar mi saldo. Inserté la tarjeta, tecleé mi código secreto y mecanografié la solicitud. La cifra de la pantalla coincidía aproximadamente con mis previsiones, penosamente determinadas tras largos cálculos, revisiones de documentos y atormentada aritmética. Me sentí inundado por una oleada de alivio y gratitud. El sistema había concedido su bendición a mi existencia. Pude percibir su apoyo y su aprobación. Los ordenadores del sistema, la estructura que descansa en una habitación cerrada de quién sabe qué ciudad distante. Qué interacción tan agradable. Sentí que algo dotado de un profundo valor personal —no el dinero, ni mucho menos— acababa de ser verificado y confirmado. Una pareja de guardias escoltaban a un desequilibrado hasta la salida del banco. El sistema era invisible, lo que hacía que enfrentarse a él resultara tanto más sobrecogedor e inquietante. Pero estábamos de acuerdo, al menos por el momento. Las redes, los circuitos, las corrientes, las armonías.

Me desperté bañado por un sudor mortal. Indefenso frente al suplicio de mis propios temores. Una pausa en el centro de mi ser. Carecía de la voluntad y de la fuerza física necesarias para abandonar el lecho y caminar por la casa a oscuras, aferrándome a muros y barandillas; necesarias para tantear el camino, reincorporarme a mi cuerpo y entrar de nuevo en el mundo. Por mis costados se deslizaban gotas de sudor. Las cifras digitales del radiodespertador indicaban las 3:51. En tales ocasiones los números son siempre impares. ¿Qué significa? ¿Es acaso la muerte impar? ¿Existen números revitalizantes y números impregnados de amenaza? Babette murmuró en sueños y me acerqué aún más a ella, respirando su calor.

Por fin, me dormí. Me despertó un olor a tostadas quemadas. Sería Steffie. Steffie quema las tostadas con frecuencia, a cualquier hora, intencionadamente. Le encanta el olor, es una adicta a él; constituye su aroma más preciado. La satisface en aspectos que el humo no logra, ni las velas recién apagadas, ni el olor a pólvora que flota calle abajo procedente de los petardos encendidos el 4 de Julio. Ha desarrollado incluso categorías de preferencia. Tostadas de centeno quemadas, tostadas de pan blanco quemadas, etcétera.

Me puse el albornoz y bajé. Me pasaba la vida poniéndome albornoces y acudiendo a otros lugares para hablar seriamente con algún niño. Babette estaba con ella en la cocina, lo que me sorprendió. Pensaba que seguía en la cama.

—¿Quieres tostadas? —dijo Steffie.

—Cumpliré cincuenta y un años la semana que viene.

—No es demasiado, ¿verdad?

—Me he sentido igual durante los últimos veinticinco años.

—Mal asunto. ¿Cuántos años tiene mi madre?

—Aún es joven. Sólo tenía veinte años cuando nos casamos por primera vez.

—¿Es más joven que Baba?

—Aproximadamente igual. Lo suficiente para que no pienses que soy uno de esos hombres que se dedican a buscar mujeres más jóvenes.

No estaba seguro de si mis respuestas iban dirigidas a Steffie o a Babette. Todo esto está ocurriendo en la cocina, donde los niveles de información son numerosos y profundos, como diría Murray.

—¿Sigue aún en la CIA? —preguntó Steffie.

—Se supone que no debemos hablar de eso. De todos modos, no es más que una agente comercial.

—¿Y qué es eso?

—Es lo que hace la gente hoy en día para conseguir un segundo sueldo.

—¿Qué hace exactamente? —dijo Babette.

—Recibe una llamada telefónica desde Brasil. Eso la activa.

—¿Y luego?

—Luego transporta dinero en una maleta tan ancha y tan larga como todo el continente sudamericano.

—¿Eso es todo? También yo podría hacerlo.

—Algunas veces le envían libros para que los lea.

—¿La conozco? —preguntó Babette.

—No.

—¿Sé cómo se llama?

—Dana Breedlove.

Los labios de Steffie formaron las palabras mientras yo las pronunciaba.

—No pensarás comerte eso, ¿verdad? —le pregunté.

—Siempre me como mis tostadas.

Sonó el teléfono y lo cogí. Una voz femenina pronunció un hola de alta resolución. Dijo que estaba generada por ordenador y que formaba parte de un sondeo de mercado destinado a determinar los niveles actuales de expectativa de los consumidores. Dijo que realizaría una serie de preguntas y que se detendría después de cada una para darme ocasión de responder a ellas.

Le pasé el teléfono a Steffie. Cuando resultó evidente que se encontraba ocupada con la voz sintética, me dirigí a Babette en voz baja.

—Le gustaba conspirar.

—¿A quién?

—A Dana. Le gustaba involucrarme en cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Bandos. Enfrentar a ciertos amigos contra otros amigos. Conspiraciones caseras, complots de facultad.

—Suena de lo más corriente.

—Hablabas en inglés conmigo, y en español o en portugués cuando estaba al teléfono.

Steffie miró hacia atrás y se sirvió de la mano libre para estirarse el cuello del jersey y leer la etiqueta.

—Lana virgen y acrílico —dijo al teléfono.

Babette comprobó la etiqueta del suyo propio. Comenzó a llover suavemente.

—¿Qué se siente al tener casi cincuenta y uno? —dijo.

—Lo mismo que con cincuenta.

—Con la diferencia de que uno es par y el otro impar —señaló.

Aquella noche, en la habitación de Murray, pintada de un color blancuzco, disfrutamos de una cena espectacular a base de gallina de Cornualles con forma de

rana preparada en una cocina eléctrica de dos placas, tras lo cual nos trasladamos de las butacas metálicas plegables al camastro para tomar el café.

—Cuando trabajaba como cronista deportivo —dijo Murray—, viajaba constantemente, vivía en aviones y en hoteles, rodeado por el humo de los estadios, y nunca llegaba a encontrarme en casa en mi propio apartamento. Ahora siento que tengo un hogar.

—Has hecho maravillas —dijo Babette, paseando desesperadamente la mirada por la estancia.

—El lugar es pequeño, oscuro y sencillo —repuso él, satisfecho de sí mismo—. Como un contenedor del pensamiento.

Con un ademán, señalé el viejo edificio de cuatro plantas que se alzaba a cierta distancia, al otro lado de la calle.

—¿No te llegan ruidos del psiquiátrico?

—¿Palizas y gritos, quieres decir? Resulta interesante que la gente aún se refiera a él como el psiquiátrico. Probablemente se debe a lo chocante de su arquitectura, a la inclinación del tejado, a sus altas chimeneas, sus columnas, esos adornitos aquí y allá que no se sabe si lo hacen singular o siniestro... no consigo decidirme al respecto. Su aspecto no es el de un asilo ni el de una institución psiquiátrica. Parece una casa de locos.

Sus pantalones comenzaban a brillar a la altura de las rodillas.

—Siento que no hayáis traído a los niños. Quiero acostumbrarme a los niños pequeños. Vivimos en una sociedad de niños. Suelo decir a mis alumnos que son ya demasiado viejos para intervenir de modo decisivo en la construcción de la sociedad. Minuto a minuto, van divergiendo entre sí. «Mientras estamos aquí —les digo— estáis apartándoos del núcleo, estáis volviéndoos menos reconocibles como grupo, menos identificables por los publicistas y los productores de cultura de masas. Los niños representan un sector universal, pero vosotros ya habéis rebasado esa etapa, comenzáis a derivar, a sentiros aislados de los productos que consumís. ¿Para quién han sido diseñados? ¿Qué lugar ocupáis en la estructura de mercado? Una vez que habéis abandonado el colegio, es simplemente cuestión de tiempo hasta que experimentáis la vasta soledad e insatisfacción del consumidor que ha perdido su identidad grupal.» A continuación, cojo el lápiz y doy unos golpecitos sobre la mesa para señalar el paso ominoso del tiempo.

Dado que estábamos sentados en la cama, Murray se veía obligado a inclinarse pronunciadamente hacia delante, alargando su mirada más allá de mi taza de café para dirigirse a Babette.

—¿Cuántos críos tenéis en total?

Babette pareció vacilar.

—Está Wilder, claro. Y está Denise.

Murray dio un sorbo de su café, intentando dirigirle una mirada de soslayo, sosteniendo la taza junto a su labio inferior.

—Está Eugene, que este año vive con su papá en la costa oeste de Australia. Eugene tiene ocho años. Su padre realiza investigaciones en el interior. Su padre es también el padre de Wilder.

—El chico está creciendo apartado de la televisión —dije—, por lo que no me extrañaría que mereciera la pena hablar con él, Murray. Será una especie de niño salvaje, una criatura silvestre rescatada de la selva, inteligente y alfabetizado a la vez que despojado de esos códigos y mensajes más profundos que señalan a su especie como única.

—La televisión sólo constituye un problema para aquellos que han olvidado cómo mirar y cómo escuchar —repuso Murray—. Mis alumnos y yo hablamos de ello constantemente. Comienzan a sentir que se trata de un medio contra el que deberían rebelarse del mismo modo que la generación anterior se rebeló contra sus progenitores y su país. Yo les digo que tienen que aprender de nuevo a ver las cosas como los niños. A desenraizar su contenido. A descubrir los códigos y los mensajes, por utilizar tu expresión, Jack.

—¿Y qué responden a eso?

—La televisión no es sino otra forma de basura por correo. Sin embargo, yo les repito que me resulta imposible aceptar eso. Les digo que llevo más de dos meses sentado en esta habitación, plantado frente al televisor hasta altas horas de la madrugada, escuchando atentamente y tomando notas. Es como una experiencia grandiosa, como una lección de humildad, te lo digo en serio. Es algo próximo al misticismo.

—¿A qué conclusión has llegado?

Cruzó las piernas delicadamente, se acomodó con la taza en el regazo y dirigió la mirada hacia delante con una sonrisa.

—Ondas y radiación —dijo—. He llegado a la conclusión de que el medio constituye una fuerza primaria del hogar norteamericano. Es algo aislado, intemporal, independiente y autorreferente. Es como un mito que nace en nuestra sala de estar, como algo que aprendemos de un modo onírico y preconsciente. Me tiene entusiasmado, Jack.

Me miró; seguía sonriendo de un modo semifurtivo.

—Hay que aprender a mirar. Hay que abrirse a la información. La televisión nos ofrece cantidades increíbles de información sobrenatural. Descubre antiguos recuerdos del nacimiento del mundo, nos da su bienvenida hacia la cuna, hacia el entramado de puntitos susurrantes que conforman la imagen. En ella hay luz, hay sonido. Pregunto a mis alumnos: «¿Qué más queréis? Fijaos en la riqueza de información que encierran su red, su llamativo envoltorio, sus anuncios extraídos de

la vida cotidiana, esos productos que salen despedidos de las tinieblas, esos mensajes codificados y esas repeticiones interminables que son como cánticos, como mantras. “Pide una Coca, pide una Coca, pide una Coca.”» Se trata de un medio prácticamente desbordado de fórmulas sagradas para aquellos que sabemos reaccionar con inocencia y superar la irritación, el cansancio y la repugnancia.

—Pero tus alumnos no están de acuerdo.

—Peor que la basura por correo. Según ellos, la televisión representa el espasmo agonizante de la conciencia humana. Se sienten avergonzados de su pasado televisivo. De lo único que quieren hablar es de cine.

Se puso en pie y rellenó los vasos.

—¿Cómo estás tan enterado? —dijo Babette.

—Vengo de Nueva York.

—Cuanto más hablas, más falso resultas, como si estuvieras intentando hacernos tragar algo.

—Cualquier conversación es tanto mejor cuanto más seductora.

—¿Has estado casado alguna vez? —preguntó ella.

—Una vez, por poco tiempo. Me habían encargado cubrir la información acerca de los Jets, los Mets y los Nets. Qué personaje tan curioso debo de resultar para vosotros: un excéntrico solitario que se aísla frente a un televisor con docenas de paquetes de cómics polvorientos. No creáis por ello —dijo— que no agradecería la emocionante visita de una mujer que viniera entre las dos y las tres de la madrugada ataviada con tacones de punta, falda hendida y un equipo de sofisticados accesorios.

Mientras regresábamos a casa mantuve su cintura rodeada con el brazo. Lloviznaba. Las calles aparecían vacías. A lo largo de Elm todas las tiendas estaban a oscuras, con las dos orillas débilmente iluminadas. Las gafas de neón del escaparate de la óptica arrojaban una luz artificial sobre la acera.

Dacron, Orlon, Lycra Spandex.

—Sé que suelo olvidar cosas —dijo Babette—, pero ignoraba que resultara tan obvio.

—No lo es.

—¿Oíste a Denise? ¿Cuándo fue, la semana pasada?

—Denise es lista y es dura. Nadie más se da cuenta.

—Marco un número de teléfono y se me olvida a quién estoy llamando. Voy al supermercado y se me olvida qué tenía que comprar. Alguien me dirá algo, se me olvidará, volverán a decírmelo, se me olvidará y me lo dirán de nuevo con una sonrisa sorprendida.

—Todos olvidamos cosas —dije.

—Olvido nombres, rostros, números de teléfono, direcciones, citas, instrucciones y señas.

—Es algo que viene pasándole más o menos a todo el mundo.

—Se me olvida que a Steffie no le gusta que la llamen Stephanie. A veces la llamo Denise. Olvido dónde he aparcado el coche y a continuación, durante un rato muy, muy prolongado, olvido también qué aspecto tiene.

—El olvido se ha introducido en el aire y en el agua. Ha pasado a formar parte de la cadena alimenticia.

—Quizá se deba al chicle que mastico. ¿Te parece muy descabellado?

—Quizá se deba a otra cosa.

—¿A qué te refieres?

—Estás tomando otras cosas además del chicle.

—¿De dónde has sacado semejante idea?

—Me ha llegado de segunda mano, a través de Steffie.

—¿Y de dónde la ha sacado ella?

—Denise.

Hizo una pausa, admitiendo la posibilidad de que si Denise era la fuente de una teoría o de un rumor éste pudiera muy bien ser cierto.

—¿Qué dice Denise que estoy tomando?

—He preferido preguntártelo a ti antes que a ella.

—Que yo sepa, Jack, no estoy tomando nada que pudiera explicar mis pérdidas de memoria. Por otra parte, no soy vieja, no he sufrido ninguna lesión en la cabeza y mi familia no posee otros antecedentes médicos que algún desplazamiento de útero.

—Estás admitiendo que quizá Denise tiene razón.

—No podemos descartarlo.

—Estás diciendo que es posible que estés tomando algo que produce lapsus de memoria como efecto secundario.

—O bien estoy tomando algo y no lo recuerdo o bien no estoy tomando nada y tampoco lo recuerdo. Mi vida es o bien o bien. O bien mastico chicle normal o bien mastico chicle sin azúcar. O bien mastico chicle o bien fumo. O bien fumo o bien gano peso. O bien gano peso o bien me dedico a subir corriendo las gradas del estadio.

—Suen a vida aburrida.

—Espero que dure eternamente —dijo.

Las calles no tardaron en verse cubiertas de hojas. Hojas que se deslizaban arrastrándose por los tejados inclinados. Todos los días había un período en el que el viento soplaba con fuerza y desnudaba aún más los árboles. En los patios traseros y en los jardincitos delanteros aparecían jubilados provistos de rastrillos de púas curvadas y alineaban negras bolsas junto al bordillo formando hileras torcidas.

Un grupo de atemorizados chiquillos acudió a nuestra puerta en busca de sus premios de Halloween.

Acudía a clase de alemán dos veces a la semana, a última hora de la tarde, notando que la oscuridad iba cerniéndose más pronto con cada visita. Howard Dunlop mantenía como regla de trabajo que nos sentáramos frente a frente durante toda la duración de la clase. Quería que estudiara la posición de su lengua cuando me demostraba la pronunciación de las consonantes, los diptongos y las vocales largas y cortas. A continuación, también él escrutaba atentamente el interior de mi boca cuando intentaba reproducir aquellos desdichados sonidos.

Poseía un semblante amable y tranquilo, una superficie oval carente de todo asomo de distinción hasta que comenzaba con su rutina vocalizadora. Era entonces cuando daba comienzo la deformación. Resultaba inquietante de contemplar, y tan vergonzosamente fascinante como podría serlo un ataque de epilepsia en un ambiente controlado. Enterraba la cabeza en el tronco, aguzaba la mirada y su rostro comenzaba a dibujar muecas humanoides. Cuando me llegaba el turno de repetir los sonidos yo hacía lo propio, aunque sólo fuera para complacerle, torciendo la boca, cerrando los ojos por completo, consciente de una sobrearticulación tan torturante que debía de sonar como una súbita violación de las leyes naturales, como si una piedra o un árbol se esforzaran por hablar. Cuando abría los ojos le veía situado a pocos centímetros de mi boca, absorto en su interior. Solía preguntarme qué vería allí.

Se producían tensos silencios antes y después de cada clase. Yo intentaba charlar de cualquier cosa, animarle a que me hablara de sus años de quiropodista, de su vida anterior al alemán, pero él dejaba flotar la mirada a media distancia; no se mostraba irritado, ni aburrido, ni evasivo... tan sólo ausente, aparentemente libre de la conexión entre los sucesos. Cuando por fin comenzaba a hablar —acerca del casero o de los demás residentes— su voz adquiría un tono quejumbroso, un acento alargado de protesta. Para él era importante creer que se había pasado la vida entre personas que jamás llegaban a comprender de qué se trataba todo.

—¿Cuántos alumnos tienes?

—¿De alemán?

—Sí.

—Tú eres el único que tengo de alemán. Solía tener otros. El alemán ha pasado de moda. Estas cosas se ajustan a ciclos, como todo.

—¿Qué otras cosas enseñas?

—Griego, latín, navegación.

—¿Viene gente aquí a aprender navegación?

—Cada vez menos.

—Es increíble cómo se enseña hoy en día —dije—. Existe un profesor para cada

alumno. Todos mis conocidos son o alumnos o profesores. ¿Qué dirías que significa eso?

Desvió la mirada hacia la puerta de un armario.

—¿Enseñas alguna otra cosa?

—Meteorología.

—Meteorología. ¿Y cómo fue eso?

—La muerte de mi madre representó un golpe terrible para mí. Me derrumbé por completo, perdí la fe en Dios. Me sentía desconsolado, y me encerré por completo en mí mismo. Entonces, un día vi por casualidad un informe meteorológico en televisión. En él salía un joven dinámico provisto de un puntero luminoso frente a una fotografía multicolor tomada por satélite y predecía el tiempo de los cinco días siguientes. Permanecí allí, fascinado por su aplomo y su habilidad. Era como si el satélite meteorológico estuviera transmitiéndome un mensaje a través de aquel joven y yo lo recibiera reclinado en mi silla de lona. Recurrí a la meteorología en busca de consuelo. Me puse a leer mapas meteorológicos, a coleccionar libros acerca del clima, a asistir a lanzamientos de globos sonda. Me di cuenta de que la meteorología era algo que llevaba buscando toda mi vida. Me proporcionaba una sensación de paz y de seguridad que nunca había experimentado. El rocío, la escarcha, la niebla... Las borrascas de nieve. Las corrientes en chorro. Considero que existe cierta grandiosidad en torno a las corrientes en chorro. Comencé a salir de mi concha, a hablar con la gente por la calle. «Qué buen día hace.» «Parece que va a llover.» «¿Qué me dice usted de este calor?» Todo el mundo está al tanto del tiempo. Al levantarnos, lo primero que hacemos es acercarnos a la ventana y comprobar qué tiempo hace. Lo haces tú, lo hago yo. Redacté una lista de objetivos que espero alcanzar en meteorología. Seguí un curso por correspondencia, obtuve la licenciatura para poder enseñar la asignatura en instituciones con una capacidad legal inferior a cien personas. He enseñado meteorología en sótanos de iglesia, en aparcamientos de remolques, en los salones y en los cubiles de diversas personas. Acudían a escucharme en Millers Creek, Lumberville y Watertown. Obreros, amas de casa, comerciantes, miembros de la policía y del cuerpo de bomberos. Veía algo en sus ojos. Un apetito, una necesidad compulsiva.

Podían verse pequeños boquetes en los puños de su camiseta térmica. Nos hallábamos de pie en el centro de la estancia. Esperé a que prosiguiera. Era ese momento del año —del día— en que la textura de las cosas adquiere una pequeña tristeza insistente. Crepúsculo, silencio, frío metálico. Algo solitario en los huesos.

Cuando llegué a casa, encontré a Bob Pardee practicando su *swing* de golf en la cocina. Dijo que se dirigía en coche a realizar una presentación en Glassboro y que, al atravesar la ciudad, se le había ocurrido sacarnos a todos a cenar.

Hizo oscilar sus manos entrelazadas sobre el hombro izquierdo, a cámara lenta,

describiendo el arco con suavidad. Denise le contemplaba desde un taburete situado junto a la ventana. Bob llevaba un jersey medio andrajoso cuyas mangas tapaban los puños de la camisa.

—¿Qué clase de presentación? —preguntó Denise.

—Oh, ya sabéis. Esquemas, flechas. Unos cuantos colores puestos en la pared. Se trata de un instrumento de comunicación básico, tesoro.

—¿Has vuelto a cambiar de empleo?

—Estoy recolectando fondos. Y terriblemente ocupado, no creáis.

—¿Qué clase de fondos?

—Lo que haya por ahí, ¿entiendes? ¿Que la gente quiere regalarme cupones de descuento o aguafuertes? Perfecto, no me importa.

Se había inclinado para simular un *putt*. Babette permanecía apoyada sobre la puerta del refrigerador con los brazos cruzados, mirándole. Desde el piso de arriba llegó una voz con acento británico que decía: «Existen formas de vértigo que no producen sensación de torbellino.»

—¿Fondos para qué? —dijo Denise.

—Hay algo de lo que quizá hayáis oído hablar. Se llama Fundación para la Preparación ante Accidentes Nucleares. Básicamente, se trata de un fondo destinado a la defensa legal de la industria. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso me muero de hambre. Vamos a cazar unas cuantas chuletas, ¿os parece? Hay a quien le gusta la pata y hay a quien le gusta la pechuga. ¿Qué dices, Babette? Me siento casi dispuesto a sacrificar mi propia res.

—¿Cuántos trabajos tienes en total?

—No me des la paliza, Denise.

—No importa, me da lo mismo. Haz lo que te parezca.

Bob se llevó a los tres niños mayores al Wagon Wheel. Yo llevé a Babette a la casa situada a la orilla del río donde habría de leer al señor Treadwell, el anciano ciego que vivía allí con su hermana. Wilder se sentaba entre nosotros y jugaba con los folletos de supermercado que constituían la lectura favorita de Treadwell. Como lectora voluntaria para ciegos, Babette mostraba ciertas reservas acerca del apetito del anciano por lo innombrable y lo sórdido, convencida de que los minusválidos se hallaban moralmente destinados a tipos más elevados de entretenimiento. ¿A quién íbamos a tomar si no a ellos como modelos de superación del espíritu humano? Tenían que ser un ejemplo del mismo modo que lo era ella como lectora y reforzadora del ánimo. Sin embargo, cumplía sus deberes con profesionalidad y, empleando para ello la misma seriedad que hubiera adoptado con un niño, le leía historias acerca de tipos que mueren tras haber dejado sus mensajes en el contestador automático.

Wilder y yo la esperamos en el coche. El plan consistía en que después de la lectura los tres nos reuniríamos en el Dinky Donut con los miembros del grupo del Wagon Wheel. Cenaríamos allí mientras ellos tomaban el postre. Había cogido un ejemplar de *Mein Kampf* para aprovechar aquel segmento de la tarde.

La casa de los Treadwell era una vieja estructura adornada por unos emparrados medio podridos a lo largo del porche. Babette salió menos de cinco minutos después de entrar. Avanzó con incertidumbre hasta el extremo más alejado del porche y escrutó el oscuro jardín trasero. A continuación, regresó lentamente en dirección al coche.

—La puerta estaba abierta. Entré, y nadie. Miré a mi alrededor, y nada, nadie. Subí al piso de arriba y ni la más mínima señal de vida. No parece que falte nada.

—¿Qué sabes de su hermana?

—Es mayor que él y probablemente estará en peores condiciones, al menos si pasamos por alto el hecho de que él es ciego y ella no.

Las dos casas más cercanas se encontraban a oscuras, ambas anunciadas a la venta, y nadie de la zona sabía nada de los movimientos de los Treadwell durante los últimos días. Subimos al coche, nos dirigimos a las oficinas de la policía estatal y hablamos con una funcionaria sentada frente a una pantalla de ordenador. Nos dijo que cada once segundos desaparecía alguien y grabó todo cuanto dijimos.

Ya fuera del pueblo, frente al Dinky Donut, vimos a Bob Pardee sentado en silencio mientras los miembros de nuestra familia comían y parloteaban. Su cráneo comenzaba a despojarse de ese rostro sonrosado de golfista. Su piel parecía colgar, proporcionándole el aspecto contrito de aquellos sometidos a severas órdenes para perder peso. Llevaba el pelo lujosamente cortado y peinado, teñido con un poco de color, realzado con un poco de tecnología, pero parecía necesitar una cabeza más dinámica. Advertí que Babette le contemplaba cuidadosamente, intentando captar el significado de los cuatro vertiginosos años que habían pasado como marido y mujer. Como una carnicería panorámica. Él bebía, apostaba, se caía al río con el coche, era despedido, dimitía, se jubilaba, viajaba de incógnito a Coaltown, donde pagaba a una mujer para que le hablara en sueco mientras follaban. Era la cuestión del sueco lo que enfurecía a Babette: eso o la necesidad que él sentía de confesarlo, y le golpeaba, le golpeaba con el dorso de la mano, con los codos y las muñecas. Viejos amores, viejos temores. Ahora le contemplaba con una tierna compasión, con un enfrascamiento que parecía tan profundo como afectuoso a la vez que lo suficientemente generoso como para contener todos los anticonjuros mágicos necesarios para su actual corriente de aflicción; aunque yo, claro está, sabía mientras regresaba a mi libro que se trataba tan sólo de un afecto pasajero, de uno de esos actos de bondad que nadie comprende.

A las doce del mediodía del día siguiente, ya habían comenzado a dragar el río.

Los alumnos tienden a no alejarse del campus. Nada hay que puedan hacer en Blacksmith propiamente dicho; no hay distracciones, ni lugares de atractivo natural. Todos tienen su propia comida, sus películas, su música, su teatro, sus deportes, su conversación y sus relaciones sexuales. Vivimos en un pueblo de tintorerías y tiendas de óptica. Las ventanas de las compañías inmobiliarias aparecen decoradas con fotografías de imponentes casas victorianas. Fotografías que son las mismas desde hace años. Las casas son vendidas, demolidas o trasladadas a otras ciudades de otros estados. Vivimos en un pueblo de saldos y mercadillos, de posesiones fallidas dispuestas en las entradas de los garajes y abandonadas al cuidado de los niños.

Babette telefoneó a mi despacho del Centenary Hall. Dijo que Heinrich había bajado al río equipado con su gorra de camuflaje y una Instamatic para ver cómo dragaban las aguas en busca de los cuerpos, y que mientras estaba allí se había sabido que los Treadwell habían aparecido vivos —si bien en lamentable estado— en un cobertizo abandonado del centro comercial de Mid-Village, un enorme hipermercado situado junto a la autopista general. Por lo visto, se habían pasado dos días vagando por el centro, perdidos, confusos y atemorizados, hasta buscar refugio en aquella chabola inmunda. Allí pasaron dos días más, durante los cuales la hermana, debilitada y vacilante, había salido a buscar desperdicios en los cubos de basura de puertas batientes adornados con personajes de dibujos animados. Había sido pura suerte que su estancia en el hipermercado coincidiera con un breve período de buen tiempo. Nadie sabía aún por qué no habían pedido ayuda. Probablemente, se debía tan sólo a lo inmenso e ignoto del lugar y a lo avanzado de su edad, todo lo cual les había hecho sentirse indefensos y extraviados en un paisaje de figuras remotas y amenazadoras. Los Treadwell no salían mucho. De hecho, nadie podía imaginar cómo se las habían arreglado para llegar hasta el centro. Posiblemente, su sobrina nieta les había llevado allí en automóvil y había olvidado recogerles. Según Babette, no había sido posible localizarla, por lo que no cabía obtener sus comentarios al respecto.

El día anterior al feliz descubrimiento, la policía había recurrido a una vidente para que ayudara a determinar el paradero y la suerte de los Treadwell. Había salido en todos los periódicos locales. La vidente era una mujer que vivía en un remolque estacionado en una zona boscosa de los alrededores del pueblo. Exigía ser mencionada únicamente con el nombre de Adele T. Según el periódico, ella y el jefe de policía, Hollis Wright, habían pasado largo rato sentados en el remolque mientras la mujer contemplaba fotografías de los Treadwell y olisqueaba prendas de vestir procedentes de su guardarropa. A continuación, había pedido al jefe que la dejara sola durante una hora. Había hecho algunos ejercicios, había comido un poco de arroz y

de *dahl* y había procedido a entrar en trance. Durante aquel estado de alteración — proseguía el informe— había intentado rastrear temporalmente todos aquellos sistemas físicos distantes que deseaba localizar, en este caso el Viejo Treadwell y su hermana. Cuando el jefe Wright había entrado de nuevo en el remolque, Adele T. le había dicho que se olvidara del río y se concentrara en terrenos secos con un aspecto similar al de la superficie de la Luna y situados dentro de un radio de veinticinco kilómetros del hogar de los Treadwell. La policía había acudido inmediatamente a una planta de procesado de yesos situada quince kilómetros río abajo en la que habían descubierto una bolsa de viaje de líneas aéreas que contenía una pistola y dos kilogramos de heroína pura.

La policía había consultado a Adele T. en más de una ocasión, y la vidente les había conducido a dos cadáveres muertos a golpes, a un sirio metido en un refrigerador y a un depósito de billetes marcados por un total de seiscientos mil dólares, si bien en todos los casos —concluía el informe— la policía estaba a la busca de algo completamente distinto.

El misterio americano resulta cada vez más profundo.

Contemplábamos la espectacular puesta de sol, apelotonados frente a la ventana de la pequeña habitación de Steffie. Tan sólo Heinrich se mantenía apartado, bien porque desconfiaba de los grandes placeres comunitarios, bien porque opinaba que había algo de ominoso en las modernas puestas de sol.

Más tarde, sentado en la cama y enfundado en mi albornoz, me puse a estudiar alemán, mascullando las palabras para mí mismo y preguntándome si durante la conferencia de primavera podría limitar mi uso del alemán a las palabras iniciales de bienvenida o si el resto de los participantes pretenderían servirse de ese idioma a lo largo de toda su duración —conferencias, comidas y charlas de pasillo— como prueba de nuestra seriedad y de nuestra diferenciación dentro del mundo académico universal.

Dijo la televisión: «Así como otras tendencias que podrían desencadenar un impacto dramático sobre sus carteras.»

Denise entró en el dormitorio y se dejó caer extendida sobre los pies de la cama, depositando la cabeza sobre las manos y apartando la mirada de mí. ¿Cuántos códigos, contracódigos y episodios sociales había contenidos en aquella sencilla postura? Transcurrió un minuto entero y verdadero.

—¿Qué vamos a hacer con Baba? —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—No es capaz de recordar nada.

—¿Te preguntó si estaba sometida a medicación?

—No.

—¿No está sometida o no te lo preguntó?

—No me lo preguntó.

—Se supone que debía haberlo hecho —dije.

—Bueno, pues no lo hizo.

—¿Cómo sabes que está tomando algo?

—Vi el frasco enterrado en la basura, bajo la pila de la cocina. Era una fórmula recetada. La etiqueta mostraba su nombre y el nombre del medicamento.

—¿Cómo se llama el medicamento?

—Dylar. Uno cada tres días, lo que suena a que pudiera ser algo peligroso o creador de hábito o lo que sea.

—¿Qué dice tu vademécum de farmacia acerca del Dylar?

—No figura en él. Me he pasado horas consultándolo. Tiene cuatro índices.

—Será algo reciente. ¿Quieres que lo compruebe yo?

—Ya lo he mirado. Lo he *mirado*.

—Siempre podemos consultar con su médico. Pero no quiero exagerar la cuestión. Todo el mundo toma alguna medicina. Todos nos olvidamos de cosas alguna vez.

—No como le sucede a mi madre.

—Yo me paso la vida olvidando cosas.

—¿Y qué tomas?

—Píldoras para la tensión, para el estrés, para la alergia, colirios, aspirinas. Lo normal.

—He estado investigando en el armario de medicinas de vuestro cuarto de baño.

—¿No hay Dylar?

—Pensé que podía haber un frasco nuevo.

—El médico le recetó treinta comprimidos. Y punto. Lo normal. Todo el mundo toma algo.

—Aun así, quiero saberlo —dijo.

Había mantenido el rostro apartado de mí durante toda la conversación. Se trataba de una situación dotada de posibilidades de argumento, de ocasiones para que las personas diseñaran maniobras extrañas y planes secretos. En este punto, sin embargo, cambió de postura, apoyó el torso sobre un codo y me contempló con aire especulativo desde los pies de la cama.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro que sí —repuse.

—¿No te enfadarás?

—Ya sabes lo que hay en mi armario de medicinas. ¿Qué secretos me quedan?

—¿Por qué le pusiste Heinrich a Heinrich?

—Buena pregunta.

—No hace falta que la respondas.

—Buena pregunta. No hay motivo para que no la hagas.

—Bien, ¿por qué le llamaste así, pues?

—Pensé que se trataba de un nombre vigoroso, de un nombre fuerte. Posee cierta autoridad.

—¿Lo elegiste como homenaje a alguien?

—No. Heinrich nació poco después de crear la sección. Imagino que pretendía dar testimonio de mi buena fortuna. Quería algo alemán. Sentía que se imponía realizar un gesto.

—¿Heinrich Gerhardt Gladney?

—Pensé que el nombre tenía una autoridad de la que quizá podría apropiarse. Pensé que era vigoroso y fuerte, y aún lo pienso. Quería protegerle, preservarle del miedo. La gente estaba llamando a sus hijos Kim, Kelly y Tracy.

Se produjo un largo silencio. Continuaba mirándome. Sus rasgos, arremolinados

en cierto modo en torno al centro de su rostro, prestaban a sus momentos de concentración una expresión achatada y semihostil.

—¿Crees que me equivoqué?

—No soy quién para decirlo.

—Los nombres alemanes, la lengua alemana, las *cosas* alemanas, tienen algo. No sé de qué se trata. Sé que está ahí. Y en medio de todo está Hitler, claro.

—Anoche salió otra vez en televisión.

—Siempre sale en televisión. Sin él, no podría haberla.

—Perdieron la guerra —repuso ella—. ¿En qué medida podían ser grandes?

—No es mal punto de vista. Sin embargo, no se trata de una cuestión de grandiosidad. No se trata de una cuestión de bien o mal. No sé de qué se trata. Intenta verlo de esta manera. Hay personas que siempre visten su color favorito. Hay personas que siempre van armadas. Hay personas que se ponen un uniforme para sentirse mejor, más fuertes, más seguras. Mis obsesiones giran en torno a ese campo.

Entró Steffie, ataviada con la visera verde de Denise. Ignoraba qué significado tenía aquello. Se subió a la cama y los tres comenzamos a revisar mi diccionario alemán-inglés en busca de palabras que sonaran igual en ambos idiomas, como *orgía* y *zapato*.

Heinrich llegó corriendo por el salón e irrumpió en el dormitorio.

—Venid, rápido, están sacando un avión que se ha estrellado.

Dicho esto, salió de nuevo, las niñas saltaron de la cama y los tres echaron a correr por el salón hacia el televisor.

Me incorporé en la cama, un tanto desconcertado. La rapidez y el estruendo de su partida había desencadenado un estado de agitación molecular en la habitación. Entre el escombros de materia invisible, la cuestión parecía ser: «¿Qué está sucediendo aquí?» Para cuando quise llegar a la estancia situada al fondo del salón, tan sólo se veía una nube de humo negro en el borde de la pantalla. El siniestro, no obstante, fue mostrado dos veces más, una de ellas fotograma a fotograma mientras un analista intentaba explicar los motivos de la catástrofe. Un instructor de reactores en una exhibición aérea celebrada en Nueva Zelanda.

Dos de nuestros armarios tenían puertas que se abrían solas.

Aquella noche, un viernes, nos reunimos frente al televisor —cual era nuestra norma habitual— provistos de comida china preparada para consumir en casa. Había inundaciones, terremotos, corrimientos de tierras y volcanes en erupción. Hasta entonces, nunca habíamos prestado tanta atención a nuestro deber, a nuestra asamblea de los viernes. Heinrich no se mostraba malhumorado, y yo no me sentía aburrido. Steffie, al borde de las lágrimas por culpa de un marido de comedia que había aparecido discutiendo con su mujer, parecía totalmente absorta por aquellos retazos documentales de muertes y calamidades. Babette intentó cambiar a una serie acerca

de un grupo de chiquillos de distintas razas que construyen su propio satélite de comunicaciones, pero se vio sorprendida por la contundencia de nuestra objeción. Aparte de eso, nos mantuvimos en silencio, viendo casas que se deslizaban hacia el océano, pueblos enteros que se incendiaban y crepitaban bajo masas de lava en movimiento. Cada desastre nos hacía desear que llegara el siguiente, que fuera mayor, más sobrecogedor, más arrasador...

El lunes, acudí caminando a la oficina. Al entrar, me encontré con Murray sentado en la butaca que hay junto a la mesa, como alguien que esperara la llegada de una enfermera provista de un tensímetro. Había tenido problemas, dijo, en su intento de establecer una sede de investigación referente a Elvis Presley en el departamento de estudios norteamericanos. Su presidente, Alfonse Stompanato, parecía pensar que uno de los otros instructores, un antiguo guardaespaldas de ciento treinta kilos de peso llamado Dimitrios Cotsakis, había establecido sus derechos con anterioridad cuando el Rey murió, pues había volado a Memphis, había entrevistado a miembros de su entorno y de su familia y había sido él mismo entrevistado por la televisión local como Intérprete del Fenómeno.

Como golpe de efecto no había estado nada mal, admitía Murray. Le sugerí que podía dejarme caer durante su próxima conferencia de un modo informal, sin anuncio previo, tan sólo para prestar un toque de importancia al acontecimiento y permitir que se beneficiara de cualquier influencia y prestigio que pudieran albergar mi departamento, mi tema o mi persona física. Asintió lentamente, acariciándose el extremo de la barba.

Más tarde, a la hora del almuerzo, sólo pude descubrir una silla vacía, situada en una mesa ocupada por los *émigrés* neoyorquinos. Alfonse, sentado a la cabecera, constituía una presencia imponente incluso para un comedor de facultad. Era corpulento, sardónico, de mirada sombría, cejas desiguales y una barba furiosa orlada de gris. Exactamente la misma barba que yo me hubiera dejado crecer en 1969 si Janet Savory —mi segunda esposa y madre de Heinrich— no se hubiera opuesto. «Deja que se vea esa cara fofa —había dicho con su tono de voz tímido y seco—. Resulta más eficaz de lo que piensas.»

Alfonse confería una sensación de deliberación exhaustiva a todo lo que hacía. Hablaba cuatro idiomas, poseía una memoria fotográfica y realizaba mentalmente complejos cálculos matemáticos. En cierta ocasión me había dicho que el arte de prosperar en Nueva York se basaba en aprender cómo expresar la insatisfacción de un modo interesante. La atmósfera estaba impregnada de ira y de reproche. La gente no toleraba tus tribulaciones personales a no ser que supieras divertir a los demás con ellas. El propio Alfonse resultaba a menudo entretenido en un sentido demoledor. Mostraba una actitud que le permitía absorber y destruir todas las opiniones que no

encajaban con las suyas. Cuando hablaba acerca de cultura popular solía ejercitar la lógica cerrada de los fanáticos religiosos, de quienes matan por sus creencias. Su respiración se tornaba pesada y arrítmica, y sus cejas semejaban fundirse entre sí. Los otros *émigrés* parecían encontrar que sus desafíos y provocaciones constituían un contexto apropiado para sus propios objetivos. Utilizaban su despacho para jugar a arrojar centavos contra la pared.

—¿A qué se debe, Alfonse, que las personas decentes, bienintencionadas y responsables se sientan intrigadas ante la catástrofe cuando la contemplan en televisión? —le dije.

Le hablé de la reciente velada de lava, lodo y aguas devastadoras que tan distraída habíamos hallado los niños y yo.

—Queríamos más, más.

—Es natural, es normal —dijo él, asintiendo con gesto reconfortante—. Le sucede a todo el mundo.

—¿Por qué?

—Porque padecemos marchitamiento cerebral. Necesitamos una catástrofe de vez en cuando para interrumpir el incesante bombardeo de información.

—Resulta obvio —apostilló Lasher, un hombre menudo de facciones tensas y cabellos peinados hacia atrás.

—El flujo es constante —dijo Alfonse—. Palabras, imágenes, cifras, hechos, gráficos, estadísticas, motas, ondas, partículas. Tan sólo las catástrofes logran captar nuestra atención. Las deseamos, las necesitamos, dependemos de ellas. Siempre y cuando sucedan en otro lugar. Ahí es donde interviene California. Deslizamientos de tierra, incendios forestales, erosión costera, terremotos, asesinatos en masa, etcétera. Si podemos relajarnos y disfrutar de esos desastres es porque sentimos que California se merece todo lo que le ocurra. Los californianos inventaron el concepto de estilo de vida. Sólo eso ya justifica su condena.

Cotsakis estrujó una lata de Pepsi baja en calorías y la arrojó a un cubo de basura.

—Japón es magnífico en cuanto a desastres se refiere —dijo Alfonse—. India aún sigue sin explotar. Allí existe un enorme potencial, con sus hambrunas, sus monzones, sus luchas religiosas, sus accidentes de tren, sus hundimientos de barcos, etcétera. Sus desastres, sin embargo, tienden a escapar a la cámara. Aparecen tres líneas en el periódico. No hay imágenes, no hay conexión vía satélite. Por eso es tan importante California. No sólo disfrutamos viendo cómo son castigados por su relajado estilo de vida y sus ideas sociales progresistas sino que sabemos que no nos perdemos nada. Las cámaras están allí mismo. Junto a ellos. Nada que pueda considerarse terrible escapa a su escrutinio.

—Estás diciendo que sentirse fascinado por las catástrofes en televisión es algo más o menos universal.

—Para la mayoría de las personas, sólo existen dos lugares en el mundo. El sitio en el que viven y el televisor. Si algo ocurre por televisión, tenemos todo el derecho del mundo de encontrarlo fascinante, sea lo que sea.

—No sé si debo alegrarme o lamentarme de saber que mi experiencia es tan ampliamente compartida.

—Laméntate —dijo.

—Es obvio —afirmó Lasher—. A todos nos hace sentir mal. Pero podemos disfrutarlo a ese mismo nivel.

—Éste es el resultado de mostrar atención equivocadamente —dijo Murray—. La gente padece marchitamiento cerebral debido a que ha olvidado escuchar y mirar como los niños. Ha olvidado cómo reunir información. Desde un punto de vista sobrenatural, un incendio forestal en televisión se encuentra en un plano inferior al de un anuncio publicitario de diez segundos acerca de lavavajillas automáticos. La propaganda posee ondas y emanaciones más profundas. Sin embargo, hemos invertido el significado relativo de todas estas cosas. A ello se debe el cansancio que sufren los ojos, los oídos, las mentes y los sistemas nerviosos de la gente. Sencillamente, se trata de una cuestión de uso impropio.

Grappa, con gesto descuidado, arrojó a Lasher medio panecillo untado con mantequilla, acertándole en el hombro. Grappa era pálido y gordezuelo como un bebé, y el panecillo constituía un intento de captar la atención de Lasher.

—¿Alguna vez te has cepillado los dientes con el dedo? —le dijo Grappa.

—Me cepillé los dientes con el dedo la primera vez que pasé la noche en casa de los padres de mi mujer, antes de casarnos, cuando fueron a pasar un fin de semana a Asbury Park. Era una familia Profidén.

—Para mí, olvidar el cepillo de dientes se ha convertido en un fetiche —comentó Cotsakis—. Me he cepillado con el dedo en Woodstock, Altamont, Monterrey y aproximadamente en una docena de otros acontecimientos arquetípicos.

Grappa miró a Murray.

—Yo me cepillé los dientes con el dedo tras el combate disputado entre Ali y Foreman en Zaire —dijo Murray—. Es el punto más meridional en el que me he cepillado con el dedo.

Lasher miró a Grappa.

—¿Has cagado alguna vez en un retrete que no tenga asiento?

Grappa replicó con una respuesta semilírica.

—Sí, en un servicio de caballeros inmenso y deprimente instalado en una vieja gasolinera de Socony Mobil situada en la Boston Post Road, la primera vez que mi padre salió de la ciudad con el automóvil. Esas gasolineras del pegaso rojo. ¿Quieres saber cómo era el coche? Puedo proporcionarte hasta los más mínimos detalles.

—Ésas son las cosas que no enseñan —dijo Lasher—. Retretes sin asiento.

Mearse en las pilas. La cultura de los lavabos públicos. Todos esos grandes restaurantes, cines y gasolineras. El *ethos* de la carretera al completo. Yo he meado en pilas de todo el Oeste norteamericano. He atravesado la frontera para mear en pilas de Manitoba y Alberta. De eso se trata todo. Los grandes cielos del Oeste. Los mejores moteles del Oeste. Los mejores restaurantes y autocines. La poesía de la carretera, de las llanuras, del desierto. Los retretes fétidos y repugnantes. Una vez, en Utah, meé en una pila a treinta grados bajo cero. Es la vez que con más frío he meado en una pila.

Alfonse Stompanato miró intensamente a Lasher.

—¿Dónde estabas cuando murió James Dean? —preguntó con voz amenazadora.

—En casa de los padres de mi mujer, antes de casarnos, escuchando *Make Believe Ballroom* en la vieja radio de consola marca Emerson. La Motorola del dial luminoso era ya cosa del pasado.

—Por lo que se ve, te pasaste media vida follando en casa de los padres de tu mujer —dijo Alfonse.

—Éramos unos chiquillos. La matriz cultural era aún demasiado temprana para follar exactamente.

—¿Qué hacíais?

—Es mi mujer, Alfonse. ¿Acaso pretendes que lo diga frente a una mesa llena de gente?

—James Dean muerto y tú sobando a una cría de doce años.

Alfonse dirigió una mirada encendida a Dimitrios Cotsakis.

—¿Dónde estabas tú cuando murió James Dean?

—En la parte trasera del restaurante que tenía mi tío en Astoria, Queens, pasando el aspirador.

Alfonse miró a Grappa.

—¿Y dónde demonios estabas tú? —dijo, como si acabara de ocurrírsele que la muerte del actor no podría considerarse un suceso completo en tanto no se conociera el paradero de Grappa a la sazón.

—Sé exactamente dónde estaba, Alfonse. Déjame pensar un momento.

—¿Dónde estabas, hijo de puta?

—Siempre recuerdo estas cosas hasta en sus menores detalles, pero entonces no era más que un adolescente soñador. Mi vida contiene vacíos de ese tipo.

—Estabas ocupado en hacerte una paja. ¿Es a eso a lo que te refieres?

—Pregúntame por Joan Crawford.

—Treinta de septiembre, mil novecientos cincuenta y cinco. Muere James Dean. ¿Dónde está Nicholas Grappa y qué está haciendo?

—Pregúntame por Gable, por Marilyn Monroe.

—El Porsche plateado se aproxima a una intersección a la velocidad de un rayo.

No hay tiempo de frenar ante el Ford. Ruido de cristales rotos mezclado con el chirrido del metal. Jimmy Dean queda reclinado en el asiento del conductor con el cuello roto y fracturas y heridas múltiples. Son las seis menos cuarto de la tarde en la costa del Pacífico. ¿Dónde está Nicholas Grappa, el rey de las pajas del Bronx?

—Pregúntame por Jeff Chandler.

—Eres un hombre de mediana edad, Nicky, que trafica con su propia niñez. Tienes la obligación de ofrecer resultados.

—Pregúntame por John Garfield, por Monty Clift.

Cotsakis era un monolito de carne densa y apelmazada. Antes de ingresar en la facultad, había sido guardaespaldas personal de Little Richard y responsable de seguridad de sus conciertos.

Elliot Lasher le arrojó un trozo de zanahoria cruda.

—¿Alguna vez has tenido a una mujer arrancándote los pellejos de la espalda después de pasar unos cuantos días en la playa? —le preguntó.

—Cocoa Beach, Florida —dijo Cotsakis—. Fue tremendo. La segunda o tercera experiencia más trascendente de mi vida.

—¿Estaba desnuda? —dijo Lasher.

—Hasta la cintura —repuso Cotsakis.

—¿Por arriba o por abajo? —preguntó Lasher.

Vi que Grappa tiraba una galleta a Murray, lanzándosela con un movimiento horizontal, como si fuera un disco volador.

Me puse las gafas oscuras, enderecé el gesto y penetré en la habitación. Había veinticinco o treinta jóvenes, entre hombres y mujeres, vestidos muchos de ellos con colores otoñales y sentados en las butacas, los sofás y la ancha alfombra de color beige. Murray se deslizaba entre ellos, charlando, mostrando un estilizado temblor en su mano derecha. Cuando me vio, sonrió tímidamente. Me situé junto a la pared, intentando adoptar un aspecto sobrecogedor, cruzando los brazos bajo la negra toga.

Murray se encontraba sumido en un pensativo monólogo.

—¿Sabía su madre que Elvis moriría joven? Solía hablar acerca de asesinos. Acerca de la vida. De la vida de una estrella de este tipo y esta magnitud. ¿No está acaso la vida estructurada con el objetivo de eliminarnos pronto? De eso se trata, ¿no es cierto? Existen normas, reglas. El que no posee la elegancia y el ingenio necesarios para morir pronto se ve forzado a desaparecer, a ocultarse como si se sintiera avergonzado y quisiera pedir disculpas. A su madre le inquietaba su sonambulismo. Temía que pudiera caerse por una ventana. Siempre pienso una cosa acerca de las madres: las madres son las que realmente lo saben todo. El folklore tiene razón.

—Hitler adoraba a su madre —dije yo.

Una oleada de atención, muda, identificable tan sólo a través de cierta inmovilidad convergente, de cierta tensión interior. Murray siguió moviéndose, por supuesto, si bien de un modo ligeramente más deliberado, escurriéndose entre las sillas, entre la gente sentada en el suelo. Yo permanecí apoyado contra la pared con los brazos cruzados.

—A Elvis y a Gladys les gustaba besarse y acariciarse —dijo—. Durmieron en la misma cama hasta que él comenzó a ser físicamente maduro. Constantemente hablaban entre sí con lenguaje de bebé.

—Hitler era un chiquillo perezoso. Sus notas estaban llenas de suspensos. Pero Klara le quería, le mimaba, le proporcionaba la atención que su padre no le dio. Era una mujer callada, modesta y religiosa, a la vez que una buena cocinera y ama de casa.

—Gladys acompañaba a Elvis al colegio todos los días, y luego iba a recogerlo. Le defendía en las peleas callejeras, y le soltaba un sopapo a cualquier chiquillo que intentara pegarle.

—Hitler fantaseaba. Daba clases de piano, dibujaba esbozos de los museos y las villas. Pasaba mucho tiempo en casa. Klara toleraba todo eso. Era el primero de sus hijos que había sobrevivido a la infancia. Los otros tres habían muerto.

—Elvis confiaba en Gladys. Llevaba a sus amigas a casa para que la conocieran.

—Hitler le escribió un poema a su madre. Su madre y su sobrina eran las mujeres

que más influían en él.

—Cuando Elvis ingresó en el ejército, Gladys enfermó y sufrió una depresión. Notaba algo, quizá tanto acerca de sí misma como acerca de él. Sus sistemas superracionales destellaban señales de peligro. Presagios tenebrosos y melancólicos.

—No cabe duda de que Hitler era lo que solemos llamar un hijito de su mamá.

Un joven ocupado en tomar notas murmuró distraídamente: «*Muttersöhnchen.*» Le observé con recelo. A continuación, obedeciendo a un impulso, abandoné mi postura junto a la pared y comencé a pasear por la estancia como Murray, deteniéndome de cuando en cuando para hacer un gesto, escuchar o desviar la mirada hacia una ventana o hacia el techo.

—Elvis apenas podía soportar perder de vista a Gladys cuando ésta empeoró. La velaba constantemente en el hospital.

—Cuando su madre cayó gravemente enferma, Hitler instaló una cama en la cocina para estar más cerca de ella. Él mismo se ocupaba de cocinar y de limpiar.

—Elvis se derrumbó de pena cuando Gladys murió. La acariciaba y la abrazaba en el féretro. Siguió hablando con ella con palabritas de bebé hasta que la cubrió la tierra.

—El funeral de Klara costó trescientas setenta coronas. Hitler lloró junto a su tumba y cayó en un período de depresión y autocompasión. Experimentaba una intensa sensación de soledad. No sólo había perdido a su amada madre, sino también su sentido del hogar y del mundo.

—Parece bastante seguro que la muerte de Gladys produjo un desplazamiento fundamental en el centro de la perspectiva universal del Rey. Ella había representado su ancla, su sentido de la seguridad. Comenzó a apartarse del mundo real, a despertar el estado de su propia muerte.

—Durante el resto de su vida, Hitler no pudo soportar acercarse a los adornos navideños debido a que su madre había muerto junto a un árbol de Navidad.

—Elvis envió amenazas de muerte, recibió amenazas de muerte. Se organizó a sí mismo recorridos mortuorios y comenzó a interesarse por los ovnis. Empezó a estudiar el *Bardo Thödol*, comúnmente conocido como *El libro tibetano de los muertos*. Una guía de la muerte y la reencarnación.

—Años después, invadido por un sentimiento automítico y una profunda sensación de ausencia, Hitler conservó un retrato de su madre en su espartano refugio de Obersalzberg. Comenzó a notar un zumbido en el oído izquierdo.

Murray y yo coincidimos en el centro de la habitación, chocando casi. Entró Alfonse Stompanato, seguido por varios estudiantes y atraído tal vez por cierta oleada de excitación, por cierto frenesí reinante en la atmósfera. Depositó su hosca corpulencia en una butaca mientras Murray y yo girábamos uno en torno al otro y enfilábamos distintas direcciones intentando evitar el intercambio de nuestras

miradas.

—Elvis cumplió los términos del contrato. Excesos, deterioro, autodestrucción, comportamientos grotescos, hinchazón física y diversas autoagresiones al cerebro. Su lugar en la leyenda no corre peligro. Su muerte, temprana, horrible e innecesaria, le libró de los escépticos. Ya nadie podía negarle. Su madre, probablemente, fue testigo de todo como si lo viera en una pantalla de diecinueve pulgadas, años antes de su propia muerte.

Murray, encantado de cederme la palabra, se retiró a una esquina de la habitación y se sentó en el suelo, dejándome espacio suficiente para caminar y gesticular por mi cuenta, envuelto por la seguridad de mi aura profesional de poder, locura y muerte.

—Hitler se llamaba a sí mismo el vagabundo solitario de la nada. Chupaba tabletas medicinales, se dirigía a la gente con interminables monólogos repletos de asociaciones libres, como si el lenguaje procediera de una inmensidad situada fuera de los límites del mundo y él fuera simplemente el médium encargado de su revelación. Resulta interesante preguntarse si desde el *Führerbunker*, bajo la ciudad en llamas, su mente se remontaría a sus primeros días de poder. ¿Pensaba en los pequeños grupos de turistas que visitaban la pequeña vivienda en la que nació su madre y en la que había pasado las vacaciones de verano con sus primos, montando en carros de bueyes y fabricando cometas? Acudían a honrar el emplazamiento, el lugar de nacimiento de Klara. Entraban en la granja e investigaban tímidamente a su alrededor. Muchachos, adolescentes subidos al tejado. Con el tiempo, su número comenzó a aumentar. Tomaban fotografías, deslizaban pequeños objetos al interior de sus bolsillos. A continuación llegaron las multitudes, muchedumbres de personas que invadían los patios, entonaban canciones patrióticas y pintaban cruces gamadas en los muros y en los costados de las bestias. La gente acudía en masa a aquella villa de montaña. Tantos iban que él mismo se veía obligado a permanecer en el interior. Recogían guijarros de los senderos que había pisado y se los llevaban a casa como recuerdo. Las multitudes iban a oírle hablar, multitudes impregnadas de una carga erótica, multitudes a las que en otro tiempo se había referido como su única prometida. Cerraba los ojos, apretaba los puños al hablar, torcía su cuerpo empapado en sudor, recomponía su voz hasta convertirla en un arma de emoción. Hubo quien dio en tildar aquellos discursos de «crímenes sexuales». Las masas acudían para ser hipnotizadas por la voz, por los himnos del partido, por los desfiles de antorchas.

Depositó la mirada en la alfombra y conté lentamente hasta siete.

—Pero esperen. Qué familiar nos resulta todo esto, qué cercano a los sucesos habituales. Acuden multitudes, se enardecen, tocan, oprimen... gente ansiosa de verse transportada. ¿Acaso no resulta corriente? Es algo que todos *conocemos*. Debía de haber algo diferente en aquellas muchedumbres. ¿Qué era? Permítanme que susurre la terrible palabra, procedente del inglés antiguo, del alemán antiguo, del

nórdico antiguo. *Muerte*. Muchas de aquellas multitudes se reunían en nombre de la muerte. Estaban allí para rendir homenaje a los muertos. Procesiones, cánticos, discursos, diálogos con los muertos. Acudían allí para ver piras y ruedas en llamas, miles de banderas inclinadas a modo de saludo, miles de enlutados uniformados. Las multitudes se congregaban para formar un escudo frente a su propia muerte. Incorporarse a una multitud equivale a mantenerse apartado de la muerte. Separarse de ella es arriesgarse a morir como individuo, enfrentarse a la muerte en solitario. Las multitudes se reunían fundamentalmente por este motivo. Se hallaban allí para ser multitud.

Murray permanecía sentado al otro extremo de la estancia. Su mirada expresaba una profunda gratitud. Me había mostrado generoso con el poder y la locura que tenía a mi disposición, permitiendo que mi tema se asociara con una figura infinitamente inferior, con un tipo que se tiraba en una hamaca y se entretenía disparando con el dedo al televisor. No era ninguna tontería. Todos teníamos que mantener nuestra propia aura, y al compartir la mía con un amigo arriesgaba precisamente esas cosas que me convertían en intocable.

La gente se agrupaba en derredor, estudiantes y empleados, y bajo el suave rumor de observaciones oídas a medias y voces girando en torno advertí que nos habíamos convertido en multitud. Tampoco es que en ese momento necesitara tener una multitud a mi alrededor. En ese momento menos que nunca. Allí, la muerte constituía una cuestión estrictamente profesional. Me sentía cómodo con ella, sentía que la dominaba. Murray se abrió camino hasta donde yo me encontraba y me condujo a la salida de la estancia, apartando nerviosamente a los reunidos con la mano.

Aquél fue el día en que Wilder comenzó a llorar a las dos de la tarde. A las seis seguía llorando, sentado en el suelo de la cocina y contemplando el interior del horno a través del cristal de la puerta. Cenamos deprisa, rodeándole o saltando por encima de él para alcanzar el horno y el refrigerador. Babette le miraba mientras comía. Tenía que ir a dar una clase acerca de modos de sentarse, caminar y estar de pie. Faltaba hora y media para que comenzara. Me dirigió una mirada vacua y suplicante. Había probado a hablarle en tono tranquilizador, le había cogido en brazos y le había acariciado, le había mirado los dientes, le había bañado y examinado, le había hecho cosquillas, le había dado de comer, había intentado motivarle para que se introdujera en su túnel de juguete, fabricado de vinilo. Sus ancianos estarían esperándola en el sótano de la iglesia.

Era un llanto rítmico, una declaración medida de pulsos breves y urgentes. En ciertos momentos se convertía en una protesta irregular y exhausta, en un quejido animal, pero aun así mantenía su ritmo, su intensidad reforzada y la amargura húmeda y rosada de su rostro.

—Le llevaremos al médico —dije—, y a continuación te dejaré en la iglesia.

—¿Querrá el médico ver a un niño que está llorando? Además, su médico no tiene consulta a esta hora.

—¿Y el tuyo?

—Creo que sí. ¡Pero un niño que llora, Jack...! ¿Qué voy a decirle? «¿Mi niño está llorando?»

—¿Existe acaso un estado más básico?

Hasta ese momento no se había producido sensación de crisis. Tan sólo exasperación y angustia. Tan pronto como decidimos acudir al médico, sin embargo, comenzamos a apresurarnos y a inquietarnos. Buscamos la chaqueta y los zapatos de Wilder, intentamos recordar qué había comido en las últimas veinticuatro horas, tratando de imaginar de antemano las preguntas que haría el médico y ensayando cuidadosamente las respuestas. Parecía fundamental coincidir en las respuestas incluso si no estábamos seguros de que fueran correctas. Los médicos pierden interés en las personas que se contradicen. Se trataba de un temor que regía desde hacía tiempo mi relación con los doctores: que perderían interés en mí, que ordenarían a sus recepcionistas que hicieran entrar al resto de los pacientes antes que a mí, que llegarían a considerar mi muerte como un hecho aceptado.

Esperé en el coche mientras Babette y Wilder entraban en la clínica situada al final de Elm. Las consultas de los médicos me deprimen incluso más que los hospitales debido a su atmósfera de expectación negativa y a los pacientes que, de

cuando en cuando, se despiden tras oír buenas noticias, estrechando la mano antiséptica del médico y riendo a grandes carcajadas, riéndose de cualquier cosa que diga el médico, rebosantes de risa, dotados de un poder en estado puro, haciendo deliberadamente caso omiso del resto de los pacientes mientras caminan entre ellos en dirección a la puerta sin dejar de reír provocativamente: se sienten libres de ellos, ya no se encuentran asociados a su sombría debilidad, a su ansiosa agonía interior. Prefiero visitar un pabellón de urgencias, algún pozo urbano de estremecimientos al que la gente llega herida de bala, apuñalada, adormilada por compuestos opiáceos, con agujas rotas colgando de los brazos. Se trata de cosas que no tienen nada que ver con mi propia muerte, la cual, cuando llegue, será incruenta, provinciana, reflexiva.

Abandonaron el vestíbulo brillantemente iluminado y salieron a la calle, fría, solitaria y oscura. El niño caminaba junto a su madre, cogiéndola de la mano, sin cesar de llorar; era tal la imagen de torpe aflicción y desdicha que mostraban que casi me eché a reír: no por su pesadumbre, sino por la imagen que ofrecían de ella, por la disparidad entre su tristeza y su aspecto. Mis sentimientos de ternura y compasión se vieron socavados ante la contemplación de ambos atravesando la acera, vestidos desordenadamente, la criatura sollozando con determinación, la madre encorvándose al caminar, despeinados, formando una pareja tan alicaída como patética. Resultaban inadecuados para el dolor hablado, para la angustia grandiosa y deliberada. ¿Explicaría esto la existencia de los plañideros profesionales? ¿Evitar que el velatorio derive hacia un *pathos* cómico?

—¿Qué ha dicho el médico?

—Que le demos una aspirina y le metamos en la cama.

—Eso fue lo que dijo Denise.

—Ya se lo dije, y él repuso: «Bien, ¿y por qué no lo han hecho?»

—¿Por qué no lo hicimos?

—Porque es una niña, no es un médico: por eso.

—¿Le dijiste eso a él?

—No sé lo que le dije —repuso—. Nunca controlo las cosas que digo a los médicos, y mucho menos las que ellos me dicen a mí. Las percibo como una interferencia en la atmósfera.

—Sé exactamente a qué te refieres.

—Es como mantener una conversación durante una salida al espacio, colgada en uno de esos trajes voluminosos.

—Todo flota de un lado a otro.

—Me paso la vida contando mentiras a los médicos.

—Yo también.

—Pero ¿por qué? —dijo.

Mientras ponía el motor en marcha me di cuenta de que el llanto del niño había

cambiado de tono y de calidad. La urgencia rítmica había cedido para dar paso a un sonido quejumbroso, sostenido e inarticulado. Como si entonara una salmodia fúnebre. Eran expresiones de lamento propias del medio este, expresiones de una angustia tan accesible que se apresura a aplastar el motivo que la ha causado. Había en su llanto algo permanente y conmovedor. Era el sonido de un desconsuelo innato.

—¿Qué hacemos?

—Piensa en algo —dijo ella.

—Aún queda un cuarto de hora para tu clase. Llémosle al hospital, a urgencias. Tan sólo para ver qué dicen.

—No puedes llevar a un niño a urgencias tan sólo porque esté llorando. Si hay algo que no puede considerarse una urgencia, es esto.

—Yo os esperaré en el coche —dije.

—¿Y qué les digo? ¿«Mi hijo está llorando»? Además, ¿tienen realmente pabellón de urgencias?

—¿No te acuerdas? Llevamos a los Stover este verano.

—¿Por qué?

—Tenían el coche en el taller.

—Da lo mismo.

—Habían inhalado los vapores de no sé qué quitamanchas.

—Llévame a la clase —dijo.

Posturas. Cuando detuve el automóvil frente a la iglesia, algunos de sus alumnos descendían los escalones que conducían a la entrada del sótano. Babette contempló a su hijo con una mirada inquisitiva, suplicante y desesperada. Era ya la sexta hora que se pasaba llorando. Babette atravesó la acera corriendo y se introdujo en el edificio.

Pensé en llevarle al hospital, pero si un médico que había examinado al niño a conciencia en su acogedora consulta de paredes repletas de cuadros con dorados marcos de complicado diseño no había logrado encontrarle nada, ¿qué podrían hacer técnicos de la emergencia adiestrados para saltar sobre el tórax y reanimar corazones estáticos?

Le cogí en brazos y le apoyé frente a mí sobre el volante, con los pies sobre mis muslos. Su inmenso lamento continuaba, oleada tras oleada. Era un sonido tan amplio y tan puro que casi era posible detenerse a escucharlo, intentar aprehenderlo conscientemente como el que elabora un registro mental en el interior de un teatro o una sala de conciertos. No se limitaba a lloriquear o gimotear. Lloraba a pleno pulmón, expresando cosas inenabizables de un modo que llegaba a conmoverme por su profundidad y su riqueza. Era como una antigua endecha, especialmente impresionante por su deliberada monotonía. Un ululato. Le sostuve en pie por las axilas. A medida que el llanto continuaba, mis reflexiones experimentaron un curioso desplazamiento. Advertí que no deseaba especialmente que cesara. No tenía por qué

ser tan terrible, pensé, permanecer escuchando aquello un rato más. Nos miramos. Bajo aquel semblante aturdido funcionaba una inteligencia compleja. Le sostuve con una mano, sirviéndome de la otra para contar en alemán y en voz alta sus dedos, ocultos bajo los guantes. Su llanto inconsolable prosiguió. Dejé que me azotara, como una lluvia a raudales. Penetré en él, en cierto modo. Permití que se abatiera y rebotara sobre mi rostro y mi pecho. Comencé a pensar que el niño había desaparecido bajo sus propios aullidos, y que si lograba reunirme con él en el espacio perdido y suspendido en el que se encontraba, ambos podríamos desarrollar juntos quién sabe qué intrépido prodigio de inteligibilidad. Dejé que se estrellara contra mi cuerpo. No tiene por qué ser tan terrible, pensé, permanecer aquí otras cuatro horas más con el motor en marcha y la calefacción encendida, escuchando este lamento uniforme. Puede resultar bueno, puede resultar curiosamente apaciguador. Lo penetré, me dejé caer en su interior, dejando que me arrojara y me cubriera. Lloraba con los ojos abiertos, con los ojos cerrados, con las manos en los bolsillos, con los guantes puestos y quitados. Yo seguía allí sentado, asintiendo lentamente. Movidio por un impulso, le di la vuelta, le senté en mi regazo, puse el automóvil en marcha y coloqué las manos de Wilder sobre el volante. Ya lo habíamos hecho otra vez, a lo largo de una distancia de veinte metros, un atardecer de domingo en agosto en el que nuestra calle aparecía profundamente sumida en una penumbra soñolienta. Respondió como ya lo hiciera entonces, llorando mientras guiaba el vehículo, doblando esquinas hasta detener de nuevo el coche frente a la iglesia congregacionalista. Lo senté sobre la pierna izquierda, rodeándole con el brazo, atrayéndole hacia mí, y dejé que mi mente flotara hacia un sueño ligero. El sonido se alejó hasta situarse a una distancia irregular. De cuando en cuando, pasaba un automóvil. Me apoyé contra la puerta, notando apenas su aliento en el pulgar. Al cabo de un rato, Babette golpeaba la ventanilla y Wilder gateaba a través del asiento para abrirle el pestillo. Entró, se ajustó el sombrero y recogió del suelo una arrugada servilleta de papel.

Nos encontrábamos a medio camino de casa cuando el llanto cesó. Cesó súbitamente, sin cambio alguno en el tono ni en la intensidad. Babette no dijo nada, y yo mantuve la mirada fija en la carretera. Estaba sentado entre nosotros dos, absorto en la contemplación de la radio. Aguardé una mirada de Babette por detrás de su espalda o por encima de su cabeza en la que reflejara alivio, satisfacción o emoción esperanzada. Yo mismo no sabía qué sentía, y deseaba obtener alguna pista. Ella, sin embargo, mantuvo la mirada fija como si temiera que cualquier cambio producido en las sensibles texturas del sonido, el movimiento o la expresión pudiera ser motivo de que el llanto se reanudara.

Una vez en casa, nadie abrió la boca. Todos se movían silenciosamente de habitación en habitación, contemplándole con aire distante y dirigiéndole miradas evasivas y respetuosas. Cuando pidió un vaso de leche, Denise, descalza y en pijama,

corrió de puntillas a la cocina, consciente de que si ahorra movimiento y pisaba con suavidad podía tal vez evitar una alteración de la atmósfera solemne y dramática que el niño había introducido en la casa. Aún vestido y con un guante todavía sujeto a su manga por la trabilla, se la bebió de un único y poderoso trago.

Le observaron con una expresión que podría definirse como de sobrecogimiento. Casi siete horas seguidas de llanto en toda regla. Era como si acabara de regresar de un recorrido a través de cierto lugar remoto y sagrado, perdido entre arenales o cordilleras nevadas, un lugar en el que se dicen cosas, se contemplan panoramas y se alcanzan distancias que nosotros, en nuestro quehacer cotidiano, apenas podemos contemplar con esa mezcla de reverencia y admiración que reservamos para las tareas más sublimes y las dimensiones más inaprensibles.

—¿No te parece magnífico tener todos estos críos a nuestro alrededor? —me dijo Babette una noche, en la cama.

—Pronto habrá uno más.

—¿Quién?

—Bee vendrá dentro de un par de días.

—Bien. ¿A quién más podemos traer?

Al día siguiente, Denise decidió enfrentarse directamente a su madre acerca de la medicación que tomaba o dejaba de tomar, con la esperanza de extraerle una confesión, una confirmación o cualquier tipo de reacción avergonzada, por mínima que ésta fuera. No se trataba de una táctica que hubiéramos debatido juntos ella y yo, pero no pude evitar sentir admiración ante la osadía del momento elegido. Viajábamos los seis apretujados en el coche, camino del centro comercial de Mid-Village, y Denise se limitó a aguardar a que la conversación se interrumpiera de un modo natural para lanzar su pregunta hacia la nuca de Babette en un tono preñado de deducción.

—¿Qué te dice el nombre de Dylar?

—¿Te refieres a la chica negra que vive con los Stover?

—Ésa es Dakar —intervino Steffie.

—No se llama Dakar. Dakar es el lugar de donde procede —dijo Denise—. Está en África, en un país llamado Costa de Marfil.

—La capital es Lagos —dijo Babette—. Lo sé por una película que vi en cierta ocasión acerca de unos surfistas que se dedicaban a viajar por todo el mundo.

—*La ola perfecta* —dijo Heinrich—. La vi en televisión.

—Pero ¿cómo se llama la chica? —preguntó Steffie.

—No lo sé —dijo Babette—, pero la película no se llamaba *La ola perfecta*. La ola perfecta era lo que buscaban los protagonistas.

—Viajaban a Hawai —dijo Steffie, dirigiéndose a Denise—, y una vez allí esperaban la llegada de una marejada procedente de Japón a la que llaman *origami*.

—Y la película se llamaba *El largo y cálido verano* —dijo su madre.

—Da la casualidad —dijo Heinrich— de que *El largo y cálido verano* es una obra de teatro de Tennessee Ernie Williams.

—Da igual —dijo Babette—. De cualquier modo, no puedes establecer derechos reservados sobre un título.

—Siendo de origen africano —dijo Steffie—, me pregunto si habrá montado alguna vez en camello.

—Prefiero un Audi turbo.

—Y yo un Toyota Supra.

—¿Qué era lo que almacenaban los camellos en las jorobas? —inquirió Babette—. ¿Agua o alimento? Nunca he llegado a tenerlo claro.

—Existen animales de una joroba, dromedarios, y animales de dos jorobas, camellos —le explicó Heinrich—. Depende de a qué clase de camellos te estés refiriendo.

—¿Pretendes decirme que los de dos jorobas almacenan agua en una y comida en la otra?

—Lo más importante —repuso él—, es que su carne está considerada como un plato exquisito.

—Pensé que eso se decía de la carne de cocodrilo —dijo Denise.

—¿Quién introdujo los camellos en América? —preguntó Babette—. Durante una época los utilizaron en el Oeste para transportar suministros a los *coolies* que construían las grandes líneas férreas que coincidían en Ogden, Utah. Lo recuerdo de mis exámenes de historia.

—¿Seguro que no estás pensando en las llamas? —dijo Heinrich.

—Las llamas no salieron nunca de Perú —dijo Denise—. En Perú viven las llamas, las vicuñas y no sé qué otro bicho. Bolivia tiene estaño, y Chile tiene cobre y hierro.

—Le doy cinco dólares a cualquiera de este coche que sepa decirme cuál es la población de Bolivia —dijo Heinrich.

—Los bolivianos —exclamó mi hija.

La familia representa la cuna de la desinformación universal. Algo hay en la vida familiar que desencadena la generación de errores factuales. La proximidad excesiva, el ruido y el calor de la existencia. Acaso algo aún más profundo, como la necesidad de supervivencia. Murray afirma que somos criaturas frágiles rodeadas por un mundo de hechos hostiles. Hechos que amenazan nuestra felicidad y nuestra seguridad. Cuanto más profundizamos en la naturaleza de las cosas, más endebles puede parecer que se vuelven nuestras estructuras. El proceso familiar contribuye a nuestro aislamiento del mundo. Los pequeños errores adquieren una dimensión desmesurada, y la irrealidad prolifera. Yo le digo a Murray que la ignorancia y la confusión no pueden de ningún modo ser las fuerzas impulsoras que subyacen a la solidaridad familiar. Qué idea, qué subversión. Él me pregunta por qué las unidades familiares más fuertes se dan en las sociedades menos desarrolladas. La ignorancia es un arma de supervivencia, afirma. La magia y la superstición se atrincheran como la poderosa ortodoxia del clan. La familia es más fuerte allí donde más probable resulta que la realidad objetiva sea malinterpretada. Qué teoría más despiadada, respondo. Pero Murray insiste en que es cierta.

En un enorme almacén de ferretería del centro comercial vi a Eric Massingale, un

antiguo ingeniero de ventas de microchips que cambió su vida viniendo aquí para unirse al equipo docente del centro de informática del Hill. Era un hombre delgado y pálido, con una sonrisa peligrosa.

—No llevas gafas oscuras, Jack.

—Sólo las llevo en el campus.

—Ya entiendo.

Cada uno por nuestro camino, penetramos en las profundidades de la tienda. A nuestro alrededor, un vasto y resonante estrépito inundaba el aire, como el sonido de la extinción de una especie animal. La gente compraba escaleras de siete metros, seis tipos distintos de papel de lija, sierras mecánicas capaces de derribar árboles. Los pasillos eran largos y rutilantes, llenos de escobas descomunales, enormes sacos de turba y de estiércol, voluminosos cubos de basura. Colgaban como frutos tropicales las cuerdas: espléndidos ramales trenzados, fuertes, oscuros y espesos. Rollos de cuerda, objetos magníficos para ver y palpar. Compré quince metros de cáñamo de Manila simplemente para tenerlo en casa, para mostrárselo a mi hijo y charlar acerca del lugar del que procede y el modo en que se fabrica. La gente hablaba inglés, hindi, vietnamita, lenguas relacionadas.

Volví a encontrarme con Massingale en las cajas de salida.

—Nunca te había visto fuera del campus, Jack. Sin tus gafas y tu toga tienes un aspecto distinto. ¿De dónde sacaste ese jersey? ¿No es un jersey militar turco? Lo pediste por correo, ¿verdad?

Me miró de arriba abajo, palpó la tela de la chaqueta impermeable que llevaba al brazo. A continuación, retrocedió un paso para modificar su perspectiva, cabeceando ligeramente, prestando poco a poco a su sonrisa un aire de autocomplacencia que reflejaba cierto cálculo interno.

—Creo que conozco esos zapatos —dijo.

¿Qué quería decir con que conocía esos zapatos?

—Te has vuelto una persona completamente distinta.

—¿Distinta en qué sentido, Eric?

—¿No te ofenderás? —dijo. Su sonrisa se tornó lasciva, llena de un significado oculto.

—Claro que no. ¿Por qué iba a ofenderme?

—Prométeme que no te ofenderás.

—No me ofenderé.

—Tienes un aspecto tan inofensivo, Jack... Eres un individuo corpulento, inofensivo, envejecido, anodino.

—¿Por qué iba a ofenderme? —dijo mientras pagaba mi cuerda y me apresuraba en dirección a la salida.

Aquel encuentro despertó en mí deseos de compra. Busqué a los otros y

atravesamos dos aparcamientos en dirección a la estructura principal del centro Mid-Village, un edificio de diez plantas distribuido en torno a un patio central de cascadas, avenidas y jardines. Babette y los niños me siguieron al ascensor, a través de las tiendas instaladas en los distintos pisos, a lo largo de los emporios y los grandes almacenes, desconcertados a la vez que excitados por mis deseos de comprar. Si no lograba decidirme entre dos camisas, me animaban a que me llevara ambas. Cuando dije que tenía hambre me dieron galletas, cerveza, *suvlaki*. Las dos niñas caminaban de avanzadilla, descubriendo cosas que pensaban que podría necesitar o desear, regresando a la carrera para avisarme, asiéndose a mis brazos, rogándome que las siguiera. Se comportaban como mis guías hacia el eterno bienestar. La gente se arremolinaba en torno a las boutiques y tiendas de gourmet. Del enorme patio se elevaba una música de órgano. A nosotros llegaba el olor a chocolate, a palomitas, a agua de colonia; podíamos olfatear alfombras y pieles, salamis colgados y mortífero vinilo. Mi familia se mostraba exultante ante el acontecimiento. Por fin me tenían comprando, convertido en uno de ellos. Me aconsejaban, acosaban a los dependientes a mi costa. Nos trasladamos de un almacén a otro, rechazando no sólo los artículos de ciertos departamentos, no sólo departamentos enteros, sino almacenes enteros, corporaciones ciclópeas que, por un motivo u otro, no despertaban nuestra atención. Siempre había un nuevo almacén al que acudir, tres plantas, un sótano lleno de ralladores de queso y cuchillos de mondar. Compraba con imprudente abandono. Compraba pensando tanto en necesidades urgentes como en contingencias distantes. Compraba por comprar, mirando y palpando, inspeccionando artículos que no tenía intención alguna de adquirir y luego adquiría. Obligaba a los dependientes de tejidos a consultar sus libros de muestras y de modelos en busca de diseños improbables. Comenzaron a aumentar mi valía y mi autoconsideración. Me sentía henchido, conociendo nuevos aspectos de mí mismo, descubriendo a una persona que había olvidado que existía. El brillo reinaba a mi alrededor. Pasábamos de la sección de muebles a la de ropa de caballero atravesando la zona de perfumería. Nuestras imágenes aparecían en columnas forradas de espejo, en los cristales y los cromados, en los monitores de televisión instalados en las salas de seguridad. Yo intercambiaba mi dinero por bienes. Cuanto más dinero gastaba, menos importante me parecía. Me sentía por encima de aquellas sumas. Aquellas sumas que saltaban salpicadas de mi piel como si fueran lluvia. Aquellas sumas que, de hecho, regresaban a mí en forma de crédito existencial. Me sentía expansivo, inclinado a mostrarme arrolladoramente generoso, y dije a los niños que eligieran sus regalos de Navidad allí y entonces. Hice lo que se me antojó un ademán grandioso y advertí que los había impresionado. Se desperdigaron por la zona, todos ellos súbitamente inclinados a sentirse reservados, furtivos, incluso herméticos. Cada cierto tiempo, uno de ellos regresaba para registrar el nombre de un artículo con Babette, cuidando de que los demás no supieran de qué

se trataba. En cuanto a mí, no había que molestarme con tediosos detalles. Yo era el benefactor, el que dispensa obsequios, premios, sobornos, *bakshish* (propina). Por la propia naturaleza de estos casos, los niños sabían que no cabía esperar de mí que hubiera de intervenir en discusiones técnicas acerca de los presentes en cuestión. Almorzamos por segunda vez. Una banda tocaba Muzak en directo. Las voces se remontaban diez plantas desde los jardines y las avenidas produciendo un rugido que resonaba y se arremolinaba a través de las inmensas galerías mezclándose con sonidos procedentes de los distintos pisos, ruido de pasos y tañidos de campanas, susurros de ascensores, rumores de gente comiendo, el zumbido humano de transacciones vívidas y felices.

Regresamos a casa en silencio. Nos dirigimos a nuestras respectivas habitaciones, deseando estar solos. Algo más tarde, vi a Steffie delante del televisor. Movía los labios intentando seguir el curso de las palabras mientras se pronunciaban.

Tanto por su propia naturaleza como por gusto, la gente de provincias desconfía de la gran ciudad. Todos los principios de conducta que pueden surgir de un núcleo de ideas y energías culturales son contemplados como algo corrupto, como una u otra forma de pornografía. Las provincias son así.

Blacksmith, sin embargo, no es ni mucho menos una gran ciudad. Aquí no nos sentimos amenazados ni agraviados como sucede en otros lugares. No estamos en medio de la senda de la historia y de sus contaminaciones. Si nuestras quejas poseen un punto focal, éste sería el televisor, el lugar desde el que las tormentas exteriores acechan, despertando temores y anhelos ocultos. Desde luego, College-on-the-Hill apenas se encuentra —si es que se encuentra— impregnado de resentimiento alguno en tanto que emblema de influencia ruinosa. La institución, medio apartada, abarca una siempre serena margen del panorama general del pueblo, y su aspecto es más o menos escénico, suspendido en una atmósfera de calma política. No parece un lugar diseñado para agravar sospechas.

Conduciendo bajo una suave nevisca, me trasladé hasta el aeropuerto de Iron City, una amplia población inmersa en el desconcierto; no tanto un núcleo de decadencia urbana propiamente dicha como un centro de abandono y cristales rotos. Mi hija Bee, de doce años, llegaba en un vuelo procedente de Washington, una ruta con dos escalas y un cambio de avión a lo largo del recorrido. Sin embargo, fue su madre, Tweedy Browner, quien se presentó en el vestíbulo de llegadas, una zona tercermundista, pequeña y polvorienta sumida en un estado de renovación detenida. Por un instante, pensé que Bee había muerto y que Tweedy había acudido para comunicármelo en persona.

—¿Dónde está Bee?

—Llega hoy, en un vuelo posterior. Por eso he venido. Para pasar algo de tiempo con ella. Mañana tengo que viajar a Boston por motivos familiares.

—Pero ¿dónde está?

—Está con su padre.

—Su padre soy yo, Tweedy.

—Malcolm Hunt, idiota. Mi marido.

—Tu marido; no su padre.

—¿Me quieres aún, Tuck? —dijo.

Me llamaba Tuck, el mismo nombre por el que su madre solía dirigirse a su padre. Todos los miembros masculinos de la familia Browner se llamaban Tuck. Cuando la estirpe comenzó a languidecer con la producción de una serie de estetas e incompetentes, empezaron a aplicar el nombre a todos los hombres que se casaban

con hijas de la familia. Yo había sido el primero, y siempre esperaba detectar una nota de sofisticada ironía en sus voces cuando me aplicaban ese nombre. Pensaba que la ironía irrumpe en el tono de la voz tan pronto como la tradición se vuelve demasiado flexible. Nasalidad, sarcasmo, autocaricatura y demás. Me castigarían a base de burlarse de sí mismos. Sin embargo, se mostraban cariñosos al respecto, absolutamente sinceros, incluso agradecidos por el hecho de que les permitiera continuar haciéndolo.

Llevaba un jersey de lana Shetland, una falda de *tweed*, medias de lana y mocasines baratos. Su aspecto destilaba un aire de desaliño protestante, un aura derrumbada bajo la que su cuerpo se esforzaba por sobrevivir. El rostro, bello y anguloso; los ojos, ligeramente saltones; los rastros de fatiga y rechazo alrededor de su boca y de sus párpados; el latido de sus sienes; las abultadas venas de su cuello y de sus manos. La ceniza del cigarrillo prendida al tejido de su suéter.

—Por tercera vez, ¿dónde está?

—En Indonesia, más o menos. Malcolm está trabajando en la clandestinidad más absoluta, respaldando el resurgimiento comunista. Todo forma parte de un elegante plan diseñado para derrocar a Castro. Salgamos de aquí, Tuck, antes de que empiecen a venir niños pidiendo limosna.

—¿Viene sola?

—¿Por qué no iba a venir sola?

—Viajar desde Extremo Oriente hasta Iron City no debe de ser tan fácil.

—Bee sabe arreglárselas cuando es preciso. De hecho, quiere ser cronista de viajes en el futuro. Monta a caballo como los indios.

Aspiró una profunda bocanada de su cigarrillo y exhaló el humo con espiraciones rápidas y expertas por la nariz y la boca, un gesto que siempre empleaba cuando quería denotar impaciencia frente a su entorno inmediato. El aeropuerto carecía de bares o restaurantes; tan sólo contaba con un puesto en el que un hombre con el rostro adornado por cicatrices rituales vendía emparedados envueltos en plástico. Recogimos el equipaje de Tweedy, lo introdujimos en el coche y atravesamos Iron City dejando atrás fábricas desiertas erigidas en avenidas en su mayoría igualmente despobladas, una ciudad de colinas con alguna que otra calle adoquinada, con antiguas y hermosas mansiones aquí y allá y guirnaldas de cumpleaños en las ventanas.

—No soy feliz, Tuck.

—¿Por qué no?

—Francamente, pensé que seguirías queriéndome siempre. En ese sentido, dependo de ti. Malcolm pasa demasiado tiempo de viaje.

—Nos divorciamos, te quedas con todo mi dinero y te casas con un diplomático próspero, bien relacionado y bien vestido que dirige clandestinamente una red de

agentes que se pasan la vida entrando y saliendo de zonas conflictivas e inaccesibles.

—Malcolm siempre se ha sentido atraído por los lugares selváticos.

Viajábamos en dirección paralela a las vías del ferrocarril. Los matorrales aparecían llenos de vasos de plástico arrojados desde las ventanillas o arrastrados desde las cocheras por el viento del Norte.

—A Janet la han convencido para marcharse a un *ashram* de Montana —dije.

—¿Janet Savory? Por Dios bendito, ¿puede saberse para qué?

—Ahora se hace llamar Madre Devi. Interviene en las actividades económicas del *ashram*. Inversiones, inmobiliarias, desgravaciones de impuestos. Es lo que siempre había querido. Serenidad mental dentro de un contexto empresarial.

—Janet. Tiene una estructura ósea magnífica.

—Tenía talento para la astucia.

—Lo dices con amargura. Nunca te había visto mostrarte amargo, Tuck.

—Estúpido, si quieres, pero no amargo.

—¿Qué quieres decir con astucia? ¿Funcionaba de un modo clandestino, como Malcolm?

—Se negaba a decirme cuánto ganaba. Creo que leía mi correspondencia. Nada más nacer Heinrich me mezcló en un complicado plan de inversiones con un grupo de personajes plurilingües. Decía que manejaba información.

—Pero se equivocaba y tú perdiste enormes sumas.

—Ganamos enormes sumas. Me sentía atrapado, enredado. Siempre estaba maniobrando, y yo veía amenazada mi seguridad, mi sentido de una vida larga y sin complicaciones. Quería que formáramos una sociedad. Recibíamos llamadas telefónicas de Liechtenstein, de las Hébridas. Lugares ficticios, recursos para la intriga.

—No me encaja con la Janet Savory con la que pasé una media hora deliciosa. Aquella Janet de elevados pómulos y voz irónica.

—Todas teníais los pómulos elevados. Todas vosotras. Una estructura ósea magnífica. Gracias a Dios por Babette y su rostro carnoso y alargado.

—¿No hay por aquí ningún sitio donde podamos conseguir un almuerzo civilizado? —preguntó Tweedy—. Un lugar con manteles y trocitos de mantequilla fría. En cierta ocasión, Malcolm y yo tomamos el té con el coronel Gadaffi. Un hombre encantador y despiadado, uno de los pocos terroristas que hemos conocido que responde a su consideración pública.

La nieve había cesado. Recorrimos un distrito de naves industriales y aún más calles desiertas, una atmósfera desolada y anónima que quedaba registrada en la mente como el anhelo fantasmal de algo largamente perdido. Podían verse cafés solitarios, un nuevo trecho de vía, vagones de mercancías estacionados en una derivación. Tweedy empalmaba sus extralargos, disparando exasperadas nubes de

humo en todas direcciones.

—Dios mío, Tuck, qué buenos éramos.

—¿Buenos en qué?

—Idiota, se supone que tienes que mirarme con aire afectuoso y nostálgico y sonreír con arrepentimiento.

—Te ponías guantes para ir a la cama.

—Aún lo hago.

—Guantes, visera y calcetines.

—Ya conoces mis defectos. Siempre los conociste. Soy ultrasensible a muchas cosas.

—Al sol, al aire, a la comida, al agua, al sexo.

—Todos carcinógenos.

—¿En qué consisten tus asuntos familiares de Boston?

—Tengo que convencer a mi madre de que Malcolm no ha muerto. Se ha encaprichado con él, no sé por qué motivo.

—¿Por qué piensa que ha muerto?

—Cuando Malcolm entra en un período de clandestinidad es como si jamás hubiera existido. No sólo desaparece aquí y ahora, sino también retroactivamente. No queda rastro de él. A veces me pregunto si el hombre con el que estoy casada es Malcolm Hunt o una persona completamente distinta que también opera en la clandestinidad. Resulta francamente inquietante. Desconozco en qué mitad de su vida es real y en qué mitad es espía. Confío en que Bee pueda darme alguna pista.

Una súbita ráfaga de viento hizo oscilar los semáforos suspendidos de los cables. Nos hallábamos en la avenida principal de la población, bordeada por una serie de tiendas de saldos, agencias de cambio y mercados para mayoristas. Un antiguo cine de elevada fachada al estilo árabe, increíblemente transformado en mezquita. Estructuras indiferenciables con nombres como Pabellón Terminal, Pabellón de Embalajes, Pabellón de Comercio. Cuánto recordaba todo aquello a las clásicas fotografías nostálgicas.

—Un día gris en Iron City —dije—. Igual nos da volver al aeropuerto.

—¿Cómo está Hitler?

—Bien, sano, en forma.

—Tienes buen aspecto, Tuck.

—Pero no me encuentro bien.

—Nunca te encontraste bien. Eres el viejo Tuck de siempre. Siempre fuiste el viejo Tuck. Nos queríamos, ¿verdad? Nos contábamos todo, dentro de nuestros respectivos límites de tacto y educación. Malcolm no me cuenta nada. ¿Quién es? ¿A qué se dedica?

Se acomodó vuelta hacia mí, sentada sobre sus piernas dobladas, y arrojó la

ceniza en el interior de sus zapatos, previamente depositados sobre la alfombrilla de goma.

—¿No crees que era maravilloso crecer sanos y fuertes entre potros y yeguas, con un papá siempre vestido con chaqueta azul y almidonados pantalones de franela gris?

—No me preguntes a mí.

—A mamá solía vérsela en el cenador, con los brazos llenos de flores recién cortadas. Se limitaba a estar allí, siendo lo que era.

Ya en el aeropuerto, aguardamos rodeados por una nube de polvo de escayola, cables pelados y montones de escombros. Treinta minutos antes de la hora prevista para la llegada de Bee, los pasajeros procedentes de otro vuelo comenzaron a desfilar a través de un túnel azotado por corrientes de aire en dirección a la zona de llegadas. Su aspecto era cetrino y fatigado, y caminaban encorvados por la conmoción y el cansancio, arrastrando el equipaje de mano por el suelo. Salieron veinte, treinta, cuarenta personas sin una palabra o una mirada, los ojos fijos en el suelo. Algunos cojeaban, otros lloraban. Siguieron saliendo del túnel, adultos con niños quejumbrosos, ancianos temblorosos, un sacerdote negro con el alzacuellos torcido al que le faltaba un zapato. Tweedy acudió a ayudar a una mujer acompañada de dos niños pequeños. Yo me acerqué a un joven, un tipo grueso con gorra de cartero y panza de bebedor de cerveza que vestía chaleco, y él me miró como si yo no perteneciera a su dimensión de espacio y tiempo, como si hubiera llegado a ella mediante una irrupción ilícita, una incursión grosera. Le obligué a detenerse y a mirarme a la cara, le pregunté qué había sucedido allá arriba. La gente seguía desfilando junto a nosotros, y él dejó escapar un suspiro fatigado. A continuación, asintió, sin desviar la mirada de mis ojos, lleno de tranquila resignación.

El avión había perdido potencia en sus tres motores y se había precipitado desde los diez mil metros de altitud hasta apenas cuatro mil. Más de seis kilómetros. Al comenzar su pronunciado planeo los pasajeros se habían levantado, caído, estrellado unos contra otros, navegando en sus asientos. A continuación habían comenzado a oírse los gritos y gemidos más fuertes. Casi inmediatamente, se había oído una voz procedente de la cabina de mando: «¡Estamos cayendo! ¡Nos vamos abajo! ¡Somos una máquina letal, brillante y plateada!» A los oídos de los pasajeros, aquel arrebató sonó como un desmoronamiento prácticamente absoluto de la autoridad, la competencia y la presencia de ánimo, y respondieron con una nueva salva de desesperados aullidos.

Diversos objetos salían rodando de los espacios reservados a la tripulación, y los pasillos se llenaron de vasos, utensilios, abrigos y mantas. Una azafata, inmovilizada contra el mamparo por el ángulo de descenso, intentaba buscar la página adecuada en un librito de bolsillo titulado *Manual de catástrofes*. Entonces se oyó una segunda voz masculina procedente de la cabina del piloto, una voz sorprendentemente

calmada y precisa que hizo creer a los pasajeros que, después de todo, había alguien al mando, algún elemento de esperanza: «Habla el vuelo dos-uno-tres de American dirigiéndose a la grabadora de a bordo. Ahora ya sabemos cómo es. Es peor de lo que nunca habíamos imaginado. En el simulador de Denver jamás nos prepararon para una cosa así. Nuestro miedo se ha vuelto puro, tan despojado de distracciones y presiones que ha llegado a convertirse en una forma de meditación trascendental. En menos de tres minutos aterrizaremos, por así decirlo. Encontrarán nuestros cuerpos diseminados en algún campo humeante, desencajados aún por las macabras posturas de la muerte. Te quiero, Lance.» Esta vez, se produjo una breve pausa antes de que se reanudaran los gemidos. ¿Lance? ¿Qué clase de gente estaba a cargo de aquel avión? Los lamentos adquirieron un tono amargo y desilusionado.

A medida que el hombre del chaleco contaba la historia, los pasajeros del túnel comenzaron a arremolinarse en torno nuestro. Nadie hablaba ni interrumpía; nadie intentaba adornar el relato.

A bordo del aparato en descenso, una azafata se arrastró sobre cuerpos y objetos a lo largo del pasillo diciendo a los pasajeros de cada fila que se quitaran los zapatos, que extrajeran cualquier objeto punzante de sus bolsillos, que adoptaran la postura fetal. En el otro extremo del avión, alguien se debatía con un artilugio salvavidas. Ciertos elementos de la tripulación habían decidido fingir que lo que se avecinaba en escasos segundos no era una muerte forzosa sino un aterrizaje forzoso. Después de todo, tan sólo una palabra diferenciaba a ambas cosas. ¿Acaso eso no sugería que las dos formas de conclusión del vuelo resultaban más o menos intercambiables? ¿Hasta qué punto podía tener importancia una palabra? Una pregunta optimista, dadas las circunstancias, siempre y cuando no se pensara demasiado en ello, y en ese momento no había tiempo para pensar. La diferencia básica entre una muerte forzosa y un aterrizaje forzoso parecía ser que uno podía prepararse adecuadamente para lo segundo: exactamente lo que todos trataban de hacer. La noticia se propagó a través del avión a medida que el término era repetido fila tras fila. «Aterrizaje forzoso, aterrizaje forzoso.» Tan sólo cambiando una palabra advirtieron lo sencillo que resultaba mantenerse aferrados al futuro, extenderlo en su conciencia ya que no en su percepción real. Palpándose los bolsillos en busca de un bolígrafo, adoptando la postura fetal en sus asientos.

Para cuando el narrador llegó a este punto de su relato había numerosas personas agrupadas a nuestro alrededor, no sólo pasajeros que acababan de emerger del túnel sino también algunos de los primeros en desembarcar. Habían regresado a escuchar. Aún no estaban preparados para dispersarse, para volver a habitar sus cuerpos terrenales, sino que se mantenían en contacto con su propio terror, procurando mantenerlo aislado e intacto durante un breve período más. Se acercaron otras personas, apiñándose en torno al grupo, hasta que los presentes fueron casi la

totalidad del pasaje. Parecían mostrarse de acuerdo en dejar que el tipo de la gorra y el chaleco hablara por ellos. Nadie discutía su versión ni intentaba añadir testimonio individual alguno. Como si les estuvieran contando un suceso en el que no se hubieran visto personalmente involucrados. Se mostraban interesados por sus palabras, incluso curiosos, pero al mismo tiempo claramente desligados. Confiaban en él para que describiera lo que todos habían dicho y sentido.

Había sido en aquel momento del descenso, a medida que el término «aterrizaje forzoso» era propagado a través del aparato cuidando de resaltar especialmente la primera palabra, cuando los pasajeros de primera clase habían ascendido literalmente hacia la clase turista, arrastrándose y aferrándose a las cortinas, para no ser los primeros en golpear el suelo. Algunos pasajeros de la clase inferior habían sido de la opinión que habría que haberlos obligado a regresar a su zona. Se trataba de un sentimiento expresado no tanto con palabras y acciones como por medio de sonidos terribles e inarticulados, fundamentalmente sonidos animales, como un mugido urgente y forzado y, súbitamente, los motores se habían puesto de nuevo en marcha. Así, sin más. Potencia, estabilidad, control. Los pasajeros, ya preparados para el impacto, tardaron tiempo en ajustarse a la nueva oleada de información. Nuevos sonidos, nueva trayectoria de vuelo, la sensación de hallarse protegidos por un tubo sólido y no por una envoltura de plástico. Se encendió el letrero de permitido fumar, con su lenguaje internacional de una mano que sostiene un cigarrillo. Aparecieron las azafatas provistas de toallitas perfumadas para limpiar la sangre y el vómito. Los pasajeros fueron abandonando lentamente su postura fetal, reclinándose desmayadamente en sus asientos. Seis kilómetros de terror puro. Nadie sabía qué decir. Estar vivo constituía una riqueza de sensaciones. Docenas de cosas, cientos de cosas a la vez. El sobrecargo recorrió el pasillo sonriendo y charlando en tono agradable, formal y vacuo. Su semblante mostraba ese lustre rosado y confiado tan habitual entre las tripulaciones de los grandes aparatos comerciales. Los pasajeros le miraban y se preguntaban a sí mismos por qué habían sentido miedo.

El centenar largo de personas que, arrastrando sus bolsos de mano y de viaje a través del suelo polvoriento, pugnaba por aproximarse al narrador había terminado por apartarme de él. En el mismo momento en que comencé a advertir que estaba saliendo del radio de audición vi a Bee junto a mí, vi su rostro pequeño, suave y pálido enmarcado por una masa de pelo ensortijado. Saltó a mis brazos, olorosa a gases de reactor.

—¿Dónde están los periodistas? —dijo.

—En Iron City no hay periodistas.

—¿Quieres decir que han tenido que pasar por todo eso para nada?

Localizamos a Tweedy y salimos del edificio en dirección al coche. En las afueras de la ciudad se había producido un atasco y hubimos de esperar en una carretera que

bordeaba una fundición abandonada. Un millar de ventanas con los cristales rotos, farolas destrozadas, la oscuridad asentándose poco a poco. Bee, sentada en el centro del asiento trasero, había adoptado la postura del loto. Parecía notablemente descansada después de un viaje en el que había atravesado husos horarios, masas de tierra, vastas distancias oceánicas, días y noches, en aviones grandes y pequeños, en invierno y en verano, desde Surabaya hasta Iron City. Allí estábamos ahora, esperando sentados en el automóvil a que acudiera la grúa a llevarse un coche o a que se cerrara un puente levadizo. Bee no creía que aquella ironía familiar de los desplazamientos modernos mereciera comentario alguno. Se limitaba a permanecer allí oyendo cómo Tweedy me explicaba por qué los padres no tienen por qué preocuparse acerca del hecho de que los niños realicen solos esa clase de viajes. Los aviones y las terminales de los aeropuertos son los lugares más seguros para los más jóvenes y los más viejos. Allí se les cuida, se les sonríe y se les admira por su arrojo y su osadía. La gente les hace preguntas con tono amable y les ofrece mantas y caramelos.

—Todos los niños debieran tener la oportunidad de recorrer miles de kilómetros por sí solos —dijo Tweedy—, aunque sólo sea por su propia autoestima e independencia de criterio, equipados con ropas y artículos de aseo escogidos por ellos mismos. Cuanto antes despeguen, mejor. Es como nadar o patinar. Tienes que procurar que empiecen cuando son jóvenes. Es una de las cosas de las que más orgullosa me siento de haber conseguido con Bee. Cuando tenía nueve años la envié a Boston en un vuelo de la Eastern. Le dije a Granny Browner que no fuera a esperarla al aeropuerto. Salir del aeropuerto es exactamente igual de importante que el vuelo en sí. Hay demasiados padres que hacen caso omiso de esta fase del desarrollo de los niños. Hoy en día, Bee es completamente bicostera. Voló en su primer jumbo a los diez años, cambió de avión en O'Hare, casi perdió un vuelo en Los Ángeles. Dos semanas después, voló en Concorde a Londres. Malcolm la estaba esperando allí con media botella de champán.

A lo lejos comenzaron a danzar las luces de posición, y la fila se puso en movimiento.

Salvo en caso de fallos mecánicos, tiempo turbulento o actos terroristas, dijo Tweedy, un avión volando a la velocidad del sonido constituye quizá el último refugio que conoce el mundo para la vida apacible y los modales civilizados.

En ocasiones, Bee lograba hacernos sentir cohibidos, un castigo que todo visitante suele infligir involuntariamente a sus confiados anfitriones. Su presencia parecía irradiar una luminosidad quirúrgica. Comenzamos a vernos como un grupo que actuaba sin diseño previo, que evitaba tomar decisiones, cuyos componentes se turnaban para actuar estúpidamente y mostrar inestabilidad anímica, dejaban toallas húmedas por todos sitios y perdían periódicamente al menor de sus miembros. Todo cuanto hacíamos se convertía de pronto en algo que parecía exigir una explicación. Mi mujer se mostraba especialmente desconcertada. Si Denise era una comisaria política en miniatura, siempre pinchándonos para adquirir un grado más elevado de conciencia, Bee era como un testigo silencioso que ponía en tela de juicio el significado mismo de nuestras vidas. Observé a Babette, absorta en la contemplación del cuenco que formaban sus manos, pasmada.

Esa especie de gorjeo no era más que el radiador.

Bee se mostraba discretamente desdeñosa frente a las ocurrencias ingeniosas, el sarcasmo y demás fenómenos familiares. Un año mayor que Denise, era también más alta, más delgada y más pálida que ésta, tanto en un sentido mundano como etéreo, como si interiormente no fuera en absoluto la cronista de viajes que su madre había afirmado que deseaba ser sino simplemente una viajera en su forma más pura, alguien que recoge impresiones y densas anatomías del sentimiento pero que no se molesta en registrarlas.

Poseía un carácter sereno y pensativo y nos había traído de la jungla una colección de obsequios tallados a mano. Iba en taxi al instituto y a clase de danza, hablaba un poco de chino y en cierta ocasión había enviado dinero a una amiga que se había quedado tirada. Yo la admiraba de un modo alejado e inquietante, percibiendo en ella una amenaza abstracta, como si no fuera ni mucho menos mi hija, sino la sofisticada e independiente amiga de alguno de mis hijos. ¿Tendría razón Murray? ¿Constituíamos acaso una frágil unidad rodeada por hechos hostiles? ¿Era yo capaz de estimular la ignorancia, el prejuicio y la superstición para proteger a mi familia del mundo?

El día de Navidad, Bee se encontraba en el salón —raramente utilizado— sentada junto a la chimenea y contemplando las llamas de color turquesa. Llevaba una larga y amplia túnica de color caqui de aspecto discretamente caro. Equipado con papel de regalo y un rollo de cordel, me acomodé en la butaca con tres o cuatro paquetes en el regazo. Junto al sillón, en el suelo, descansaba mi manoseado ejemplar de *Mein Kampf*. Algunos de los demás estaban en la cocina preparando la comida; otros, habían subido a investigar sus regalos en privado. La televisión decía: «Esta criatura

ha desarrollado un complicado estómago capaz de adaptarse a su dieta herbácea.»

—No me gusta esta historia de mamá —dijo Bee con estudiada voz de desconsuelo—. Parece estar constantemente histérica. Como si estuviera preocupada por algo pero no supiera de qué se trata. Es Malcolm, claro está. Malcolm tiene su jungla. ¿Qué tiene ella? Una cocina amplia y ventilada con un fogón digno de un restaurante provinciano de tres tenedores. Ha vertido toda su energía en esa cocina y, ¿para qué? No es en absoluto una cocina. Representa su vida, su madurez. Baba sabría disfrutar de una cocina así. Para ella sí sería una cocina, pero para mamá es como un grotesco símbolo de superación de crisis, si no fuera porque ella aún no la ha superado.

—Tu madre no está del todo segura acerca de quién es su marido.

—El problema fundamental no reside ahí. El problema fundamental es que ni siquiera sabe quién es ella misma. Malcolm se pasa la vida en la espesura, alimentándose de serpientes y de cortezas de árbol. Ése es Malcolm. Necesita del calor y la humedad. Tiene no sé cuántos títulos en diplomacia y economía, pero todo cuanto desea es sentarse en cuclillas bajo un árbol y contemplar cómo los miembros de alguna tribu se untan el cuerpo de barro. Resulta divertido verlos. ¿Qué hace mamá para divertirse?

Todos los rasgos de Bee eran pequeños a excepción de sus ojos, que parecían albergar dos formas de vida, tanto el propio tema como sus implicaciones ocultas. Habló de la desenvuelta habilidad de Babette para lograr que las cosas funcionaran, la casa, los críos, el flujo rutinario del universo. Sonaba un poco como yo, pero en las profundidades de sus iris podían distinguirse ciertas formas secundarias de vida marítima. ¿Qué significaba, qué estaba diciendo en realidad, por qué parecía desear que yo reaccionara de manera similar? Buscaba comunicarse de ese mismo modo secundario, mediante fluidos ópticos. Con ello, vería confirmadas sus sospechas, descubriría la verdad acerca de mí. Sin embargo, ¿qué sospechas albergaba y qué había ahí por descubrir? Comencé a inquietarme. A medida que la casa iba inundándose con el olor de las tostadas, intenté derivar la conversación hacia el estilo de vida en séptimo curso.

—¿Está ardiendo la cocina?

—Es Steffie quemando tostadas. Es algo que hace de vez en cuando.

—Podía haber preparado algún plato *kimchi*.

—Para recordar tu período coreano.

—Es col adobada, acompañada de un montón de cosas. Terriblemente picante. Pero no sé si conseguiría los ingredientes. Ya es difícil conseguirlos en Washington.

—Probablemente nos darán algo aparte de las tostadas —dije.

Aquel suave reproche la animó. Cuando más le gustaba era cuando me mostraba seco, burlón y cortante, un talento natural que, según ella, había perdido a lo largo de

mi prolongado contacto con niños.

La televisión dijo: «Ahora pondremos las pequeñas antenas sobre la mariposa.»

Dos noches después, en la cama, oí voces, me puse el albornoz y atravesé el salón para averiguar qué ocurría. Encontré a Denise frente a la puerta del cuarto de baño.

—Steffie está tomando uno de sus baños.

—Es tarde —dije yo.

—Ahí está, sentada en medio de toda esa agua roñosa.

—Es mi roña —dijo Steffie desde el otro lado de la puerta.

—Sigue siendo roña.

—Bueno, pero es mía y no me molesta.

—Es porquería —dijo Denise.

—Es mi porquería.

—La porquería no es más que porquería.

—No cuando se trata de la mía.

Bee apareció en un extremo del salón, ataviada con un quimono de color rojo y plateado. Se limitó a permanecer allí, pálida y distante. Hubo un momento en el que nuestra situación geométrica en cuanto a mezquindad y vergüenza pareció palpablemente próxima a expandirse, como una caricatura de nuestra propia autoconciencia. Denise murmuró unas palabras violentas dirigidas a Steffie a través de la grieta entreabierta y regresó calladamente a su dormitorio.

Por la mañana, llevé a Bee al aeropuerto. Los viajes al aeropuerto provocaban en mí un humor silencioso y sombrío. Escuchamos boletines de noticias por la radio, crónicas curiosamente excitadas y enunciadas sobre un clamoroso tableteo de máquinas de escribir acerca de unos bomberos que habían sacado un sofá en llamas de una vivienda de Watertown. Advertí que Bee me observaba cuidadosamente, con respeto. Viajaba sentada con la espalda contra la puerta, las rodillas dobladas y juntas, rodeándose las piernas con los brazos. Su mirada era de solemne compasión. Era una mirada que no me inspiraba necesariamente confianza por cuanto que no creía que obedeciera demasiado a la compasión ni al amor ni a la tristeza. De hecho, la reconocía como algo completamente ajeno. Como la forma de condescendencia más tierna que puede mostrar una mujer adolescente.

Cuando regresaba del aeropuerto me desvié de la autopista al llegar a la carretera del río y aparqué el coche junto a la linde del bosque. Tras ascender por un empinado sendero, topé con una vieja valla de estacas adornada con un letrero

ANTIGUO CEMENTERIO

Blacksmith Village

Las lápidas eran pequeñas y aparecían inclinadas, picadas como de viruela, sucias de hongos y musgo, con los nombres y las fechas apenas legibles. El terreno era duro,

helado a intervalos. Avancé entre las lápidas, quitándome los guantes para tocar su áspero mármol. Clavado en el suelo frente a una de ellas se veía un estrecho jarrón del que asomaban tres pequeñas banderas norteamericanas como única señal de que alguien había visitado aquel lugar antes que yo en lo que iba de siglo. Pude descifrar algunos de los nombres: nombres sencillos, sonoros y poderosos que sugerían el rigor moral de sus poseedores. Me detuve a escuchar.

Me encontraba fuera del alcance del ruido del tráfico, del pulso intermitente de las fábricas del otro lado del río. Al menos habían acertado en eso, en situar el cementerio allí, protegido por un silencio que había sabido defender su terreno. Soplaban un aire acerado. Aspiré profundamente, sin cambiar de lugar, a la espera de experimentar la paz que supuestamente desciende sobre los muertos, de distinguir la luz suspendida sobre los campos tristes del paisajista.

Permanecí allí, escuchando. El viento desprendía copos de las ramas. La nieve surgía del bosque en torbellinos y violentas ráfagas. Me alcé el cuello y volví a ponerme los guantes. Cuando el aire amainó, eché a andar de nuevo entre las lápidas, intentando leer los nombres y las fechas, ajustando las banderas para que ondearan libremente. Por fin, volví a detenerme para escuchar.

El poder de los muertos reside en que pensamos que pueden vernos constantemente. Los muertos poseen una presencia propia. ¿Existirá algún nivel de energía formado exclusivamente por los muertos? Están también en el suelo, por supuesto, durmiendo y descomponiéndose. Tal vez nosotros no somos otra cosa que sus sueños.

Transcurran los días sin rumbo. Sucédanse las estaciones. No adelantemos los actos de acuerdo con un plan.

La hermana del señor Treadwell murió. Su nombre de pila era Gladys. El médico dijo que había muerto por los efectos retardados del miedo, como resultado de los cuatro días y noches que su hermano y ella habían vagado, perdidos y confusos, por el centro comercial Mid-Village.

En Glassboro, un hombre murió después de que una de las ruedas traseras de su automóvil se desprendiera del eje: una característica de ese modelo en particular.

El vicegobernador del Estado murió tras una larga enfermedad por causas naturales no reveladas. Todos sabemos lo que eso significa.

Un hombre de Mechanicsville murió en las afueras de Tokio durante el asedio al que diez mil estudiantes protegidos con cascos sometieron al aeropuerto.

Cuando leo las esquelas siempre me fijo en la edad de los fallecidos y la comparo automáticamente con la mía propia. Me quedan cuatro años, pienso. Nueve años. Dos años y habré muerto. El poder de los números resulta especialmente evidente cuando nos servimos de ellos para especular acerca del momento de nuestra muerte. A veces, regateo conmigo mismo. ¿Estaría dispuesto a aceptar sesenta y cinco, la edad que tenía Gengis Khan al morir? Solimán el Magnífico logró alcanzar los setenta y seis. No suena mal —especialmente si tenemos en cuenta cómo me siento ahora—, pero ¿cómo sonará cuando tenga setenta y tres?

Resulta difícil imaginar a estos hombres experimentando amargura frente a la muerte. El huno Atila murió joven. Aún no había concluido la cuarentena. ¿Sentiría lástima de sí mismo? ¿Sucumbiría a la depresión y a la autocompasión? Era rey de los hunos, invasor de Europa, Azote de Dios. Quiero creer que descansaría tendido en su tienda, envuelto en pieles de animales, como si formara parte de alguna superproducción épica con financiación internacional, y también que pronunciaría frases valerosas y crueles ante sus lugartenientes y criados. Sin permitir el debilitamiento de su espíritu. Sin sensación de la ironía de la existencia humana, de representar la forma más elevada de vida sobre la tierra y aun así hallarse sometido a una tristeza inefable porque sabe lo que ningún otro animal sabe: que tiene que morir. Atila no asomó por la abertura de su tienda para señalar con un gesto la presencia de un perro cojo tendido junto al fuego a la espera de que alguien le arrojara un resto de carne. No dijo: «Esa bestia patética, devorada por las pulgas, es más afortunada que el más grande de los dirigentes humanos. No sabe lo que nosotros sabemos, no siente lo que nosotros sentimos, no puede experimentar la pesadumbre que nosotros experimentamos.»

Quiero creer que no sintió miedo. Aceptaría la muerte como una experiencia que fluye naturalmente de la vida, como una carrera alocada a través del bosque, tal y

como parecería apropiado para quien ha sido conocido como el Azote de Dios. Así fue como terminó todo para él, con sus soldados cortándose los cabellos y desfigurándose los rostros en un bárbaro homenaje, a medida que la cámara retrocede hasta el exterior de la tienda y nos ofrece una panorámica del firmamento nocturno del siglo V, puro y no contaminado, orlado por el fulgor de otros mundos titilantes.

Babette alzó la mirada de los huevos y del picadillo y me habló con voz baja e intensa.

—Es bueno estar vivos, Jack.

—¿A qué viene eso?

—Pensé que debía decirlo.

—¿Te encuentras mejor ahora que lo has dicho?

—Tengo unos sueños horribles —murmuró.

¿Cuál de los dos morirá antes? Ella afirma que quiere morir antes que yo porque sin mí se sentiría insoportablemente triste y sola, especialmente si los niños ya fueran mayores y no vivieran en casa. En esto no hay modo de hacerla cambiar de opinión. Desea sinceramente precederme. Habla del tema con tal fuerza argumentativa que resulta evidente su convencimiento de que se trata de una cuestión en la que podemos elegir. También cree que nada puede pasarnos mientras en casa vivan criaturas que dependan de nosotros. Los niños representan una garantía de nuestra longevidad relativa. Estamos a salvo mientras los tengamos con nosotros. Cuando crezcan y se diseminen, sin embargo, quiere ser ella la primera en partir. Parece casi deseosa de ello. Teme que yo muera inesperadamente, traicioneramente, huyendo en mitad de la noche. No es que no aprecie la vida; es quedarse sola lo que teme. El vacío, la sensación de oscuridad cósmica.

MasterCard, Visa, American Express.

Yo le digo que quiero ser el primero en morir. Me he acostumbrado tanto a ella que me sentiría desconsoladamente incompleto. Representamos dos perspectivas de una misma persona. Yo pasaría el resto de mis días girando sobre mis talones para dirigirme a ella y no encontraría a nadie: un vacío en el espacio y en el tiempo. Ella insiste en que mi muerte dejaría en su vida un vacío mayor que el que la suya produciría en la mía. Tal es nuestro nivel de argumentación —el tamaño relativo de oquedades, abismos y simas—, y en él mantenemos serias discusiones. Ella dice que aunque su muerte abriera un hueco en mi vida, la mía cavaría un abismo en la suya, unas fauces abiertas e inmensas. Yo contraataco con una profunda sima y un vacío. Y así seguimos hasta que anochece. El poder dignificador del tema es tal que nuestras discusiones nunca se me antojan estúpidas cuando las mantenemos.

Se puso un largo abrigo de tela brillante y acolchada —segmentada como un exoesqueleto, diseñada para el lecho de los océanos— y salió a dar su clase de posturas. Steffie se movía silenciosamente por la casa, distribuyendo pequeñas bolsas

de plástico que utilizaba para forrar las papeleras de mimbre. Lo hacía una o dos veces a la semana, mostrando en la tarea el aire discreto y concienzudo de quien no desea que le agradezcas haberte salvado la vida. Vino Murray para hablar con las dos niñas y con Wilder, cosa que hacía de cuando en cuando como parte de su investigación sobre lo que él denominaba la sociedad infantil. Habló acerca del desapegado parloteo de la familia norteamericana. Parecía pensar que formábamos un grupo visionario abierto a formas especiales de conciencia. Por la casa discurrían vastas cantidades de datos a la espera de ser analizados.

Acompañado por los tres niños, subió para ver la televisión en el piso de arriba. Heinrich entró en la cocina, se sentó ante la mesa y asió con fuerza un tenedor con cada mano. El refrigerador latía poderosamente. Accioné un interruptor y en algún lugar situado bajo la pila un mecanismo triturador despertó con un impulso motorizado que me hizo retroceder dos pasos y redujo mondaduras, cáscaras y grasas animales a diminutos fragmentos capaces de ser desaguados. Retiré los dos tenedores de las manos de mi hijo y los deposité en el lavavajillas.

—¿Bebes ya café?

—No —repuso él.

—A Baba le gusta tomarse una taza cuando vuelve de la clase.

—Prepárale un té en su lugar.

—No le gusta el té.

—Puede acostumbrarse, ¿no?

—Se trata de dos cosas con sabores completamente distintos.

—Una costumbre es una costumbre.

—Pero primero tienes que adquirirla.

—A eso me refiero. Prepárale té.

—Su clase es más agotadora de lo que parece. El café la relaja.

—Por eso es peligroso —dijo él.

—No es peligroso.

—Cualquier cosa que te relaje es peligrosa. Si no sabes eso, más me valdría ponerme a discutir con la pared.

—A Murray también le gustaría tomar un café —dije, consciente de una pequeña nota de triunfo en mi voz.

—¿Has visto lo que acabas de hacer? Has cogido la lata de café y te la has llevado al mostrador.

—¿Y qué?

—No tenías por qué hacerlo. Podías haberla dejado donde estaba, junto a la cocina, y luego ir hasta el mostrador para coger la cuchara.

—Lo que estás diciendo es que he transportado la lata de café sin necesidad.

—La has llevado con la mano derecha hasta el mostrador, la has soltado para

abrir el cajón porque no querías abrirlo con la mano izquierda, has cogido la cuchara con la mano derecha, la has cambiado a la izquierda, has cogido de nuevo la lata de café con la derecha, has regresado a la cocina y la has puesto donde estaba.

—Cosas que hace la gente.

—Movimientos desperdiciados. La gente desperdicia una cantidad tremenda de movimientos. Alguna vez deberías observar a Baba mientras prepara una ensalada.

—La gente no se para a estudiar cada movimiento y cada gesto diminuto que realiza. No hay nada malo en un ligero desperdicio.

—¿Ni siquiera a lo largo de toda una vida?

—¿Qué te ahorras si no los desperdicias?

—¿A lo largo de la vida? Ahorras una cantidad colosal de tiempo y de energía —dijo.

—¿Y para qué te sirven?

—Para vivir más tiempo.

La verdad es que no quiero ser el primero en morir. Si me dan a elegir entre la soledad y la muerte, apenas tardaría una fracción de segundo en decidirme. Pero tampoco quiero estar solo. Todo lo que le digo a Babette acerca de huecos y abismos es cierto. Su muerte me dejaría desconcertado, hablando con las sillas y los almohadones. Siento ganas de implorarle a ese firmamento del siglo v, incandescente de misterio y de luces espirales: no nos dejes morir. Permítenos a ambos vivir eternamente, en la salud y en la enfermedad, embrutecidos, tambaleantes, sin dientes, con manchas de vejez, miopes, alucinantes. ¿Quién decide esas cosas? ¿Qué hay ahí fuera? ¿Quién eres?

Observé cómo el café ascendía burbujeando a través del tubo central y la canastilla perforada y se derramaba en el interior del pequeño globo pálido. Un invento triste y maravilloso, enrevesado, ingenioso, humano. Como un argumento filosófico planteado en términos de cosa mundana: agua, metal, granos marrones. Nunca me había fijado en el café hasta entonces.

—Cuando un mueble de plástico arde, uno muere de envenenamiento por cianuro —dijo Heinrich mientras daba unos golpecitos sobre el tablero de formica de la mesa.

Devoró un melocotón de invierno. Serví una taza de café para Murray y juntos ascendimos en dirección a la habitación de Denise, lugar en el que por entonces se encontraba instalado el televisor. El volumen estaba al mínimo con objeto de permitir el embelesado diálogo que las niñas mantenían con su invitado. Murray parecía feliz de encontrarse allí. Había depositado su trenca y su gorra en el suelo y tomaba notas acomodado junto a ellas. A su alrededor, la estancia era un museo de códigos y mensajes, una arqueología de la niñez, de cosas con las que Denise había vivido a partir de los tres años, desde relojes de muñequitos hasta carteles del hombre-lobo. Denise es de esa clase de niñas que experimentan una ternura protectora hacia sus

propias pertenencias. El esfuerzo por restaurar, preservar y conservar las cosas agrupadas por su valor de objetos reminiscentes forma parte de su estrategia en un mundo de desplazamientos, como un modo de ligarse a sí misma a una vida.

No nos equivoquemos. Me tomo muy en serio a estos niños. No es posible ver demasiado en ellos, dar rienda suelta a nuestras dotes casuales para el estudio del carácter. Todo está ahí, a plena potencia, cargado con ondas de identidad y existencia. No hay aficionados dentro del mundo infantil.

Heinrich se retiró a un rincón de la habitación y adoptó su postura de observador crítico. Yo entregué la taza a Murray y estaba a punto de salir cuando desvié fugazmente la mirada hacia la pantalla del televisor. Me detuve ante la puerta y volví a mirar, esta vez con más atención. Era cierto, estaba allí. Chisté a los demás para que guardaran silencio y ellos volvieron la cabeza hacia mí con irritación y desconcierto. A continuación, siguieron la dirección de mi mirada, fija en el robusto televisor que descansaba a los pies de la cama.

El rostro que aparecía en la pantalla era el de Babette. Nuestros labios dejaron escapar un silencio tan receloso y profundo como un gruñido animal. Nuestros rostros derramaban confusión, miedo, asombro. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué hacía ella allí, en blanco y negro, enmarcada por ribetes formales? ¿Acaso estaba muerta, perdida, separada del cuerpo? ¿Era aquél su espíritu, su identidad secreta, algún facsímil bidimensional que, generado por el poder de la tecnología y liberado para deslizarse a través de las ondas y los niveles de energía, se hubiera detenido para despedirse de nosotros desde la pantalla fluorescente?

Me inundó una sensación de extrañeza, de desorientación psíquica. Era ella, desde luego; su rostro, sus cabellos, su modo de parpadear dos o tres veces en rápida sucesión. Apenas hacía una hora que la había visto comiendo huevos, pero su aparición en la pantalla me hizo pensar en ella como si se tratara de alguna figura distante del pasado, alguna ex esposa y madre ausente, un ser errante por la neblina de la muerte. Si ella no estaba muerta, ¿lo estaba yo? Un grito infantil y bisílabo, *ba-ba*, surgió de las profundidades de mi alma.

Todo aquello comprimido en unos pocos segundos. Hubo de continuar pasando el tiempo —normalizándose, devolviéndonos el sentido de nuestro entorno, de la estancia, de la casa, de la realidad en la que se aposentaba el televisor— para que por fin comprendiéramos qué estaba sucediendo.

Babette estaba impartiendo su clase en el sótano de la iglesia, y la emisora local de televisión por cable había acudido para entrevistarla. Ella, o bien no había sabido que iban a acudir las cámaras o bien había preferido no decírnoslo movida por la timidez, el amor, la superstición o cualquiera que sea la causa que impulsa a una persona a ocultar su imagen a quienes la conocen.

El volumen reducido nos impedía oír lo que estaba diciendo, pero nadie se

molestó en ajustarlo. Era la imagen lo que importaba; el rostro en blanco y negro; activo pero también plano, distanciado, aislado, intemporal. Era ella y no lo era. Una vez más, comencé a pensar si Murray no sabía algo. Ondas y radiación. El entramado tenía un escape en algún sitio. Babette nos estaba enfocando, estaba despertando a la vida, formándose y reformándose interminablemente a medida que los músculos de su cara la hacían sonreír y hablar, a medida que revoloteaban los puntos electrónicos.

Estábamos siendo enfocados junto con Babette. Su imagen estaba siendo proyectada sobre nuestros cuerpos y navegaba en nosotros y a través de nosotros. Una Babette de electrones y fotones, de cualesquiera fuerzas que produjeran aquella luz grisácea que aceptábamos como su rostro.

Los niños estaban arrebolados de excitación, pero yo experimentaba cierta inquietud. Intenté decirme a mí mismo que no era más que la televisión —fuera ésta lo que fuese, independientemente de cómo funcionara— y no un viaje entre la vida y la muerte ni una separación misteriosa. Murray alzó la mirada hacia mí y me dirigió una de sus sonrisas furtivas.

Tan sólo Wilder conservaba la calma. Contemplaba a su madre, conversaba con ella sirviéndose de medias palabras, fragmentos de acento prudente en su mayoría artificiales. La cámara retrocedió para que Babette pudiera demostrar alguna sutileza referente al modo de caminar o de permanecer de pie, y Wilder se aproximó al aparato, tocó su cuerpo y dejó la huella de la mano sobre la polvorienta superficie de la pantalla.

A continuación, Denise se arrastró hasta el televisor e hizo girar el botón del volumen. No ocurrió nada. No había sonido, ni voz, nada. Se volvió para mirarme en un instante de renovada confusión. Heinrich avanzó, jugueteó con el mando y deslizó una mano detrás del televisor para ajustar los botones más recónditos. Al sintonizar un canal distinto el sonido estalló, crudo y desdibujado. Retornó al canal de cable, pero no logró extraer ni un murmullo mientras veíamos a Babette concluir su lección. Nos inundó una extraña sensación de aprensión, pero tan pronto como concluyó el programa las dos muchachas se dejaron llevar una vez más por la excitación y descendieron a la planta baja para esperar a Babette en la puerta y sorprenderla con el relato de lo que habían visto.

Su hermano pequeño siguió sentado frente al televisor, a pocos centímetros de la pantalla, llorando suavemente, de un modo incierto, hinchándose y expandiéndose blandamente su pecho mientras Murray tomaba notas.

II

ESCAPE TÓXICO A LA ATMÓSFERA

Tras una noche de nieves iluminadas por el sueño, el aire se tornó diáfano e inerte. La luz de enero poseía una calidad tensa y azulada de solidez y confianza. El sonido de las botas sobre la nieve apelmazada, las estelas limpiamente trazadas en lo más alto del firmamento. Todo ello era fundamentalmente resultado del tiempo que hacía, aunque por entonces yo lo ignoraba.

Doblé para enfilar nuestra calle y pasé junto a varios hombres que exhalaban vapor doblados sobre sus palas, en los senderos de sus jardines. Una ardilla se deslizaba a lo largo de una rama con un movimiento fluido, describiendo una trayectoria tan continua que parecía regida por sus propias leyes físicas, distintas a aquellas en las que hemos aprendido a confiar. Cuando ya había recorrido media calle vi a Heinrich agazapado en un pequeño alféizar que sobresalía de la ventana de nuestro ático. Llevaba puestas su chaqueta y su gorra de camuflaje, atuendo que para él —con sus catorce años de edad y esforzándose por crecer y pasar desapercibido simultáneamente aun sabiendo que los demás conocíamos todos sus secretos— poseía un significado complejo. Oteaba el Este a través de sus prismáticos.

Rodeé la casa en dirección a la cocina. En la entrada, la lavadora y la secadora producían un agradable zumbido. Adiviné por la voz de Babette que la persona con la que hablaba por teléfono era su padre. Impaciencia mezclada con culpabilidad y aprensión. Me situé tras ella y deposité mis manos frías sobre sus mejillas. Una tontería que siempre me gustaba hacer. Colgó el teléfono.

—¿Qué está haciendo en el tejado?

—¿Heinrich? No sé qué de uno de los apartaderos de la estación de ferrocarril —respondió ella—. Lo dijeron por la radio.

—¿No debería decirle que bajara?

—¿Por qué?

—Podría caerse.

—No le digas eso.

—¿Por qué no?

—Cree que le subestimas.

—Está subido al alféizar —dijo—. Algo habrá que deba hacer.

—Cuanta más preocupación muestres —repuso—, más se acercará al borde.

—Lo sé, pero eso no quita que tenga que intentar bajarle.

—Engatúsale —dijo—. Muéstrate sensible y cariñoso. Consigue que hable de sí mismo. No hagas movimientos bruscos.

Cuando llegué al ático descubrí que ya había entrado. Se encontraba frente a la ventana abierta, mirando aún a través de los prismáticos. Por doquier podían verse

posiciones abandonadas que, esparcidas entre las vigas, los postes desnudos y las plaquetas aislantes, creaban una atmósfera propia, una sensación opresiva e inquietante.

—¿Qué pasaba?

—La radio dijo que había descarrilado un vagón cisterna pero, por lo que he visto, no creo que descarrilara. Creo que algo chocó contra él y le abrió un agujero en el costado. Hay mucho humo. Tiene mal aspecto.

—¿Qué se ve?

Me alargó los prismáticos y se hizo a un lado. Sin subirme al alféizar me resultaba imposible distinguir el apartadero y el vagón o vagones en cuestión. El humo, sin embargo, resultaba claramente visible, una densa masa negruzca más o menos informe elevándose en el aire al otro lado del río.

—¿Has visto algún coche de bomberos?

—Están por todas partes —dijo—. Pero me da la sensación de que no se están acercando mucho. Debe de tratarse de un material demasiado tóxico o demasiado inflamable, o ambas cosas a la vez.

—No vendrá hacia aquí.

—¿Cómo lo sabes?

—Sencillamente porque no vendrá. La cuestión es que no deberías andar paseándote por cornisas heladas. Baba se preocupa.

—Crees que si me dices que le preocupa a ella me sentiré culpable y no lo haré, pero que si me dices que te preocupa a ti lo haré constantemente.

—Cierra la ventana —dije.

Bajamos a la cocina. Steffie estaba revisando el brillante colorido del correo en busca de cupones, sorteos y concursos. Era el último día de vacaciones, tanto para la escuela primaria como para los institutos de enseñanza media. El Hill reanudaría las clases en una semana. Envié a Heinrich afuera para que despejara la nieve del camino. Observé cómo se detenía y permanecía absolutamente inmóvil, la cabeza ligeramente entornada, mostrando una actitud de afilada conciencia. Tardé un rato en darme cuenta de que estaba escuchando el sonido de las sirenas, procedente de la orilla opuesta del río.

Una hora después se encontraba de nuevo en el ático, esta vez provisto de una radio y de un mapa de carreteras. Ascendí los estrechos escalones, tomé los prismáticos y miré de nuevo. El humo aún estaba allí, formando una acumulación ligeramente mayor, de hecho una columna prominente que, acaso, parecía ahora algo más negra.

—La radio lo define como un penacho plumoso —dijo Heinrich—, pero no es un penacho.

—¿Qué es?

—Es como una masa informe que aumenta de tamaño. Una oscura masa de humo negro que respira por sí misma. ¿Por qué se refieren a ella como un penacho?

—El minuto de emisión sale caro. No pueden meterse en descripciones largas y detalladas. ¿Han mencionado de qué clase de producto químico se trata?

—Se llama Niodeno Derivado, o Niodeno-D. Salía en una película que vimos en el colegio acerca de desechos tóxicos. Lo filmaban con ratas.

—¿Qué efecto produce?

—En la película no se describía con exactitud el efecto que tenía sobre los seres humanos. Básicamente, decía que producía un veloz desarrollo de bultos en las ratas.

—Eso es lo que decía la película. ¿Qué dice la radio?

—Al principio dijeron que irritación cutánea y sudoración de las palmas de las manos, pero ahora dicen que produce náuseas, vómitos y dificultad para respirar.

—Estamos hablando de náuseas en humanos. No en ratas.

—No en ratas —asintió.

Le devolví los prismáticos.

—En cualquier caso, no vendrá hacia aquí.

—¿Cómo lo sabes? —dijo.

—Lo sé, sencillamente. Hace un día de calma absoluta. Y cuando el viento sopla en esta época del año lo hace en aquella dirección, no en ésta.

—¿Y si sopla en ésta?

—No lo hará.

—Aunque sólo fuera esta vez.

—No lo hará. ¿Por qué iba a hacerlo?

Hizo una breve pausa.

—Acaban de cerrar al tráfico parte de la autopista general —dijo con voz monótona.

—Es lógico que lo hagan.

—¿Por qué?

—Porque es lógico. Como medida de precaución. Para facilitar el tránsito de los vehículos de socorro y cosas por el estilo. Por diversos motivos que no tienen nada que ver con el viento ni con la dirección en que sopla.

Babette asomó la cabeza por el hueco de la escalera. Dijo que un vecino le había contado que el vagón había derramado más de ciento treinta mil litros. Se había ordenado a la población que se mantuviera alejada de la zona. Sobre el lugar del suceso flotaba un penacho plumoso. También dijo que las niñas se quejaban de sudoración en las palmas de las manos.

—Eso ya lo han corregido —dijo Heinrich, volviéndose hacia ella—. Diles que deberían estar vomitando.

Pasó volando un helicóptero en dirección al accidente. La voz que hablaba por la

radio dijo: «Disponible durante un plazo limitado con disco duro opcional.»

La cabeza de Babette desapareció de nuestra vista. Observé cómo Heinrich sujetaba el mapa de carreteras entre dos postes con cinta adhesiva. A continuación, bajé a la cocina para pagar algunas facturas, consciente de los puntitos coloreados que revoloteaban atómicamente en algún lugar situado en la zona posterior derecha.

—¿Puede verse el penacho plumoso desde la ventana del ático? —dijo Steffie.

—No es un penacho.

—¿Pero tendremos que evacuar la casa?

—Por supuesto que no.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, sencillamente.

—¿Te acuerdas de cuando no pudimos ir al colegio?

—Aquello era algo interior. Esto es exterior.

Oímos el aullido de las sirenas de policía. Observé cómo Steffie dibujaba la secuencia de aquel sonido con los labios: *uau uau uau uau*. Cuando advirtió que la miraba, sonrió de un modo extraño, como si la hubiera despertado suavemente de un estado distraído y placentero.

Entró Denise frotándose las manos en los pantalones vaqueros.

—Están utilizando cañones de nieve para arrojar un producto sobre el derrame —dijo.

—¿Qué clase de producto?

—No lo sé, pero se supone que convierte el otro en inofensivo, aunque eso no termina de explicar qué piensan hacer con el penacho.

—Están evitando que aumente de tamaño —dije—. ¿Cuándo comemos?

—No sé, pero si sigue creciendo llegará aquí, con viento o sin él.

—No llegará aquí —rebatí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no llegará.

Se miró las palmas de las manos y subió al piso de arriba. Sonó el teléfono. Babette entró en la cocina y lo cogió. Desvió la mirada hacia mí mientras escuchaba. Yo extendí dos cheques, alzando periódicamente la vista para comprobar si aún me miraba. Parecía estudiar mis facciones en busca del significado oculto del mensaje que estaba recibiendo. Fruncí los labios de un modo que sabía que le irritaba.

—Eran los Stover —dijo—. Han hablado directamente con el centro meteorológico de Glassboro. Han abandonado la denominación de penacho plumoso.

—¿Cómo lo llaman ahora?

—Nube de humo negro en expansión.

—Eso ya resulta algo más acertado. Significa que están haciéndose con el control de la situación. Perfecto.

—Hay más —dijo—. Se espera la llegada de una masa de aire en movimiento procedente de Canadá.

—Siempre hay masas de aire en movimiento procedentes de Canadá.

—Cierto —repuso—. No tiene nada de nuevo. Y dado que Canadá queda al Norte, si la nube en expansión es impulsada hacia el Sur, pasará más que suficientemente lejos de nosotros.

—¿Cuándo comemos? —pregunté.

Oímos nuevas sirenas, distintas esta vez, dotadas de un sonido más amplio: no eran de policía, ni de bomberos ni de ambulancias. Comprendí que se trataba de sirenas antiaéreas, y parecían proceder de Sawyersville, una pequeña población situada al nordeste.

Steffie se lavó las manos en la pila de la cocina y subió al piso de arriba. Babette comenzó a sacar cosas del refrigerador. Cuando pasó junto a la mesa la así por el interior del muslo, y ella se retorció con un gesto delicioso sin soltar el paquete de maíz congelado que llevaba en la mano.

—Quizá deberíamos estar más preocupados por la nube en expansión —dijo—. Si insistimos en decir que no va a pasar nada es a causa de los niños, por no asustarles.

—No va a pasar nada.

—Yo sé que no va a pasar nada, y tú sabes que no va a pasar nada, pero en cierto modo deberíamos pensar en esa posibilidad a cierto nivel, aunque sólo sea por si acaso.

—Esas cosas le ocurren a la gente pobre que vive en zonas desprotegidas. La sociedad está organizada de tal modo que son los pobres y los analfabetos quienes sufren el impacto principal de las catástrofes naturales y artificiales. Son los habitantes de las zonas deprimidas quienes sufren las inundaciones; son los que viven en chabolas quienes soportan los huracanes y los tornados. Yo soy catedrático de universidad. ¿Has visto alguna vez a un catedrático remando en un bote a lo largo de su propia calle cuando han salido inundaciones en televisión? Vivimos en un pueblo limpio y agradable situado cerca de una universidad de nombre pintoresco. Esas cosas no ocurren en lugares como Blacksmith.

Para entonces se había sentado en mi regazo. Los cheques, las facturas, los impresos de concurso y los cupones se esparcían diseminados por la mesa.

—¿Por qué quieres cenar tan pronto? —preguntó con un susurro pícaro.

—Hoy no he almorzado.

—¿Qué te parece pollo frito con chile?

—Me parece de primera.

—¿Dónde está Wilder? —dijo, espesándosele la voz mientras yo deslizaba las manos sobre sus pechos, intentando desabrochar el cierre del sujetador con los

dientes a través de su blusa.

—No lo sé. Quizá lo haya secuestrado Murray.

—Te he planchado la toga —dijo.

—Muy bien, muy bien.

—¿Has pagado el teléfono?

—No he visto la factura.

Ambos teníamos ya la voz densa. Sus brazos se mantenían enroscados sobre los míos de tal modo que me era posible leer las instrucciones de preparación impresas en el paquete de bocaditos de maíz que sostenía en la mano izquierda.

—Pensemos en la nube en expansión. Aunque sólo sea un poco, ¿de acuerdo? Podría ser peligrosa.

—Todo lo que viaja en vagones cisterna es peligroso, pero los efectos son fundamentalmente a largo plazo y todo lo que tenemos que hacer es mantenernos alejados.

—Asegurémonos tan sólo de no olvidarnos del todo —dijo mientras se levantaba y golpeaba repetidamente una bandeja de hielo sobre el borde de la pila, desalojando los cubitos en grupos de dos y de tres.

Volví a fruncir los labios en dirección a ella y subí de nuevo al ático. Wilder estaba allí, acompañado de Heinrich, quien me dirigió un rápido vistazo en el que podía distinguirse cierta acusación bien ensayada.

—Ya no lo llaman penacho plumoso —dijo sin mirarme a los ojos, como si quisiera ahorrarse el penoso espectáculo de mi turbación.

—Ya lo sabía.

—Lo llaman nube de humo negro en expansión.

—Muy bien.

—¿Por qué muy bien?

—Significa que lo tienen más o menos bajo control. Que dominan la situación.

Con aire decidido a la vez que cauteloso, abrí la ventana, cogí los prismáticos y trepé al alféizar. Llevaba puesto un jersey grueso y me sentía a gusto a pesar del aire frío. Me aseguré de descargar el peso contra el edificio, con la mano extendida de mi hijo asiéndome por el cinturón. Podía percibir el apoyo que prestaba a mi modesta misión, incluso su esperanzada convicción de que sabría añadir a sus simples observaciones la gravedad equilibrada de un juicio maduro y considerado. Al fin y al cabo, era tarea de un padre.

Acerqué los prismáticos a mis ojos y escruté las crecientes tinieblas. Bajo aquella nube química en evaporación podía distinguir una escena de urgencia y actividad caóticas. La luz de los focos barría el apartadero. Varios helicópteros del Ejército revoloteaban en distintos puntos, iluminando la escena con reflectores adicionales cuyos haces, más anchos, se entrecruzaban con los de los automóviles de policía,

teñidos de color. El vagón cisterna permanecía sólidamente aposentado sobre los raíles, dejando escapar nubes de vapor de lo que parecía ser un orificio abierto en uno de sus costados. Aparentemente, el mecanismo de enganche de un segundo vagón había agujereado la cisterna. Los coches de bomberos aparecían desplegados a cierta distancia, si bien más cerca que los automóviles de policía y las ambulancias. A mis oídos llegaban sirenas, voces ampliadas por los megáfonos, una capa de parásitos e interferencias que extendía ligeras alteraciones a través del aire helado. Numerosos hombres corrían de un vehículo a otro desempaquetando equipos y acarreando camillas vacías. Otros, provistos de trajes de Mylex de color amarillo brillante y máscaras respiratorias, se desplazaban lentamente a través de la reluciente neblina transportando medidores de índices letales. Los cañones de nieve disparaban una sustancia rosácea en dirección al vagón cisterna y a su entorno inmediato. La espesa niebla que producía formaba un arco a través del aire similar al de un grandioso efecto destinado a realzar un concierto de música patriótica. Los cañones de nieve eran del tipo habitualmente empleado en las pistas de los aeropuertos; los furgones de la policía eran los mismos que se utilizan para transportar heridos en los disturbios callejeros. El humo flotaba desde los rojizos haces de luz hasta desaparecer en la oscuridad y terminaba por envolver el blanco resplandor que inundaba la escena. Los hombres ataviados con trajes de Mylex avanzaban con pasos cautelosos y lunares. Cada zancada representaba el ejercicio de una ansiedad no prevista por los instintos. El fuego y las explosiones no constituían el peligro fundamental. La muerte podía penetrar sin ser vista, impregnar los genes, mostrar su presencia en cuerpos aún no alumbrados. Se movían como si atravesaran un torbellino de polvo planetario, con gestos torpes y tambaleantes, atrapados por el concepto de la naturaleza del tiempo.

Me arrastré de nuevo al interior con cierta dificultad.

—¿Qué opinas? —preguntó.

—Aún está ahí flotando. Parece haberse enraizado al suelo.

—Así que no crees que se desplace hacia aquí.

—Por tu voz adivino que sabes algo que yo no sé.

—¿Crees que se desplazará hacia aquí o no?

—Pretendes que diga que no avanzará en esta dirección ni en un millón de años para luego contraatacar con un pequeño puñado de datos. Vamos, dime qué ha dicho la radio mientras estaba ahí fuera.

—No produce náuseas, vómitos ni dificultades respiratorias como habían dicho antes.

—¿Qué produce?

—Palpitaciones y cierta sensación de *déjà vu*.

—¿*Déjà vu*?

—Afecta a las porciones falsas de la memoria humana, o algo así. Y eso no es

todo. Ya no lo llaman nube de humo negro en expansión.

—¿Cómo lo llaman?

Me miró con aire cauteloso.

—Lo llaman escape tóxico a la atmósfera.

Pronunció aquellas palabras de un modo entrecortado y sombrío, sílaba a sílaba, como si percibiera la amenaza contenida en la terminología oficial. Continuó observándome recelosamente, escrutando mi rostro en busca de seguridad frente a un peligro real, una seguridad que inmediatamente habría rechazado como falsa. Era uno de sus trucos favoritos.

—Estas cosas no tienen tanta importancia. Lo que tiene importancia es la situación de cada uno. Eso está allí y nosotros estamos aquí.

—Hay una gran masa de aire desplazándose hacia el Sur desde Canadá —dijo con tono desapasionado.

—Lo sabía.

—Que lo supieras no significa que no sea importante.

—Quizá lo sea, quizá no lo sea. Depende.

—El tiempo está a punto de cambiar —casi sollozó con una voz impregnada del pulso quejumbroso de esa etapa especial de su vida.

—No sólo soy catedrático de universidad. Soy jefe de departamento. No me veo a mí mismo huyendo de un escape tóxico a la atmósfera. Eso es algo reservado a la gente que vive en remolques en las zonas más degradadas del condado, rodeadas de piscifactorías.

Contemplamos a Wilder mientras descendía de espaldas por los escalones del ático, los más altos de la casa. Denise se pasó la cena levantándose para correr al baño del vestíbulo con pasos cortos y rápidos, tapándose la boca con la mano. Ocasionalmente, cuando enmudecíamos un instante para masticar o añadir un poco de sal al plato, podíamos escuchar un amago de arcada. Heinrich le dijo que los síntomas que mostraba llegaban con retraso, y ella le dirigió una mirada malévola. Nos hallábamos en un período de expresiones y miradas, de interacciones hormigueantes que formaban parte del entramado sensorial del que tanto suelo disfrutar por lo general. Calor, ruido, luz, aspecto, palabras, gestos, personalidades, electrodomésticos. Una densidad coloquial que convierte la vida familiar en el único medio de conocimiento sensorial en el que la estupefacción de los corazones aparece contenida de un modo rutinario.

Advertí que las niñas se comunicaban entre sí con miradas subrepticias.

—¿No estamos cenando hoy un poco pronto? —inquirió Denise.

—¿A qué llamas tú pronto? —dijo su madre.

Denise miró a Steffie.

—¿Acaso es porque queremos despachar todo esto? —preguntó.

—¿Por qué íbamos a querer despacharlo?

—Por si pasa algo —dijo Steffie.

—¿Qué podría pasar? —respondió Babette.

Las niñas intercambiaron una nueva mirada, un diálogo solemne y pausado que indicaba que ciertas oscuras sospechas comenzaban a verse confirmadas. Se oyeron de nuevo las alarmas antiaéreas, tan cerca esta vez que su sonido nos afectó negativamente, conmocionándonos hasta el punto de que evitamos mirarnos a los ojos en un intento de negar que algo desacostumbrado estaba ocurriendo. El sonido provenía de nuestro propio parque de bomberos, construido de ladrillo rojo; de sirenas que ni siquiera se habían probado desde hacía más de una década. Producían un ruido semejante al de un graznido territorial del Mesozoico propio de un loro carnívoro dotado de la envergadura alar de un DC-9. La casa se llenó de un ronco estruendo, áspero y agresivo, como si los muros fueran a derrumbarse. Tan cercano a nosotros, tan dirigido a nosotros. Resultaba increíble que aquel sonido monstruoso hubiera podido dormitar oculto durante tantos años.

Continuamos comiendo, pulcramente y en silencio, reduciendo el tamaño de los bocados, extremando la cortesía al pedir que nos fuera alargado cualquier objeto. Nos volvimos tersos y meticulosos, disminuyendo el ámbito de nuestros movimientos, untando el pan de mantequilla con el ademán del técnico que restaura un fresco. Aquel chillido espantoso, sin embargo, no cesaba. Continuábamos evitando el contacto visual, procurábamos no entrechocar los cubiertos. Creo que entre nosotros se transmitía la esperanza encogida de que acaso fuera aquél el único modo de pasar desapercibidos. Era como si las sirenas anunciaran la presencia de un mecanismo de control, algo que más nos valdría no provocar mostrándonos desafiantes y sucios a la mesa.

Hasta que no se hizo audible un segundo sonido bajo el pulso de las potentes sirenas no se nos ocurrió interrumpir momentáneamente nuestro pequeño y decoroso episodio de histeria. Heinrich corrió hasta la puerta principal y la abrió de par en par. La combinación de ruidos nocturnos inundó la estancia con una sensación de frescura y proximidad renovadas. Por primera vez después de varios minutos nos miramos los unos a los otros, conscientes de que el nuevo sonido era una voz amplificada, aunque sin saber con seguridad qué estaba diciendo. Heinrich regresó a la mesa caminando con paso exageradamente cuidadoso y elegante, con cierto aire acechante. Parecía paralizado por el significado de su revelación.

—Quieren que evacuemos la zona —dijo, sin mirarnos directamente a los ojos.

—¿Te dio la impresión de que se limitaban a sugerirlo o parecía más imperativo? —preguntó Babette.

—Era el coche de un jefe de patrulla. Hablaba a través de un megáfono y conducía a bastante velocidad.

—En otras palabras, no tuviste oportunidad de captar ningún matiz sutil en su entonación —dije yo.

—Iba gritando.

—Debido a las sirenas —apuntó Babette esperanzadamente.

—Decía algo así como: «Evacuen todas las viviendas. Nube química letal, nube química letal.»

Permanecimos allí sentados frente al bizcocho y el melocotón en almíbar.

—Estoy segura de que hay tiempo de sobra —dijo Babette— o habrían insistido en que nos diéramos prisa. Me pregunto con qué velocidad se desplazan las masas de aire.

Steffie leía un cupón de Baby Lux, llorando suavemente. Aquello pareció despertar a Denise, que echó a correr escaleras arriba para hacer las maletas. Heinrich se dirigió hacia el ático a grandes zancadas para recuperar sus prismáticos, su mapa de carreteras y su radio. Babette entró en la despensa y comenzó a amontonar latas y frascos identificados mediante etiquetas de aspecto familiar y saludable.

Steffie me ayudó a recoger la mesa.

Veinte minutos más tarde estábamos todos en el coche. A través de la radio, la voz del locutor anunciaba que los habitantes de la zona oeste de la población debían dirigirse al antiguo campamento de los boy scouts, donde voluntarios de la Cruz Roja les proveerían de zumos de fruta y café. Los habitantes de la zona este habían de enfilarse la avenida en dirección a la cuarta área de servicio, donde deberían dirigirse a un restaurante llamado El Palacio de Kung-Fu, un edificio de varias alas adornado con pagodas, estanques de nenúfares y ciervos en libertad.

Nos sumamos a los últimos integrantes del primer grupo, incorporándonos al tráfico que avanzaba en dirección a la ruta principal de salida, un sórdido nudo de carreteras bordeado por depósitos de coches de segunda mano, restaurantes de comida rápida, tiendas de saldos y multicines. Mientras esperábamos a que nos llegara el turno de enfilarse los cuatro carriles de la autopista oímos sobre nosotros y a nuestra espalda una voz amplificadora que parecía dirigirse a las viviendas oscurecidas de una calle de sicomoros y setos elevados.

—Abandonen sus domicilios. Urgente, urgente. Accidente químico, nube tóxica.

La voz crecía, se desvanecía y volvía a aumentar a medida que el vehículo entraba y salía de las calles locales. «Accidente químico, nube tóxica.» Aun cuando las palabras se debilitaban, su cadencia continuaba siendo discernible, como una secuencia recurrente que flotara en la distancia. El peligro parece asignar a las voces públicas la responsabilidad de un cierto ritmo, como si las unidades del sistema métrico poseyeran una coherencia que nos permitiera equilibrar cualquier acontecimiento absurdo y feroz que pueda desencadenarse en torno a nosotros.

Cuando alcanzamos la carretera comenzaba a nevar. Teníamos poco que decirnos:

nuestras mentes aún no habían podido ajustarse a la actualidad de las cosas, al hecho absurdo de la evacuación. Nos dedicábamos fundamentalmente a estudiar a los ocupantes de los demás coches, intentando determinar por sus expresiones el grado de temor que deberíamos sentir. El tráfico avanzaba a paso de tortuga, pero pensamos que mejoraría algunos kilómetros más adelante, allí donde había una abertura de la mediana que permitiría a la caravana que se dirigía al Oeste utilizar los cuatro carriles a la vez. Los dos carriles opuestos estaban vacíos, lo que significaba que la policía ya había detenido el tráfico que circulaba en sentido contrario. Era una señal reconfortante. Lo que más teme la gente cuando se ve inmersa en un éxodo es que quienes se encuentran en puestos de autoridad hayan huido hace tiempo dejando a los demás a cargo de su propio caos.

La nieve comenzó a caer con más fuerza; el tráfico se movía a empujones intermitentes. En uno de los almacenes de mobiliario se anunciaba una promoción de lujo. Tras el extenso y bien iluminado escaparate, varios hombres y mujeres nos miraban con expresión de curiosidad, despertando en nosotros la sensación de ridículo del turista que todo lo hace mal. ¿Qué hacían tan tranquilos comprando muebles mientras nosotros avanzábamos lentamente y consumidos por el pánico a través de una tormenta de nieve? Sabían algo que nosotros ignorábamos. En una crisis, la verdad reside en lo que otras personas afirman. Nadie posee nunca unos datos menos certeros que los nuestros.

Las alarmas antiaéreas continuaron oyéndose en otras dos o más poblaciones. ¿Qué podían saber aquellos clientes que les impulsaba a quedarse atrás cuando ante nosotros se abría una ruta más o menos despejada hacia la salvación? Comencé a oprimir las teclas de la radio. En una estación de servicio de Glassboro nos enteramos de que se conocían nuevos e importantes datos. A las personas que estaban en sus casas se les recomendaba que permanecieran en ellas, pero se abandonaba al oyente la tarea de adivinar el significado de aquel consejo. ¿Estaban las carreteras ya totalmente obstruidas por el tráfico? ¿Estaría nevando Niodeno-D?

Continué oprimiendo botones en la esperanza de descubrir a alguien con información de fondo. Una mujer identificada como editora de una revista para el consumidor inició una discusión en torno a los problemas médicos que podrían resultar de un contacto personal con el escape tóxico a la atmósfera. Babette y yo intercambiamos una mirada y ella comenzó inmediatamente a conversar con las niñas mientras yo bajaba el volumen para hurtarles el conocimiento de lo que podrían haber imaginado que les esperaba.

—Convulsiones, coma, abortos espontáneos —decía animadamente la bien informada voz.

Pasamos junto a un motel de tres plantas. Todas las habitaciones estaban iluminadas, y todas las ventanas aparecían repletas de gente que nos miraba.

Formábamos un desfile de estúpidos expuestos no sólo a la lluvia química sino al desdeñoso juicio de los demás. ¿Por qué no estaban ellos allí, envueltos tras sus limpiaparabrisas en gruesos abrigos, bajo el silencio de la nieve? Parecía cada vez más urgente alcanzar el campamento, apresurarse al interior del edificio principal, sellar las puertas, acurrucarse en los catres con nuestro café y nuestros zumos y esperar a que pasara el peligro.

Los automóviles comenzaron a encaramarse a la verde pendiente que bordeaba la carretera, creando un tercer carril de tráfico pronunciadamente inclinado. Situados como estábamos en lo que hasta entonces había sido el carril derecho, no nos quedaba otra opción que la de contemplar cómo aquellos vehículos, desde una elevación ligeramente superior, nos adelantaban con un impulso aerodinámico, desviados de la horizontal.

Lentamente, nos aproximamos a un paso elevado sobre el que podían verse numerosas personas desplazándose a pie. Transportaban cajas y maletas, objetos envueltos en mantas, una larga hilera de cuerpos afrontando los embates de la nieve. Gente que llevaba en brazos a sus hijos pequeños y a sus animales domésticos, un anciano en pijama arropándose con una manta, dos mujeres acarreado sobre sus hombros una alfombra enrollada. Había gente en bicicleta, niños arrastrados en trineos y cochecitos. Gente empujando carritos de supermercado, gente ataviada con toda clase de atuendos voluminosos, escrutando el exterior desde las profundidades de sus capuchas. Vimos una familia envuelta por completo en plástico bajo una única y amplia sábana de polietileno transparente. Avanzaban bajo su escudo a marcha cerrada, el hombre y la mujer ocupando ambos extremos con los tres niños entre ellos, todos provistos de una capa secundaria y brillante de tejido impermeable. El espectáculo destilaba la sensación de algo gratificante y bien ensayado, como si hubieran pasado meses esperando la ocasión de lucir su número. Aparecían sin cesar nuevas figuras que surgían de detrás de un elevado montículo y atravesaban dificultosamente el paso elevado, los hombros espolvoreados de nieve, cientos de personas moviéndose con una suerte de determinación ineludible. Se oyó un nuevo clamor de sirenas. Los que caminaban no apresuraron el paso, no miraron hacia abajo en nuestra dirección ni estudiaron el cielo nocturno en busca de señales que revelaran la situación de la nube impulsada por el viento. Se limitaron a continuar avanzando a lo largo del paso, atravesando en su trayecto retazos de luz azotada por la nieve. Allí, a la intemperie, vigilando la proximidad de sus pequeños, transportando lo que podían, parecían formar parte de algún destino remoto relacionado mediante su maldición y su ruina a una larga historia de pueblos condenados a viajar por desolados parajes. Rezumaban un aura épica que hizo que me maravillara por primera vez ante el alcance de nuestra situación.

La radio dijo: «Es el holograma lo que confiere a la tarjeta de crédito su intriga

mercantil.»

Pasamos lentamente bajo el paso elevado, envueltos por un torbellino de bocinas de automóvil y por el gemido implorante de una ambulancia inmovilizada en el atasco. Cincuenta metros más adelante, el tráfico se estrechaba hasta formar un solo carril. Pronto vimos el motivo. Uno de los automóviles que avanzaban a lo largo del montículo había resbalado y se había estrellado contra uno de los coches que ocupaban nuestra fila. A lo largo de la hilera de vehículos seguían graznando las bocinas. Sobre nosotros aparecía posado un helicóptero, iluminando con un haz de luz blanca la masa de metal retorcido. Una pareja de enfermeros con barbas atendía a unas cuantas personas sentadas sobre la hierba con expresión de aturdimiento. Dos de ellas estaban ensangrentadas. Podían verse salpicaduras de sangre sobre una de las ventanillas destrozadas. La nieve recién caída rezumaba sangre. Un bolso de color tostado aparecía moteado de gotas de sangre. El cuadro que formaban los heridos, los médicos y el metal humeante, todos ellos bañados por aquella luz poderosa y sobrenatural, parecía adoptar la elocuencia de una composición formal. Silenciosamente, fuimos dejándolo atrás, experimentando al hacerlo una curiosa reverencia, animados incluso por el espectáculo de los vehículos amontonados y sus víctimas.

Heinrich no se despegaba de la ventanilla posterior, enfocando con sus prismáticos la escena a medida que ésta iba menguando en la distancia. Nos describió con detalle el número de cuerpos y dónde habían sido situados, las marcas de deslizamiento, los daños sufridos por los vehículos. Cuando el accidente dejó de ser visible empezó a hablar de todo lo que había ocurrido desde que sonara la alarma antiaérea durante la cena. Se expresaba con entusiasmo, con sentido de apreciación por lo que es vívido e inesperado. Yo me encontraba convencido de que todos habíamos alcanzado un estado mental común, sumiso, preocupado y confuso. No se me había ocurrido que alguno de nosotros pudiera hallar aquellos acontecimientos tan brillantemente estimulantes. Le miré por el espejo retrovisor. Permanecía sentado, ataviado con su cazadora de camuflaje equipada con cierres de velcro y felizmente impregnado por el espíritu del desastre. Hablaba de la nieve, del tráfico, de la gente que avanzaba caminando penosamente. Especulaba acerca de la distancia que nos separaba del campamento, de las primitivas instalaciones que habría disponibles allí. Nunca le había oído disertar sobre algo en un tono tan divertido y animado. Parecía sufrir prácticamente los efectos de una borrachera. Debía de saber que podíamos morir todos. ¿Se trataba acaso de una especie de euforia apocalíptica? ¿Buscaba tal vez una distracción de sus propias y pobres miserias a través de sucesos violentos y abrumadores? Su voz denotaba un insaciable apetito por lo terrible.

—¿Es esto un invierno templado o un invierno crudo? —preguntó Steffie.

—¿Comparado con qué? —repuso Denise.

—No lo sé.

Creí ver que Babette introducía algo en su boca. Desvié momentáneamente la mirada de la carretera y la observé con atención. Ella mantuvo la mirada fija hacia delante. Fingí devolver la atención al camino, pero volví a girar la cabeza súbitamente y logré sorprenderla desprevenida en el instante en que tragaba aquello que se había metido en la boca.

—¿Qué es eso? —dije.

—Conduce, Jack.

—He visto que contraías la garganta. Has tragado algo.

—Tan sólo un caramelo. Conduce, por favor.

—¿Te metes un caramelo en la boca y te lo tragas sin chuparlo antes un rato?

—¿Qué me he tragado? Lo tengo todavía en la boca.

Acercó el rostro hacia mí, oprimiendo la lengua contra la mejilla para dibujar un pequeño bulto sobre ella. Una pantomima infantil donde las haya.

—Te has tragado algo. Lo he visto.

—Tan sólo un poco de saliva con la que no sabía qué hacer. Conduce, ¿quieres?

Percibí que Denise comenzaba a interesarse y decidí abandonar el tema. No era el momento de andar interrogando a su madre acerca de medicaciones, efectos secundarios y cuestiones por el estilo. Wilder se había dormido apoyado sobre el brazo de Babette. Los limpiaparabrisas describían sus arcos sudorosos. Nos enteramos por la radio de que un centro de detección química situado en una zona remota de Nuevo México estaba enviando perros adiestrados para olfatear Niodeno-D.

—¿Se les habrá ocurrido pensar qué les ocurre a los perros cuando se acercan lo suficiente a este producto como para olerlo? —dijo Denise.

—A los perros no les pasa nada —respondió Babette.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sólo afecta a los seres humanos y a las ratas.

—No te creo.

—Pregúntale a Jack.

—Pregúntale a Heinrich —dije yo.

—Podría ser cierto —aclaró él, mintiendo claramente—. Utilizan ratas para probar los productos que pueden afectar al hombre, lo que significa que las ratas y los seres humanos padecemos las mismas enfermedades. Además, no utilizarían perros si pensarán que podía afectarles.

—¿Por qué no?

—Los perros son mamíferos.

—También las ratas —dijo Denise.

—Las ratas son una plaga —dijo Babette.

—Las ratas —señaló Heinrich— son fundamentalmente roedores.

—Y también una plaga.

—Las cucarachas son una plaga —dijo Steffie.

—Las cucarachas son insectos. Se comprueba contándoles las patas.

—Y también son una plaga.

—¿Acaso las ratas padecen cáncer? Sí —expuso Denise—. Eso tiene que significar que las ratas son más similares a los humanos que las cucarachas, aunque ambas se consideren como plagas, ya que las ratas y las personas pueden sufrir cáncer y las cucarachas no.

—En otras palabras —comentó Heinrich—, está diciendo que dos seres que son mamíferos tienen más cosas en común que dos seres que constituyen una plaga.

—¿Acaso pretendéis decirme —dijo Babette— que una rata no sólo es una plaga sino también un roedor y un mamífero?

La nieve se convirtió en aguanieve, y ésta en lluvia.

Llegamos al punto en el que la barrera de cemento da paso a veinte metros de mediana apenas más alta que el bordillo de una acera. Sin embargo, en lugar de un policía de tráfico dirigiendo el flujo de vehículos hacia los dos carriles adicionales, vimos a un hombre enfundado en un traje de Mylex que gesticulaba indicándonos que nos apartáramos de la abertura. Tras él podía verse el sepulcro de chatarra que formaban una casa rodante y un quitanieves. La torturada masa de hierro emitía un hilo de humo mohoso. Varios utensilios de plástico de brillantes colores aparecían esparcidos en un amplio círculo. No se veían signos de que hubiera víctimas ni manchas de sangre recientes, lo que nos hizo pensar que había pasado ya algún tiempo desde que el vehículo recreativo se abalanzara sobre el quitanieves, probablemente en un momento en que el oportunismo habría parecido un defecto fácilmente justificable dadas las circunstancias. Debía de haber sido la falta de visibilidad producida por la nieve lo que había hecho que el conductor saltara la mediana sin advertir que había un objeto al otro lado.

—Ya he visto todo esto antes —dijo Steffie.

—¿Qué quieres decir?

—Esto ya ha ocurrido antes exactamente igual. El hombre del traje amarillo y la máscara antigás. El accidente en medio de la nieve. Era exactamente igual que ahora. Estábamos todos en el coche. La lluvia abría agujeritos en la nieve. Todo.

Había sido Heinrich quien me había dicho que la exposición a aquel desecho químico podía inducir en las personas una sensación de *déjà vu*. Steffie no había estado presente cuando lo dijo, pero podía haberlo oído en la radio de la cocina, donde ella y Denise se habían enterado probablemente de la posibilidad de vómitos y sudoración en las palmas de las manos antes de desarrollar ellas mismas los síntomas. No creía que Steffie conociera el significado de *déjà vu*, pero también era posible que

Babette se lo hubiera explicado. El *déjà vu*, no obstante, había dejado de ser un síntoma grave de la contaminación por Niodeno, superado por el coma, las convulsiones y el aborto espontáneo. Si Steffie había oído hablar del *déjà vu* por la radio pero ignoraba las subsiguientes etapas que conducían a una condición más grave, podía significar que se hallaba en situación de ser engañada a través de sus propios sistemas de sugestión. Tanto ella como Denise habían ido con retraso durante toda la tarde. Se habían retrasado con las palmas sudorosas, con las náuseas y con el *déjà vu*. ¿Qué significaba aquello? ¿Imaginaba realmente Steffie que había visto el accidente antes o tan sólo imaginaba haberlo imaginado? ¿Es posible obtener una falsa percepción de la ilusión? ¿Existen un *déjà vu* auténtico y otro falso? Me pregunté si realmente le habían sudado las palmas o si sencillamente había imaginado una sensación de humedad. ¿Era acaso tan susceptible a la sugestión como para desarrollar cualquier síntoma a medida que se anunciara?

Sentí lástima por la gente y por el misterioso papel que desempeñamos en nuestros propios desastres.

Pero ¿y si no hubiera oído la radio ni supiera en qué consistía el *déjà vu*? ¿Y si estuviera manifestando auténticos síntomas por causas naturales? Quizá los científicos habían acertado con sus estimaciones previas antes de desarrollarlas. ¿Cuál de las dos era peor, la condición real o la autocreada? ¿Hasta qué punto importaba? Comencé a reflexionar acerca de esta y otras cuestiones relacionadas. Mientras conducía, advertí que estaba sometiéndome a mí mismo a un autoexamen oral basado en las clásicas sutilezas que durante siglos habían ocupado el pensamiento ocioso de tantas mentes medievales. ¿Podía una niña de nueve años sufrir un aborto espontáneo debido al poder de la sugestión? ¿Tendría que haber estado embarazada previamente? ¿Podía la sugestión mostrar esa clase de funcionamiento inverso, de aborto a fecundación, de menstruación a ovulación? ¿Qué viene antes, la menstruación o la ovulación? ¿Estamos hablando de meros síntomas o de condiciones profundamente arraigadas? ¿Un síntoma es un signo o es algo en sí mismo? ¿Qué es ese algo, y cómo sabemos que no se trata de otra cosa?

Apagué la radio, no para pensar mejor sino para no pensar. Los vehículos daban bandazos y patinaban. Alguien arrojó una envoltura de chicle por la ventanilla y Babette pronunció un indignado discurso sobre las personas desconsideradas que llenan las autopistas y el campo de basura.

—Os diré algo que ya ha ocurrido antes —dijo Heinrich—. Nos estamos quedando sin gasolina.

La aguja del indicador temblaba sobre la V de *vacío*.

—Siempre hay una reserva —apuntó Babette.

—¿Cómo puede haber siempre una reserva?

—Así se construyen los depósitos. Para que no te quedes sin nada.

—No puede haber una reserva *siempre*. Si continúas conduciendo acaba por terminarse.

—Nadie sigue conduciendo eternamente.

—¿Y cómo sabes cuándo parar? —interrogó.

—Cuando pasas por una estación de servicio —dije, y ahí estaba: una gasolinera desierta y azotada por la lluvia, con sus orgullosos postes alzándose bajo una colección de estandartes multicolores. Entré en ella, salté del asiento y eché a correr hacia los postes hundiendo la cabeza entre las solapas del abrigo. No estaban cerrados bajo llave, lo que significaba que los empleados habían huido con prisas dejando misteriosamente las cosas tal y como estaban, como los utensilios y las vajillas de cualquier civilización de aldea: el pan en el horno, la mesa puesta para tres. Misterios que luego persiguen a las generaciones posteriores. Descolgué la manguera del surtidor de gasolina sin plomo. Los estandartes restallaban al viento.

Pocos minutos después, de vuelta en la carretera, un espectáculo extraordinario y sorprendente se ofreció a nuestros ojos. Apareció en el cielo, frente a nosotros y a nuestra izquierda, impulsándonos a hundirnos aún más en el asiento, a torcer la cabeza para verlo mejor, a intercambiar exclamaciones y frases incompletas. Era la nube negra en expansión, el escape tóxico a la atmósfera, iluminado por los haces diáfanos de siete helicópteros militares. Estaban vigilando su desplazamiento, procurando no perderlo de vista. En todos los automóviles podían verse cabezas que giraban mientras los conductores se alertaban mutuamente mediante toques de bocina y los rostros de los ocupantes se asomaban a las ventanillas laterales mostrando toscas expresiones de asombro.

La inmensa masa oscura avanzaba como el buque fantasma de una leyenda nórdica, escoltada a través de la noche por criaturas acorazadas y dotadas de alas en espiral. No sabíamos con seguridad cómo reaccionar. Era terrible contemplarla tan cercana, a tan poca altura, cargada de cloruros, bencenos, fenoles, hidrocarburos o cualquiera que fuese su exacto contenido tóxico. Sin embargo, también resultaba espectacular: formaba parte de la grandiosidad de un acontecimiento arrollador, como las vívidas escenas de la estación de cambio de agujas o de la gente que atravesaba dificultosamente el paso elevado con sus niños, sus provisiones y sus pertenencias formando un trágico ejército de desposeídos. Nuestro temor se manifestaba acompañado de una sensación de sobrecogimiento que rozaba lo religioso. Sin duda, resulta posible sentirse conturbado por aquello que amenaza tu vida, contemplarlo como una fuerza cósmica infinitamente mayor y más poderosa que tú, surgida de ritmos obstinados y elementales. Aquello era la muerte fabricada en el laboratorio, una muerte definida y mensurable que, sin embargo, concebíamos en ese momento de un modo simple y primitivo, cual si se tratara de una perversidad estacional del planeta, una inundación o un tornado, algo que escapa a nuestro control. Nuestra

indefensión no parecía compatible con la idea de un suceso originado por el hombre.

En el asiento trasero, los niños se disputaban la posesión de los prismáticos.

Resultaba impresionante en su conjunto. Parecían querer iluminarnos la nube como si ésta formara parte de un espectáculo de luz y sonido, como si fuera la ligera e inquietante capa de bruma que discurre a través de una elevada almena en la que un rey ha sido asesinado. Pero en ese momento nosotros no estábamos siendo testigos de la historia. Se trataba de algo secreto y venenoso, de la emoción onírica que acompaña el abandono del sueño. De los helicópteros salían bengalas despedidas, cremosas erupciones de luces blancas y rojas. Los conductores hacían sonar sus bocinas y los niños se arremolinaban frente a las ventanillas ladeando el rostro y oprimiendo sus manitas rosadas contra el vidrio.

La carretera describió una curva que nos alejaba de la nube tóxica y durante un rato la circulación discurrió con más fluidez. Al llegar a una intersección próxima al campamento de boy scouts, dos autobuses escolares que transportaban a los perturbados de Blacksmith se incorporaron a la corriente principal del tráfico. Reconocimos a los conductores, distinguimos rostros familiares en las ventanillas, gente que habitualmente veíamos sentada en tumbonas de jardín tras los delgados setos del manicomio o caminando en círculos cada vez más estrechos a velocidad creciente, como cuerpos sometidos a un dispositivo giratorio. Nos inundó una sensación de afecto hacia ellos y de alivio al ver que eran atendidos con tanta diligencia y profesionalidad. Todo ello parecía indicar que la estructura se mantenía intacta.

Pasamos junto a una señal que indicaba la dirección del establo más fotografiado de Norteamérica.

Se tardó una hora en encauzar el tráfico por el carril único que conducía al campamento. Hombres enfundados en trajes de Mylex hacían oscilar sus linternas y extendían bastones luminosos dirigiéndonos hacia el aparcamiento, los campos deportivos y otras zonas adyacentes. De los bosques surgían numerosas personas, algunas equipadas con linternas frontales, otras acarreando bolsas de la compra, niños y animales domésticos. El automóvil avanzó a trompicones por caminos de tierra, salvando surcos y montículos. Cerca ya de los edificios principales vimos a un grupo de hombres y mujeres provistos de sujetapapeles de pinza y radioteléfonos, funcionarios que no vestían trajes de Mylex, expertos en la nueva ciencia de la evacuación. Steffie se unió al profundo sueño de Wilder. Escampó. La gente apagaba los faros de los automóviles y permanecía sentada en su interior con aire de incertidumbre. Nuestro largo y peculiar viaje había concluido. Esperamos la llegada de una sensación de satisfacción, de la emoción discreta del éxito, de la bien ganada fatiga que promete un sueño reposado y tranquilo, pero la gente continuaba sentada en sus coches, mirándose unos a otros a través de las ventanillas. Heinrich se puso a

mordisquear una barra de caramelo. Podíamos oír el ruido que producían sus dientes al quedarse adheridos a aquella masa dulce y glucosada. Por fin, una familia descendió de un Datsun Maxima. Vestían chalecos salvavidas y portaban bengalas.

La gente se reunía en pequeños grupos alrededor de algunos de los presentes. Ellos eran las fuentes de los rumores y la información. Una persona trabajaba en una planta química, otra había oído una observación de pasada, una tercera estaba relacionada con un funcionario de una agencia estatal. Aquellos densos corrillos irradiaban por el dormitorio noticias verdaderas, noticias falsas y noticias de otras clases.

Se decía que nos permitirían regresar a casa a primera hora de la mañana; que el gobierno había concentrado sus esfuerzos en hallar el modo de encubrir el suceso; que un helicóptero había penetrado en la nube tóxica y no había vuelto a reaparecer; que los perros de Nuevo México habían sido lanzados en paracaídas sobre una pradera en lo que se consideraba un audaz salto nocturno; que la población de Farmington permanecería inhabitable durante cuarenta años.

Los comentarios adquirirían un estado de suspensión. Ninguno de ellos resultaba más o menos factible que cualquier otro. Separados bruscamente de la realidad, nos encontrábamos liberados de la necesidad de distinguir.

Algunas familias prefirieron dormir en sus automóviles; otras se vieron forzadas a hacerlo al no encontrar ya sitio libre en los siete u ocho edificios con que contaban las instalaciones. Nosotros habíamos sido asignados a un gran barracón que formaba parte de un grupo de tres edificios similares pertenecientes al campamento, y con el generador ya en funcionamiento nos encontrábamos bastante cómodos. La Cruz Roja había suministrado catres, calentadores portátiles, emparedados y café. Había lámparas de queroseno que añadían algo de luz a las luces cenitales existentes. Muchas personas contaban con radios, raciones adicionales de alimentos para compartir con los demás, mantas, tumbonas y mudas de ropa. El lugar se encontraba abarrotado y aún bastante frío, pero la presencia de las enfermeras y los voluntarios nos hacía sentir que los niños estaban a salvo, y la presencia de otras almas perdidas —ancianos, enfermos, muchachas jóvenes con sus bebés— nos proporcionaba firmeza y voluntad, cierta inclinación solidaria lo bastante pronunciada como para actuar a modo de identidad común. Aquella amplia zona grisácea, húmeda y desnuda, ajena a la historia apenas un par de horas antes, se había convertido en un lugar extrañamente acogedor, repleto de una atmósfera excitada de voces y compañía.

Los cazadores de noticias se desplazaban de grupo en grupo, tendiendo siempre a demorarse más en los mayores. Siguiendo su ejemplo, recorrí lentamente el barracón. Supe que existían nueve centros de evacuación, incluyendo aquél y El Palacio de Kung-Fu. Al igual que la mayoría de las poblaciones de la zona, Iron City no había sido evacuada por completo. Se decía que el gobernador viajaba en aquel momento

procedente del Capitolio en un helicóptero especial. Aterrizaría probablemente en un campo de judías situado en las afueras de un pueblo desierto, lo que le permitiría surgir de su interior con expresión franca y confiada y chaqueta deportiva para permanecer al alcance de las cámaras durante diez o quince segundos y afianzar así su carácter de imperecedero.

Qué sorpresa supuso el abrirme paso a través del borde exterior de uno de los grupos más nutridos y descubrir que mi propio hijo se encontraba en el centro, hablando con voz recién descubierta y acento de entusiasmo ante la catástrofe incontrolada. Hablaba acerca del escape tóxico a la atmósfera de un modo técnico, si bien no podía evitar que sus palabras denotaran un tono de revelación profética. Pronunciaba el nombre del producto —Niodeno Derivado— con un deleite indecoroso, complaciéndose morbosamente con el sonido mismo de las palabras. La gente escuchaba con atención a aquel adolescente ataviado con chaqueta y gorra de campaña, prismáticos al cuello y cámara Instamatic prendida al cinto. Su edad, sin duda, ejercía una influencia adicional en ellos. Se mostraría veraz y honesto, ajeno a cualquier interés particular; sería entendido en cuestiones de medio ambiente; sus conocimientos de química serían recientes y estarían actualizados.

—El producto con que fumigaron el derrame principal en la estación era probablemente ceniza de sosa, pero había demasiado poco y lo esparcieron demasiado tarde —le oí decir—. En mi opinión, esperarán al amanecer para enviar unas cuantas avionetas fumigadoras y bombardear la nube tóxica con grandes cantidades adicionales de ceniza de sosa, descomponiéndola y convirtiéndola en un millón de nubecillas inofensivas. La ceniza de sosa es el nombre vulgar del carbonato sódico, habitualmente utilizado en la fabricación de vidrio, cerámica, detergentes y jabones. También es empleada para fabricar bicarbonato sódico, algo que probablemente muchos de ustedes hayan tenido que tomar después de sus salidas nocturnas.

Los presentes se apretujaban en torno a él, impresionados por la erudición y el ingenio del muchacho. Resultaba admirable oírle hablar con tanta facilidad frente a una muchedumbre de extraños. ¿Acaso se estaba descubriendo a sí mismo, aprendiendo a determinar su propia valía a partir de las reacciones ajenas? ¿Era posible que la confusión y la tensión de aquel suceso terrible le sirvieran para hallar su camino en la vida?

—Lo que probablemente se preguntan todos ustedes es qué es exactamente este Niodeno-D del que tanto estamos oyendo hablar. Buena pregunta. Lo estudiamos en el colegio, y vimos filmaciones de ratas que experimentaban convulsiones y síntomas similares. Básicamente, resulta muy simple: el Niodeno-D constituye un cúmulo de cosas mezcladas entre sí, todas ellas productos de desecho procedentes de la fabricación de insecticidas. El producto original mata a las cucarachas, mientras que

los productos secundarios de su fabricación matan todo lo demás. Un pequeño chiste que se inventó el profesor.

Chasqueó los dedos y dejó oscilar ligeramente una pierna.

—En forma de polvo es incoloro, inodoro y sumamente peligroso, aunque nadie parece saber con exactitud qué efectos produce en el ser humano adulto o en los niños pequeños. Han experimentado con él durante años y o bien no lo saben con seguridad, o bien no lo quieren decir. Algunas cosas resultan demasiado espeluznantes para poder publicarse.

Arqueó las cejas y comenzó a gesticular cómicamente, asomando la lengua por la comisura de los labios. Me quedé estupefacto al comprobar que la gente se reía.

—Una vez que impregna la tierra cuenta con una vida media de cuarenta años. Mucho más que muchos de nosotros. Transcurridos cinco años, comenzarán a notar que crecen diversos tipos de hongos en sus ventanas y contraventanas, así como en la ropa y los alimentos. Al cabo de diez años, sus persianas empezarán a oxidarse, a picarse y a pudrirse. Los marcos se torcerán. Se romperán los cristales y los animales domésticos sufrirán afecciones. Después de veinte años, probablemente se vean obligados a encerrarse en el ático y esperar a ver qué ocurre. Imagino que todo ello constituye una lección para todos: conozcamos a fondo nuestros productos químicos.

No quería que me viera allí. Mi presencia le haría sentirse turbado, le recordaría su vida anterior de niño huraño y elusivo. Dejémosle florecer —si es que eso es lo que está haciendo— al amparo del infortunio, el temor y la calamidad indiscriminada. Me retiré discretamente, pasando junto a un hombre que calzaba botas de nieve envueltas en plástico, y me dirigí al extremo del barracón en el que previamente nos habíamos instalado.

Junto a nosotros había una familia negra, Testigos de Jehová. Un hombre y una mujer acompañados de un niño que tendría unos doce años. El padre y el hijo se ocupaban en alargar folletos a las personas circundantes. No parecían tener dificultad en hallar receptores agradecidos y oyentes atentos.

—¿No le parece tremendo todo esto? —le preguntó la mujer a Babette.

—Nada me sorprende ya —repuso Babette.

—Es verdad.

—Lo único que me sorprendería es que no hubiera más sorpresas.

—No le falta razón.

—O si tan sólo hubiera pequeñas sorpresas. Eso sí que constituiría una sorpresa, y no todo esto.

—El dios Jehová tiene reservada una sorpresa aún mayor que ésta —dijo la mujer.

—¿El dios Jehová?

—El mismo.

Steffie y Wilder dormían en uno de los camastros. Denise permanecía sentada en el otro extremo del mismo absorta en la lectura del *Manual médico de referencia*. Podían verse varios colchones de aire apilados contra la pared. Frente al teléfono de emergencia se extendía una larga cola de personas que llamaban a sus parientes o intentaban ponerse en contacto con la centralita de algún que otro programa de radio abierto al público. La mayoría de los transistores permanecían sintonizados en aquella clase de programas. Babette se había sentado en una tumbona y revisaba el contenido de una bolsa de lona llena de aperitivos bajos en calorías y otras provisiones. Advertí la presencia de frascos y cartones que habían pasado meses almacenados en el refrigerador o la despensa.

—Pensé que sería un buen momento para olvidar temporalmente las cosas que más engordan —dijo.

—¿Por qué precisamente ahora?

—Son momentos que exigen disciplina y fortaleza mental. Estamos al borde del desastre.

—Me parece interesante que contemples la posibilidad de una catástrofe que te afectaría a ti, a toda tu familia y a varios miles de personas como una buena ocasión para hacer régimen.

—Uno aprovecha la disciplina donde la encuentra —dijo—. Si no me como mis yogures ahora, igual me daría dejar de comprarlos para siempre. Lo único que creo que pasaré por alto es el germen de trigo.

El nombre de la marca parecía extranjero. Cogí el frasco de germen de trigo y examiné la etiqueta de cerca.

—Es alemán —dije—. Tómalo.

Algunas personas aparecían enfundadas en pijama y zapatillas. Un hombre llevaba un rifle colgado del hombro. Niños deslizándose en el interior de sus sacos de dormir. Babette hizo un ademán, indicándome que me aproximara.

—Mantengamos la radio apagada —susurró—. Para que no la oigan las niñas. Aún no han pasado del *déjà vu* y prefiero que sigan así.

—¿Y si se trata de síntomas reales?

—¿Cómo iban a ser reales?

—¿Por qué no podrían serlo?

—Sólo los sufren cuando los anuncian —murmuró.

—¿Oyó Steffie lo del *déjà vu* por la radio?

—Debe de haberlo oído.

—¿Cómo lo sabes? ¿Estabas tú con ella cuando lo dijeron?

—No estoy segura.

—Intenta recordarlo.

—No puedo.

—¿Recuerdas haberle explicado el significado de *déjà vu*?

Con la cuchara, extrajo un poco de yogur del cartón y pareció vacilar, absorta en sus reflexiones.

—Esto me ha pasado anteriormente —dijo por fin.

—¿Qué te ha pasado anteriormente?

—El estar aquí sentada, comiendo yogur, hablando del *déjà vu*.

—Me niego a escuchar esto.

—El yogur estaba en la cuchara. Lo vi como si se tratara de un destello. Vi toda la experiencia. Natural, de leche entera, bajo en calorías.

El yogur seguía en la cuchara. Observé cómo la llevaba a sus labios con aire pensativo, intentando comparar su acción con la ilusión de un original coincidente. Sin abandonar mi postura agachada, le indiqué que se acercara.

—Heinrich parece estar abandonando el cascarón —susurré.

—¿Dónde está? No le he visto.

—¿Ves aquel grupo de gente? Está justamente en el centro. Les está contando todo lo que sabe acerca del escape tóxico.

—¿Qué sabe de él?

—Bastantes cosas, por lo que parece.

—¿Por qué no nos las ha contado? —murmuró.

—Probablemente le tenemos cansado. No cree que merezca la pena mostrarse divertido y encantador frente a su familia. Así son los hijos. Para ellos, representamos un desafío negativo.

—¿Divertido y encantador?

—Presumo que era así desde el principio. Tan sólo era cuestión de encontrar el momento adecuado para poner en práctica sus dotes.

Se aproximó aún más, hasta que nuestras cabezas casi se tocaban.

—¿No crees que deberías ir allí? —dijo—. Para que te vea entre el grupo. Para que vea que su padre está asistiendo a su gran momento.

—Verme entre la muchedumbre le disgustaría.

—¿Por qué?

—Soy su padre.

—Y piensas que si acudes allí lo estropearás todo poniéndole nervioso y echando a perder su estilo por esa teoría del padre y el hijo. Y si no vas, nunca sabrá que estuviste presente en su gran momento y pensará que tiene que comportarse en tu presencia como siempre lo ha hecho, que tiene que mostrarse tímido y receloso en lugar de adoptar su nueva actitud seductora y expansiva.

—Se trata de un doble lazo.

—¿Y si fuera yo? —murmuró.

—Pensaría que ibas enviada por mí.

—¿Y eso sería tan terrible?

—Cree que te utilizo para conseguir que haga lo que yo quiero.

—En eso puede haber algo de verdad, Jack. De todos modos, ¿para qué están los padrastros y las madrastras si uno no puede servirse de ellos en las pequeñas escaramuzas que se producen entre los parientes directos?

Me aproximé aún más a ella y hablé en voz todavía más baja.

—Tan sólo un caramelo —dije.

—¿Qué?

—Un poco de saliva con la que no sabías qué hacer.

—Era un caramelo —susurró, dibujando una O con el índice y el pulgar.

—Dame uno.

—Era el último.

—¿De qué sabor era? *Rápido*.

—Cereza.

Fruncí los labios y emití leves sonidos de succión. El negro de los folletos vino y se agachó junto a mí. Nos estrechamos largamente la mano con ademán cordial. Parecía estudiarme abiertamente, dando la impresión de que había apartado a su familia del hogar para recorrer aquel accidentado trayecto no para huir del escape tóxico sino con el objetivo de hallar a la única persona capaz de comprender lo que tenía que decir.

—Está ocurriendo en todos sitios, ¿no es cierto?

—Más o menos —repuse.

—¿Y qué está haciendo el Gobierno al respecto?

—Nada.

—Lo has dicho tú, no yo. Hay tan sólo una palabra en el lenguaje que describa lo que están haciendo, y tú has dado con ella con absoluta precisión. No me sorprende en absoluto. Si te paras a pensarlo, ¿qué pueden hacer? Lo digo porque lo que se avecina, se avecina, y no hay quien lo pare. No hay gobierno en el mundo lo suficientemente poderoso como para detenerlo. ¿Acaso un hombre como tú conoce las dimensiones del ejército indio?

—Un millón de hombres.

—Lo has dicho tú, no yo. Un millón de soldados y no pueden hacer nada para detenerlo. ¿Sabes qué país es el que posee el mayor ejército en activo del mundo?

—Es China o Rusia, aunque también habría que mencionar a los vietnamitas.

—Respóndeme a una cosa —dijo—. ¿Acaso pueden detenerlo los vietnamitas?

—No.

—Ya está aquí, ¿no es cierto? La gente lo percibe. Lo sentimos en nuestros propios huesos. Se aproxima el reino de Dios.

Era un individuo de aspecto ágil y cabellos escasos, y mostraba una abertura entre

los incisivos superiores. Se acuclillaba con facilidad, dando la sensación de poseer articulaciones holgadas y de encontrarse siempre comfortable. Advertí que combinaba traje y corbata con zapatillas de deporte.

—¿Estaremos viviendo unos instantes grandiosos? —inquirió.

Estudié su rostro, intentando hallar una pista que me revelara la respuesta correcta.

—¿No sientes que ya está llegando? ¿Que se encuentra en camino? ¿*Deseas* que llegue?

Brincaba sobre los dedos de los pies al hablar.

—Guerras, hambrunas, terremotos, erupciones volcánicas. Todo comienza a tomar forma. En tus propias palabras, ¿existe algo que pueda detenerlo una vez que comience a tomar impulso?

—No.

—Lo has dicho tú, no yo. Inundaciones, tornados, epidemias de enfermedades nuevas y desconocidas. ¿Se trata de un signo? ¿Se trata de la verdad? ¿Estás preparado?

—¿Lo percibe realmente la gente en los huesos? —dije.

—Las buenas noticias viajan rápidamente.

—¿Habla la gente de ello? Cuando realizas tus visitas puerta a puerta, ¿tienes la sensación de que lo desean?

—No se trata de si lo desean. Se trata de adónde tenemos que ir para apuntarnos. Se trata de cómo podemos lograr que nos saquen de aquí sin más dilación. La gente pregunta: «¿Se producen cambios de estación en el reino de Dios?» Preguntan: «¿Hay que pagar peaje para atravesar los puentes y reciclar el vidrio?» A lo que me refiero, en otras palabras, es a que están comenzando a dar en el clavo.

—Lo experimentas como una deformación del terreno.

—Como un agrupamiento súbito. Ni más ni menos. Me bastó una ojeada para estar seguro: aquí hay un tipo que lo comprende.

—Estadísticamente hablando, no se advierte un aumento de los terremotos.

Me obsequió con una sonrisa condescendiente. Sentí que la tenía bien merecida, si bien no estaba muy seguro del motivo. Quizá resultaba embarazoso citar estadísticas en presencia de creencias, temores y anhelos tan poderosos.

—¿Qué piensas hacer cuando llegue el momento de tu resurrección? —preguntó, como si me estuviera interrogando acerca de mis proyectos para el próximo puente de fin de semana.

—¿Acaso nos llegará a todos?

—Estaremos entre los malvados o entre los salvos. Los malvados habrán de ver cómo se descompone su cuerpo mientras pasean por la calle. Sentirán cómo sus ojos escapan de sus órbitas. Los conoceremos por su aspecto pegajoso y porque les

faltarán partes. Vagabundearán dejando su propio rastro de baba. Toda la espectacularidad de Armagedón reside en la descomposición. Los demás se reconocerán entre sí por su pulcritud y discreción. Reconoceremos a los salvos por su aspecto poco llamativo.

Era un hombre serio, objetivo y práctico de pies a cabeza. Me sentí extrañado ante la seguridad casi sobrenatural que mostraba en sí mismo, ante su falta de culpa. ¿Será de esto de lo que se trata Armagedón? ¿La desaparición de la ambigüedad y de las dudas? Se mostraba dispuesto a lanzarse hacia el otro mundo. Estaba forzando al otro mundo a traspasar mi conciencia a través de acontecimientos fabulosos que para él resultaban corrientes, evidentes, razonables, inminentes, ciertos. Yo no percibía la llegada de Armagedón en los huesos, pero me inquietaban aquellos que sí lo hacían, que se encontraban dispuestos para su llegada, que lo anhelaban y se dedicaban a hacer llamadas telefónicas y a retirar sus fondos del banco. ¿Bastará que haya suficientes personas que lo deseen para que ocurra? ¿Cuántas personas son las suficientes? ¿De qué estamos hablando él y yo en esta postura acucillada propia de tribus aborígenes?

Me alargó un panfleto titulado *Veinte errores corrientes en torno al fin del mundo*. Me esforcé por abandonar mi postura agachada, y al hacerlo experimenté un ligero mareo combinado con dolor de espalda. En la parte delantera del barracón, una mujer hablaba de los riesgos inherentes a la exposición a agentes tóxicos. Su vocecita casi se perdía bajo el rumor ondulante del barracón, esa especie de murmullo sordo que los seres humanos producimos de modo rutinario en recintos grandes y cerrados. Denise había dejado su libro a un lado y me miraba con expresión dura. Era la mirada que habitualmente reservaba para su padre cada vez que le sorprendía perdiendo pie.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—¿No has oído lo que decía esa voz?

—Exposición.

—Exacto —dijo con tono incisivo.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—Con nosotros, nada —repuso—. Contigo.

—¿Por qué conmigo?

—¿No fuiste tú quien salió del coche para llenar el depósito?

—¿Dónde se encontraba la nube cuando lo hice?

—Frente a nosotros. ¿Acaso no lo recuerdas? Te subiste de nuevo al coche y al cabo de un rato la teníamos delante, iluminada por todos aquellos focos.

—Intentas decirme que cuando bajé del coche la nube estaba lo bastante cerca como para haberme impregnado de arriba abajo.

—No es culpa tuya —prosiguió en tono impaciente—, pero permaneciste prácticamente en medio de ella durante unos dos minutos y medio.

Avancé hasta la entrada. Dos colas comenzaban a formarse. De la A a la M y de la N a la Z. Al inicio de cada una de ellas había sendas mesas plegables equipadas con ordenadores portátiles. Junto a ellas se arremolinaban grupos de técnicos, hombres y mujeres que portaban tarjetas de identificación en las solapas y brazaletes codificados por colores. Me situé tras la familia de los salvavidas. Parecían contentos, alegres y bien entrenados. Sus gruesos chalecos anaranjados no parecían fuera de lugar a pesar de encontrarnos en un terreno más o menos seco y muy por encima del nivel del mar, a muchos kilómetros de distancia de la masa de agua amenazadora más cercana. Los trastornos más crudos sacan a relucir toda suerte de aberraciones singulares por lo súbito de su aparición. La escena aparecía marcada de principio a fin por destellos de color e idiosincrasia.

Las colas no eran demasiado largas. Cuando llegué a la mesa que cubría de la A a la M, el tipo que la atendía introdujo todos mis datos en el ordenador. Nombre, edad, historial médico y demás. Joven y de expresión lúgubre, parecía recelar de cualquier tipo de conversación que desbordara quién sabe qué directrices no especificadas. Sobre la manga izquierda de su cazadora de color caqui lucía un brazalete verde en el que aparecía impresa la palabra SIMUVAC.

Le relaté los detalles de mi supuesta exposición.

—¿Cuánto tiempo pasó allí fuera?

—Dos minutos y medio —dije—. ¿Se considera eso mucho o poco?

—Cualquier circunstancia que le haya puesto en contacto con las emisiones implica que nos hallamos ante un caso de exposición.

—¿Por qué no se dispersó la nube bajo el viento y la lluvia?

—Esto no es un cirro normal y corriente. Nos hallamos ante un elemento de alta definición cargado con una elevada concentración de productos secundarios. Casi se podría enganchar con un anzuelo y arrastrarlo hacia el mar. Considérelo como una exageración que hago para explicarme.

—¿Y las personas que permanecieron en el interior del coche? Tuve que abrir la puerta para salir y volver a entrar.

—Existen niveles estudiados de exposición. Diría que han sufrido un riesgo mínimo. Son sus dos minutos y medio lo que me preocupa. El contacto a través de la piel y los orificios corporales. Estamos hablando de Niodeno-D. De una nueva generación de desechos tóxicos. Lo más sofisticado que existe en el género. Una parte por millón puede sumir a una rata en una situación irreversible.

Me contempló con la severa expresión de superioridad propia de un veterano de guerra. Evidentemente, no tenía muy buena opinión de aquellas personas cuyas vidas apacibles y sobreprotegidas les impiden afrontar el encuentro con ratas cerebralmente muertas. Deseé tener a aquel individuo de mi parte. Tenía acceso a información. Me sentía dispuesto a mostrarme servil y complaciente con tal de evitar que pudiera dejar

escapar comentarios desazonadores acerca de mi grado de exposición y mis esperanzas de supervivencia.

—Lleva usted un bonito brazalete. ¿Qué significa SIMUVAC? Suena a algo importante.

—Es una abreviatura de evacuación simulada, un nuevo programa estatal que aún andan luchando por poder financiar.

—Pero esta evacuación no es simulada. Es real.

—Lo sabemos, pero pensamos que podríamos servirnos de ella como modelo.

—¿Como una forma de práctica? ¿Me está diciendo que han aprovechado un acontecimiento real para ensayar una simulación?

—Aprovechamos la situación real que había en la calle.

—¿Qué tal está marchando? —pregunté.

—La curva de inserción no es tan dócil como quisiéramos. Existe un exceso de probabilidad. Además, no tenemos a las víctimas emplazadas en el lugar que hubiéramos escogido si esto fuera una simulación. En otras palabras, nos vemos obligados a recogerlas allí donde se encuentran. No hemos tenido ocasión de adelantarnos al tráfico computerizado. Estalló de repente, de un modo tridimensional, inundando el panorama. Hay que mostrar cierta benevolencia ante el hecho de que todo lo que estamos viendo esta noche es real. Aún tenemos que mejorar mucho, pero de eso es de lo que se trata con este ejercicio.

—¿Qué me dice de los ordenadores? ¿Esos datos que utiliza son reales o ficticios?

—Véalo usted mismo.

Se entretuvo un buen rato tecleando y estudiando las respuestas codificadas que aparecían en la pantalla de datos; bastante más tiempo —me pareció a mí— que el que había dedicado a los que me habían precedido en la cola. De hecho, experimenté la sensación de que el resto de los presentes comenzaban a fijarse en mí. Permanecí allí, con los brazos cruzados, intentando crear una imagen de impasividad, de persona que hace cola en un almacén de ferretería y espera que la dependienta del registro reclame la gruesa sogá que ha solicitado. Se me antojaba la única forma de neutralizar los acontecimientos, de contrarrestar el flujo de puntos computerizados que registraban mi vida y mi muerte. No mires a nadie, no reveles nada, permanece inmóvil. El genio de la mente primitiva estriba en que puede plantear la indefensión humana de modos tan hermosos como nobles.

—Está usted generando cifras muy altas —dijo, escrutando la pantalla.

—Tan sólo estuve fuera durante dos minutos y medio. ¿Cuántos segundos es eso?

—No se trata únicamente del número de segundos que permaneciera usted expuesto, sino de los datos que componen su perfil. He penetrado en su historial y me están saliendo números entre paréntesis con destellos intermitentes.

—¿Qué significa eso?

—Es mejor que no lo sepa.

Hizo un ademán solicitando silencio, como si la pantalla estuviera mostrando algo de interés especialmente morboso. ¿Con qué estaba conectada exactamente? ¿Con alguna agencia estatal o federal, con alguna compañía de seguros? ¿Con alguna empresa de crédito o agencia médica? ¿A qué historial había recurrido? Yo le había confirmado algunos datos básicos. Estatura, peso, enfermedades infantiles. ¿Qué más sabía? ¿Se había enterado de la existencia de mis anteriores esposas, de mis conocimientos sobre Hitler, de mis sueños y mis temores?

Su cuello era enjuto, y sus orejas de soplillo hacían juego con su cráneo demacrado: la inocente imagen de los asesinos rurales de antes de la guerra.

—¿Voy a morir?

—No exactamente —dijo.

—¿Qué quiere decir?

—No con esas palabras.

—¿Cuántas palabras hacen falta?

—No es una cuestión de palabras. Es una cuestión de años. Sabremos más dentro de quince años. Entretanto, nos hallamos definitivamente ante un caso de exposición.

—¿Qué sabremos dentro de quince años?

—Si continúa usted vivo para entonces lo sabremos, cosa que ahora ignoramos. El Niodeno-D tiene una vida media de treinta años. Habrá usted superado la mitad.

—Pensé que eran cuarenta años.

—Cuarenta años en el suelo. Treinta en el cuerpo humano.

—Así que para sobrevivir a esta sustancia tendré que alcanzar los ochenta y entonces empezar a relajarme.

—Sabiendo lo que sabemos ahora, sí.

—Sin embargo, la opinión generalizada parece ser que aún no sabemos lo bastante como para poder estar seguros de nada.

—Permita que se lo explique de esta manera: si yo fuera una rata no querría estar en ningún lugar situado dentro de un radio de trescientos veinticinco kilómetros del escape.

—¿Y si fuera usted un ser humano?

Me observó detenidamente. Yo permanecí con los brazos cruzados, fijando la mirada por encima de su cabeza en la puerta principal del barracón. Mirarle a él hubiera equivalido a declarar mi vulnerabilidad.

—Yo no me preocuparía de aquello que no puedo ver o sentir —dijo—. Seguiría adelante viviendo mi vida. Me casaría, fundaría un hogar, tendría niños. Sabiendo lo que sabemos ahora no existe ningún motivo para que no pueda hacer esas cosas.

—Pero ha dicho antes que nos hallábamos ante un caso de exposición.

—No lo dije yo. Lo dijo el ordenador. Lo dice el conjunto del sistema. Es lo que llamamos un recuento masivo de bases de datos. Gladney, J. A. K. Introduzco el nombre, la sustancia y el tiempo de exposición y, a continuación, penetro en su historial informático. Sus genes, sus datos personales, médicos, psicológicos, policiales y hospitalarios. La pantalla me devuelve destellos intermitentes, lo que no significa que vaya a ocurrirle nada, al menos no hoy ni mañana. Tan sólo implica que usted constituye la suma total de sus datos. Nadie escapa a eso.

—Y ese tal recuento masivo no es una simulación, a pesar del brazalete que lleva puesto. Es real.

—Es real —dijo.

Permanecía absolutamente inmóvil. Si pensaban que ya estaba muerto, quizá se mostrarían más inclinados a dejarme en paz. Creo que experimenté la misma sensación que habría sentido si un médico hubiera dispuesto ante la luz una radiografía que mostrara un orificio en forma de estrella en uno de mis órganos vitales. La muerte ha logrado entrar. Se encuentra en tu interior. Te dicen que te estás muriendo y, sin embargo, te encuentras separado de los moribundos, puedes reflexionar acerca de ello a placer, contemplar literalmente en las radiografías o en la pantalla del ordenador la lógica horrible y ajena de todo ello. Es cuando la muerte aparece representada gráficamente —cuando es televisada, por así decirlo— cuando percibes una siniestra separación entre tu condición y tú mismo. Se ha introducido un entramado de símbolos, toda una sobrecogedora tecnología hurtada a los dioses. Te hace sentir como un extraño ante tu propia muerte.

Eché de menos mi toga académica y mis gafas oscuras.

Cuando regresé al otro extremo del barracón, los tres pequeños estaban dormidos. Heinrich realizaba anotaciones sobre un mapa de carreteras y Babette se había sentado a cierta distancia con el Viejo Treadwell y otros cuantos ciegos. Les leía artículos de un montoncito de folletos de supermercado brillantemente coloreados.

Necesitaba una distracción. Descubrí una silla de campaña y la instalé cerca de la pared, detrás de Babette. Había cuatro ciegos, una enfermera y tres personas con visión normal, todos ellos dispuestos en un semicírculo frente a la lectora. Otros se detenían ocasionalmente para escuchar una frase o dos y reanudaban luego su camino. Babette utilizaba su tono de narradora; empleaba el mismo acento sincero y melodioso al que recurría cuando, venciendo el impetuoso zumbido del tráfico, le leía cuentos de hadas a Wilder o pasajes eróticos a su marido en la cama conyugal de latón.

Leyó el título de un artículo anunciado en la primera página. «Los cupones de bono le ofrecen la vida después de la muerte.» A continuación, buscó la página indicada.

—Un grupo de científicos del afamado Instituto de Estudios Avanzados de Princeton ha conmocionado

al mundo al presentar pruebas absolutas e irrefutables de la existencia de vida después de la muerte. Un investigador del célebre Instituto se ha servido de la hipnosis para inducir a cientos de personas a recordar sus vidas anteriores como extraterrestres, constructores de pirámides y estudiantes en programas de intercambio.

Babette cambió la voz a tono de diálogo.

—«Tan sólo a lo largo del pasado año —ha declarado el hipnotizador de reencarnados Ling Ti Wan— he ayudado a cientos de personas a remontarse a existencias anteriores por medio de la hipnosis. Uno de mis casos más asombrosos lo tuve en una mujer que fue capaz de recordar su vida como cazadora-recolectora durante el Mesolítico, hace diez mil años. Resultaba increíble oír cómo aquella anciana diminuta, vestida con sus pantalones de poliéster, describía su vida con el cuerpo de un robusto jefe tribal cuyo grupo habitaba una ciénaga de turba y cazaba jabalíes con arcos y flechas primitivos. Pudo identificar rasgos de aquella época que tan sólo un experimentado arqueólogo habría podido conocer. Incluso pronunció varias frases en la lengua de entonces, un idioma notablemente similar al alemán actual.»

Babette retornó al tono narrativo.

—El doctor Shiv Chatterjee, conocido gurú gimnástico y físico especializado en alta energía, asombró recientemente a los invitados de un programa de televisión en directo relatando el caso bien documentado de dos mujeres desconocidas entre sí que acudieron a solicitarle una regresión en el curso de la misma semana y que descubrieron que habían sido hermanas gemelas en la ciudad perdida de la Atlántida, hace cincuenta mil años. Ambas mujeres recordaron la ciudad antes de que ésta se viera misteriosamente precipitada al mar por una catástrofe, describiéndola como una urbe limpia y bien administrada en la que uno podía pasear sin temor prácticamente a cualquier hora del día o de la noche. Hoy en día, las dos trabajan para la NASA como diseñadoras de alimentos. Aún más sorprendente es el caso de Patti Weaver, una niña de cinco años que frente al doctor Chatterjee ha declarado de modo convincente que en su vida anterior fue el asesino secreto del KGB responsable de los asesinatos no resueltos de afamadas personalidades tales como Howard Hughes, Marilyn Monroe y Elvis Presley. Conocido en círculos del espionaje internacional como «El Víbora» por el veneno mortal e indetectable que inyectaba en las plantas de los pies de sus víctimas, el asesino murió abrasado en Moscú al estrellarse su helicóptero apenas unas horas antes de que la pequeña Patti Weaver naciera en Popular Mechanics, Iowa. La pequeña no sólo tiene los mismos signos corporales de «El Víbora» sino que parece poseer una notable habilidad para aprender palabras y frases en ruso.

»“Induje la regresión en esta paciente al menos una docena de veces —afirma el doctor Chatterjee—. Empleé las técnicas profesionales más drásticas en un intento de que se contradijera, pero su historia es admirablemente consistente. Constituye una crónica del bien que puede surgir del mal.” Declaró Patti: “En el momento de mi muerte como ‘El Víbora’ distinguí un círculo de luz brillante que parecía llamarme y darme la bienvenida. Fue una cálida experiencia espiritual. No me sentía triste en absoluto, y me dirigí directamente hacia él.”

Babette imitaba las voces del doctor Chatterjee y de Patti Weaver. Su Chatterjee era un inglés cálido y melodioso con acento indio y fraseo cortante. A Patti la representaba como a una heroína infantil de película contemporánea, como la única persona de la pantalla que no se muestra atemorizada por fenómenos misteriosos y palpitantes.

—En ulteriores y sorprendentes declaraciones, la pequeña Patti reveló que las tres supercelebridades

fueron asesinadas por el mismo e inaudito motivo. En el momento de su muerte, cada una de ellas se encontraba en posesión clandestina del Santo Sudario de Turín, célebre por sus poderes curativos. Los artistas Elvis y Marilyn eran víctimas de pesadillas originadas por el alcohol y las drogas, y confiaban secretamente en restaurar a sus vidas la calma espiritual y corporal a base de secarse materialmente con el Santo Sudario tras sus sesiones de limpieza de poros en el interior de la sauna. El polifacético multimillonario Howard Hughes padecía el síndrome de detención del parpadeo, una extraña dolencia que le impedía abrir los ojos durante horas después de un simple parpadeo, y evidentemente pretendía servirse de los asombrosos poderes del Sudario cuando «El Víbora» intervino con una rápida inyección del veneno fantasma. Asimismo, Patti Weaver ha revelado bajo hipnosis que el KGB llevaba largo tiempo buscando el Santo Sudario para ofrecerlo a los cada vez más ancianos y doloridos miembros del Politburó, el célebre comité ejecutivo del Partido Comunista. Igualmente, se dice que la posesión del Sudario fue el motivo real que inspiró el intento de asesinato del papa Juan Pablo II en el Vaticano, un intento que fracasó debido tan sólo a que «El Víbora» había muerto ya en un espectacular accidente de helicóptero para renacer en Iowa como una chiquilla pecosa.

El cupón de bono que encontrará más abajo le ofrece sin compromiso alguno un acceso garantizado a docenas de casos documentados de vida después de la muerte, vida eterna, experiencias existenciales anteriores, vida póstuma en el espacio exterior, transmigración de las almas y resurrección personal a través de técnicas informáticas de desarrollo de la conciencia.

Estudí los rostros que componían el semicírculo. Nadie parecía impresionado por el relato. El Viejo Treadwell encendió un cigarrillo impacientándose por el temblor de su mano, forzado a apagar la llama antes de que le quemara. Nadie mostraba interés alguno por debatir la cuestión. La historia había venido a rellenar algún hueco de fe pasiva. Allí quedaba, familiar y reconfortante a su modo, como un conjunto de afirmaciones no menos reales que nuestro cupo cotidiano de hechos domésticos observables. Ni siquiera Babette había dejado traslucir en su tono de voz el más mínimo signo de escepticismo o condescendencia. Sin duda, mi posición no me autorizaba a sentirme superior a aquellos ancianos oyentes, ya fueran ciegos o disfrutaran de visión normal. La andadura de la pequeña Patti en dirección al destello acogedor me había encontrado en un estado debilitado y receptivo. Quería creer al menos aquella parte de la historia.

Babette leyó un anuncio. El Acelerador Lineal Stanford y su Dieta de Pulverización de Partículas en Tres Días.

Cogió otro folleto. El artículo de portada hablaba de los principales videntes del país y de sus predicciones para el año entrante. Lentamente, fue leyéndolas una por una.

—Numerosos escuadrones de OVNIS invadirán Disneylandia y Cabo Cañaveral. Con una sorprendente inversión de planteamiento, el ataque se revelará como una demostración de la locura de la guerra que conducirá a la firma de un tratado de prohibición de pruebas nucleares entre los Estados Unidos y Rusia.

»El fantasma de Elvis Presley será visto dando solitarios paseos al amanecer por los alrededores de Graceland, su mansión artística.

»Un consorcio japonés comprará el avión presidencial y lo convertirá en un lujoso condominio volante

dotado de posibilidad de reabastecimiento en vuelo y equipado con misiles airetierra.

»Bigfoot realizará una espectacular aparición en un campamento situado en las agrestes y pintorescas zonas del noroeste, junto a la costa del Pacífico. El peludo y bípedo ser de dos metros y medio de estatura, considerado como el posible eslabón perdido de la evolución, invitará amablemente a los turistas a que se reúnan en torno a él, revelándose así como un apóstol de la paz.

»Los ovnis reflotarán la Atlántida de su sepultura acuática del Caribe por medios telecinéticos y con la ayuda de potentes cables dotados de propiedades desconocidas en los materiales terrestres. El resultado será una “ciudad de la paz” en la que se desconocerán el dinero y los pasaportes.

»El espíritu de Lyndon B. Johnson se pondrá en contacto con directivos de la CBS al objeto de organizar una entrevista televisiva en directo para defenderse de las acusaciones vertidas contra él en algunos libros recientemente publicados.

»Mark David Chapman, el asesino del beatle John Lennon, cambiará legalmente de nombre para rebautizarse con el de su víctima e iniciará una nueva carrera como escritor de letras de *rock* desde su celda de la galería de condenados a muerte.

»Un grupo de miembros pertenecientes a una secta que venera las catástrofes aéreas secuestrará un Jumbo y lo estrellará contra la Casa Blanca en un acto de devoción ciega hacia su misterioso y siempre oculto líder, conocido únicamente como Tío Bob. Según amigos cercanos de la pareja, el Presidente y la Primera Dama sobrevivirán milagrosamente sufriendo apenas unos arañazos.

»El desaparecido multimillonario Howard Hughes reaparecerá misteriosamente en el cielo sobre Las Vegas.

»Nuevas drogas milagrosas fabricadas en cantidades masivas a bordo de los laboratorios farmacéuticos de los ovnis y sometidas al entorno ingrátido del espacio conducirán al desarrollo de medicamentos para curar la ansiedad, la obesidad y los cambios de humor.

»El desaparecido John Wayne, convertido ya en leyenda viva, se comunicará telepáticamente desde la tumba con el presidente Reagan para colaborar en la estructuración de la política exterior norteamericana. Apaciguado por la muerte, el fornido actor recomendará la aplicación de una política esperanzadora basada en la paz y el amor.

»Charles Manson, el múltiple asesino de los sesenta, escapará de prisión y aterrorizará durante semanas las zonas rurales de California antes de negociar su rendición en directo ante las cámaras de televisión en las oficinas de Gestión Creativa Internacional.

»La Luna, único satélite de la Tierra, estallará en medio de una noche húmeda, desencadenando con ello un caos en el flujo de las mareas y esparciendo tierra y escombros sobre amplias zonas de nuestro planeta. Los equipos de limpieza de los ovnis, sin embargo, colaborarán para evitar un desastre global y señalarán con su actuación la llegada de una era de paz y armonía.

Contemplé al auditorio. Los brazos cruzados, las cabezas ligeramente ladeadas. Aquellas predicciones no parecían antojárseles imprudentes. Se contentaban con intercambiar observaciones breves y dispares como las que se aventuran durante los interludios publicitarios frente al televisor. Aquel futuro sensacionalista, con su esperanzado mecanismo de tendencia hacia el advenimiento de acontecimientos apocalípticos, no se hallaba quizá tan remoto a nuestra propia experiencia inmediata. Que alguien nos mire, pensé: forzados a abandonar nuestros hogares, arrojados a la amarga noche, perseguidos por una nube tóxica, amontonados en instalaciones provisionales, pendientes de una ambigua condena a muerte. Habíamos pasado a formar parte del material público del que se alimentan los desastres periodísticos. Aquel reducido auditorio de ciegos y ancianos reconocía hasta tal punto la proximidad de los acontecimientos predichos por los físicos que sus componentes no podían por menos de modelarlos de antemano según sus propios deseos y

necesidades. Continuábamos inventando la esperanza a partir de cierto sentido persistente de la ruina a gran escala.

Babette leyó un anuncio de gafas de sol para personas sometidas a régimen. Los ancianos la escuchaban con interés. Regresé a nuestra zona. Quería estar cerca de los niños, verles dormir. Contemplar a los niños mientras duermen me hace sentir devoto, cual si formara parte de un sistema espiritual. Es todo lo que llego a aproximarme a Dios. De existir un equivalente laico al hecho de encontrarse bajo las agujas de una catedral grandiosa dotada de pilares de mármol e iluminada por los inclinados chorros de luz mística que atraviesan sus dos hileras de ventanales góticos, éste sería la contemplación de los niños en su dormitorio cuando se encuentran sumidos en un profundo sueño. Especialmente en lo que se refiere a las niñas.

Para entonces, habían apagado la mayor parte de las luces. El rumor del barracón había disminuido. La gente comenzaba a acomodarse. Heinrich, completamente vestido, continuaba despierto, sentado en el suelo de espaldas a la pared y ocupado en la lectura de un manual de reanimación editado por la Cruz Roja. No era en ningún caso la clase de niño cuya contemplación durante el sueño pudiera despertar en mí una sensación de paz. Dormía agitadamente, rechinando los dientes y despertándose a menudo; en ocasiones, se caía de la cama y la primera luz del alba lo sorprendía encogido en posición fetal y tiritando sobre el duro suelo de madera.

—Parecen tenerlo todo bajo control —dije.

—¿Quiénes?

—Los que están a cargo de esto.

—¿Quiénes son?

—Da lo mismo.

—Es como si nos hubieran arrojado hacia atrás en el tiempo —dijo—. Aquí estamos, en la Edad de Piedra, habiendo aprendido ya todas estas cosas tan importantes a lo largo de siglos de desarrollo y aún incapaces de facilitar la vida a los habitantes de nuestra época. ¿Podemos fabricar un refrigerador? ¿Podemos siquiera explicar cómo funciona? ¿Qué es la electricidad? ¿Qué es la luz? Se trata de cosas que experimentamos todos los días de nuestra vida y, sin embargo, ¿de qué nos sirven si nos vemos remontados en el tiempo y no podemos siquiera revelar a la gente sus principios básicos y mucho menos fabricarlas para mejorar nuestra situación? Nombra una sola cosa que serías capaz de fabricar. ¿Podrías acaso fabricar una simple cerilla de madera con la que obtener fuego al rasparla contra una piedra? Nos creemos tan importantes y tan modernos, con nuestros alunizajes y nuestros corazones artificiales. Pero ¿qué ocurre si uno es arrojado a otro tiempo y se encuentra cara a cara con los antiguos griegos? Los griegos inventaron la trigonometría. Realizaban autopsias y disecciones. ¿Qué podrías decirle a un griego a lo que él no respondiera «Vaya cosa»? ¿Podrías hablarle del átomo? «Átomo» es una

palabra griega. Los griegos sabían que los acontecimientos fundamentales del universo no pueden ser distinguidos por el ojo humano. Son ondas, rayos, partículas.

—Ahora estamos bien.

—Estamos aquí, sentados en esta enorme sala mohosa. Como si nos hubiéramos remontado en el tiempo.

—Disponemos de calor y de luz.

—Cosas de la Edad de Piedra. También ellos tenían luz y calor. Tenían fuego. Frotaban pedernales y producían chispas. ¿Serías capaz de frotar dos pedernales? ¿Sabrías distinguir el pedernal si lo vieras? Si un hombre de la Edad de Piedra te preguntara qué es un nucleótido, ¿sabrías explicárselo? ¿Cómo fabricamos el papel carbón? ¿Qué es el vidrio? Si despertaras mañana en la Edad Media y se hubiera desatado una epidemia, ¿qué podrías hacer para detenerla sabiendo lo que sabes de medicina y de enfermedades? Aquí estamos, prácticamente en el siglo veintiuno. Has leído cientos de libros y de revistas, y has visto multitud de programas de televisión que hablan de ciencia y de medicina. ¿Podrías revelar a esa gente tan sólo un pequeño detalle crucial que pudiera salvar un millón y medio de vidas?

—Les diría que hirvieran el agua.

—Claro. ¿Y qué me dices de lavarse detrás de las orejas? Iba a serles más o menos de la misma utilidad.

—Aun así, creo que no estamos tan mal. No hubo aviso previo. Tenemos comida, tenemos radios.

—¿Qué es una radio? ¿Cuál es el principio de una radio? Adelante, explícalo. Estás sentado en medio de este círculo de personas que emplean utensilios de piedra y se alimentan de larvas. Explícales la radio.

—No hay misterio alguno. Se trata de potentes transmisores que envían señales. Las señales viajan por el aire y son recogidas por receptores.

—Viajan por el aire. ¿Como los pájaros, quizá? ¿Por qué mejor no les hablas de magia? Viajan por el aire en ondas mágicas. ¿Qué es un nucleótido? Lo ignoras, ¿no es cierto? Y sin embargo, es el material de construcción con el que se fabrica la vida. ¿De qué nos sirve el conocimiento si éste se limita a flotar en el aire? ¿Si se limita a viajar de ordenador en ordenador? Cambia y crece con cada segundo que pasa al cabo del día, pero nadie sabe nada en realidad.

—Tú sabes algo. Sabes cosas acerca del Niodeno-D. Te vi cuando hablabas a esa gente.

—Eso fue un numerito aislado —repuso.

Retornó a su lectura, y yo decidí tomar un poco de aire. En el exterior podían verse varios grupos de personas reunidas en torno a fogatas prendidas en el interior de bidones de doscientos litros. Un hombre vendía refrescos y emparedados en un vehículo de costados abiertos. En las cercanías habían aparcado autobuses escolares,

motos y pequeñas furgonetas llamadas *ambulettes*. Durante un rato, vagué por los alrededores. Había gente durmiendo en los coches. Otros se afanaban en levantar tiendas de campaña. Diversos haces de luz recorrían lentamente los bosques a la búsqueda de sonidos, y podía oírse la apacible llamada de algunas voces. Pasé junto a un automóvil lleno de prostitutas procedentes de Iron City. La luz del interior estaba encendida, y sus rostros eran visibles a través de las ventanillas. Me recordaron a las mujeres que hacen cola en el supermercado: rubiáceas, con papada, resignadas... Un hombre permanecía apoyado contra la portezuela del conductor y hablaba a través de una pequeña abertura del cristal dejando escapar un blanco chorro de aliento. Una radio dijo: «El interés por el mercado de futuros del porcino ha experimentado una declinación que estimula su tendencia a la baja.»

Advertí que el tipo que estaba conversando con las prostitutas era Murray Jay Siskind. Me encaminé hacia donde se encontraba y aguardé a que concluyera su última frase antes de dirigirme a él. Se quitó el guante derecho para estrecharme la mano. La ventanilla se cerró.

—Pensé que estarías en Nueva York pasando las vacaciones de mitad de curso.

—Volví pronto para ver algunas películas de accidentes automovilísticos. Alfonse había organizado una semana de visionados para ayudarme a preparar mi seminario. Viajaba en el autobús del aeropuerto procedente de Iron City cuando comenzaron a sonar las sirenas. Al conductor no le quedó otra salida que seguir el flujo del tráfico a partir de allí.

—¿Dónde vas a pasar la noche?

—Todos los pasajeros del autobús fuimos asignados a una de las dependencias. Oí un rumor acerca de ciertas mujeres maquilladas y salí a investigar. Una de ellas va vestida con atuendo de leopardo bajo el abrigo. Me lo ha enseñado. Otra dice que lleva bragas automáticas. ¿Qué crees que querrá decir con eso? En cualquier caso, me tienen un poco preocupado todas esas epidemias de enfermedades de alto nivel. Voy siempre provisto de un preservativo de alta resistencia dotado de refuerzos. Talla única. Sin embargo, pienso que no representa demasiada protección frente a la inteligencia y adaptabilidad de los modernos virus.

—No parecen muy ocupadas —dije.

—No me parece que nos hallemos ante el tipo de catástrofe que estimula el abandono sexual. Acaso haya uno o dos tipos que decidan salir medio a escondidas, pero no tendremos que vérnoslas con una horda orgiástica, o al menos no esta noche.

—Imagino que la gente necesita tiempo para superar ciertas etapas.

—Evidentemente —asintió.

Le conté que había estado expuesto a la nube tóxica durante dos minutos y medio, y a continuación le describí de modo resumido mi entrevista con el funcionario de SIMUVAC.

—Ese pequeño aliento de Niodeno ha sembrado la muerte en mi organismo. Según el ordenador, debo considerarlo como una conclusión oficial. Albergó la muerte en mi interior. Tan sólo se trata de saber hasta qué punto puedo sobrevivirla o no. Posee una esperanza de vida propia calculada en treinta años. Incluso si no me mata de un modo directo, es probable que me sobreviva incluso dentro de mi propio cuerpo. Podría morir en un accidente de aviación y el Niodeno-D continuaría fructificando cuando sepultaran mis restos.

—Así es la naturaleza de la muerte moderna —dijo Murray—. Posee una vida propia independiente de la nuestra. Crece continuamente en prestigio y dimensión. Posee un alcance que nunca tuvo antes. La estudiamos desde un punto de vista objetivo. Podemos predecir su aparición, perseguir el rastro que va dejando en nuestro cuerpo. Podemos obtener imágenes en sección del aspecto que muestra, registrar el sonido de sus rumores y sus ondas. Nunca habíamos estado tan cercanos a ella, nunca nos habían resultado tan familiares sus hábitos y sus actitudes. La conocemos de un modo íntimo. Sin embargo, continúa creciendo, incrementando su ámbito y su capacidad, buscando nuevas vías de salida, nuevas rutas y nuevos medios. Cuanto más aprendemos, mayor es su desarrollo. ¿Se deberá quizá a alguna ley física? Todo avance en el conocimiento y en la técnica se ve correspondido por un nuevo tipo de muerte, por una nueva cepa. La muerte sabe adaptarse del mismo modo que lo hacen los agentes víricos. ¿Será alguna ley natural? ¿O acaso una superstición mía particular? Siento a los muertos más cercanos que nunca. Siento que compartimos con ellos el mismo aire. Recuerda a Lao Tse: «No existe diferencia entre los apresurados y los muertos. Ambos constituyen un único canal de vitalidad.» Lo dijo seiscientos años antes de Jesucristo, y vuelve a ser cierto, tal vez más cierto que nunca.

Depositó sus manos sobre mis hombros y me miró con tristeza. Empleando las palabras más sencillas que supo encontrar, me dijo cuánto sentía lo que había ocurrido. Me habló de la posibilidad de que se hubiera producido un error informático. Los ordenadores se equivocan, dijo. La electricidad estática de la moqueta puede inducirles a error. Cualquier bolita de pelo o de polvo que alberguen sus circuitos. No creía en sus palabras, y yo tampoco, pero hablaba con convicción, y sus ojos aparecían desbordantes de una emoción espontánea, de una amplia y profunda comprensión. Me sentí extrañamente gratificado. Mostraba una piedad a la altura de la ocasión, una simpatía y una inquietud sobrecogedoras. Casi merecía la pena haberle podido transmitir la mala noticia.

—Desde que cumplí los veinte años he alimentado la misma aprensión, el mismo temor, y ahora se ha hecho realidad. Me siento atrapado por su telaraña, inmerso por completo en él. No me choca que se refieran a esto como un suceso. Ya lo creo que lo es. Señala el fin de los acontecimientos rutinarios. Y no es más que el principio.

Espera y verás.

El presentador de un programa de tertulia dijo: «Estamos en antena.» Las fogatas seguían ardiendo en los bidones. El vendedor de emparedados cerró su furgoneta.

—¿Ha habido algún caso de *déjà vu* entre los de tu grupo?

—Mi mujer y mi hija —repuse.

—Han establecido una teoría del *déjà vu*.

—Prefiero no oírla.

—¿Por qué pensamos que estas cosas han sucedido antes? Muy sencillo: han sucedido efectivamente antes, en nuestra mente, como visiones del futuro. Dado que se trata de precogniciones, no podemos acoplarlas a nuestro organismo tal y como se encuentra estructurado. Se trata básicamente de fenómenos sobrenaturales. Estamos contemplando el futuro pero ignoramos cómo procesar la experiencia. En consecuencia, la mantenemos oculta hasta que la precognición se convierte en realidad, hasta que nos enfrentamos al acontecimiento real. Sólo entonces somos libres de recordarlo, de experimentarlo como algo familiar.

—¿Y por qué hay ahora tanta gente sujeta a esta clase de fenómeno?

—Porque la muerte está en el aire —dijo suavemente—. Liberan un material que se encontraba suprimido, que nos aproxima a cosas que desconocíamos acerca de nosotros mismos. Probablemente la mayor parte de nosotros hemos contemplado ya nuestra propia muerte, pero ignoramos cómo sacar su imagen a la superficie. Tal vez el día que muramos, lo primero que diremos será: «Conozco esta sensación. Yo ya he estado aquí.»

Volvió a poner las manos sobre mis hombros y me contempló con una renovada y conmovedora expresión de amargura. Oímos cómo las prostitutas llamaban a alguien.

—Querría perder interés en mí mismo —le dije—. ¿Crees que tengo alguna posibilidad de conseguirlo?

—En absoluto. Ya lo han intentado otros mejores que tú.

—Imagino que tienes razón.

—Es evidente.

—Quisiera que hubiera algo que pudiera hacer. Quisiera poder adivinar mentalmente la solución del problema.

—Dedícale más tiempo a tu Hitler —dijo él.

Le miré a los ojos. ¿Hasta qué punto estaba enterado?

La ventanilla del coche descendió lo bastante como para dejar una rendija.

—De acuerdo, lo haré por veinticinco —dijo una de las mujeres a Murray.

—¿Lo has consultado con tu representante? —preguntó él.

La mujer bajó el cristal para estudiarle. Mostraba el aspecto opaco de esas mujeres con el pelo rizado que aparecen en las noticias de la tarde relatando cómo su vivienda ha sido engullida por el fango.

—Ya sabes a quién me refiero —continuó Murray—. Al tipo que se ocupa de vuestras necesidades emocionales a cambio de un ciento por ciento de vuestras ganancias. Al individuo del que dependéis para que os pegue una paliza cuando sois malas.

—¿Bobby? Está en Iron City, intentando huir de la nube. No le gusta exponerse a no ser que sea absolutamente necesario.

Todas se echaron a reír. Podía distinguirse la oscilación de sus cabezas. Era una risa íntima, algo exagerada, calculada para identificarlas como personas unidas entre sí de modos no fácilmente comprendidos por el resto de nosotros.

Se abrió una segunda ventanilla, apenas un centímetro, y en la rendija aparecieron unos labios brillantes.

—Bobby es de esos chulos a los que les gusta utilizar la cabeza.

Nueva salva de carcajadas. No estábamos muy seguros si a expensas de Bobby, de nosotros o de ellas mismas. Las ventanillas se cerraron.

—Ya sé que no es asunto mío —dije—, pero ¿puede saberse qué es lo que está dispuesta a hacer contigo a cambio de veinticinco dólares?

—La maniobra Heimlich.

Escruté la parte de su rostro que permanecía al descubierto entre la gorra de viaje y la barba. Parecía sumido en sus reflexiones, con la mirada absorta en el coche. Las ventanillas se habían cubierto de vaho, y las cabezas de las mujeres aparecían envueltas por una nube de humo de cigarrillos.

—Claro está que tendríamos que encontrar un escenario vertical —dijo distraídamente.

—No esperarás seriamente que se introduzca un trozo de comida en la tráquea hasta atragantarse.

Me miró, levemente sobresaltado.

—¿Qué? No, no, eso no será necesario. Bastará con que emita sonidos de asfixia y sofoco. Que suspire profundamente cada vez que yo sacuda la pelvis. Que se desplome indefensa para caer en mis brazos.

Se quitó el guante para estrechar mi mano. A continuación, regresó en dirección al coche para completar los detalles con la mujer en cuestión. Vi cómo llamaba a la portezuela trasera. Al cabo de un momento, ésta se abrió y Murray se deslizó en el asiento trasero. Me dirigí hacia uno de los bidones de petróleo. Esparcidos en torno al fuego había tres hombres y una mujer ocupados en intercambiar rumores.

Tres de los ciervos del Palacio de Kung-Fu habían muerto. El gobernador había muerto, y su piloto y copiloto habían resultado gravemente heridos tras realizar un aterrizaje de emergencia en un centro comercial. Dos de los hombres de la estación de ferrocarril habían muerto, y en sus trajes de Mylex podían distinguirse diminutas quemaduras producidas por el ácido. Las jaurías de pastores alemanes entrenados

para olfatear el Niodeno habían sido ya desembarazadas de sus paracaídas y puestas en libertad para recorrer las comunidades afectadas. Se había producido una avalancha de avistamientos de ovnis en la zona. Hombres protegidos por sábanas de plástico se dedicaban a saquear la comarca. Dos de ellos habían sido abatidos. Habían muerto asimismo seis miembros de la Guardia Nacional durante un tiroteo desencadenado tras un incidente racial. Corrían rumores acerca de numerosos abortos y niños prematuros. Se habían visto nuevas nubes en expansión.

Las personas que relataban aquellos retazos de información sin verificar lo hacían con cierto temor reverencial, bailando sobre los dedos de los pies para combatir el frío, los brazos cruzados sobre el pecho. Temían que sus historias pudieran ser ciertas y al mismo tiempo se mostraban impresionadas por el dramático carácter de los acontecimientos. Algunos hilaban historias; otros, escuchaban con la boca abierta. Se percibía un respeto creciente por los rumores vívidos, por los relatos más escalofriantes. No estábamos ni más cerca ni más lejos de creer o no creer cualquier historia de lo que habíamos estado antes, pero existía entre nosotros una mayor apreciación de las mismas. Comenzamos a maravillarnos ante nuestra propia habilidad para generar sobrecogimiento.

Pastores alemanes. Ésa fue la reconfortante noticia que trasladé personalmente al interior. Cuerpo recio, pelaje denso y oscuro, testa fiera, lengua larga y húmeda. Los describí merodeando con un trote pesado por las calles vacías, alerta. Capaces de oír sonidos que nosotros no podemos distinguir, capaces de percibir cualquier cambio en el flujo de información. Los vi en nuestra casa, husmeando en los armarios con las orejas enhiestas, oliendo a calor y a pelo y a fuerza reprimida.

En el barracón, casi todos dormían. Me deslicé a lo largo de una pared en penumbra. Los cuerpos yacían arremolinados en un descanso grávido y parecían exhalar un único aliento nasal. Algunas siluetas cambiaron de postura; un niño asiático de ojos enormes permanecía con la mirada fija en mí, viéndome sortear una docena de sacos de dormir agrupados entre sí. Algunas luces de colores pasaron rozando mi oreja derecha. A mis oídos llegó el rumor de una cisterna.

Babette, tapada con su abrigo, dormía arrollada sobre un colchón de aire. Mi hijo dormía sentado en una silla con la cabeza colgando sobre el pecho, como los borrachos del metro. Acerqué una silla de campaña al camastro en el que dormían los más pequeños y me senté en ella, inclinándome hacia delante para verlos dormir.

Un confuso remolino de cabezas y extremidades colgantes. Aquellos rostros suaves y cálidos poseían una confianza tan pura y absoluta que me negué a pensar que pudiera ser casual. Debe de haber algo en algún lugar, algo lo bastante vasto, grandioso y temible como para justificar esta resplandeciente confianza, esta fe implícita. Me inundó una desesperada sensación de compasión. Algo de naturaleza cósmica, repleto de anhelo y de ambición. Algo que hablaba de inmensas distancias,

de fuerzas abrumadoras pero a la vez sutiles. Aquellos niños dormidos eran como figuras de un anuncio de los Rosacruces que atrajeran un poderoso foco de luz de algún lugar de la página. Steffie se giró levemente y murmuró algo en sueños. Me pareció importante saber qué había dicho. En el estado en que me encontraba, debatiéndome con la huella mortal de la nube de Niodeno, me sentía dispuesto a buscar por doquier la presencia de guiños y señales, de insinuaciones de cualquier extraña sensación de alivio. Aproximé un poco más la silla. Su semblante redondeado y dormido podría haber sido una estructura diseñada únicamente para proteger los ojos, aquellos órganos grandiosos, inmensos y aprensivos, propensos a cambios de color y a ágiles miradas vigilantes, a la percepción del desconuelo ajeno. Permanecí allí sentado, mirándola. Algunos instantes más tarde, volvió a hablar. Esta vez no fue un murmullo soñoliento sino sílabas reconocibles, aunque pronunciadas en un idioma ajeno en cierto modo a este mundo. Estaba convencido de que estaba diciendo algo, ensamblando unidades dotadas de un significado estable. Observé su rostro y esperé. Pasaron diez minutos hasta que musitó dos palabras claramente audibles, familiares y, al mismo tiempo, elusivas; palabras que parecían poseer un significado ritual, como si formaran parte de un hechizo verbal o un cántico de éxtasis.

—Toyota Celica.

Transcurrió un largo instante hasta que reconocí en ellas el nombre de un modelo de automóvil. La verdad no hizo sino desconcertarme aún más. Había sido una expresión elegante y misteriosa, el resplandor dorado con que se perfila un prodigio. Era como el nombre de un antiguo poder estelar que descubriéramos tallado en una tablilla con caracteres cuneiformes. Me hizo sentir que algo flotaba sobre nosotros. Pero ¿cómo podía ser posible? ¿Un simple nombre de marca comercial, el nombre de un coche corriente? ¿Cómo aquellas palabras casi dispartadas, susurradas por el sueño inquieto de una criatura, podían estimular en mí la sensación de un significado o una presencia? Tan sólo estaba repitiendo algo que habría oído en la televisión. Toyota Corolla, Toyota Celica, Toyota Cressida. Nombres supranacionales, generados por ordenador, más o menos universalmente pronunciables. Parte del sonido cerebral de cualquier niño, de regiones subestáticas demasiado profundas para investigar. Fuera cual fuese su fuente, aquellas palabras me conmocionaron con el impacto de un instante de trascendencia espléndida.

Dependo de mis hijos para estas cosas.

Permanecí allí sentado un rato, contemplando a Denise, contemplando a Wilder, experimentando una sensación de generosidad y de amplitud espirituales. Extendido sobre el suelo había un colchón de aire desocupado, pero prefería compartir el de Babette. Me deslicé junto al durmiente túmulo que formaba su cuerpo. Sus manos, sus pies y su rostro permanecían ocultos bajo la protección del abrigo; apenas asomaba un mechón de cabellos. Me invadió inmediatamente una ausencia oceánica,

una profunda conciencia de crustáceo, silenciosa y sin sueños.

Me pareció que apenas habían transcurrido unos pocos minutos cuando desperté, rodeado de bullicio y algarabía. Abrí los ojos y vi a Denise que me golpeaba los brazos y los hombros con los puños. Cuando vio que ya estaba despierto, comenzó a hacer lo propio con su madre. A nuestro alrededor, la gente se vestía y empaquetaba sus pertenencias. El sonido dominante procedía de las sirenas de las ambulancias estacionadas en el exterior. Una voz nos daba instrucciones a través de un megáfono. Pude oír en la distancia el tañido de una campana y a continuación una serie de bocinas de automóvil, el inicio de lo que luego se convertiría en un balido universal, en una alocada estampida de inmensas proporciones acústicas a medida que vehículos de todos los tamaños y estilos intentaban alcanzar la carretera en el menor tiempo posible.

Logré incorporarme. Las dos niñas se esforzaban por despertar a Babette. La estancia comenzaba a vaciarse. Vi a Heinrich que me miraba con el rostro distendido por una mueca enigmática. La voz amplificada dijo: «Cambio de viento, cambio de viento. La nube ha variado de dirección. La nube tóxica se dirige hacia aquí.»

Babette dio la vuelta sobre el colchón y suspiró con satisfacción.

—Cinco minutos más —dijo.

Las niñas descargaron una lluvia de golpes sobre su cabeza y sus brazos.

Me puse en pie y busqué con la mirada un lavabo de caballeros. Wilder estaba ya vestido y mordisqueaba una galleta mientras esperaba. La voz habló una vez más; sonaba como el sonsonete de los parloteos que emiten los altavoces de los grandes almacenes entre los mostradores perfumados y el tintineo de las campanas: «Nube tóxica, nube tóxica. Diríjense a sus vehículos, diríjense a sus vehículos.»

Denise, que mantenía a su madre asida por la muñeca, arrojó el brazo de golpe sobre el colchón.

—¿Por qué tiene que decir todo dos veces? Ya lo entendemos a la primera. Lo único que quiere es oírse a sí mismo hablando.

Consiguieron poner a Babette a gatas. Yo salí apresuradamente en dirección al baño. Llevaba la pasta de dientes, pero no lograba encontrar el cepillo. Extendí un poco de pasta sobre el dedo índice y me froté los dientes con él. Cuando regresé, estaban ya vestidas, preparadas y camino de la salida. Una mujer que llevaba un brazalete repartía máscaras junto a la puerta, blancas máscaras quirúrgicas de gasa que cubrían la nariz y la boca. Cogimos seis y nos apresuramos al exterior.

Aún estaba oscuro. Caía una lluvia recia. Ante nosotros se extendía una escena de desorden panorámico. Coches atrapados en el lodo, coches con el motor calado, coches avanzando penosamente por el único carril de la ruta de escape, coches buscando atajos a través del bosque, coches encerrados por árboles, rocas y otros

coches. Las sirenas gemían y se apagaban, las bocinas vociferaban con tono de desesperación y protesta. Podían verse hombres corriendo de un lado a otro, tiendas de campaña aplastadas contra los árboles por el viento, familias enteras que abandonaban sus vehículos para encaminarse a pie hacia la carretera. Desde las profundidades del bosque podía oírse el motor de numerosas motocicletas, voces gritando frases incoherentes. Era como la caída de una capital colonial frente al ataque de un grupo de voluntariosos rebeldes. Un vasto drama impregnado por elementos de humillación y de culpa.

Nos pusimos las máscaras y echamos a correr hacia el coche a través de la lluvia. A menos de diez metros de nosotros, un grupo de individuos avanzaba sin apresurarse en dirección a un Land Rover. Con su estructura enjuta y las cabezas toscas y alargadas, parecían instructores de técnicas de combate en terrenos selváticos. Dirigieron su vehículo directamente a una zona de espesa maleza, apartándose no sólo del camino de tierra sino también del resto de los coches que intentaban encontrar atajos. Sobre su parachoques, una pegatina rezaba: CONTROLAR EL ARMA ES CONTROLAR LA MENTE. En ocasiones como ésta, uno tiende a mantenerse al amparo de los grupos marginales de derecha. Están entrenados en el arte de sobrevivir. Les seguí con cierta dificultad. Nuestra ranchera se bamboleaba de mala manera a través de marañas de arbustos, ascendiendo cuestas y rebotando sobre piedras ocultas. No habían transcurrido cinco minutos y ya habíamos perdido al Land Rover de vista.

La lluvia se convirtió en aguanieve, y ésta en nieve.

Distinguí a la derecha una hilera de faros alejados y recorrí cincuenta metros en dirección a ellos, a lo largo de un barranco que inclinaba el vehículo como si fuera un tobogán. No parecíamos estar aproximándonos a las luces. Babette encendió la radio y oímos que los evacuados del campamento de boy scouts debían dirigirse a Iron City, donde ya se estaba organizando el suministro de alimentos y refugio. Oímos ruido de bocinas y pensamos que se trataba de una reacción ante el comunicado radiofónico; sin embargo, continuaron sonando con cadencia rápida y urgente, transmitiendo a través de la noche tormentosa una sensación animal de temor y advertencia.

Fue entonces cuando oímos los rotores. Entre los árboles desnudos vimos asomar la inmensa nube tóxica, iluminada ahora por dieciocho helicópteros: su amplitud rebasaba casi nuestra comprensión, rebasaba las dimensiones de la leyenda y del rumor, inflamada y desquiciante como una enorme babosa. Parecía generar sus propias tempestades internas. En su interior se desencadenaban chasquidos y chisporroteos, destellos de luz, largos rayos curvados de fuego químico. Las bocinas de los automóviles gemían y vociferaban. Los helicópteros palpitaban como electrodomésticos gigantescos. Permanecimos sentados en el coche en medio del bosque nevado, sin pronunciar palabra. Más allá de su núcleo turbulento, la enorme

nube mostraba un matiz plateado bajo los focos. Se desplazaba lenta y horriblemente a través de la noche mientras los helicópteros mordisqueaban sus bordes, aparentemente sin efecto alguno. Con su increíble tamaño, su oscura y formidable amenaza y su escolta aérea, la nube sugería una promoción de la muerte a nivel nacional, una campaña multimillonaria reforzada mediante cuñas radiofónicas, letras de molde, carteleras y saturación televisiva. Su vívida luz parecía descargarse por alta tensión. Los aullidos de las bocinas subieron de volumen.

Con un sobresalto, recordé que me encontraba técnicamente muerto. La entrevista con el especialista de SIMUVAC retornó a mi memoria con sus más mínimos y terribles detalles. Me sentí enfermo en diversos aspectos.

Nada podía hacerse excepto intentar poner a salvo a la familia. Continué avanzando hacia los faros y el sonido de las bocinas. Wilder dormía, planeando en espacios uniformes. Pisé a fondo el acelerador, girando el volante, luchando cuerpo a cuerpo con un bosquecillo de pino blanco.

—¿Alguna vez os habéis mirado los ojos con detenimiento? —dijo Heinrich a través de su máscara.

—¿Qué quieres decir? —dijo Denise, mostrando un interés inmediato, como si estuviéramos holgazaneando en el porche delantero en un día veraniego.

—Vuestros propios ojos. ¿Sabéis distinguir sus partes?

—¿Te refieres al iris y a la pupila?

—Ésas son las partes más conocidas. ¿Qué me dices del humor vítreo? ¿Y de la lente del cristalino? El cristalino es curioso. ¿Cuánta gente hay que sepa siquiera que lo tiene? Cuando oyen «lente» lo relacionan con «cámara».

—¿Y qué hay del oído? —preguntó Denise con voz ahogada.

—Si el ojo es un misterio, el oído ni te cuento. Basta que le digas a alguien «caracol»; te mira como diciendo: «¿Quién es este tipo?» Y sin embargo es todo un mundo que transportamos en el interior del cuerpo.

—A nadie le importa —dijo ella.

—¿Cómo puede la gente vivir toda una vida sin saber el nombre de las partes de su cuerpo?

—¿Qué me dices de las glándulas? —preguntó Denise.

—Las glándulas animales son comestibles. Los árabes comen glándulas.

—Los franceses comen glándulas —apuntó Babette a través de la gasa—. Hablando de ojos, los árabes se los comen.

—¿Qué partes? —inquirió Denise.

—El ojo entero. El ojo del cordero.

—No se comen las pestañas —dijo Heinrich.

—¿Tienen pestañas los corderos? —exclamó Steffie.

—Pregunta a tu padre —repuso Babette.

El automóvil vadeó un riachuelo que no alcancé a ver hasta que ya nos hallábamos en él. Me esforcé por alcanzar la orilla opuesta. La nieve caía en copos espesos a través de los elevados troncos. Los niños prosiguieron con su diálogo sofocado. Advertí que nuestra situación actual apenas parecía despertar un interés pasajero entre algunos de los presentes. Quería que prestaran atención al escape tóxico. Quería que se me reconocieran los esfuerzos que estaba realizando por alcanzar la carretera. Pensé en hablarles del recuento realizado por el ordenador, de la muerte aplazada que transportaba en mis cromosomas y en mi sangre. Mi espíritu rezumaba autocompasión. Hice un esfuerzo por relajarme y disfrutar de ello.

—Ofrezco cinco dólares —dijo Heinrich a través de su máscara protectora— a cualquiera que en este automóvil sea capaz de decirme cómo murió más gente, si construyendo las pirámides de Egipto o edificando la Gran Muralla China. Y tenéis que decir cuántos fueron, con un margen de error de cincuenta personas.

Me situé a la zaga de tres automóviles que atravesaban un campo abierto. Transmitían una sensación de diversión e ingenio. El escape tóxico aún se encontraba a la vista: podían distinguirse las erupciones químicas que salían despedidas de su interior formando un lento arco. Pasamos junto a familias que se desplazaban a pie, vimos una hilera de luces rojas emparejadas que describía curvas en la oscuridad. Salimos del bosque. Los ocupantes de los demás automóviles nos dirigían miradas soñolientas. Tardamos noventa minutos en alcanzar la carretera, y otros treinta en llegar a la intersección principal, donde nos desviamos en dirección a Iron City. Fue allí donde coincidimos con el grupo del Palacio de Kung-Fu. Sonido de bocinas, niños agitando la mano. Como otros tantos carromatos que convergieran en la ruta de Santa Fe. La nube flotaba aún en el espejo retrovisor.

Krylon, Rust-Oleum, Red Devil.

Llegamos a Iron City al amanecer. Había controles en todas las carreteras de salida. La policía y los voluntarios de la Cruz Roja repartían fotocopias con instrucciones acerca de los centros de evacuación. Media hora después nos encontrábamos con otras cuarenta familias en un gimnasio de kárate abandonado, situado en el piso superior de un edificio de cuatro plantas de la calle principal. No había sillas ni camas. Steffie se negó a quitarse la máscara.

A las nueve disponíamos ya de colchonetas inflables, café y algo de comida. A través de las ventanas polvorientas pudimos ver un grupo de escolares con turbante, miembros de la comunidad sij local; situados en medio de la calle, sostenían un cartel escrito a mano: IRON CITY DA LA BIENVENIDA A LOS EVACUADOS DE LA ZONA. No se nos permitía abandonar el edificio.

Sobre la pared del estudio había carteles que ilustraban las seis superficies de ataque de la mano humana.

A mediodía se extendió un rumor por la ciudad: un grupo de técnicos estaban

siendo descolgados sobre la nube tóxica por medio de helicópteros para plantar microorganismos en su interior. Dichos organismos no eran sino recombinaciones genéticas dotadas de una apetencia artificial hacia los agentes tóxicos específicos del Niodeno-D. Así, consumirían literalmente la nube tóxica, devorándola, deshaciéndola, descomponiéndola.

Aquella asombrosa innovación, tan similar por su naturaleza a algo que uno pudiera leer en las páginas del *National Enquirer* o del *Star*, nos hizo sentir algo fatigados, saciados de un modo insustancial, como cuando se ha estado engullendo comida basura. Deambulé por la estancia como había hecho en el barracón de boy scouts, desplazándome desde un núcleo de conversación a otro. Nadie parecía saber cómo un grupo de microorganismos podían consumir suficiente materia tóxica como para liberar al cielo de una nube tan densa y enorme. Nadie sabía qué ocurriría con los desechos tóxicos una vez fueran devorados ni con los propios microorganismos una vez que hubieran terminado de comer.

Esparcidos por la habitación, los niños jugaban a adoptar posturas de kárate. Cuando regresé a nuestra zona Babette seguía allí sentada en solitario; llevaba puestas su bufanda y su gorra de lana.

—No me gusta este último rumor —dijo.

—¿Demasiado descabellado? Probablemente opinas que no existe posibilidad alguna de que un puñado de organismos puedan consumir el escape tóxico.

—Creo que es muy posible. No dudo ni por un instante de que dispongan de esos pequeños microorganismos empaquetados en cajas de cartón con burbujas transparentes, como cargas de bolígrafo. Eso es lo que me preocupa.

—¿La propia existencia de organismos fabricados a la medida?

—Su concepto mismo, su existencia misma, el maravilloso ingenio que demuestra. Por una parte lo admiro sin reservas. Pensar tan sólo que hay gente ahí fuera capaz de conjurar recursos semejantes: microbios que se alimentan de nubes tóxicas, o lo que sea. Nunca dejarán de sorprendernos. Todos los prodigios que aún nos reserva el mundo son microscópicos. Eso, sin embargo, no me inquieta. Lo que me aterroriza es si lo habrán calculado hasta sus últimas consecuencias.

—Experimentas una vaga sensación de aprensión —dije.

—Siento que están afectando a la parte más supersticiosa de mi naturaleza. Cualquier avance es siempre peor que el anterior porque me asusta aún más.

—¿Qué es lo que te asusta?

—El cielo, la Tierra, no sé.

—Cuanto mayor es el avance científico, más primitivos son los temores.

—¿A qué se debe eso? —preguntó.

A las tres de la tarde Steffie aún llevaba puesta su máscara protectora. Se deslizaba pegada a las paredes mostrando sus ojos verdes y pálidos, atentos,

reservados, con expresión de alerta. Contemplaba a los demás como si no pudieran verla a ella, como si la máscara le tapara los ojos en lugar de dejarlos expuestos. La gente pensaba que estaba jugando a algo. Le guiñaban al pasar, le decían «hola». Estaba convencido de que habría de transcurrir al menos un día más hasta que se sintiera lo bastante a salvo como para quitarse la máscara de protección. Se tomaba las advertencias con enorme solemnidad; interpretaba el peligro como un estado demasiado carente de detalle y precisión como para poderse confinar en un lugar y un momento determinados. Supe que sencillamente tendríamos que aguardar a que olvidara las voces amplificadas, las sirenas y el viaje nocturno a través del bosque. Entretanto, aquella máscara que hacía destacar sus ojos servía para dramatizar su sensibilidad en episodios de angustia y alarma. Parecía aproximarla a las verdaderas preocupaciones del mundo, afilarla con su soplo.

A las siete, un hombre que llevaba un diminuto aparato de televisión comenzó a recorrer lentamente la estancia pronunciando un discurso mientras caminaba. Tocado con una gorra de piel con las orejeras abatidas, rondaba o acaso sobrepasaba la mediana edad, y tenía los ojos claros y el porte erguido. Mantenía el televisor alzado en el aire y separado de su cuerpo, y a lo largo de la perorata giró varias veces en redondo con objeto de hacer visible su pantalla en blanco a todos los presentes.

—No hay nada en antena —nos dijo—. Ni una palabra, ni una imagen. En el canal de Glassboro hemos contado cincuenta y dos palabras. Sin película, sin imágenes en directo. ¿Acaso esta clase de cosas suceden tan a menudo que a nadie le interesan ya? ¿Es que esas personas no saben lo que hemos pasado? Estábamos muertos de miedo. Aún lo estamos. Hemos abandonado nuestros hogares, hemos conducido a través de ventiscas, hemos visto la nube. Era como un espectro mortal, suspendida allí arriba, sobre nosotros. ¿Es posible que nadie cubra como es debido este tipo de noticias? ¿Ni siquiera durante medio minuto, o veinte segundos? ¿Intentan decirnos que ha sido algo insignificante y ridículo? ¿Pueden realmente ser tan insensibles? ¿Tan aburridos les tienen ya los vertidos, los desechos y las contaminaciones? ¿Creen acaso que esto no es más que la televisión? «Demasiada televisión vemos ya... ¿para qué mostrarnos más?» ¿No saben que se trata de algo real? ¿No deberían estar las calles hirviendo de periodistas y de técnicos en imagen y sonido? Deberíamos estar gritándoles por la ventana: «¡Déjennos en paz, bastante hemos pasado! ¡Lárguense de aquí con sus viles instrumentos de intromisión!» ¿Necesitan tal vez que haya doscientos muertos e inusitadas filmaciones de catástrofes para acudir en rebaño a cualquier lugar acompañados de sus helicópteros y sus unidades móviles? ¿Qué tiene que ocurrir exactamente para que empiecen a plantarnos micrófonos delante de la cara, nos persigan hasta la entrada de nuestros hogares, acampen en nuestros jardines y monten el habitual circo informativo? ¿Acaso no nos hemos ganado el derecho a mostrar nuestro desprecio hacia sus

preguntas estúpidas? Contemplaos a vosotros mismos, aquí encerrados. Nos han sometido a cuarentena. Somos como los leprosos de la Edad Media. No nos permiten salir de aquí. Dejan alimentos al pie de la escalera y huyen de puntillas para ponerse a salvo. Estamos viviendo el momento más terrorífico de nuestras vidas. Todo aquello que amamos y por lo que hemos trabajado se encuentra seriamente amenazado. Sin embargo, miramos a nuestro alrededor y no advertimos reacción alguna por parte de los organismos oficiales de los medios de información. El escape tóxico a la atmósfera representa un acontecimiento terrible. Padecemos un miedo desmesurado. Incluso sin haber sufrido una gran pérdida en vidas humanas, ¿acaso no merecemos que se preste cierta atención a nuestro sufrimiento, a nuestra humana inquietud, a nuestro pánico? ¿Es que el miedo ya no es noticia?

Aplausos. Un estallido sostenido de vítores y batir de palmas. El orador giró lentamente una vez más, mostrando el minúsculo televisor a su auditorio. Al completar la vuelta se encontró cara a cara conmigo, apenas a diez centímetros de mi rostro. Sus facciones, azotadas por el viento, mostraron un cambio, una ligera perplejidad, la conmoción que produce un hecho sin importancia al escapar a nuestro control.

—He visto esto antes —dijo finalmente.

—¿Qué ha visto antes?

—Usted estaba ahí, y yo aquí. Es como saltar hacia la cuarta dimensión. Veo sus rasgos con una nitidez y una claridad increíbles. Cabellos claros, ojos descoloridos, nariz rosácea, boca y barbilla sin rasgos característicos, mandíbulas corrientes, hombros caídos, y pies y manos grandes. Todo ha ocurrido ya anteriormente. El vapor silbando en las tuberías. Los pelitos que asoman de sus poros. Esa expresión de su rostro, idéntica.

—¿Qué expresión? —dije.

—Atormentada, cenicienta, perdida.

Transcurrieron nueve días hasta que por fin nos dijeron que podíamos regresar a casa.

III

DYLARAMA

El supermercado está lleno de personas mayores que se mueven con aire perdido entre las deslumbrantes estanterías. Algunos son demasiado cortos de estatura para alcanzar los estantes superiores; otros, bloquean las galerías con sus carritos; los hay torpes y tardos en reaccionar; los hay que se muestran despistados o confusos; algunos vagan murmurando para sí con el aspecto receloso de las personas que recorren las dependencias institucionales.

Empujé mi carrito a lo largo del pasillo. Wilder viajaba acomodado en su repisa plegable, intentando asir artículos cuya forma y aspecto excitaban su sistema de análisis sensorial. El supermercado había inaugurado dos departamentos nuevos, una carnicería y una panadería, y la combinación entre el aroma a pan y bollos recién sacados del horno y el espectáculo de un tipo ensangrentado golpeando tiras de carne de ternera resultaba considerablemente emocionante para todos.

—Dristan Ultra, Dristan Ultra.

La nieve constituía otro motivo de excitación. La predicción de fuertes nevadas a última hora de la tarde o durante la noche servía para sacar a la calle a las multitudes, a aquellos que temían que las carreteras no tardarían en hallarse intransitables, a aquellos demasiado ancianos para desplazarse con seguridad sobre la nieve o el hielo, a los que pensaban que la tempestad les aislaría en sus hogares durante días o semanas. La gente de edad avanzada resultaba especialmente susceptible al anuncio de calamidades inmediatas tal y como las vaticinaban en televisión aquellos hombres de aspecto severo que aparecían enfocados frente a mapas de control digital por radar o palpitantes fotografías del planeta. Su contemplación estimulaba en ellos un frenesí que los apremiaba a acudir al supermercado para aprovisionarse antes de que la masa meteorológica se abatiera sobre ellos. Alarma de nieve, anunciaban los meteorólogos. Alarma de nieve. Quitanieves. Nieve mezclada con aguanieve y lluvias heladas. En el Oeste había comenzado ya a nevar, y las precipitaciones se desplazaban hacia el Este. Tomaban aquellas noticias como si se trataran de un cráneo diminuto. Tormentas de nieve. Ventiscas de nieve. Alarmas de nieve. Nieve volando. Nieve soplando. Nieve profunda y cambiante. Acumulaciones, devastación. Los ancianos compraban, presos del pánico. Cuando la televisión no les inundaba de cólera les metía el pánico en el cuerpo. Se susurraban los unos a los otros mientras aguardaban la cola. Advertencias a los viajeros, visibilidad cero. ¿Cuándo se abatirá sobre nosotros? ¿Cuántos metros alcanzará? ¿Cuántos días durará? Se volvían reservados, suspicaces, parecían ocultar a los demás las últimas y más graves noticias, tornándose astutos en su apresuramiento, apremiando a las personas a su alrededor antes de que alguien pudiera extrañarse del alcance de sus compras. Acaparadores de guerra. Codiciosos,

culpables.

Vi a Murray en la zona de alimentación general. Llevaba una cacerola de teflón. Me detuve a observarle durante unos instantes. Habló con cuatro o cinco personas, deteniéndose ocasionalmente para garabatear algunas notas en un bloc de espiral. Se las arreglaba para escribir con la cacerola sujeta precariamente bajo el brazo.

Wilder le llamó con un agudo chillido, y yo empujé el carrito en dirección a él.

—¿Qué tal esa espléndida mujer tuya?

—Muy bien —dije yo.

—¿Habla ya este niño?

—De cuando en cuando. Le gusta elegir el momento.

—¿Te acuerdas de ese tema para el que me echaste una mano? ¿El centro de estudios acerca de Elvis Presley?

—Claro que sí. Acudí allí y di mi conferencia.

—Se da la trágica circunstancia de que, de todos modos, hubiera ganado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Cotsakis, mi rival, ya no se encuentra entre los vivos.

—¿Qué significa eso?

—Significa que está muerto.

—¿Muerto?

—Perdido en las resacas de Malibú durante las vacaciones de mitad de curso. Me enteré hace una hora y vine directamente aquí.

Súbitamente, fui consciente de la densa textura del entorno. Las puertas automáticas se abrían y se cerraban con un aliento abrupto. Los colores y los olores parecían más definidos. El rumor de los pies arrastrándose por el suelo emergía de entre una docena de sonidos diferentes, destacando sobre el zumbido subltoral de los sistemas de mantenimiento, del crujido de papel de periódico producido por los clientes al consultar sus horóscopos en los diarios expuestos en la entrada, de los murmullos de las ancianas de rostro empolvado y del rítmico traqueteo de los automóviles al rodar sobre una tapa de alcantarilla demasiado holgada frente al acceso principal. Pies deslizándose. Podía oírlos con claridad, arrastrándose triste y entumecidamente por cada pasillo.

—¿Cómo están las niñas? —dijo Murray.

—Bien.

—¿De vuelta al colegio?

—Sí.

—Ahora que ha cesado la alarma.

—Sí. Steffie ha decidido que ya no necesita la máscara protectora.

—Quiero unos filetes al estilo de Nueva York —dijo haciendo un ademán en dirección al carnicero.

La frase me resultaba familiar pero ¿qué significado tenía?

—Carne sin envasar y pan fresco —prosiguió—. Frutos exóticos y quesos raros. Productos procedentes de veinte países distintos. Es como hallarse en un cruce de caminos del mundo antiguo, en un bazar persa o en una metrópoli del Tigris. ¿Cómo estás, Jack?

¿A qué se refería al preguntarme cómo estaba?

—Pobre Cotsakis, desaparecido en la resaca —dije—. Un hombre tan corpulento...

—Exacto.

—No sé qué decir.

—Desde luego, era un hombre grande.

—Era enorme.

—Tampoco yo sé qué decir, salvo que prefiero que le haya tocado a él y no a mí.

—Debía de pesar más de ciento treinta kilos.

—Ya lo creo; fácilmente.

—¿Qué piensas tú? ¿Ciento treinta? ¿Ciento treinta y cinco?

—Fácilmente ciento treinta y cinco.

—Muerto. Un tipo tan grande como él.

—¿Qué puede uno decir?

—Y yo que me consideraba a mí mismo grande...

—Él pertenecía a un nivel distinto. Tú eres grande en el tuyo.

—Tampoco es que le conociera. No le conocía de nada.

—Cuando mueren, mejor es no conocerles. Mejor que les toque a ellos y no a nosotros.

—Ser tan enorme y morirse...

—Perderse sin dejar rastro. Arrastrado por el mar.

—Me parece verle con absoluta claridad.

—En cierto modo, resulta extraño, ¿no te parece? —dijo—. Que podamos imaginarnos a los muertos, quiero decir.

Conduje a Wilder hacia las cajas de fruta. La mercancía que contenían mostraba un aspecto duro, húmedo y brillante, a la vez que un aire tímido de objeto consciente de la meticulosa observación a que está siendo sometido, como los frutos en cuatricomía que aparecen en las guías de fotografía. Torcimos al llegar al agua mineral envasada en garrafas de plástico y continuamos en dirección a las cajas de salida. Me gustaba estar con Wilder. El mundo constituía para él una serie de alegrías fugaces. Así lo que podía y a continuación lo olvidaba inmediatamente ante el tumulto de otros placeres subsiguientes. Era precisamente esa despreocupación lo que más envidiaba y admiraba en él.

La cajera le formuló una serie de preguntas a las que ella misma daba

rápida respuesta imitando el habla infantil.

Algunas de las casas de la ciudad comenzaban a mostrar signos de abandono. Los bancos del parque se estropeaban, y el asfalto de las calles se agrietaba. Sin embargo, el supermercado no cambiaba sino a mejor. Uno siempre lo encontraba bien abastecido e inundado de luz y de música. Todo parecía perfecto y continuaría siéndolo; todo acabaría mejorando siempre y cuando el supermercado no fallara.

A primera hora de la tarde llevé a Babette a su clase de posturas. Nos detuvimos en el puente de la autopista y descendimos del coche para contemplar el ocaso. Desde que se produjera el escape tóxico las puestas de sol se habían vuelto casi insoportablemente hermosas, y ello sin que pudiera establecerse una relación mensurable. Nadie había sido capaz de probar hasta qué punto el carácter particular del Niodeno Derivado (añadido al flujo cotidiano de efluvios, desechos, contaminantes y alucinógenos) había contribuido a este salto estético cualitativo que había convertido atardeceres ya de por sí admirables en amplios y opulentos paisajes visionarios coloreados de almagre y teñidos de aprensión.

—¿Qué otra cosa podemos creer? —dijo Babette—. ¿De qué otro modo podemos demostrarlo?

—No lo sé.

—No nos encontramos frente a la orilla del mar o del desierto. Deberíamos tener que conformarnos con tímidos atardeceres invernales, pero fíjate en ese cielo en llamas, tan hermoso y a la vez tan dramático. Las puestas de sol solían durar cinco minutos, pero ahora duran una hora.

—¿A qué se debe eso?

—¿A qué se debe? —repitió ella.

Aquel lugar del puente nos proporcionaba una amplia perspectiva del Oeste. La gente había acudido allí desde que comenzaron a producirse los nuevos atardeceres. Estacionaban sus automóviles y se agrupaban bajo el gélido viento para charlar nerviosamente y contemplar la escena. Ya entonces había cuatro coches, a los que sin duda habrían de seguir otros. El puente se había convertido en una atalaya panorámica. La policía se mostraba reacia a hacer respetar la prohibición de aparcamiento. Nos hallábamos ante una de esas situaciones, similares a los juegos paralímpicos, en las que cualquier restricción parece mezquina.

Poco después cogí de nuevo el coche para ir a recogerla a la iglesia congregacionalista. Denise y Wilder habían decidido acompañarme. Babette, con sus vaqueros y sus calentadores, constituía un espectáculo a la vez hermoso y excitante. Los calentadores le daban un toque de prestancia paramilitar, cierto asomo de belicosidad arcaica. Cuando salía a despejar la nieve con la pala solía ponerse también una cinta de piel en la cabeza. Siempre me hacía remontarme al siglo v a. de C. Hombres reunidos en torno a las fogatas del campamento, conversando en voz

baja en sus dialectos del turco y del mongol. Cielos despejados. La muerte heroica y ejemplar de Atila, rey de los hunos.

—¿Qué tal las clases? —preguntó Denise.

—Van tan bien que quieren que regrese para impartir otro curso.

—¿De qué?

—Jack no va a creérselo.

—¿De qué? —pregunté.

—De comida y bebida. Lo llaman «Comida y Bebida: Parámetros Básicos», lo que, admito, resulta incluso más estúpido de lo que necesariamente tenía que ser.

—¿Qué podrías enseñarles? —inquirió Denise.

—De eso se trata precisamente. Se trata de una disciplina prácticamente inextinguible: consúmanse alimentos ligeros en tiempo cálido. Bébase líquido en abundancia.

—Pero eso es algo que todo el mundo sabe.

—El conocimiento cambia día a día. La gente necesita ver reforzadas sus creencias. No se acueste usted después de una comida pesada. No beba alcohol con el estómago vacío. Si quiere nadar, espere a que transcurra al menos una hora después de la última comida. El mundo es más complicado para los adultos que para los niños. Nosotros no crecimos con esta alternancia de hechos y de actitudes. Sencillamente, comenzaron a aparecer un buen día. Precisamente por eso la gente necesita que alguien situado en una posición de autoridad reafirme su convencimiento de que tal cosa o tal otra está bien o mal hecha, al menos por el momento. Lo único que ocurre en este caso es que yo soy el personaje más adecuado que han logrado encontrar.

De la pantalla del televisor pendía un retazo de pelusa impregnado de electricidad estática.

Ya en la cama, permanecimos tendidos en silencio, yo con la cabeza entre sus senos como si quisiera protegerme de la posibilidad de un golpe despiadado. Había decidido no decirle nada acerca del veredicto emitido por el ordenador. Sabía que se sentiría desconsolada al saber que mi muerte había de preceder casi con toda seguridad a la suya. Su cuerpo se convirtió en el instrumento de mi resolución, de mi silencio. Entrada la noche, repté hacia sus pechos, hundiendo los labios en ese espacio inspirado en el dique seco al que acudiría un submarino para su reparación. Extraía valor de sus pechos, de sus labios cálidos, del roce de sus manos, del contacto imperceptible de las puntas de sus dedos sobre mi espalda. Cuanto más ligero el contacto, más resuelto me sentía a evitar que lo supiera. Tan sólo su propia desesperación hubiera logrado quebrar mi voluntad.

En una ocasión estuve a punto de rogarle que se pusiera los calentadores antes de hacer el amor. Sin embargo, se me antojó una solicitud más arraigada en el *pathos*

que en una forma aberrante de sexualidad, y pensé que corría el riesgo de hacerle sospechar que algo andaba mal.

Pedí a mi profesor de alemán que añadiera media hora a cada clase. Me parecía más urgente que nunca aprender aquel idioma. Hacía frío en su habitación. Él se protegía con ropa de abrigo y, poco a poco, parecía ir apilando cada vez más muebles contra la ventana.

Nos sentamos el uno frente al otro. Por entonces, yo iba magníficamente bien en vocabulario y reglas gramaticales. Podría haber aprobado fácilmente una prueba escrita con las mejores notas. Sin embargo, continuaba teniendo dificultades con la pronunciación de las palabras. A Dunlop no parecía importarle. Las enunciaba una y otra vez, lanzando centellas de saliva seca en dirección a mi rostro.

Aumentamos a tres clases por semana. Gradualmente, parecía abandonar su aire distraído y mostrarse ligeramente más atento. Los muebles, periódicos, cajas de cartón y sábanas de polietileno —artículos rescatados del vertedero— continuaban acumulándose contra las paredes y las ventanas. Cuando realizaba mis ejercicios de pronunciación, él escrutaba atentamente el interior de mi boca. En cierta ocasión, introdujo en ella la mano derecha para ajustar la posición de la lengua. Fue aquél un instante peculiar y terrible, un acto de intimidad sofocante. Nadie había manipulado mi lengua hasta entonces.

Los pastores alemanes seguían patrullando la población acompañados por hombres con trajes de Mylex. Nos alegraba su presencia, nos acostumbramos a ellos, los alimentábamos y acariciábamos, pero no resultaba tan sencillo ajustarse al espectáculo de los hombres uniformados con botas acolchadas y máscaras antigás. Asociábamos su atuendo con el origen de nuestros problemas y nuestros temores.

—¿Por qué no pueden ir vestidos con ropa normal? —dijo Denise durante la cena.

—Es lo que llevan siempre que están de servicio —dijo Babette—. No significa que corramos peligro alguno. Los perros apenas han olfateado algún rastro leve de material tóxico en las lindes del pueblo.

—Eso es lo que quieren que creamos —intervino Heinrich—. Si hicieran públicos sus auténticos hallazgos se producirían demandas legales por valor de miles de millones de dólares. Eso sin contar las manifestaciones, el pánico, la violencia y el desorden social.

La perspectiva parecía complacerle.

—Eso es exagerar un poco, ¿no te parece? —dijo Babette.

—¿Qué te parece exagerado, lo que yo he dicho o lo que ocurriría?

—Ambas cosas. No hay motivo alguno para pensar que los resultados son distintos a los que anuncian.

—¿Realmente crees eso? —preguntó él.

—¿Por qué no iba a creerlo?

—Si los resultados auténticos de cualquiera de estas investigaciones salieran a la luz, la industria se vendría abajo.

—¿De qué investigaciones hablas?

—De las que se están realizando en todo el país.

—Precisamente a eso me refiero —repuso ella—. No hay día en que las noticias no informen de un nuevo escape tóxico. Disolventes cancerígenos almacenados en tanques, arsénico procedente de las chimeneas, agua radiactiva de las plantas de energía. ¿Hasta qué punto puede ser serio cuando sucede continuamente? ¿Acaso no definimos la gravedad de un acontecimiento por el hecho de que no sea un suceso cotidiano?

Las dos niñas miraron a Heinrich a la espera de una réplica quirúrgicamente hábil.

—Olvida esos escapes —dijo—. Esos escapes no son nada.

No era ésa la dirección que ninguno de nosotros esperaba oírle tomar. Babette le contempló cuidadosamente mientras el muchacho cortaba una hoja de lechuga de su plato en dos trozos iguales.

—Yo no diría que no son nada —dijo ella cautelosamente—. Son pequeños escapes cotidianos y, por tanto, controlables. Pero no puede decirse que no sean nada. Hay que vigilarlos.

—Cuanto antes los olvidemos, antes podremos enfrentarnos a la cuestión real.

—¿Cuál es la cuestión real?

Respondió con la boca llena de lechuga y pepino.

—La cuestión real es el tipo de radiación que nos envuelve todos los días. La radio, la televisión, el microondas, las líneas de alta tensión a unos metros de la casa, el radar que detecta la velocidad a la que conduces por carretera. Durante años nos han repetido que se trata de dosis débiles y que no son peligrosas.

—¿Y ahora? —inquirió Babette.

Vimos cómo se servía de la cuchara para moldear una montaña volcánica con el puré de patatas. Con exquisito cuidado, vertió un poco de salsa en el cráter esculpido en la cumbre. A continuación, se afanó en limpiar el filete de grasa, nervios y otras imperfecciones. Se me ocurrió que el acto de comer constituye la única forma de profesionalismo que la mayoría de la gente llega a alcanzar en su vida.

—En eso consiste nuestra nueva y gran preocupación —dijo—. Olvidaos de los derrames, los escapes y las lluvias ácidas. Son las cosas que nos rodean en nuestra propia casa las que antes o después acabarán con nosotros. Son los campos eléctricos y magnéticos. ¿Quién de los que estamos aquí me creería si le dijera que el índice de suicidios rebasa todas las estadísticas conocidas entre las personas que viven cerca de

cables de alta tensión? ¿Qué es lo que despierta tanta tristeza y tanta depresión en esas personas? ¿Tan sólo el *espectáculo* de esos cables y postes tan feos? ¿No será acaso que algo les sucede a sus células cerebrales debido a su constante exposición a la radiación?

Sumergió un trozo de filete en la salsa aposentada sobre la depresión volcánica y se lo llevó a la boca. Sin embargo, no comenzó a masticar hasta que no hubo rebañado algo de patata de las laderas inferiores para añadirlo a la carne. Parecía estar creándose cierta tensión en torno a la cuestión de si sería capaz de terminar la salsa antes de que se derrumbara el puré.

—Olvidaos de los dolores de cabeza y del cansancio —dijo mientras masticaba—. ¿Qué me decís de las alteraciones nerviosas y de los comportamientos extraños y violentos dentro del hogar? Se han realizado averiguaciones científicas. ¿De dónde creéis que salen todos esos bebés deformes? De la radio y de la televisión, ni más ni menos.

Las niñas lo contemplaban boquiabiertas de admiración. Yo sentía deseos de discutir con él. Quería preguntarle por qué debía creer en aquellos descubrimientos científicos y no en los resultados que indicaban que estábamos a salvo de la contaminación por Niodeno. ¿Qué podía argumentar, sin embargo, dada mi situación? Quería decirle que esa clase de pruebas estadísticas resultaban por naturaleza incompletas y engañosas. Quería decirle que aprendería a contemplar todos aquellos hallazgos catastrofistas con ecuanimidad a medida que madurara, se librara de las restricciones de su propia literalidad, desarrollara un espíritu de indagación intelectual y escéptico, creciera en edad y en juicio, envejeciera, declinara y muriera.

—Los datos escalofriantes se han convertido en una industria propia —me limité a decir—. Las diferentes firmas del sector compiten entre sí para ver cuál logra asustarnos más.

—Tengo una noticia para ti —dijo—. Los cerebros de las ratas blancas desprenden iones de calcio al ser expuestos a ondas de radiofrecuencia. ¿Hay alguien en esta mesa que sepa lo que eso significa?

Denise desvió la mirada hacia su madre.

—¿Es esto lo que enseñan hoy en día en los colegios? —preguntó Babette—. ¿Qué ha sido de las ciencias sociales, del proceso que hace que un proyecto se convierta en ley? El cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los dos catetos. Aún recuerdo mis teoremas. La batalla de Bunker Hill fue librada en realidad en Breed's Hill. Y esto otro: Estonia, Letonia y Lituania.

—¿Fue el *Monitor* o el *Merrimac* el que se hundió? —intervine yo.

—No lo sé, pero me suena también lo de Tippecanoe y Tyler.

—¿Qué era eso? —dijo Steffie.

—Creo que un indio que se presentó a unas elecciones. Escuchad este otro:

¿quién inventó la segadora mecánica y cómo cambió con ello el panorama de la agricultura norteamericana?

—Estoy intentando recordar las tres clases de rocas que existen —dije—. Ígnea, sedimentaria y otra más.

—¿Qué me dices de los logaritmos? ¿Y de las causas del descontento económico que condujo a la Gran Depresión? O esto: ¿quién venció en los debates entre Lincoln y Douglas? Ten cuidado. No es tan evidente como parece.

—Antracitas y bituminosas —dije yo—. Isósceles y escalenos.

Aquellas palabras misteriosas regresaban a mí envueltas en un torbellino de confusas imágenes escolares.

—Y esta otra: Anglos, Sajones y Jutos.

El *déjà vu* continuaba siendo un problema en toda la zona. Se había instalado una línea gratuita para realizar consultas telefónicas. Había un equipo de especialistas que trabajaba las veinticuatro horas del día asistiendo a personas asaltadas por episodios recurrentes. Quizá el *déjà vu* y los demás tics de la mente y del cuerpo no eran sino subproductos duraderos del escape tóxico a la atmósfera. Al cabo de cierto tiempo, no obstante, fue siendo posible interpretar dichos acontecimientos como señales del profundo aislamiento que comenzábamos a sufrir. No había ninguna ciudad de mayor tamaño o sometida a un tormento más vasto que pudiéramos utilizar para contemplar nuestro propio dilema bajo una perspectiva apaciguadora. No había ninguna urbe a la que pudiéramos culpar de nuestra sensación de víctimas. Ninguna población a la que pudiéramos detestar y temer. Ningún megacentro jadeante que absorbiera nuestro infortunio y nos distrajera de nuestra constante conciencia de tiempo: del tiempo como agente de nuestra particular ruina, de la descomposición cromosómica que multiplicaría históricamente nuestros tejidos.

—Baba —susurré aquella noche en la cama, entre sus pechos.

Aunque para ser un pueblo pequeño nos hallamos notablemente libres de resentimiento, la ausencia de una metrópoli que polarice nuestra atención hace que en nuestros momentos más íntimos nos sintamos algo solos.

Descubrí el Dylar la noche siguiente. Un frasco de color ámbar fabricado en plástico blando. Estaba sujeto con cinta adhesiva al costado inferior del cubrerradiador del cuarto de baño. Lo encontré porque el radiador comenzó a repiquetear y decidí levantar la repisa para comprobar la válvula con ánimo concienzudo y metódico, intentando ocultar ante mí mismo el desamparo que sentía.

Acudí inmediatamente en busca de Denise. Estaba en la cama, viendo la televisión. Cuando le dije lo que había encontrado se levantó y ambos nos dirigimos en silencio al cuarto de baño para ver de nuevo el frasco. No era difícil distinguir el nombre de Dylar a través de la cinta transparente. Era tal la sorpresa que experimentamos al descubrir el medicamento oculto de aquel modo que ninguno de los dos osó tocar nada. Contemplamos los diminutos comprimidos con solemne preocupación y, por fin, intercambiamos una mirada cargada de significado.

Sin pronunciar palabra, devolvimos el cubrerradiador a su lugar con el frasco intacto y regresamos al dormitorio de Denise. La voz que surgía de los pies de la cama decía: «Entretanto, permítannos ofrecerles un apetitoso aliño al limón perfectamente indicado para cualquier tipo de marisco.»

Denise se sentó en la cama, y me contempló con la mirada perdida más allá de mi rostro, más allá del televisor, los carteles y los *souvenirs*. Mantenía los ojos aguzados, y su rostro aparecía torcido en una mueca pensativa.

—No le decimos nada a Baba.

—De acuerdo —asentí.

—Se limitaría a decir que no recuerda por qué lo puso allí.

—¿Qué es el Dylar? Eso es lo que quiero saber. Sin recorrer una gran distancia tan sólo hay dos o tres sitios a los que podría haber acudido para conseguir la receta. Cualquier farmacéutico podrá decirnos para qué se utiliza. Mañana a primera hora cogeré el coche y lo comprobaré.

—Ya lo he hecho yo —dijo.

—¿Cuándo?

—Fue en Navidad. Acudí a tres farmacias y hablé con los indios que atienden los mostradores de la parte trasera.

—Creo que son paquistaníes.

—Lo que sean.

—¿Qué te contaron del Dylar?

—Nunca habían oído hablar de él.

—¿Les pediste que lo consultaran? Tienen que tener listas de los medicamentos más recientes. Suplementos, actualizaciones...

—Lo consultaron. No figura en ninguna lista.

—No catalogado —murmuré.

—Tendremos que hablar con su médico.

—Le llamaré ahora. Le llamaré a casa.

—Sí, sorpréndele —dijo, con tono levemente despiadado.

—Si le encuentro en casa no tendré que sortear ningún contestador, recepcionista ni enfermera, ni tampoco ningún joven y simpático profesional que comparta su consulta y cuya función en la vida consista en ocuparse de aquellos pacientes que el doctor prefiere quitarse de encima. Cuando te ves desplazado del viejo al joven significa que tanto tú como tu enfermedad han pasado a segundo plano.

—Llámale a casa —asintió ella—. Despiértale. Convéncele para que nos diga lo que queremos saber.

El único teléfono disponible estaba en la cocina. Atravesé el vestíbulo, comprobando nuestro dormitorio al pasar para asegurarme de que Babette seguía allí, planchando blusas y escuchando un programa de consultas radiofónicas, forma ésta de entretenimiento a la que se había vuelto recientemente adicta. Bajé a la cocina, busqué el nombre del doctor en el listín telefónico y marqué el número de su domicilio.

Se llamaba Hookstratten. Sonaba a alemán. Le había visto una vez: un tipo encorvado de rostro nudoso y voz profunda. Denise me había dicho que le convenciera, pero el único modo de hacerlo era dentro de un contexto de honestidad y franqueza. Si fingía ser un extraño en busca de información acerca del Dylar se limitaría a colgar o a decirme que me pasara por su consulta.

Contestó al cuarto o quinto timbrado. Le dije quién era y también que estaba preocupado por Babette. Lo bastante preocupado, de hecho, como para llamarle a casa (un acto evidentemente precipitado que, sin embargo, confiaba en que sabría entender). Le dije que estaba casi seguro de que el problema era consecuencia de la medicación que le había prescrito a mi esposa.

—¿Qué problema?

—Lagunas de memoria.

—Llama usted a un médico a su casa para hablar acerca de lagunas de memoria. ¿Qué ocurriría si todos los que sufren lagunas de memoria llamaran al médico a su casa? Se produciría un efecto contagioso de increíbles dimensiones.

Le dije que se trataba de lapsus frecuentes.

—Frecuentes. Conozco a su mujer. Es la misma que acudió una noche con un niño que lloraba. «Mi hijo está llorando», dijo. Acudió a un doctor en medicina que funciona a la vez como compañía privada y le pidió que auscultara a un niño que llora. Y ahora cojo el teléfono y es su marido, que ha decidido llamar al médico a su casa pasadas las diez de la noche y le dice: «Lagunas de memoria.» ¿Por qué no me

cuenta que tiene gases? ¿No se le ha ocurrido llamarme cuando tiene gases?

—Son frecuentes y prolongados, doctor. Tiene que ser la medicación.

—¿Qué medicación?

—El Dylar.

—Nunca he oído hablar de él.

—Son comprimidos pequeños, de color blanco. Envasados en un frasco de color ámbar.

—Llama usted al médico a su casa pasadas las diez y pretende obtener una respuesta con sólo describir un comprimido diciendo que es pequeño y de color blanco. ¿Por qué no decirme también que es redondo? Podría ser un dato crucial para el caso.

—Es un medicamento no catalogado.

—Nunca lo he visto y, desde luego, nunca se lo he recetado a su esposa. La considero una mujer muy sana, al menos desde mi capacidad para determinar esta clase de cosas y teniendo en cuenta que soy tan capaz como cualquier otro de cometer errores humanos.

Aquello sonaba a justificación de negligencia. Quizá lo estaba leyendo en una ficha impresa, como un policía que informara de sus derechos constitucionales a un sospechoso. Le di las gracias, colgué y llamé a mi propio médico a su casa. Cogió el teléfono al séptimo timbrado, y dijo que siempre había creído que Dylar era una isla del golfo Pérsico, una de esas terminales cuya existencia se consideraba crítica para la supervivencia de Occidente. Se oía al fondo la voz de una mujer pronosticando el tiempo.

Subí al piso de arriba y le dije a Denise que no se preocupara. Sacaría un comprimido del frasco y lo haría analizar por alguien del departamento de química de la facultad. Por un instante, esperé que me diría que ya lo había hecho ella, pero se limitó a asentir con gesto amargo y volví sobre mis pasos atravesando el vestíbulo y deteniéndome en el dormitorio de Heinrich para darle las buenas noches. Le sorprendí haciendo flexiones de brazos colgado de una barra que había anclado sobre las puertas del armario.

—¿De dónde has sacado eso?

—Es de Mercator.

—¿Quién es Mercator?

—Uno de los mayores, con el que suelo andar últimamente. Tiene casi diecinueve años y aún no ha salido del instituto. Eso te dará una idea.

—¿Una idea acerca de qué?

—De lo grande que es. No te imaginas la resistencia que tiene.

—¿A qué viene que hagas flexiones? ¿Qué consigues con ello?

—¿Qué se consigue con cualquier cosa, sea lo que sea? Quizá busco

sencillamente ejercitar mi cuerpo para compensar otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—Cada vez tengo menos pelo, por mencionar una de ellas.

—No es cierto. Si no me crees a mí, pregunta a Baba. Nunca se le escapan esa clase de cosas.

—Mi madre me dijo que consultara con un dermatólogo.

—No creo que eso sea necesario por el momento.

—Ya he ido.

—¿Y qué ha dicho él?

—Ella. Insistió en que acudiera a una mujer.

—¿Y qué dijo ella?

—Dijo que contaba con una densa zona de donación.

—¿Qué significa eso?

—Significa que puede aprovechar cabellos de otras partes de mi cabeza e implantarlos quirúrgicamente donde sea necesario. Tampoco es que me importe demasiado. Me da lo mismo ser calvo. No me cuesta trabajo imaginarme a mí mismo calvo. Hay críos de mi edad que padecen cáncer. Se les cae el pelo como consecuencia de la quimioterapia. ¿Por qué habría de ser yo diferente?

Hablaba desde el armario, sin apartar la mirada de mí. Decidí cambiar de tema.

—Si realmente piensas que las flexiones pueden ayudarte, ¿por qué no sales del armario y haces los ejercicios mirando hacia el interior? ¿Por qué encerrarte en ese espacio oscuro y mohoso?

—Si esto te parece extraño, deberías ver lo que hace últimamente Mercator.

—¿Qué hace?

—Está entrenándose. Quiere establecer una nueva marca de permanencia en una jaula llena de serpientes venenosas para el *Libro Guinness de los Récords*. Acude a una tienda de animales exóticos de Glassboro tres veces a la semana. El dueño le permite alimentar a la mamba y a la víbora bufadora para que vaya acostumbrándose. Olvida a nuestro querido crótalo norteamericano. La bufadora es la serpiente más venenosa del mundo.

—Cada vez que veo un reportaje sobre alguien que lleva cuatro semanas en una jaula llena de serpientes me sorprende a mí mismo deseando que le muerdan de una vez.

—Yo también —dijo Heinrich.

—¿Y eso?

—Porque lo están pidiendo a gritos.

—Exacto. Casi todos nosotros nos pasamos la vida evitando el peligro. ¿Quiénes se creen que son?

—Lo están pidiendo a gritos. Que sufran las consecuencias.

Hice una breve pausa, saboreando el raro goce del mutuo acuerdo.

—¿Qué más hace tu amigo para entrenarse?

—Permanece sentado en un mismo lugar durante largos períodos para acostumbrar a la vejiga. Come tan sólo dos veces al día. Duerme sentado, sin sobrepasar nunca las dos horas de sueño. Quiere habituarse a despertar de un modo gradual, sin realizar los movimientos súbitos que podrían sobresaltar a una mamba.

—Parece una ambición un tanto extraña.

—Las mambas son muy sensibles.

—Ahora, que si le hace feliz...

—Cree que le hace feliz, pero todo se debe a alguna célula diminuta de su cerebro que obtiene demasiado estímulo o demasiado poco.

Me levanté de la cama en mitad de la noche y acudí al pequeño dormitorio situado al fondo del vestíbulo para contemplar a Steffie y a Wilder mientras dormían. Permanecí inmóvil y absorto en mi tarea durante casi una hora, tras lo cual me sentí refrescado y henchido de un modo indescriptible.

Al penetrar de nuevo en nuestra habitación me sorprendió hallar a Babette de pie frente a una de las ventanas, contemplando la noche acerada. No dio muestras de haber notado mi ausencia del lecho, ni pareció percibir sonido alguno cuando trepé a la cama y me sumergí entre las sábanas.

Nuestro periódico es repartido por un iraní de mediana edad al volante de un Nissan Sentra. Algo hay en ese automóvil que me inquieta cuando lo veo allí aparcado con las luces encendidas, al amanecer, mientras el tipo deposita el periódico sobre los escalones. Me digo a mí mismo que he alcanzado ya la edad de la amenaza incierta. El mundo está lleno de significados abandonados, y me parece descubrir cuestiones e intensidades inesperadas en las cosas más cotidianas.

Sentado ante la mesa del despacho, contemplé el comprimido blanco que tenía ante mí. Su forma era más o menos la de un platillo volante, un disco aerodinámico en uno de cuyos extremos se distinguía un minúsculo orificio que había logrado descubrir tras algunos instantes de atento escrutinio.

Su textura no era arenosa como la de la aspirina, pero tampoco exactamente resbaladiza como la de las cápsulas. Producía una sensación peculiar en la mano: parecía curiosamente sensible al tacto pero al mismo tiempo daba la impresión de tratarse de algo sintético, insoluble y originado tras un complicado proceso de fabricación.

Me dirigí a un pequeño edificio rematado por una cúpula y conocido como el Observatorio, y entregué el comprimido a Winnie Richards, una joven investigadora en neuroquímica de la que se decía que realizaba una labor brillante. Alta, desgarbada y furtiva, tenía la costumbre de ruborizarse cada vez que alguien decía algo gracioso. Algunos de los *émigrés* procedentes de Nueva York se divertían acudiendo a su cubículo y espetándole apresuradamente breves chistes tan sólo por ver cómo se ponía colorada.

La observé mientras se sentaba ante su mesa; permaneció dos o tres minutos girando lentamente el comprimido entre el índice y el pulgar. Por fin, lo lamió y se encogió de hombros.

—Desde luego, no tiene un sabor característico.

—¿Cuánto se tardará en analizar su composición?

—Ahora tengo que ponerme a trabajar con un cerebro de delfín, pero ven a verme dentro de cuarenta y ocho horas.

Winnie era célebre en el Hill por su capacidad para desplazarse de un lugar a otro sin ser vista. Nadie sabía cómo lo lograba ni por qué lo juzgaba necesario. Quizá se sentía avergonzada de su torpe estructura, su porte estirado y sus extraños andares. Quizá padecía una fobia a los espacios abiertos, aunque los espacios de la facultad eran en su mayoría pintorescos y acogedores. Tal vez el mundo de la gente y de las cosas ejercía tal impacto sobre ella o la asaltaba con tal fuerza, cual un cuerpo áspero y desnudo —de hecho, la hacía sonrojarse—, que ella misma encontraba más sencillo

evitar el contacto frecuente. Acaso estaba cansada de que le dijeran cuán brillante era. En cualquier caso, lo cierto es que me costó trabajo localizarla a lo largo del resto de la semana. No se la veía en los jardines ni en los paseos, y tampoco la hallé en su cubículo las veces que acudí a él.

En casa, Denise decidió firmemente no sacar a relucir la cuestión del Dylar. No quería presionarme, e incluso evitaba cruzar la vista conmigo, como si el intercambio de miradas significativas fuera más de lo que nuestra secreta certeza podía admitir. Babette, por el contrario, no parecía capaz de dirigirnos una sola mirada que no resultara significativa. A menudo giraba la cabeza en mitad de una conversación y, con ademán escultórico e inmortal, miraba sin pestañear los copos de nieve que descendían, las puestas de sol o los automóviles estacionados. Comencé a sentirme preocupado por aquellas contemplaciones. Babette había sido siempre una mujer abierta, dotada de un reconfortante sentido de particularidad y de una sólida confianza en lo tangible y lo real. Aquellos éxtasis privados se me antojaban como una forma de aislamiento no sólo de los que la rodeábamos sino también de aquellas mismas cosas que contemplaba interminablemente.

Cuando los mayores se hubieron marchado nos sentamos a la mesa del desayuno.

—¿Has visto el nuevo perro de los Stover?

—No —repuse.

—Creen que es un visitante del espacio. Y no bromean. Yo misma fui ayer a visitarles y el bicho *es* efectivamente extraño.

—¿Te preocupa algo últimamente?

—Estoy bien —dijo.

—Me gustaría que me lo dijeras. Siempre nos contamos todo. Siempre lo hemos hecho.

—¿Qué podría estar preocupándome, Jack?

—A veces te quedas con la mirada perdida a través de las ventanas. De algún modo, has cambiado. Ya no ves las cosas como solías, ni reaccionas ante ellas como antes.

—Eso es lo que hace su perro. Se queda pasmado frente a las ventanas. Pero no frente a cualquier ventana. Sube al ático y deposita las patas sobre el alféizar para otear por la más alta. Ellos creen que está esperando instrucciones.

—Denise me mataría si supiera lo que voy a decir.

—¿Qué?

—Descubrí el Dylar.

—¿Qué Dylar?

—El que estaba adherido al interior del cubrerradiador.

—¿Por qué iba yo a adherir nada al interior del cubrerradiador?

—Eso es precisamente lo que Denise vaticinó que dirías.

—Suele estar en lo cierto.

—Hablé con tu médico, Hookstratten.

—Me siento en plena forma, en serio.

—Eso es lo que dijo él.

—¿Sabes qué me entran ganas de hacer cuando veo estos días fríos, grises y plomizos?

—¿Qué?

—Me entran ganas de meterme entre las sábanas con un hombre atractivo. Voy a dejar a Wilder en su túnel de juguete. Tú ve a cepillarte los dientes. Te veré en el dormitorio dentro de diez minutos.

Aquella misma tarde vi a Winnie Richards cuando se deslizaba a través de una de las puertas traseras del Observatorio y atravesaba un jardincillo a grandes zancadas en dirección a los edificios nuevos. A toda prisa, abandoné mi despacho y salí en pos de ella. Se mantenía pegada a las paredes, caminando con pasos cada vez más largos. Sentí como si hubiera avistado un importante ejemplar de alguna especie protegida o un humanoide formidable, como el yeti o el sasquatch. Hacía frío y el cielo aún mostraba un aspecto plomizo. Advertí que no lograría acortar distancias con ella si no aceleraba más. La vi doblar velozmente la esquina en dirección a la parte trasera del Rectorado y apresuré el paso, temiendo perderla de un momento a otro. Verme corriendo me producía una sensación extraña. No había corrido en muchos años, y no lograba reconocer mi cuerpo en aquel nuevo formato, ni tampoco el mundo sólido y abrupto que se deslizaba bajo mis pies. Doblé la esquina y aceleré aún más el paso, consciente de mi propia mole flotando en el aire. Arriba, abajo, vida, muerte. Mi toga revoloteaba tras de mí.

La alcancé en el pasillo desierto de un edificio de una sola planta que olía a líquido de embalsamar. Se detuvo dando la espalda a la pared. Llevaba puesta una túnica verde y calzaba zapatillas deportivas. Esforzándome por recuperar el aliento, alcé el brazo derecho en solicitud de espera, y ella me condujo a una pequeña habitación llena de cerebros conservados en frascos. La mesa de trabajo se encontraba provista de su propia pila de fregar y aparecía cubierta por cuadernos de notas e instrumentos de laboratorio. Me dio un poco de agua del grifo en un vaso de papel, y yo hice un esfuerzo por dissociar su sabor del espectáculo de los cerebros y de aquel aroma general a conservantes y desinfectantes.

—¿Has estado tratando de evitarme? —pregunté—. Te he dejado notas y mensajes telefónicos.

—No a ti, Jack, ni a nadie en particular.

—En ese caso, ¿por qué ha resultado tan difícil dar contigo?

—¿Acaso no es de eso de lo que se trata en nuestro siglo veinte?

—¿De qué?

—Las personas se mantienen ocultas aun cuando nadie las esté buscando.

—¿Realmente crees que eso es así?

—Resulta evidente —repuso ella.

—¿Qué hay del comprimido?

—Una interesante pieza de tecnología. ¿Cómo se llama?

—Dylar.

—Nunca había oído el nombre —dijo.

—¿Qué puedes decirme de ella? Intenta no mostrarte demasiado brillante. Aún no he comido.

Vi cómo se sonrojaba.

—No es un comprimido en el sentido tradicional de la palabra —dijo—. Es un sistema de administración medicamentosa. No se disuelve inmediatamente, ni libera sus ingredientes al momento. La medicación del Dylar se encuentra contenida en una membrana de polímero. El agua del tracto gastrointestinal se filtra a través de la membrana a un ritmo cuidadosamente estudiado.

—¿Qué efecto tiene el agua?

—Disuelve la medicación contenida en la membrana. Lentamente, gradualmente, con precisión. A continuación, la medicina escapa de la cápsula de polímero a través de un único orificio diminuto. Una vez más, a una velocidad cuidadosamente controlada.

—Me llevó algún tiempo descubrir el orificio.

—Debido a que ha sido taladrado mediante un láser. No solamente es minúsculo, sino también de dimensiones asombrosamente precisas.

—Láseres, polímeros...

—Yo no soy una experta en nada de esto, Jack, pero sí sé decirte que se trata de un sistema admirable.

—¿Cuál es el motivo de tanta precisión?

—Yo diría que la administración controlada tiene como objetivo eliminar el efecto imponderable de los comprimidos y las cápsulas normales. La medicación es administrada en dosis específicas a lo largo de extensos períodos. Así se evita el clásico modelo de sobredosis seguida de infradosis. Uno no se ve sometido a un chorro de medicación al que apenas sigue un hilo. Se acabaron las molestias de estómago, las náuseas, los vómitos, los calambres gástricos, etcétera. Un sistema realmente eficaz.

—Estoy impresionado. Incluso estupefacto. ¿Qué ocurre, no obstante, con el comprimido de polímero después de que la medicación ha escapado de él?

—Se autodestruye. Sufre una estudiada implosión producida por su propia y masiva gravedad. Aquí ya entramos en los dominios de la física. Una vez que la

membrana se encuentra reducida a partículas diminutas, el cuerpo la expulsa de modo inofensivo en el momento adecuado.

—Fantástico. Y ahora, dime, ¿qué efecto tiene la medicación? ¿Qué es el Dylar? ¿Cuáles son sus componentes químicos?

—No lo sé —dijo.

—Claro que lo sabes. Eres una brillante investigadora. Todo el mundo lo dice.

—¿Qué otra cosa pueden decir? Soy neuroquímica. Nadie sabe en qué consiste eso.

—El resto de los científicos tendrá cierta idea. No puede por menos. Y afirman que eres brillante.

—Todos lo somos. ¿Acaso no es ése el acuerdo tácito establecido en esta institución? Yo digo que tú eres brillante, tú dices que yo soy brillante. No es más que una forma de ego comunitario.

—A mí nadie me dice que soy brillante. Me dicen que soy perspicaz. Dicen que me dedico a algo importante. Que he llenado un hueco que nadie sabía que existía.

—También existen huecos para la brillantez. Sencillamente, en este momento me toca a mí. Por si fuera poco, tengo un aspecto raro y camino de una forma rara. Si no dijeran que soy brillante se verían obligados a intercambiar comentarios crueles acerca de mí. Qué incómodo resultaría eso para todos.

Apretó un fajo de expedientes contra el pecho.

—Jack, lo único que puedo decirte con seguridad es que la sustancia contenida en el Dylar es alguna clase de psicofármaco. Probablemente, está diseñada para interactuar con alguna zona distante del córtex humano. Mira a tu alrededor. Cerebros por todas partes. Tiburones, ballenas, delfines, grandes simios. Ninguno de ellos se aproxima ni remotamente al cerebro humano en cuanto a complejidad se refiere. El cerebro humano no es mi especialidad. Yo apenas poseo un conocimiento básico del cerebro humano, pero me basta para hacerme sentir orgullosa de ser norteamericana. Tu cerebro tiene un trillón de neuronas y cada una de ellas cuenta con diez mil dendritas minúsculas. Un sistema de intercomunicación sobrecogedor. Es como si uno pudiera sostener una galaxia en las manos, sólo que aún resulta más complejo y misterioso.

—¿Por qué te hace sentirte orgullosa de ser norteamericana?

—El cerebro infantil se desarrolla como respuesta a los estímulos, y nosotros aún ocupamos el primer puesto del mundo en lo que se refiere a estímulos.

Di un sorbo de mi vaso de agua.

—Quisiera saber más —continuó—, pero la naturaleza exacta de esta medicación se me escapa. Una cosa sí puedo decirte: no está a la venta en las farmacias.

—Y, sin embargo, la descubrí en un frasco normal de prescripciones.

—No me importa dónde la encontraras. Estoy segura de que reconocería los

ingredientes de cualquier droga neurológica conocida. Ésta es desconocida.

Comenzó a lanzar breves vistazos hacia la puerta. Sus ojos brillantes mostraban una expresión temerosa. Me di cuenta de que podían oírse sonidos procedentes del pasillo. Voces, ruido de gente arrastrando los pies. Vi cómo Winnie retrocedía hacia una de las puertas traseras, y decidí que quería verla ruborizarse una vez más. Ella se llevó un brazo a la espalda, descorrió el cerrojo, giró rápidamente sobre sus talones y echó a correr, perdiéndose en el atardecer grisáceo. Yo me quedé allí, intentando pensar en algo chistoso.

Me encontraba sentado en la cama con mis apuntes de gramática alemana. Babette permanecía tendida junto a mí, absorta en la contemplación del radiodespertador mientras escuchaba un programa de tertulia radiofónica. Oí que una mujer decía: «En 1977 me miré al espejo y pude ver en qué clase de persona me estaba convirtiendo. No quería o no podía levantarme de la cama. Veía figuras que parecían moverse a hurtadillas en los límites de mi campo visual. Recibía llamadas telefónicas de una base de misiles Pershing. Necesitaba hablar con otras personas que compartieran esas mismas experiencias. Necesitaba un programa de apoyo, algo a lo que apuntarme.»

Me incliné sobre el cuerpo de mi mujer y apagué la radio. Ella continuó sin desviar la mirada, y yo la besé levemente en la cabeza.

—Murray dice que tienes una cabellera importante.

Sonrió con una sonrisa pálida y exhausta. Dejé a un lado mis apuntes y la hice girar ligeramente, de tal modo que mirara hacia arriba mientras yo hablaba.

—Ha llegado el momento de tener una conversación como es debido. Tú lo sabes y yo también. Vas a contarme todo acerca del Dylar. Si no por mí, al menos por tu hija. Ha estado preocupada... horriblemente preocupada. Además, ya no te queda sitio para maniobrar. Te tenemos arrinconada contra la pared. Denise y yo. Descubrí el frasco que tenías escondido, extraje un comprimido y lo llevé a analizar. Esos diminutos disquitos blancos están admirablemente bien fabricados. Tecnología láser, plásticos de la última generación. El Dylar es casi tan ingenioso como los microorganismos que devoraron la nube tóxica. ¿Quién habría podido creer en la existencia de una pastillita blanca que actúa como una bomba de presión en el interior del cuerpo humano para suministrar su medicación de un modo eficaz e inofensivo y que, encima, se autodestruye? Me tiene admirado la belleza del concepto. Y sabemos algo más, algo que desbarata por completo tu defensa. Sabemos que el Dylar no se encuentra disponible para el público en general. Este hecho justifica por sí solo nuestra exigencia de que nos des una explicación. Realmente, apenas te queda nada por decir. Limítate a describir la naturaleza de esta droga. Como bien sabes, yo carezco del temperamento necesario para ir persiguiendo a las personas, pero Denise es diferente. Hasta ahora he hecho cuanto he podido por frenarla, pero si no me dices lo que quiero saber, te echaré encima a tu hijita. Empleará todas sus armas contigo. No perderá el tiempo intentando hacerte sentir culpable. Denise es partidaria del ataque frontal. Te machacará viva, Babette, y sabes que lo que digo es cierto.

Transcurrieron unos cinco minutos, durante los cuales siguió allí tendida mirando al techo.

—Déjame tan sólo que te lo cuente a mi modo —dijo con un hilo de voz.

—¿Te apetece una copa?

—No, gracias.

—Tómate el tiempo que sea necesario —dije—. Tenemos toda la noche por delante. Si hay algo que desees o que necesites, dímelo. No tienes más que pedirlo. Me quedaré contigo el tiempo que haga falta.

Transcurrió otro instante.

—Ignoro cuándo comenzó exactamente. Hace año y medio, tal vez. Pensé que estaba atravesando alguna fase, una suerte de punto decisivo en mi vida.

—Punto álgido —dije—. O momento decisivo.

—Una especie de período de asentamiento, pensé, propio de una persona de mediana edad. Algo así. Aquello desaparecería y me olvidaría de ello. Pero no desapareció, y comencé a pensar que nunca lo haría.

—¿De qué se trataba?

—Eso no importa ahora.

—Últimamente has estado deprimida. Nunca te había visto así. De eso se trata precisamente cuando hablamos de Babette. Babette es una persona alegre. Jamás sucumbe a la tristeza o a la autocompasión.

—Déjame contarle, Jack.

—De acuerdo.

—Ya sabes cómo soy. Creo que todo es corregible. Con la actitud adecuada y el esfuerzo necesario, una persona puede modificar una situación negativa reduciéndola a sus partes más simples. Uno puede redactar listas, inventar categorías y concebir cuadros y gráficos. Así es como logro enseñar a mis alumnos el modo de sentarse, caminar y estar de pie, a pesar de que soy consciente de que tú consideras tales disciplinas demasiado evidentes, nebulosas y generalizadas como para que sea posible reducirlas a sus componentes básicos. Yo no soy una persona excesivamente ingeniosa, pero sé cómo descomponer las cosas en partes y cómo separar y clasificar éstas. Podemos analizar las posturas, el modo de beber y hasta el modo de respirar. En mi opinión, no existe otro modo de comprender el mundo.

—Estoy aquí —dije—. Si quieres o necesitas algo no tienes más que pedirlo.

—Cuando me di cuenta de que aquella situación no desaparecería, me dispuse a reducirla a sus componentes con objeto de comprenderla mejor. En primer lugar, tenía que descubrir si efectivamente se componía de diversas partes. Acudí a bibliotecas y librerías, leí revistas y publicaciones técnicas, vi programas de televisión por cable, redacté listas y diagramas, dibujé mapas multicolores, hablé por teléfono con científicos y escritores técnicos, hablé con un hombre santo de los sij en Iron City e incluso estudié ocultismo, escondiendo los libros en el ático para que Denise y tú no los descubrierais y os preguntarais qué estaba ocurriendo.

—Todo eso sin saberlo yo. De eso se trata con Babette: de que habla contigo, de que se confía a ti.

—Aquí no estamos hablando del disgusto que pueda producirte mi silencio. Estamos hablando de mi sufrimiento y de mis intentos por poner fin a él.

—Prepararé un poco de chocolate caliente. ¿Te apetece?

—Quédate donde estás. Hemos llegado a una parte crucial. Toda aquella energía, toda aquella investigación, toda aquella clandestinidad y estudio, y no conseguía avanzar en lo más mínimo. Mi situación no cedía. Pendía sobre mi vida, sin darme un momento de descanso. Por fin, un día en que estaba leyéndole el *National Examiner* al señor Treadwell, un anuncio captó mi atención. No recuerdo qué decía exactamente, pero no importa. Se precisaban voluntarios para investigaciones secretas. Eso es todo lo que necesitas saber.

—Pensé que el engaño era patrimonio exclusivo de mis antiguas esposas, de aquellas dulces embusteras, siempre tensas y con la voz velada, altivas, bilingües.

—Respondí al anuncio y acudí a una entrevista en las oficinas de una pequeña compañía que realiza investigaciones en psicobiología. ¿Sabes lo que es eso?

—No.

—¿Conoces la complejidad del cerebro humano?

—Tengo cierta idea.

—No, no la tienes. Llamemos a la compañía Investigaciones Gray, aunque ése no sea su verdadero nombre. Llamemos a mi contacto el señor Gray. El señor Gray es un componente más. Al final, llegué a ponerme en contacto con otros tres o cuatro empleados de la compañía.

—Situada en uno de esos largos y pálidos edificios de ladrillo de una sola planta rodeados por alambre electrificado y setos de arbustos corrientes.

—Nunca llegué a visitar la central. El porqué no importa. La cuestión es que me realizaron una prueba tras otra. Pruebas emocionales, psicológicas, de respuesta motora y de actividad cerebral. El señor Gray dijo que había tres finalistas y que yo era uno de ellos.

—¿Finalistas para qué?

—Actuaríamos como sujetos de experimentación en el desarrollo de una droga experimental secreta bautizada con el nombre clave de Dylar y en la que se llevaba trabajando varios años. Había descubierto un receptor para el Dylar en el cerebro humano y estaba dándole personalmente los últimos toques al nuevo comprimido. Sin embargo, también me dijo que la experimentación en humanos era peligrosa. Que podría morir. Que podría seguir viva pero con un cerebro muerto. Que podría morir el hemisferio izquierdo y sobrevivir el derecho. Ello significaría que el costado izquierdo de mi cuerpo viviría y que el derecho quedaría inerte. Había varias posibilidades, todas ellas siniestras. Podía verme incapacitada para desplazarme hacia

delante y tener que caminar de costado. Podía no distinguir las palabras de las cosas, con lo que si alguien decía «una bala volando» me arrojaría al suelo y me pondría a cubierto. El señor Gray quería que fuera consciente de los riesgos. Tendría que firmar descargos y otros documentos. La compañía contaba con abogados y sacerdotes.

—Y te dejaron seguir adelante, convertirte en un conejillo de indias.

—No, no lo hicieron. Dijeron que era demasiado arriesgado... legalmente, éticamente, etcétera. Se pusieron a trabajar en el diseño de moléculas bioinformáticas y cerebros cibernéticos. Me negué a aceptarlo. Había llegado tan lejos, tan cerca... Quisiera que intentaras comprender lo que sucedió a continuación. Ya que he de contarte la historia, tengo que incluir este aspecto de la misma, este mísero rincón del corazón humano. Dices que Babette se confía y habla.

—Así es Babette.

—Bien. Me confiaré y hablaré. El señor Gray y yo llegamos a un acuerdo en privado. Nos olvidaríamos de los sacerdotes, los abogados y los psicobiólogos. Realizaríamos los experimentos por nuestra cuenta. Yo me curaría de mi dolencia y él obtendría el reconocimiento de haber llevado a cabo un magnífico avance en medicina.

—¿Qué hay de mísero en todo ello?

—Implicaba cometer una indiscreción. Era el único modo mediante el que podía convencer al señor Gray para que me permitiera utilizar la droga. Era mi último recurso, mi última esperanza. Antes, le había ofrecido mi mente. Ahora, le ofrecí mi cuerpo.

Experimenté una cálida sensación que ascendía por mi espalda e irradiaba calor de mis hombros. Babette continuaba mirando hacia arriba. Yo estaba apoyado sobre un codo, junto a ella, estudiando sus rasgos. Cuando por fin hablé lo hice en tono razonable e inquisitivo, con la voz de un hombre que intenta honestamente comprender una adivinanza humana intemporal.

—¿Cómo se puede ofrecer el cuerpo a un conjunto de tres o más personas? Gray es un componente. Es como un retrato robot compuesto por las cejas de una persona y la nariz de otra. Concentrémonos en los genitales: ¿de cuántas partes estamos hablando aquí?

—Tan sólo de una persona, Jack. Una persona clave, el director del proyecto.

—Así pues, hemos dejado de referirnos al señor Gray como componente.

—Ahora ya es una persona. Acudimos a una mugrienta habitación de motel. No importa cuándo ni dónde. Había un televisor colgado cerca del techo. Es todo cuanto recuerdo. Era mugriento, cutre. Me sentía deprimida, pero también tan, tan desesperada...

—Llamas a esto una indiscreción, como si no hubiéramos asistido hace tiempo a una revolución del lenguaje claro y llano. Llámalo por su nombre, descríbelo con

franqueza, concédele la consideración que merece. Entrasteis en una habitación de motel, excitados por su impersonalidad y por la funcionalidad y el mal gusto de la decoración. Caminasteis descalzos sobre la moqueta ignífuga. El señor Gray fue de un lado a otro abriendo puertas, en busca de un espejo de cuerpo entero. Te miró mientras te desnudabas. Os tendisteis sobre la cama, abrazados. Por fin, te penetró.

—No utilices esa palabra. Sabes muy bien cuánto me disgusta la expresión.

—Realizó lo que denominamos penetración. En otras palabras, insertó su miembro. Un minuto antes estaba completamente vestido, dejando las llaves del coche de alquiler sobre el aparador. Al minuto siguiente, estaba dentro de ti.

—Nadie estaba dentro de nadie. Esas expresiones resultan estúpidas. Hice lo que tenía que hacer. Me sentía ausente. Estaba obrando fuera de mí misma. Aquello era una transacción capitalista. ¿No adorabas a la esposa que te contaba todo? Estoy haciendo lo que puedo por ser esa persona.

—De acuerdo. Tan sólo intento comprenderlo. ¿Cuántas veces fuisteis a aquel motel?

—Acudimos con mayor o menor regularidad durante algunos meses. Así lo habíamos acordado.

Seguía notando el calor que ascendía por la nuca. La observé detenidamente. Sus ojos mostraban cierta expresión de tristeza. Me tendí de espaldas y miré al techo. La radio comenzó a sonar, y ella se puso a llorar suavemente.

—Queda un poco de mermelada con rodajas de plátano —dije—. Lo ha preparado Steffie.

—Es una buena chica.

—No me cuesta nada traerte un poco.

—No, gracias.

—¿Por qué se ha encendido la radio?

—Tiene el temporizador estropeado. Mañana la llevaré a arreglar.

—Yo la llevaré.

—No pasa nada —dijo—. No me viene mal. Puedo llevarla yo misma.

—¿Disfrutaste del sexo con él?

—Sólo recuerdo el televisor que colgaba del techo apuntando hacia nosotros.

—¿Tenía sentido del humor? Sé que a las mujeres les gustan los hombres capaces de bromear acerca del sexo. Yo, desgraciadamente, no sé hacerlo, y después de esto no creo que tenga demasiadas posibilidades de aprender.

—Es mejor que pienses en él como el señor Gray. Eso es todo. No es alto ni bajo, ni joven ni viejo. No se ríe, no llora. Es por tu bien.

—Tengo otra pregunta: ¿por qué Investigaciones Gray no realizaba experimentaciones con animales? En algunos aspectos, los animales tienen que ser superiores a los ordenadores.

—De eso se trata, precisamente. Ningún animal puede encontrarse en la situación en la que yo estaba. Hablamos de una condición humana. Los animales tienen miedo de las cosas, dijo el señor Gray. Pero sus cerebros no están lo bastante perfeccionados como para asimilar ese estado de ánimo en particular.

Por primera vez comencé a vislumbrar de qué había estado hablando desde el principio. Sentí que mi cuerpo se helaba. Me sentí vacío. Me incorporé y volví a apoyarme sobre un codo para mirarla. Ella comenzó a llorar de nuevo.

—Tienes que decírmelo, Babette. Después de dejarme llegar hasta aquí, después de lo que me has hecho soportar... Tengo que saberlo. ¿En qué consistía tu situación?

Cuanto más sollozaba, más convencido me sentía de saber de antemano lo que iba a decir. Experimenté el impulso de vestirme y partir, de alquilar una habitación en algún lugar hasta que todo aquello pasara. Babette elevó hacia mí su rostro pálido y afligido. En sus ojos había desolación e impotencia. Apoyados sobre los codos, nos miramos el uno al otro, como un grupo escultórico de filósofos tendidos en una academia clásica. La radio se apagó sola.

—Tengo miedo de morir —dijo—. Pienso en ello constantemente. No consigo liberarme de la idea.

—No digas eso. Eso es espantoso.

—No puedo evitarlo. ¿Cómo podría evitarlo?

—No quiero saberlo. Guárdatelo para cuando seas vieja. Aún eres joven, haces mucho ejercicio. No es un miedo razonable.

—Me persigue, Jack. No logro apartarlo de mi mente. Sé que no es lógico que experimente un temor así de un modo tan consciente y tan constante. ¿Qué puedo hacer? Lo llevo en mí, sencillamente. Por eso me llamó la atención tan rápidamente el anuncio del señor Gray en la revista que estaba leyendo en voz alta. Su encabezamiento me alcanzó de lleno. MIEDO A LA MUERTE, decía. Pienso en ello sin cesar. Estás disgustado. Lo noto.

—¿Disgustado?

—Pensabas que mi padecimiento sería más específico. Ojalá lo fuera, pero una persona no se pasa meses y meses buscando el modo de arrinconar la solución a un problemita cotidiano sin importancia.

Intenté convencerla para que lo olvidara.

—¿Cómo puedes estar segura de que es la muerte lo que temes? La muerte es algo demasiado vago. Nadie sabe en qué consiste, qué se siente ni cómo es. Tal vez tienes tan sólo un problema personal que sale a la superficie adoptando el aspecto de un grandioso tema universal.

—¿Qué problema?

—Algo que te ocultas a ti misma. Tu peso, quizá.

—He perdido peso. ¿Qué me dices de mi estatura?

—Sé que has perdido peso. A eso voy, precisamente. Podría decirse que rezumas salud. Apesta a salud. Hookstratten, tu propio médico, lo ha confirmado. Tiene que haber algo más, un problema latente.

—¿Qué podría haber más latente que la muerte?

Intenté persuadirla de que no era tan grave como ella lo veía.

—Baba, todos tememos a la muerte. ¿Por qué habrías de ser tú diferente? Tú misma dijiste antes que se trata de una condición humana. No hay nadie con más de siete años al que no le haya preocupado alguna vez la idea de morir.

—Sí, todos tememos a la muerte a distintos niveles, pero yo la temo por completo. Ignoro cómo y por qué sucedió, pero es imposible que sea la única. De otro modo, ¿por qué iba a gastarse Investigaciones Gray millones y millones en un comprimido?

—Eso es lo que he dicho. Que no eres la única. Le ocurre a cientos de miles de personas. ¿No te resulta reconfortante saber eso? Eres como esa mujer de la emisora de radio que recibía llamadas telefónicas de una base de misiles. Quería descubrir la existencia de otras personas cuyas propias experiencias psicóticas le hicieran sentirse menos aislada.

—Pero el señor Gray afirmó que yo era especialmente sensible al terror de la muerte. Me sometió a no sé cuántas pruebas. Por eso le interesaba tanto utilizarme.

—Eso es lo que encuentro extraño. Que ocultaras tu temor durante tanto tiempo. Si eres capaz de disimular algo así frente a tu marido y tus hijos, tal vez es que no es tan grave.

—Esto no es la historia de una infidelidad conyugal. No puedes dejar de lado la auténtica historia, Jack. Es demasiado importante.

Mantuve la voz en calma. Le hablé tal y como uno cualquiera de aquellos filósofos yacentes se habría dirigido a un miembro más joven de la academia, a alguien que realiza una labor prometedora y ocasionalmente brillante pero que se muestra acaso demasiado dependiente del juicio del más veterano.

—Baba, en esta familia el que está obsesionado por la muerte soy yo. Siempre he sido yo.

—Nunca lo dijiste.

—Para ahorrarnos esa preocupación. Para mantenerte en un estado animado, vital y dichoso. El personaje feliz eres tú. Yo soy el idiota sin remedio. Eso es lo que no puedo perdonarte. Que me digas que no eres la mujer que yo pensé que eras. Me siento dolido, destrozado.

—Siempre pensé en ti como alguien que *cavilaría* acerca de la muerte. Que cavilaría durante sus paseos. Pero ninguna de esas veces que hemos hablado sobre cuál de los dos moriría primero dijiste que le tuvieras miedo.

—Lo mismo digo de ti. «En cuanto los niños crezcan.» Hacías que sonara como

si estuvieras planeando unas vacaciones en España.

—Es cierto que quiero ser la primera en morir —dijo—, pero eso no significa que no me asuste. Me asusta terriblemente. Me tiene constantemente atemorizada.

—Yo lo he temido durante más de la mitad de mi vida.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que tu miedo es más antiguo y más sabio que el mío?

—Me despierto bañado en sudor. Me invaden unos sudores mortales.

—Y yo mastico chicle porque se me encoge la garganta.

—Pierdo mi propio cuerpo. Me convierto en una mente o en un ser solitario abandonado en un vasto espacio.

—Yo me agarroto.

—Yo me siento demasiado débil para moverme. Pierdo por completo el sentido de la decisión, de la determinación.

—Pensé en la muerte de mi madre y mi madre murió.

—Yo pienso en la muerte de todos. No tan sólo de mí mismo. Caigo en unos ensueños terribles.

—Me sentía tan culpable... Pensaba que su muerte se hallaba relacionada con el hecho de haber pensado yo en ella, y pienso lo mismo acerca de la mía: cuanto más piense en ella, antes sucederá.

—Resulta muy extraño. Padecemos estos miedos terribles, profundos y constantes en torno a nosotros mismos y a la gente que amamos y, sin embargo, vamos de un lado a otro, charlamos con la gente, comemos y bebemos. Nos las arreglamos para funcionar. Nuestros sentimientos son profundos y reales. ¿Acaso no deberían bastar para paralizarnos? ¿Cómo es posible que sobrevivamos a ellos, al menos durante un tiempo? Conducimos un automóvil, impartimos una clase. ¿Cómo es que nadie advierte cuán atemorizados nos hemos sentido la noche anterior o esa misma mañana? ¿Se trata de algo que todos ocultamos entre nosotros por acuerdo mutuo? ¿O quizá ocurre que compartimos el mismo secreto sin saberlo? ¿Que llevamos el mismo disfraz?

—¿Y si la muerte no fuera otra cosa que ruido?

—Un ruido eléctrico.

—Que oyéramos eternamente. Un ruido omnipresente. Qué horror.

—Uniforme, de fondo.

—A veces me inunda —dijo—; otras, se insinúa poco a poco en mi interior. Intento comunicarme con ella: «Ahora no, Muerte.»

—Permanezco tendido en la oscuridad, contemplando el reloj. Siempre números impares. La una y treinta y siete de la madrugada. Las tres y cincuenta y nueve de la madrugada.

—La muerte es impar. Eso me dijo el sij. El hombre santo de Iron City.

—Tú eres mi fuerza, mi aliento vital. ¿Cómo puedo persuadirte de que cometes

un terrible error? Te he visto bañar a Wilder, te he visto planchar mi toga. Y ahora, esos placeres tan profundos y sencillos se han perdido. ¿Acaso no eres capaz de ver la enormidad de lo que has hecho?

—A veces me golpea como un puñetazo —dijo—. Tiendo a tambalearme físicamente.

—¿Para eso me casé con Babette? ¿Para que me ocultara la verdad, para que hurtara objetos a mi vista y participara en una conspiración sexual a mi costa? Todo argumento avanza siempre en una misma dirección —dije con tono amargo.

Nos mantuvimos fuertemente estrechados durante largo rato, nuestros cuerpos fundidos en un abrazo que incluía elementos de amor, tristeza, amargura, sexo y lucha. Cuán sutilmente sustituíamos nuestras emociones y descubríamos matices sirviéndonos de los más breves movimientos de nuestros brazos y nuestros costados, de la más breve inspiración de aire, para luego coincidir en nuestro temor, desarrollar nuestra pugna y reafirmar las raíces de nuestros deseos frente al caos de nuestras almas.

Con plomo, sin plomo, súper sin plomo.

Tras amarnos, permanecemos allí tendidos, húmedos y brillantes. Tapé nuestros cuerpos con las sábanas y, durante un rato, hablamos en un susurro soñoliento. La radio se encendió.

—Aquí me tienes —dije—. Cualquier cosa que desees o que necesites, por difícil que sea, dímelo y lo haré al instante.

—Un vaso de agua.

—Por supuesto.

—Te acompañaré —dijo ella.

—Quédate aquí, descansa.

—No quiero estar sola.

Nos pusimos las batas y entramos en el cuarto de baño para beber. Bebió primero ella, mientras yo orinaba. De regreso al dormitorio, la rodeé con el brazo y realizamos el resto del trayecto medio tropezando el uno con el otro, como un par de adolescentes en la playa. Esperé junto al borde de la cama mientras ella redistribuía pulcramente las sábanas y colocaba los almohadones en su sitio. De inmediato se hizo un ovillo, dispuesta a rendirse al sueño, pero aún había cosas que quería saber, que deseaba decir.

—¿Qué consiguieron exactamente los científicos de Investigaciones Gray?

—Aislaron la parte del cerebro en la que reside el miedo a la muerte. El Dylar proporciona alivio a esa zona.

—Increíble.

—No es únicamente un poderoso tranquilizante. La droga interactúa específicamente con los neurotransmisores de la mente relacionados con el temor a la

muerte. Cada emoción y cada sensación tienen sus propios neurotransmisores. El señor Gray descubrió el miedo a la muerte y se puso a trabajar en la búsqueda de aquellos productos químicos que habrían de estimular al cerebro para fabricar sus propios inhibidores.

—Asombroso e inquietante.

—Todo lo que nos sucede en la vida es el resultado de una serie de moléculas que se agitan en algún lugar de nuestra mente.

—Las teorías cerebrales de Heinrich. Son todas ciertas. Somos la suma de nuestros impulsos químicos. No me lo digas. Me resulta insoportable pensar en ello.

—Son capaces de localizar todo cuanto digas, hagas y sientas en un grupo de moléculas situadas en una zona determinada.

—¿Qué pasa con el bien y el mal en este sistema? ¿La pasión, la envidia, el odio? ¿Se convierten en una maraña de neuronas? ¿Intentas decirme que nos hallamos ante el ocaso de una tradición ancestral de debilidades humanas? ¿Que la cobardía, el sadismo o la lascivia constituyen términos sin sentido? ¿Qué me dices de los accesos criminales? Solíamos contemplar a los asesinos como seres temiblemente desproporcionados. Su crimen era enorme. ¿Qué pasa si lo reducimos a células y a moléculas? Mi hijo juega al ajedrez con un asesino. Él me contó todo esto y no quise escucharle.

—¿Puedo dormirme ya?

—Espera. Si el Dylar alivia, ¿por qué has estado tan triste estos días, siempre con la mirada perdida en el espacio?

—Muy sencillo. La droga no funciona.

Su voz se quebró al decir aquellas palabras. Se tapó la cabeza con el edredón. Tan sólo pude contemplar el montañoso terreno que dibujaba su cuerpo. Desde la tertulia radiofónica, un hombre dijo: «Me llegaban mensajes contradictorios acerca de mi sexualidad.» Acaricié su cabeza y su cuerpo sobre la ropa.

—¿Puedes explicarte, Baba? Estoy aquí, contigo. Quiero ayudar.

—El señor Gray me entregó sesenta comprimidos repartidos en dos frascos. Con eso sería más que suficiente, dijo. Uno cada setenta y dos horas. La descarga de medicación es tan gradual y tan precisa que no cabe la posibilidad de superponer los efectos de un comprimido a los del siguiente. Terminé el primer frasco a finales de noviembre o comienzos de diciembre.

—Denise lo encontró.

—¿En serio?

—Te ha estado siguiendo la pista desde entonces.

—¿Dónde lo dejé?

—En la basura de la cocina.

—¿Por qué haría semejante cosa? Fue una muestra de descuido.

—¿Y el segundo frasco? —dije.

—El segundo frasco lo encontraste tú.

—Lo sé. Pregunto cuántos comprimidos te has tomado.

—He tomado ya veinticinco comprimidos de ese frasco. Cincuenta y cinco en total. Quedan cinco.

—Quedan cuatro. Llevé uno a analizar.

—¿Me habías contado ya eso?

—Sí. ¿Se ha modificado en algo tu condición?

Asomó la parte superior de la cabeza.

—Al principio, pensé que sí. El comienzo fue la época más esperanzadora. Desde entonces no he notado ninguna mejoría. He ido sintiéndome cada vez más desanimada. Déjame dormir ahora, Jack.

—¿Recuerdas que una noche cenamos en casa de Murray? Mientras volvíamos a casa estuvimos hablando de tus lagunas de memoria. Dijiste que no estabas segura de si te estabas medicando o no. No lograbas recordarlo, dijiste, lo que, por supuesto, era mentira.

—Me temo que sí —repuso.

—Pero no mentías acerca de las lagunas de memoria en general. Denise y yo dimos por hecho que tu despiste era un efecto secundario de lo que estuvieras tomando.

Asomó la cabeza del todo.

—Falso por completo —dijo—. No era un efecto secundario de la droga. Era un efecto secundario de la condición. El señor Gray dijo que mi pérdida de memoria constituye un intento desesperado por mi parte de contrarrestar el miedo a la muerte. Es como una guerra de neuronas. Soy capaz de olvidar muchísimas cosas, pero fracaso tan pronto como llega el momento de olvidar la muerte. Y ahora el señor Gray también ha fracasado.

—¿Lo sabe él?

—Le dejé un mensaje en el contestador.

—¿Qué dijo cuando te devolvió la llamada?

—Me envió una cinta por correo. Fui a oírla a casa de los Stover. Dijo que lo lamentaba literalmente, aunque no sé muy bien qué quiere decir con eso. Dijo que yo no era el sujeto adecuado después de todo. Está seguro de que pronto, algún día, funcionará con alguien en algún lugar. Dijo que se había equivocado conmigo. Que había concedido demasiado margen al azar. Que se había sentido demasiado ansioso.

Era medianoche y ambos estábamos exhaustos. Sin embargo, habíamos llegado tan lejos, habíamos dicho tantas cosas, que supe que no podíamos dejarlo todavía. Aspiré profundamente y me tendí, mirando al techo. Babette se inclinó sobre mi cuerpo para apagar la lámpara. A continuación, oprimió un botón de la radio,

silenciando las voces. Acaso habíamos concluido ya otras mil noches de la misma manera. Sentí cómo se hundía lentamente en la cama.

—Hay una cosa que me prometí a mí mismo que no te diría.

—¿No puede esperar a mañana? —dijo.

—He determinado provisionalmente mi muerte. No tendrá lugar mañana ni pasado, pero figura en el programa.

Le hablé de mi exposición al Niodeno-D en tono desapasionado y uniforme, empleando frases cortas y descriptivas. Le hablé del técnico de los ordenadores y le conté el modo en que se había introducido en mi historial hasta extraer una montaña de cifras pesimistas. Somos la suma de nuestros datos, le dije, del mismo modo que somos la suma total de nuestros impulsos químicos. Intenté explicarle cuánto había luchado por ocultárselo. Después de sus propias revelaciones, sin embargo, no me parecía que fuera la clase de secreto que conviene guardar.

—Así pues, ya no estamos hablando de miedo ni de un pánico flotante —dije—. Nos hallamos ante el propio hecho, puro y duro.

Lentamente, emergió de las sábanas y se encaramó sobre mí, sollozando. Sentí que me clavaba los dedos en los hombros y el cuello. Sus cálidas lágrimas se derramaban sobre mis labios. Me golpeó en el pecho, cogió mi mano izquierda y mordió la carne que separa el índice y el pulgar. Sus quejidos se convirtieron en un gruñido inundado de un esfuerzo colosal y desesperado. Asió mi cabeza con ambas manos, a la vez con ternura y ferocidad, y la acunó sobre la almohada: un acto que no logré conectar con nada que hubiera hecho anteriormente, con nada de lo que había aparentado ser.

Más tarde, después de que se hubo desplomado sobre mi cuerpo para sumirse en un sueño agitado, continué con los ojos abiertos en la oscuridad. Aparté las sábanas y me dirigí al cuarto de baño. Los pisapapeles escénicos de Denise reposaban sobre un polvoriento estante situado junto a la puerta. Abrí el grifo y dejé correr el agua sobre las manos y las muñecas. Me mojé la cara con agua fría. La única toalla disponible era una pequeña manopla de color rosa con un dibujo de tres en raya. Me sequé lenta y cuidadosamente y, a continuación, aparté el cubrerradiador de la pared e introduje la mano en su interior. El frasco de Dylar había desaparecido.

Acudí a someterme a la segunda revisión médica desde el escape tóxico. Los resultados impresos no presentaron cifras inesperadas. Mi muerte aún se mantenía demasiado profunda como para poder ser vislumbrada. Mi médico, Sundar Chakravarty, me interrogó acerca del súbito torrente de revisiones. Anteriormente, siempre me había mostrado temeroso de conocer los resultados.

Le dije que aún lo estaba, y él sonrió abiertamente, esperando la gracia final. Estreché su mano y salí de la consulta.

De camino a casa, enfilé hacia abajo por Elm con la intención de hacer una breve parada en el supermercado. La calle estaba atestada de vehículos de emergencia. Algo más allá podían verse algunos cuerpos diseminados por el suelo. Un hombre provisto de un brazalete hizo sonar un silbato y se situó frente a mi coche. Advertí también la presencia de otros hombres ataviados con trajes de Mylex. Varios camilleros atravesaron la calle corriendo. Cuando el hombre del silbato se aproximó pude distinguir las letras que figuraban en su brazalete: SIMUVAC.

—Retroceda —dijo—. La calle está cortada.

—¿Están seguros de que es un buen momento para simulacros? Quizá preferirían esperar a que tuviera lugar un nuevo escape en gran escala. ¿Por qué no procuran administrarse el tiempo?

—Salga de aquí, retroceda. Evacúe la zona de exposición.

—¿Qué significa eso?

—Significa que está muerto —dijo.

Salí de la calle marcha atrás y aparqué el coche. A continuación, descendí lentamente de nuevo por Elm, intentando aparentar la actitud de quien vive en ella. Avancé pegado a los escaparates, mezclándome con técnicos, policías y personal uniformado. Había autobuses, automóviles de policía y ambulancias. Gente provista de equipos electrónicos que parecían intentar detectar niveles de radiación o de contaminación tóxica. Por fin, me acerqué a los voluntarios que hacían de víctimas. Había unos veinte, tendidos boca abajo y boca arriba, derrumbados sobre los bordillos de las aceras, sentados en el pavimento con expresión aturdida.

Me sorprendió ver a mi hija entre ellos. Estaba tumbada de espaldas en medio de la calle, con un brazo extendido y la cabeza inclinada hacia el lado opuesto. Me sentía casi incapaz de soportar la visión. ¿Es así como se siente con nueve años de edad? ¿Intentando ya perfeccionar sus habilidades como víctima? Mostraba un aspecto sumamente natural, profundamente imbuida del concepto de catástrofe generalizada. ¿Es éste el futuro que contempla?

Me acerqué a su lado y me agaché.

—¿Steffie? ¿Eres tú?

Abrió los ojos.

—No puedes estar aquí a no ser que seas una víctima —dijo.

—Sólo quería asegurarme de que estabas bien.

—Si te ven me meteré en un lío.

—Hace frío. Te pondrás mala. ¿Sabe Baba que estás aquí?

—Me apunté en el colegio, hace una hora.

—Al menos, debían repartir mantas —dije.

Cerró los ojos. Intenté seguir hablando con ella durante un rato, pero se negó a responder. En su silencio no había irritación ni impaciencia por mi partida. Tan sólo conciencia de su papel. Tenía ya una antigua práctica en mostrarse como una víctima concienzuda.

Regresé a la acera. La voz amplificada de un hombre atronó la calle, procedente de algún lugar del supermercado.

—Quiero darles a todos la bienvenida en nombre de Gestión Anticipada de Siniestros, compañía privada de asesoramiento especializada en el diseño y operación de evacuaciones simuladas. En el simulacro de catástrofe que hoy nos ocupa intervienen veintidós víctimas estatales. Es, confío, el primero de muchos más que habrán de venir. Cuanto más ensayemos estas situaciones, más seguros estaremos ante un posible acontecimiento real. La vida parece funcionar así, ¿no creen? Uno se lleva el paraguas a la oficina durante diecisiete días seguidos y no cae una gota. El primer día que lo dejamos en casa, cae un diluvio sin precedentes. Nunca falla, ¿verdad? Ése es el mecanismo que proyectamos utilizar, entre otros. De acuerdo, pues: volvamos al trabajo. Cuando la sirena emita tres toques largos, varios miles de evacuados cuidadosamente escogidos abandonarán sus hogares y sus puestos de trabajo, se dirigirán a sus vehículos y acudirán a una serie de refugios de emergencia convenientemente equipados. Los encargados del tráfico correrán a sus estaciones controladas por ordenador. Los sistemas de radio del SIMUVAC emitirán instrucciones actualizadas. Los técnicos en análisis atmosférico tomarán posiciones a lo largo de la zona de exposición a la nube contaminante. Durante tres días, los técnicos en análisis de productos lácteos estudiarán la leche y otros productos alimenticios en toda la huella de ingestión. Hoy no estamos simulando ningún vertido en particular, sino un escape o vertido concebido desde un punto de vista general. Podría ser vapor radiactivo, nubecillas de productos químicos o cualquier neblina de origen desconocido. El movimiento es lo importante. Sacar a esa gente de la zona contaminada. La noche de la nube tóxica nos enseñó mucho, pero no hay nada comparable con un simulacro planeado. Si la realidad se hace presente en forma de un accidente de automóvil o una víctima que se cae de una camilla, es importante recordar que no estamos aquí para arreglar huesos rotos ni para apagar incendios

reales. Estamos aquí para un simulacro. Las interrupciones podrían costar vidas en una emergencia real. Si aprendemos a hacer caso omiso de las interrupciones ahora, también podremos hacerlo cuando sea verdaderamente necesario. Muy bien. Cuando la sirena emita dos toques melancólicos, los jefes de calle llevarán a cabo registros casa por casa en busca de aquellos que pudieran haberse quedado atrás inadvertidamente. Pájaros, peces de colores, ancianos, minusválidos, inválidos, gente encerrada, lo que sea. Cinco minutos, víctimas. El personal de rescate, que recuerde que no estamos ante un simulacro de explosión. Sus víctimas están desconcertadas, pero no traumatizadas. Ahorraos vuestros cariñosos cuidados para el estallido nuclear de junio. Faltan cuatro minutos y seguimos contando. Que las víctimas se relajen. Y recordad que no habéis venido a chillar ni a armar alboroto. Queremos víctimas discretas. Esto no es Nueva York ni Los Ángeles. Bastará con algún que otro gemido suave.

Decidí que no quería ver aquello. Regresé al automóvil y me dirigí a casa. Las sirenas emitieron los primeros tres toques mientras aparcaba frente a la entrada. Heinrich estaba sentado en los escalones de la puerta principal, equipado con una cazadora reflectante y su gorra de camuflaje. Se encontraba acompañado de un muchacho mayor que él, un joven dotado de un cuerpo compacto y potente con la piel teñida de un pigmento incierto. Nadie de nuestra calle parecía formar parte de la lista de evacuados. Heinrich consultó un atril portátil.

—¿Qué está pasando?

—Soy jefe de calle —dijo.

—¿Sabías que Steffie es una de las víctimas?

—Ya avisó de que a lo mejor lo hacía.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Quería que la recogieran y la metieran en una ambulancia. ¿Cuál es el problema?

—Ignoro cuál es el problema.

—Si quiere hacerlo, debe hacerlo.

—Parece demasiado bien ajustada al papel.

—Algún día podría salvarle la vida —repuso él.

—¿Cómo puede una persona salvar la vida por el hecho de fingir que está muerta o herida?

—Si lo hace ahora, acaso no tenga que hacerlo en el futuro. Cuanto más se ensaya algo, menos probable es que suceda.

—Eso dijo el experto.

—Parece una tontería, pero funciona.

—¿Quién es éste?

—Éste es Orest Mercator. Va a ayudarme a buscar rezagados.

—Tú eres el que quiere sentarse en una jaula llena de serpientes venenosas. ¿Puedes decirme por qué?

—Porque quiero superar el récord —dijo Orest.

—¿Cómo puede alguien arriesgarse a morir por superar un récord?

—¿Qué dice de morir? ¿Quién ha hablado de morir?

—Estarás rodeado de serpientes exóticas y venenosas.

—Ellas ejercen su especialidad lo mejor que saben, y yo quiero ser el mejor en mi especialidad.

—¿Cuál es tu especialidad?

—Permanecer sentado en una jaula durante sesenta y siete días. Los necesarios para superar el récord.

—¿Eres consciente de que estás arriesgando la vida a cambio de un par de líneas en un libro de bolsillo?

El muchacho dirigió una mirada interrogante a Heinrich. Obviamente, le hacía responsable de aquel estúpido interrogatorio.

—Te morderán —proseguí.

—No me morderán.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé.

—Se trata de serpientes auténticas, Orest. Un mordisco y se acabó.

—Un mordisco si es que muerden. Pero no morderán.

—Son reales. Tú eres real. Constantemente hay casos de gente que sufre mordeduras. Y el veneno es mortal.

—Muerden a la gente, pero a mí no me morderán.

—Lo harán, lo harán —me sorprendí a mí mismo diciendo—: Esas serpientes ignoran que para ti la muerte es un concepto incomprensible. No saben que eres joven y fuerte y que crees que la muerte afecta a todo el mundo menos a ti. Te morderán, y tú te morirás.

Me detuve, avergonzado del acaloramiento de mi discurso. Me sorprendió comprobar que me contemplaba con cierto interés, con cierto respeto experimentado a regañadientes. Quizá la grosera fuerza de mi estallido había logrado enfrentarle con la gravedad de su tarea, depositando en él la insinuación de un destino poco deseable.

—Si quieren morder, morderán —dijo—. Por lo menos, será rápido. Estas serpientes son las mejores, las más rápidas. Si me muerde una bufadora estaré muerto en pocos segundos.

—¿Qué prisa tienes? Tienes diecinueve años. Encontrarás cientos de maneras de morir mejores que por una mordedura de serpiente.

¿Qué clase de nombre es Orest? Estudié sus facciones. Podía tratarse de un hispano, un árabe, un asiático, un europeo oriental de piel oscura o un negro de piel

clara. ¿Tenía algún acento? No estaba seguro. ¿Era acaso un samoano, un norteamericano nativo, un judío sefardí? Comenzaba a resultar difícil saber de qué no debe hablarse con ciertas personas.

—¿Cuántos kilos puede levantar en aparatos? —me preguntó.

—No lo sé. No muchos.

—¿Alguna vez le ha pegado a alguien un puñetazo en la cara?

—Quizá algún golpe mal dado en cierta ocasión, hace ya mucho tiempo.

—Tengo ganas de sacudirle a alguien en la cara. Con los puños. Tan fuerte como me sea posible. Quisiera descubrir qué se siente.

Heinrich sonrió abiertamente, como un soplón de película. La sirena volvió a sonar, emitiendo dos aullidos melancólicos. Penetré en la casa, dejando a ambos muchachos ocupados en la tarea de comprobar los nombres de las casas en el atril portátil. Babette estaba en la cocina, dando de comer a Wilder.

—Lleva puesta una cazadora reflectante —dije.

—Es por si hay neblina, para evitar ser atropellado por vehículos que huyen.

—No creo que nadie se moleste en huir. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor —dijo.

—Yo también.

—Creo que es la compañía de Wilder lo que me estimula.

—Sé a qué te refieres. Siempre me encuentro a gusto con Wilder. ¿Será porque los placeres le resbalan? Es egoísta, pero sin resultar acaparador. Egoísta de un modo totalmente libre y natural. Hay algo maravilloso en el modo en que suelta una cosa y echa mano de otra. Siempre me molesta ver a los otros críos cuando no saborean plenamente los momentos y las ocasiones especiales, cuando dejan escapar cosas que deberían conservarse y disfrutarse. Cuando lo hace Wilder, sin embargo, me parece ver presente la huella del genio.

—Puede que tengas razón, pero hay otra cosa en él que también me levanta el ánimo. Algo más importante, más profundo, que no llego a saber definir.

—Recuérdame que le pregunte a Murray —dije.

Introdujo una nueva cucharada en la boca del niño diciendo: «Sí sí sí sí sí sí sí», al tiempo que adoptaba expresiones faciales que él pudiera imitar.

—Hay una cosa que quería preguntarte. ¿Dónde está el Dylar?

—Olvídalo, Jack. Fueron castillos en el aire, o como quieras llamarlo.

—Una ilusión cruel. Lo sé. Sin embargo, quisiera guardar los comprimidos en lugar seguro, al menos como evidencia física de que existen. Si tu hemisferio izquierdo decide dejar de funcionar podré denunciar a alguien. Quedan cuatro comprimidos. ¿Dónde están?

—¿Acaso me estás diciendo que no están detrás del cubrerradiador?

—Eso es.

—Yo no los he quitado de ahí, en serio.

—¿No es posible que los tirarás a la basura en un momento de ira o de depresión? Sólo los quiero por motivos de precisión histórica. Como las cintas de la Casa Blanca. Para guardarlos en el archivo.

—Tú no has realizado pruebas previas —repuso—. Incluso uno solo de ellos podría resultar peligroso.

—No pienso tomármelos.

—Sí, sí piensas.

—Evacuen la zona de ingestión de medicamentos. ¿Dónde está el señor Gray? Quiero demandarle por principios.

—Él y yo hicimos un pacto.

—Jueves y viernes. Motel Grayview.

—No me refiero a eso. Le prometí no revelar su verdadera identidad a nadie. Si tenemos en cuenta tus intenciones, mi promesa resulta doblemente importante. Lo hago más por tu bien que por el suyo. No voy a decírtelo, Jack. Limitémonos sencillamente a seguir adelante con nuestras vidas. Asegurémonos mutuamente que vamos a hacerlo en adelante lo mejor que sepamos. Sí sí sí sí sí.

Conduje hasta la escuela primaria y estacioné el coche frente a la entrada principal, al otro lado de la calle. Veinte minutos después comenzaron a salir: un torrente de trescientos críos alegremente enloquecidos, parlotando con regocijo, intercambiando fantásticos insultos, obscenidades ilustradas y espaciosas, atacándose mutuamente con mochilas de libros y gorras de punto. Permanecí sentado frente al volante escrutando la masa de rostros, sintiéndome como si fuera un camello o un perverso.

Cuando divisé a Denise hice sonar la bocina y ella acudió hacia mí. Era la primera vez que la recogía en la escuela, y me dirigió una mirada dura y recelosa al pasar por delante del automóvil, una mirada que indicaba que no estaba de humor para recibir noticias de separaciones o divorcios. Regresamos a casa por el camino del río. Advertí que estudiaba mi perfil.

—Se trata del Dylar —dije—. La medicación no tiene nada que ver con los problemas de memoria de Baba. De hecho, funciona al contrario. Toma Dylar para mejorar la memoria.

—No te creo.

—¿Por qué no?

—Porque no hubieras venido a recogerme al colegio tan sólo para decirme eso. Porque ya hemos descubierto que no se consigue con receta. Porque he llamado a su médico y nunca había oído hablar de él.

—¿Le has llamado a su casa?

—A la consulta.

—El Dylar es un medicamento demasiado especial para que lo conozca un médico de cabecera.

—¿Es mi madre una drogadicta?

—Sabes perfectamente que no —respondí.

—No, no lo sé.

—Quisiéramos saber qué hiciste con el frasco. Quedaban aún algunos comprimidos.

—¿Cómo sabes que los cogí yo?

—Lo sé, y tú también lo sabes.

—Si alguien se decide a decirme qué es realmente el Dylar, es posible que lleguemos a un acuerdo.

—Hay cosas que ignoras —dije—. Tu madre ya no toma esa medicación. Sea cual sea el motivo por el que retienes el frasco, ya ha dejado de ser válido.

Habíamos girado en dirección Oeste y atravesábamos el campus de la universidad. Automáticamente, deslicé la mano en el bolsillo de la chaqueta en busca de mis gafas de sol y me las puse.

—En ese caso, lo tiraré —dijo.

A lo largo de los días siguientes, ensayé toda una serie de argumentos distintos, algunos de ellos de textura delicada y sobrecogedora, como telarañas. Incluso recurrí a los servicios de Babette para intentar convencerla de que el frasco debía retornar al amparo de los adultos, pero la voluntad de la muchacha era indoblegable. Su vida como entidad legal había sido moldeada por los acuerdos y regateos de otras personas, y se mostraba decidida a respetar un código demasiado rígido para negociaciones o contratos. Conservaría el objeto hasta que le reveláramos su secreto.

Puede que incluso fuera mejor así. Después de todo, aquel medicamento podía resultar peligroso, y yo no soy de los que creen en soluciones fáciles ni en tragarse cuentos que liberen nuestro espíritu de temores ancestrales. Sin embargo, no podía evitar el recuerdo de aquel comprimido con forma de platillo volante. ¿Funcionaría alguna vez? ¿Funcionaba acaso con unas personas y con otras no? Representaba la contrapartida benigna de la amenaza del Niodeno. Precipitándose desde mi lengua hasta mi estómago. Disolviendo su núcleo, liberando piadosos compuestos hacia el torrente sanguíneo, inundando esa zona de mi cerebro destinada al miedo a la muerte. Autodestruyéndose ella misma con una diminuta implosión de polímero tan discreta y precisa como considerada.

La tecnología con rostro humano.

Encontré a Wilder sentado en un alto taburete instalado frente a la cocina, contemplando el agua que hervía en un pequeño cazo de esmalte. El proceso parecía fascinarle. Me pregunté si no habría descubierto alguna espléndida conexión entre cosas que hasta entonces siempre había considerado independientes entre sí. La cocina resulta renovadamente rica en tales momentos, acaso tanto para mí como pueda serlo para él.

Entró Steffie, diciendo: «Soy la única persona que conozco a la que le gustan los miércoles.» El enfrascamiento de Wilder pareció despertar su atención, y se apostó junto a él, intentando imaginar qué era lo que tanto le atraía en el agua agitada. Se inclinó sobre el cazo, en busca de un posible huevo. En mi cabeza comenzó a sonar la musiquita de anuncio de un producto llamado Ray-Ban Caminante.

—¿Qué tal ha ido la evacuación?

—Ha habido mucha gente que no se ha presentado. Estuvimos allí un rato, esperándoles y gimiendo.

—Acuden cuando son reales —dije.

—Para entonces es demasiado tarde.

La luz, fresca y brillante, hacía refulgir los objetos. Era una mañana normal de colegio y Steffie se había vestido para salir, pero continuaba junto a la cocina, mirando alternativamente a Wilder y al cazo e intentando interceptar las líneas de su curiosidad y su fascinación.

—Dice Baba que te ha llegado una carta.

—Mi madre quiere que vaya a visitarla en Pascua.

—Bien. ¿Y quieres ir? Claro que quieres ir. Te gusta tu madre. Ahora está en México capital, ¿no es cierto?

—¿Quién me llevará?

—Te llevaré yo al aeropuerto, y tu madre te recogerá en el otro extremo. Nada más fácil. Bee se pasa la vida haciéndolo. Te gustará Bee.

La enormidad de aquella misión, la idea de volar por sí sola a un país extranjero a velocidad casi supersónica, encerrada en un receptáculo de titanio y acero a nueve mil metros de altitud, hizo que cayera en un silencio momentáneo. Contemplamos cómo hervía el agua.

—Me he apuntado para hacer una vez más de víctima. Es justamente antes de Pascua, así que supongo que tendré que quedarme aquí.

—¿Otra evacuación? ¿De qué se trata esta vez?

—De olores extraños.

—¿Algún producto químico procedente de la planta que hay al otro lado del río,

quieres decir?

—Me imagino.

—¿Qué te corresponde hacer como víctima de un olor?

—Aún tienen que decírnoslo.

—Estoy seguro de que no les importará excusarte por esta vez. Les escribiré una nota —dije.

Mis matrimonios primero y cuarto me habían unido a Dana Breedlove, la madre de Steffie. El primero funcionó lo suficientemente bien como para animarnos a intentarlo de nuevo tan pronto como resultó conveniente para ambos. Cuando lo hicimos, ya superadas las melancólicas épocas de Janet Savory y Tweedy Browner, las cosas comenzaron a derrumbarse, si bien no antes de que Stephanie Rose fuera concebida durante una noche estrellada en Barbados, adonde Dana había acudido para sobornar a un funcionario.

Apenas me contaba nada de sus actividades de espía. Sabía que revisaba obras de ficción para la CIA, en su mayor parte novelas largas y solemnes con estructuras codificadas. Aquella labor hacía de ella una persona fatigada e irritable, rara vez capaz de disfrutar de la comida, el sexo o la conversación. Hablaba por teléfono en español con alguien para mí desconocido, se comportaba como una madre hiperactiva y parecía brillar con un inquietante resplandor tempestuoso. Sus largas novelas seguían llegando constantemente por correo.

Era curioso el modo en que me tropezaba una y otra vez con vidas dedicadas a los servicios de inteligencia. Dana trabajaba como espía a tiempo parcial. Tweedy descendía de una antigua y distinguida familia conocida por su larga tradición de espionaje y contraespionaje, y a la sazón estaba casada con un agente de alto rango destinado en la jungla. Janet, antes de marcharse a su *ashram*, había trabajado como analista de divisas realizando investigaciones para un grupo secreto de teóricos avanzados relacionados con un controvertido laboratorio de ideas. Todo lo que me había contado era que nunca se reunían dos veces en un mismo lugar.

Parte de la adoración que sentía por Babette debía de obedecer a un puro sentimiento de alivio. Babette no había guardado secretos, al menos hasta que sus inquietudes ante la muerte la impulsaron a sumergirse en un frenesí de investigaciones clandestinas e infidelidades eróticas. Cuando pensaba en el señor Gray y en su miembro, colgante como un péndulo, la imagen que dibujaba mi mente resultaba borrosa e incompleta. El hombre mostraba un aspecto literalmente gris,^{*} y parecía despedir un zumbido visual.

El agua alcanzó su punto máximo de ebullición. Steffie ayudó al niño a descender de su atalaya, y yo me tropecé con Babette mientras me dirigía a la puerta principal. Intercambiamos la pregunta sencilla —pero profundamente sincera— que veníamos formulándonos mutuamente dos o tres veces al día desde la noche de las revelaciones

en torno al Dylar. «¿Cómo te encuentras?» Hacer la pregunta y oírla decir nos hacía sentir mejor a ambos. Subí al piso superior en busca de mis gafas.

La televisión mostraba las imágenes del «Concurso Nacional contra el Cáncer».

Sentado en el comedor del Salón Centenario, observé a Murray mientras olfateaba sus utensilios. Los rostros de los *émigrés* neoyorquinos mostraban una palidez característica. Especialmente los de Lasher y Grappa. Ambos denotaban la melancolía que producen la obsesión y los apetitos poderosos confinados a espacios reducidos. Murray dijo que Elliot Lasher tenía cara de *film noir*. Sus rasgos aparecían claramente definidos, y se perfumaba los cabellos con algún extracto oleoso. Concebí la curiosa reflexión de que aquellos hombres sentían nostalgia del blanco y negro, que sus anhelos se hallaban dominados por valores acromáticos, por extremos personalizados de un tono gris y urbano de posguerra.

Alfonse Stompanato tomó asiento. Irradiaba agresividad y amenaza. Parecía estar observándome, como un jefe de departamento estudiando el aura que rodea al contrario. Sobre su toga aparecía cosido un emblema de los Brooklyn Dodgers.

Lasher arrugó una servilleta de papel y la arrojó en dirección a alguien sentado dos mesas más allá. A continuación, volvió la mirada hacia Grappa.

—¿Quién representó la mayor influencia en tu vida? —preguntó con tono hostil.

—Richard Widmark en *El beso de la muerte*. Cuando vi a Richard Widmark empujar escaleras abajo a aquella anciana de la silla de ruedas, fue como si experimentara una consecución personal. Sentí que se resolvía toda una serie de conflictos. Empecé a copiar la risa sádica de Richard Widmark y continué practicándola durante diez años. Me sirvió para superar algún que otro período emocionalmente duro. Richard Widmark como Tommy Udo en *El beso de la muerte*, de Henry Hathaway. ¿Recordáis esa carcajada siniestra? ¿Esa expresión de hiena? ¿Esa risita siniestra y disimulada? Me sirvió para esclarecer bastantes aspectos de mi vida. Me ayudó a convertirme en una persona.

—¿Escupiste alguna vez en la gaseosa para no tener que compartirla con el resto de los compañeros?

—Eso era algo que se hacía de modo automático. Algunos incluso escupían en los bocadillos. Primero nos jugábamos las monedas arrojándolas contra la pared, y luego comprábamos cosas de comer y de beber. En seguida se producía un frenesí general de escupitajos. Los chavales escupían sobre sus dulces y sus caramelos.

—¿Qué edad tenías cuando te diste cuenta por primera vez de que tu padre era gilipollas?

—Doce años y medio —dijo Grappa—. Estaba sentado en el palco de Loew's Fairmont viendo *Tempestad de pasiones*, de Fritz Lang, protagonizada por Barbara Stanwyck en el papel de Mae Doyle, Paul Douglas como Jerry d'Amato y el gran Robert Ryan como Earl Pfeiffer. Intervenían asimismo J. Carroll Naish, Keith Andes

y una Marilyn Monroe aún joven. Se rodó en treinta y dos días. En blanco y negro.

—¿Has experimentado alguna vez una erección ante el contacto de la dentista contra tu brazo mientras te limpiaba los dientes?

—Más veces de las que puedo recordar.

—¿Cuando te arrancas un pellejo del pulgar, te lo tragas o lo escupes?

—Lo mordisqueo un poco y a continuación lo escupo ágilmente con la punta de la lengua.

—¿Has cerrado alguna vez los ojos mientras conducías por una autopista? —inquirió Lasher.

—Una vez cerré los ojos en la 95 Norte durante ocho segundos seguidos. Ocho segundos es mi mejor marca hasta el momento. He llegado a cerrar los ojos hasta seis segundos en carreteras comarcales llenas de curvas, pero allí apenas vas a cincuenta o cincuenta y cinco por hora. En las autopistas de varios carriles suelo ponerme a ciento diez antes de cerrar los ojos. En línea recta, claro está. Y he llegado a cerrar los ojos durante cinco segundos yendo con acompañantes. Basta con esperar a que se amodorren.

El redondeado semblante de Grappa mostraba una expresión húmeda e inquieta en la que podía discernirse algo de niño encantador que se siente traicionado. Observé cómo encendía un cigarrillo, apagaba el fósforo y lo arrojaba sobre la ensalada de Murray.

—¿Hasta qué punto disfrutabas de niño imaginándote a ti mismo muerto? —preguntó Lasher.

—Qué más da lo que sintiera cuando era niño —repuso Grappa—. Aún lo hago constantemente. Siempre que estoy disgustado por algo me imagino a mis amigos, parientes y colegas reunidos frente a mi féretro. Todos se sienten muy, muy apenados de no haberse mostrado más amables conmigo mientras estaba vivo. La autocompasión es un sentimiento que he cultivado con gran esfuerzo. ¿Por qué ha de abandonarla uno simplemente porque crece? Los niños son maestros en experimentarla, lo que parecería significar que se trata de algo natural e importante. Imaginarse a uno mismo muerto constituye la forma más barata, más sórdida y más satisfactoria de autocompasión infantil. Qué tristes y arrepentidos parecen todos cuando los tienes agrupados en torno a tu gran ataúd de bronce. Ni siquiera se atreven a mirarse a los ojos porque todos saben que la muerte de ese hombre decente y compasivo es el resultado de una conspiración en la que todos ellos han intervenido. El féretro está cubierto de flores y forrado con un tejido afelpado de color salmón o melocotón. Uno dispone de fabulosas contracorrientes de autocompasión y autoestima en las que chapotear cuando se ve a sí mismo allí tendido, con su traje oscuro y su corbata, con su tez bronceada y su expresión saludable y descansada, como suelen describir a los presidentes cuando regresan de sus vacaciones. Sin

embargo, existe una presencia más infantil y satisfactoria que la autocompasión, algo que explica por qué intento regularmente contemplarme a mí mismo muerto, verme como un gran tipo rodeado de amigos lloriqueantes. Representa mi modo de castigar a las personas por pensar que sus propias vidas son más importantes que la mía.

—Deberíamos tener un Día de Difuntos oficial. Igual que los mexicanos —dijo Lasher, dirigiéndose a Murray.

—Lo tenemos: la semana de la Super Bowl.

No sentía deseos de escuchar todo aquello. Independientemente de otras fantasías, tenía una agonía propia en la que concentrarme. Y no es que juzgara descabelladas las observaciones de Grappa. Su sentido de la confabulación despertaba en mí reacciones particularmente agitadas. Éstas son las cosas que perdonamos desde el lecho de muerte, y no el desamor o la codicia. Las disculpamos por su capacidad de mantenerse a distancia, de conspirar en silencio contra nosotros, de aniquilarnos efectivamente.

Vi a Alfonse reafirmar su presencia con un movimiento de hombros propio de un oso. Lo interpreté como indicio de precalentamiento previo a una inminente intervención. Experimenté el impulso de salir corriendo, de huir, de desaparecer súbitamente.

—En Nueva York —dijo, mirándome fijamente a los ojos— la gente te pregunta si tienes un buen internista. Ahí es donde reside el auténtico poder: en los órganos internos. En el hígado, los riñones, el estómago, los intestinos, el páncreas... La medicina interna es nuestra poción mágica. Un buen internista nos proporciona fortaleza y carisma independientemente del tratamiento que prescriba. La gente pregunta por buenos asesores fiscales, agentes inmobiliarios y traficantes de droga, pero quienes realmente importan son los internistas. «¿Quién es tu internista?», te preguntan en tono desafiante. La pregunta implica que si su nombre no resulta familiar estás condenado a morirte como consecuencia de un tumor pancreático en forma de hongo. Se espera de ti que te sientas inferior y condenado de antemano no sólo por las hemorragias que puedan sufrir tus órganos internos sino porque no sabes a quién consultar al respecto, ni cómo establecer contactos o abrirte tu propio camino en el mundo. ¿Qué importancia tiene el complejo bélico-industrial? El auténtico poder es ejercido por personas como nosotros a nivel cotidiano mediante estos pequeños desafíos e intimidaciones.

Engullí apresuradamente mi postre y me escabullí de la mesa. Esperé a Murray en el exterior. Cuando salió, le así por encima del codo y juntos atravesamos el campus como una pareja de venerables ciudadanos europeos, inclinando la cabeza bajo el peso de la conversación.

—¿Cómo puedes escuchar todo eso? —dije—. Muerte y enfermedades. ¿Es que hablan así todo el tiempo?

—Cuando cubría las secciones deportivas solía reunirme con mis colegas de oficio durante los viajes. Habitaciones de hotel, aviones, taxis, restaurantes. Tan sólo existía un tema de conversación: el sexo y la muerte.

—Dos temas.

—Cierto, Jack.

—Me horrorizaría pensar que ambos se encuentran inextricablemente relacionados.

—Ocurre sencillamente que cuando estás de viaje todo está relacionado. Todo y nada, para ser precisos.

Pasamos junto a unos cuantos túmulos de nieve semiderretida.

—¿Qué tal marcha tu seminario de accidentes automovilísticos?

—Hemos contemplado cientos de filmaciones de siniestros. Coches que chocan contra otros coches. Coches contra camiones. Camiones contra autobuses. Motocicletas contra coches. Coches contra helicópteros. Camiones entre sí. Mis alumnos opinan que se trata de películas proféticas. Piensan que simbolizan el anhelo de suicidio inherente a la tecnología. El impulso hacia el suicidio, la carrera desbocada hacia el suicidio.

—¿Qué les respondes?

—En la mayor parte de los casos se trata de películas de la serie B, de telefilmes o de productos destinados a los cines rurales al aire libre. Recomiendo a mis alumnos que no elijan tales lugares para buscar el apocalipsis. Contemplo estos accidentes como parte de una larga tradición norteamericana basada en el optimismo. Constituyen acontecimientos positivos, impregnados del viejo espíritu del «tú puedes hacerlo». Cada colisión pretende ser mejor que la anterior. Existe una constante superación de medios y habilidades, una permanente confrontación de desafíos. Un director dice: «Necesito que este camión de plataforma realice un doble salto mortal en el aire como resultado del cual se produzca una bola de fuego anaranjada de once metros de diámetro que aprovecharemos para iluminar la escena.» Digo a mis alumnos que si quieren que intervenga la tecnología tendrán que tener todo esto en cuenta: esa tendencia hacia las hazañas grandiosas, hacia la persecución de los sueños.

—¿De los sueños? ¿Y qué responden ellos?

—Exactamente lo mismo que tú: «¿De los sueños?» Toda esa sangre, esos cristales rotos, ese chirrido de neumáticos. ¿Qué hay del desperdicio que encierran? ¿Qué hay del sentido de decadencia de nuestra civilización?

—¿Qué hay de ello? —insistí.

—Les digo que lo que están viendo no es decadencia, sino inocencia. La filmación deja de lado las complicadas pasiones humanas para mostrarnos algo elemental, algo feroz, estridente y arrollador. Representa el conservadurismo del

deseo realizado, el anhelo por la ingenuidad. Deseamos retornar a un estado de candidez, invertir el flujo de nuestra experiencia, de nuestra condición mundana y las responsabilidades que ésta conlleva. Mis alumnos dicen: «¿Y los cuerpos aplastados? ¿Y las extremidades amputadas? ¿Qué clase de inocencia representa todo eso?»

—¿Qué respondes tú?

—Les digo que no deben concebir como actos de violencia los accidentes automovilísticos que aparecen en las películas. Se trata de conmemoraciones. De reafirmaciones de valores y creencias tradicionales. Personalmente, relaciono las colisiones entre vehículos con fiestas como el Día de Acción de Gracias y el 4 de Julio. En tales ocasiones no lloramos a los muertos ni nos regocijamos ante los milagros. Son días de autoexaltación y optimismo pagano. Mejoraremos, prosperaremos, nos perfeccionaremos a nosotros mismos. Fíjate en cualquier colisión de las que aparecen en las películas norteamericanas. Se trata de instantes eufóricos similares a los que se producían con los vuelos acrobáticos de otros tiempos o con alas delta. Las personas que escenifican esas colisiones logran capturar una ausencia de inquietud y un gozo despreocupado que esas mismas secuencias nunca logran capturar en las producciones extranjeras.

—¿Hay que ver más allá de la simple violencia?

—Exacto. Hay que ver más allá de la violencia, Jack. Descubrir ese magnífico espíritu rebosante de inocencia y diversión que se extiende tras ella.

Babette y yo avanzamos por el amplio pasillo empujando sendos carritos relucientes. Pasamos junto a una familia que hacía su compra sirviéndose del lenguaje de los signos. No cesaba de distinguir luces coloreadas a mi alrededor.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella.

—Bien. Muy bien. ¿Y tú?

—¿Por qué no vas a hacerte una revisión? ¿No te sentirías mejor si supieras con certeza que no tienes nada?

—Me he hecho ya dos revisiones. No tengo nada.

—¿Qué dijo el doctor Chakravarty?

—¿Qué querías que dijera?

—Habla inglés maravillosamente. Me encanta oírle hablar.

—No tanto como le encanta a él hacerlo.

—¿Qué quieres decir con que le encanta hablar? ¿Te refieres a que aprovecha la menor oportunidad para hablar? Es médico. Tiene que hablar. Realmente, en cierto modo le estás pagando por hablar. ¿Te refieres a que alardea de su perfecto inglés? ¿A que te lo restriega por la cara?

—Necesitamos limpiacristales.

—No me dejes sola —dijo.

—Sólo iba a acercarme al pasillo número cinco.

—No quiero estar sola, Jack. Creo que ya lo sabes.

—Vamos a superar esto sin problemas —dije—. Quizá más fortalecidos que nunca. Ambos estamos decididos a sentirnos bien. Babette no es una persona neurótica. Es fuerte, sana, sociable, afirmativa. Dice que sí a las cosas. Eso es lo que distingue a Babette.

Permanecemos juntos en los pasillos y en la caja de salida. Babette compró tres revistas para su próxima sesión con el Viejo Treadwell y las leímos mientras aguardábamos en la cola. A continuación salimos juntos en dirección al coche, cargamos la compra y permanecemos sentados en estrecha proximidad durante todo el recorrido de regreso.

—Salvo por lo que respecta a mis ojos —dije.

—¿Qué quieres decir?

—Chakravarty opina que debería acudir a un oculista.

—¿Otra vez los puntitos de colores?

—Sí.

—No te pongas más esas gafas.

—No puedo dar clases acerca de Hitler sin ellas.

—¿Por qué no?

—Las necesito, eso es todo.

—Son una estupidez, no sirven para nada.

—Me he labrado una carrera —dije—. Tal vez no comprenda todos los elementos que intervienen en ello, pero eso es aún mayor motivo para dejar las cosas como están.

Los centros de asistencia para los afectados por el *déjà vu* se cerraron. Las líneas telefónicas de urgencia fueron discretamente anuladas. La gente parecía a punto de olvidar. Mal podía reprochárselo a pesar de que me sentía hasta cierto punto abandonado con la patata caliente.

Acudía fielmente a mis clases de alemán. Mi profesor y yo comenzamos a trabajar acerca de las cosas que podría decir en el momento de dar la bienvenida a los delegados a la conferencia sobre Hitler, para la que aún faltaban algunas semanas. Las ventanas habían terminado por quedar totalmente bloqueadas por muebles y trastos. Howard Dunlop se sentaba en el centro de la habitación, su rostro ovalado flotando bajo sesenta vatios de luz polvorienta. Empecé a sospechar que yo debía de ser la única persona con la que hablaba. También comencé a intuir que él me necesitaba a mí más de lo que yo le necesitaba a él. Un pensamiento terrible y desconcertante.

Sobre una mesa estropeada situada junto a la puerta había un libro en alemán. El título aparecía escrito en negro con letras gruesas, pesadas y ominosas: *Das Aegyptische Todtenbuch*.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—*El libro egipcio de los muertos* —susurró—. Se ha convertido en un superventas en Alemania.

Con frecuencia, cuando Denise no estaba en casa, me introducía en su dormitorio. Asía objetos, los devolvía a su sitio, miraba tras las cortinas, echaba un vistazo en algún cajón abierto, introducía el pie bajo la cama y tanteaba. Echaba distraídamente un vistazo.

Babette escuchaba tertulias radiofónicas.

Comencé a tirar cosas a la basura. Cosas almacenadas en la parte superior e inferior de mi armario, cosas conservadas en cajas y luego almacenadas en el sótano o en el ático. Tiré correspondencia antigua, viejos libros de bolsillo, revistas que había estado guardando para leer algún día, lápices sin afilar. Tiré zapatillas y calcetines de tenis, guantes con los dedos desgastados, viejos cinturones y corbatas. Tropecé con pilas de exámenes de alumnos, varillas rotas de las butacas. Lo tiré todo. Tiré todos los aerosoles que encontré sin tapa.

El contador de gas emitía un sonido peculiar.

Aquella noche, vi en televisión un reportaje en el que unos policías sacaban un

cadáver metido en una bolsa de un jardín de Bakersville. El locutor informó de que se habían hallado dos cuerpos, y de que se pensaba que podía haber más enterrados en el jardín. Acaso muchos más. Quizá veinte o treinta: nadie lo sabía con seguridad. Describió un arco con el brazo señalando la zona. No era un jardín pequeño.

El locutor era un hombre de mediana edad que hablaba con voz clara y potente y, sin embargo, con cierto tono de intimidad, transmitiendo la sensación de hallarse en frecuente contacto con su audiencia, de compartir sus intereses y alimentar una confianza mutua. Anunció que las labores de búsqueda continuarían durante toda la noche. Los estudios centrales irían devolviéndonos al lugar del suceso a medida que fueran desarrollándose los acontecimientos. Logró que sonara como una promesa entre enamorados.

Tres noches después entré en el dormitorio de Heinrich, en el que se había instalado temporalmente el televisor. Lo encontré sentado en el suelo, vestido con un chándal de capucha, contemplando las imágenes que la unidad móvil difundía de aquella misma escena. El jardín aparecía iluminado por varios focos, y numerosos hombres provistos de picos y palas trabajaban rodeados por montones de tierra. El locutor, ataviado con un chaquetón de piel y con la cabeza descubierta, aparecía transmitiendo su reportaje en primer plano. La policía afirmaba contar con datos sólidos, los cavadores eran hábiles y metódicos y los trabajos habían continuado ininterrumpidamente durante más de setenta y dos horas. Sin embargo, no se habían descubierto más cuerpos.

La sensación de expectativa defraudada era total. Sobre la escena pendía una atmósfera de tristeza y vacuidad. De desengaño, abatimiento y zozobra. Podíamos experimentarlo mientras lo veíamos en silencio, mi hijo y yo. Se había apoderado de la habitación, impregnando el aire con el latido de su flujo de electrones. Al principio, el locutor parecía estar sencillamente disculpándose. A medida que continuaba comentando la ausencia de nuevas tumbas, sin embargo, fue mostrándose cada vez más melancólico. Gesticulaba en dirección a los cavadores sacudiendo la cabeza y parecía casi a punto de suplicarnos consuelo y comprensión.

Intenté no sentirme decepcionado.

En la oscuridad, la mente galopa como una máquina voraz, como lo único despierto en el universo. Intenté evocar las paredes, el tocador del rincón. Esa vieja sensación de desamparo. Pequeño, débil, condenado, solo. El pánico, un ser medio hombre y medio cabra, el señor de la selva y el desierto. Volví la cabeza hacia la derecha, recordando el radiodespertador. Vi cambiar los números, la progresión de los minutos digitales, de impar a par. Atravesando la oscuridad con su destello verde.

Al cabo de un rato desperté a Babette. Noté una oleada de aire cálido desprendiéndose de su cuerpo mientras giraba hacia mí. Aire satisfecho. Una mezcla de olvido y sueño. ¿Dónde estoy, quién eres, qué estaba soñando?

—Tenemos que hablar —dije.

Masculló algo, como si quisiera espantar una presencia acechante. Cuando alargué la mano hacia la lámpara me golpeó el brazo con el dorso de la mano. La lámpara se encendió y ella retrocedió hacia la radio con un quejido, cubriéndose la cabeza.

—No puedes escabullirte. Hay cosas de las que tenemos que hablar. Quiero tener acceso al señor Gray. Quiero el verdadero nombre de Investigaciones Gray.

—No —fue todo lo que pudo gemir.

—Intento ser razonable con esto. Tengo sentido de la perspectiva. No albergo grandes esperanzas ni expectativas. Tan sólo quiero asegurarme, comprobarlo. No creo en varitas mágicas. Tan sólo digo: «Déjame probar, déjame verlo.» Llevo aquí tendido varias horas, prácticamente paralizado. Estoy empapado en sudor. Tócame el pecho, Babette.

—Cinco minutos más. Necesito dormir.

—Toca. Dame tu mano. Mira qué mojado estoy.

—Todos sudamos —dijo ella—. ¿Qué importa el sudor?

—Cae a chorros.

—Quieres probarlo. Ni hablar, Jack.

—Todo lo que pido son unos pocos minutos a solas con el señor Gray para comprobar si sirvo.

—Pensaré que quieres matarle.

—Eso es una locura. Tendría que estar loco. ¿Cómo voy a matarle?

—Sabrá que te he contado lo del motel.

—Lo del motel es agua pasada. No puedo hacer nada para cambiar eso. ¿Acaso iba a matar al único hombre que puede aliviar mi sufrimiento? Tócame debajo de los brazos si no me crees.

—Pensaré que eres un marido en busca de venganza.

—Francamente, lo del motel no ha sido tan doloroso. ¿Acaso iba a sentirme mejor si le mato? No tiene que saber quién soy. Me inventaré otra identidad, otro contexto. Ayúdame, por favor.

—No me digas que sudas. ¿Qué importa el sudor? Le di mi palabra.

A la mañana siguiente nos sentamos a la mesa de la cocina, uno frente al otro. Podía oírse funcionar la secadora en el pasillo. Escuché el ruido de botones y cremalleras al golpear la superficie del tambor.

—Sé ya todo cuanto le quiero decir. Me mostraré cínico y descriptivo. Nada de filosofía ni de teología. Apelaré a su pragmatismo. Tiene que sentirse necesariamente impresionado por el hecho de que me encuentre destinado a morir. Francamente, es más de lo que podías ofrecer tú. Mi necesidad es intensa. Creo que reaccionará ante eso. Además, querrá hacer un nuevo intento con un sujeto vivo. Esa gente es así.

—¿Cómo sé que no le matarás?

—Eres mi mujer. ¿Acaso soy un asesino?

—Eres un hombre, Jack. Todos sabemos cómo son los hombres y conocemos sus accesos desequilibrados de ira. Es algo que se os da muy bien. Celos desesperados y violentos. Furia homicida. Cuando a alguien se le da bien algo resulta lógico que busque oportunidades para hacerlo. Si a mí se me diera bien, lo haría, pero ocurre que no es así. Como consecuencia, en lugar de sufrir ataques de furia homicida leo a los ciegos. En otras palabras, conozco mis limitaciones. Estoy dispuesta a conformarme con lo que tengo.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? Tú no eres así. Sarcástica, burlona.

—Déjalo en paz —dijo—. El Dylar fue una equivocación mía. No permitiré que la conviertas también en tuya.

A nuestros oídos llegaban los golpecitos y los arañazos de los botones y las pestañas de las cremalleras. Era hora de salir hacia el colegio. Desde el piso de arriba, una voz observó: «En California, un comité de expertos asegura que la próxima guerra mundial podría desencadenarse como resultado de una disputa acerca de la sal.»

Me pasé toda la tarde contemplando el Observatorio desde la ventana de mi despacho. Oscurecía ya cuando apareció Winnie Richards por una puerta secundaria, miró a su alrededor y avanzó trotando a hurtadillas como un lobo a lo largo de la ladera cubierta de césped. Abandoné apresuradamente el despacho y bajé las escaleras. Apenas unos segundos después, corría a lo largo del sendero empedrado. Casi inmediatamente experimenté una curiosa euforia similar a esa emoción reconfortante que señala la recuperación de los placeres perdidos. Ella derrapó con cautela para doblar una esquina y desaparecer tras uno de los edificios de mantenimiento. Corrí tan aprisa como pude, a tumba abierta, cortando el viento, hinchando el pecho, agitando los brazos rítmicamente y manteniendo la cabeza alta.

La vi reaparecer tras uno de los costados de la biblioteca: su figura, ágil y cautelosa, avanzaba bajo los arcos de las ventanas casi fundiéndose con las sombras del atardecer. Cuando alcanzó la escalinata aceleró súbitamente, lanzándose a la carrera a partir de una posición casi inmóvil. No pude por menos de admirar la habilidad y belleza de su maniobra, aunque con ella me había puesto en desventaja. Decidí atajar por detrás del edificio y encontrarme con ella en la larga recta que conducía a los laboratorios de química. Desfilé brevemente junto a varios miembros del equipo de lacrosse que, concluido el entrenamiento, abandonaban el campo a la carrera. Corrimos a la par, y pude advertir que agitaban los palos en un gesto ritual mientras entonaban un cántico que no alcancé a comprender. Cuando llegué al sendero principal me faltaba el aliento. Winnie había desaparecido. Atravesé corriendo el aparcamiento de la facultad, dejando atrás la moderna y severa mole de la capilla y rodeando el edificio de la administración. El viento, ahora audible, hacía crujir las elevadas ramas desnudas. Corrí en dirección Este, cambié de opinión, miré en torno y me despojé de las gafas para escrutar el terreno. Quería correr, sentía el anhelo de la carrera. Correría tanto como pudiera, atravesando la noche, hasta olvidar por qué corría. Al cabo de unos instantes distinguí una figura que ascendía apresuradamente por una de las colinas que bordeaban el campus. Tenía que ser ella. Empecé de nuevo la carrera, sabiendo que estaba demasiado lejos y que desaparecería sobre la cresta para no reaparecer en varias semanas. Eché el resto en la escalada final, sin importarme que lo que pisaba fuera cemento, hierba o grava, sintiendo arder los pulmones en el pecho y experimentando en las piernas una pesadez que identificaba con la atracción de la propia tierra transmitiéndome su más íntimo y revelador juicio, la ley de la caída de los cuerpos.

Ya cerca de la cumbre, me sorprendió ver que se había detenido. Vestía una chaqueta aislante y miraba hacia poniente. Caminé lentamente hacia ella. Apenas hube dejado atrás una hilera de viviendas particulares me di cuenta del motivo que la había impulsado a detenerse. El horizonte temblaba bajo la oscura neblina que lo cubría. Sobre él descansaba el sol, hundiéndose poco a poco como un buque en un océano de aguas inflamadas. Otro crepúsculo posmoderno, pensé, rico en imaginería romántica. ¿Por qué intentar describirlo? Baste con decir que todo lo que existía en nuestro campo de visión parecía apuntar a un mismo destino: recoger la luz de aquel acontecimiento. Tampoco es que nos halláramos ante una de las puestas de sol más espectaculares. Las había habido dotadas de colores más dinámicos y de un sentido más profundo del flujo narrativo.

—¿Qué hay, Jack? Ignoraba que solieras venir aquí.

—Normalmente voy al puente de la autopista.

—¿No te parece magnífico?

—Es precioso, desde luego.

—Me hace pensar. En serio.

—¿En qué piensas?

—¿Qué *puede* uno pensar frente a este grado de belleza? Sé que me asusta.

—Ésta no es de las más impresionantes.

—Me asusta. Fíjate, no te la pierdas.

—¿Viste la del martes pasado? Fue realmente poderosa, sobrecogedora. Para mi gusto, esta resulta de las mediocres. Quizá es que comienzan a bajar de nivel.

—Espero que no —repuso ella—. Las echaría de menos.

—Podría ocurrir que estuvieran disminuyendo los residuos tóxicos de la atmósfera.

—Existe una corriente de pensamiento que afirma que el origen de estas puestas de sol no está en los residuos de la nube, sino en los residuos de los microorganismos que la devoraron.

Permanecimos allí, contemplando un estallido de luz florida similar a un corazón palpitante que adornara un documental televisivo en color.

—¿Recuerdas el comprimido con forma de platillo volante?

—Claro que sí —dijo—. Un magnífico ejemplo de ingeniería.

—He descubierto para qué está proyectado. Ha sido diseñado para solucionar un antiguo problema. El temor a morir. Estimula la producción de inhibidores del miedo a la muerte por parte del cerebro.

—Pero nos morimos igualmente.

—Sí, todo el mundo muere.

—Sencillamente, no experimentamos miedo —dijo.

—Exacto.

—No deja de ser interesante, pienso.

—El Dylar fue diseñado por un equipo secreto de investigadores. Creo que algunos de sus miembros son psicobiólogos. Me pregunto si no habrás oído hablar recientemente de algún grupo que esté trabajando clandestinamente en torno al temor a la muerte.

—Sería la última en enterarme de algo así. Nadie consigue encontrarme nunca, y cuando lo logran siempre es para comunicarme algo importante.

—¿Qué podría haber más importante que eso?

—Tú hablas de rumores y chismorreos. No resulta sólido, Jack. ¿Quiénes son estas personas? ¿Dónde tienen el cuartel general?

—Por eso es por lo que he estado persiguiéndote. Pensé que acaso sabrías algo acerca de ellos. Ni siquiera sé qué es un psicobiólogo.

—Es un término amplio, interdisciplinar. Como siempre, el auténtico trabajo se lleva a cabo en las canteras.

—¿No hay nada que puedas decirme?

Algo en mi voz hizo que se volviera a mirarme. Winnie había iniciado apenas la treintena, pero gozaba de una visión hábil y adiestrada para adivinar los desastres semiocultos que integran una vida. Poseía un rostro estrecho parcialmente disimulado por sus vaporosos bucles de color castaño. Sus ojos eran brillantes y expresivos. Compartía el aspecto picudo y huero de las grandes criaturas pantanosas. La boca fruncida en un mohín diminuto. La sonrisa en conflicto perpetuo con cierta autocrítica interna del humor como forma de seducción. Murray me había dicho en cierta ocasión que la muchacha le gustaba, que interpretaba su torpeza física como signo revelador de una inteligencia que se desarrollaba casi con demasiada rapidez y yo, personalmente, creía saber a qué se refería. Winnie tentaba al mundo que la rodeaba, experimentando con él y a veces desbordándolo.

—Ignoro cuál es tu relación personal con esta sustancia —dijo—, pero opino que constituye un error perder el sentido de la muerte. Incluso el miedo individual a la muerte. ¿Acaso no es la muerte la frontera que todos precisamos? ¿Acaso no es ella la que proporciona a la vida su preciosa textura y su sentido de la definición? Tienes que preguntarte hasta qué punto las cosas de esta vida poseerían belleza y significado alguno si no tuviéramos conciencia de una frontera, un confín o un límite final.

Contemplo cómo la luz asciende hasta las crestas redondeadas de las nubes más altas. Clorets, Velamints, Freedent.

—La gente cree que me paso la vida alucinada —dijo—, y lo cierto es que alimento una teoría alucinada acerca del temor humano. Imagínate a ti mismo, Jack, un hombre tradicionalmente casero y sedentario, caminando a través de un espeso bosque. De pronto, distingues algo por el rabillo del ojo. Sin tiempo para pensar en nada más, adviertes que se trata de algo enorme y que no encaja en tu marco habitual de referencia. Una imperfección en la imagen general del mundo. Uno de los dos sobráis en la escena. Por fin, la cosa entra de lleno en tu campo visual. Es un oso pardo enorme, de color castaño brillante, que avanza oscilando y derramando baba por sus colmillos descubiertos. Tú, Jack, jamás has visto a una bestia salvaje de ese tamaño. El espectáculo del oso te resulta tan electrizantemente ajeno que obtienes un sentido renovado de tu propia existencia, una nueva conciencia de tu propio ser... de tu propio ser emplazado en una situación única y terrorífica. Te contemplas a ti mismo bajo una perspectiva nueva e intensa. Te redescubres. Te encuentras asistiendo a la inminencia de tu propio descuartizamiento. La bestia, al encaramarse sobre las patas traseras, te ha permitido verte tal y como eres por primera vez, despegado de tu entorno familiar, solo, diferenciado, entero. El nombre que damos a este complicado proceso es miedo.

—El miedo es la autoconciencia elevada a un nivel superior.

—Exacto, Jack.

—¿Y la muerte? —pregunté.

—El yo, el yo, el yo. Si puedes contemplar la muerte como algo menos ajeno y menos desprovisto de referencia, tu sentido del yo en relación con ella disminuirá, y también tu miedo.

—¿Y qué hago para que la muerte me resulte menos ajena? ¿Cómo me las arreglo?

—No lo sé.

—¿Me arriesgo a morir acelerando en las curvas? ¿Salgo de escalada los fines de semana?

—No lo sé —dijo—. Ojalá lo supiera.

—¿Me pongo un cinturón de seguridad y trepo por la fachada de un edificio de noventa plantas? ¿Qué hago, Winnie? ¿Me introduzco en una jaula llena de serpientes africanas venenosas, como el mejor amigo de mi hijo? Ésas son las cosas que la gente hace hoy en día.

—Creo que lo que tienes que hacer, Jack, es olvidar el medicamento que contiene ese comprimido. Evidentemente, no contiene medicina alguna.

Tenía razón. Todos tenían razón. Seguir adelante con mi vida, educar a mis hijos, enseñar a mis alumnos. Intentar no pensar en esa figura borrosa del motel Grayview depositando sus manos desaseadas sobre mi mujer.

—Aún me siento triste, Winnie, pero has proporcionado a mi amargura una riqueza y una profundidad que nunca había poseído.

Apartó el rostro, ruborizándose.

—Eres algo más que una mala amiga... eres una auténtica enemiga —dije.

Su semblante enrojeció desmesuradamente.

—Las personas brillantes nunca piensan en las vidas que destrozan, precisamente porque son brillantes —añadí.

Contemplé cómo se arrebolaba. Con ambas manos, se ajustó la gorra de lana sobre las orejas y, tras lanzar una última ojeada en dirección al horizonte, ambos iniciamos el descenso por la falda de la colina.

Ha recordado usted: 1) ¿rellenar el cheque para Waveform Dynamics? 2) ¿escribir su número de cuenta en el cheque? 3) ¿firmar el cheque? 4) ¿enviar la cantidad total, dado que no aceptamos pagos parciales? 5) ¿adjuntar el cheque original y no una fotocopia? 6) ¿introducir el documento en el sobre de tal modo que la dirección sea visible a través de la ventanilla? 7) ¿desprender la solapa verde del documento a lo largo de la línea punteada para su propio archivo? 8) ¿especificar su dirección y código postal correctos? 9) ¿informarnos al menos con tres semanas de antelación si piensa mudarse? 10) ¿cerrar la solapa del sobre? 11) ¿ponerle sello al sobre, dado que la estafeta de Correos se negará a repartir aquellos envíos que no lleven franqueo? 12) ¿echar el sobre en el correo al menos tres días antes de la fecha indicada en la casilla azul?

TV CABLE SALUD, TV CABLE TIEMPO,
TV CABLE NOTICIAS, TV CABLE NATURALEZA

Aquella noche, a nadie le apetecía cocinar. Subimos todos al coche y partimos en dirección a la zona comercial que se extendía tras los límites del pueblo, en tierra de nadie. El neón interminable. Aparqué frente a un local especializado en pollo troceado y tarta de chocolate. Decidimos comer en el coche: su espacio interior cubría perfectamente nuestras necesidades. Queríamos comer, no mirar a la gente. Queríamos llenar el estómago y zanjar la cuestión. No necesitábamos luz ni espacio y, desde luego, no necesitábamos sentarnos frente a frente mientras comíamos ni construir un entramado sutil y complejo de señales y códigos. Nos bastaba con comer mirando todos en la misma dirección, fijando la vista pocos centímetros más allá de nuestras manos. Existía en ello cierto rigor. Denise se encargó de traer la comida hasta el automóvil. Distribuyó las servilletas de papel y nos acomodamos para cenar. Comimos completamente vestidos, sin quitarnos los sombreros ni los abrigos, sin hablar, desgarrando los trozos de pollo con manos y dientes. La atmósfera era de intensa concentración, de mentes que convergen en una única idea apremiante. Me sorprendió descubrir que estaba increíblemente hambriento. Mastiqué y comí, la mirada fija a pocos centímetros de mis manos. Tal es el modo en que la comida encoge el mundo que nos rodea. Tal es el borde del universo alimenticio observable. Steffie arrancó la crujiente piel de una pechuga y se la ofreció a Heinrich. Jamás se comía la piel. Babette chupeteaba un hueso. Heinrich y Denise intercambiaron sus alas: una grande a cambio de una pequeña. El muchacho opinaba que las pequeñas eran más sabrosas. Íbamos entregándole los huesos a Babette y ella los chupaba hasta dejarlos limpios. Intenté ahuyentar la imagen del señor Gray, desnudo, tendido en la

cama de un motel; era como una fotografía a medio revelar doblándose por las esquinas. Enviamos a Denise en busca de más comida y aguardamos su regreso en silencio. A continuación, empezamos de nuevo, semiconmocionados por las dimensiones de nuestro propio placer.

—¿Cómo flotan los astronautas? —preguntó Steffie en voz baja.

La pausa que siguió pareció robarle un instante a la eternidad.

—Son más ligeros que el aire —contestó Denise interrumpiendo su comida.

Cesamos todos de comer. Sobrevino un inquieto silencio.

—No hay aire —dijo Heinrich finalmente—. No pueden ser más ligeros que algo que no está presente. El espacio constituye un vacío en el que sólo hay moléculas pesadas.

—Pensé que el espacio era algo frío —dijo Babette—. ¿Cómo puede ser frío si no hay aire? ¿Qué es lo que transmite el calor o el frío? El aire, o eso he creído siempre. Si no hay aire, no debería haber frío. Como uno de esos días en que no sabes qué tiempo hace.

—¿Cómo puede no haber nada? —inquirió Denise—. Tiene que haber algo.

—Claro que hay algo —repuso Heinrich exasperado—. Hay moléculas pesadas.

—Como esos días en que te preguntas si convendrá llevarse un suéter —dijo Babette.

Se produjo una nueva pausa. Aguardamos para comprobar si había concluido el diálogo y reanudamos nuestra comida. Intercambiamos en silencio porciones no deseadas, sumergiendo los dedos en las cajas de patatas onduladas. A Wilder le gustaban las patatas fritas suaves y blancas, y los demás íbamos escogiéndolas y entregándoselas. Denise distribuyó pequeñas bolsitas acuosas de Ketchup. El interior del coche olía a grasa y a carne chupada. Intercambiamos trozos y continuamos royendo.

—¿Cuánto frío hace en el espacio? —dijo Steffie con su vocecita.

Aguardamos una vez más, hasta que Heinrich respondió.

—Depende de lo alto que subas. Cuanto más subes, más frío hace.

—Espera un segundo —intervino Babette—. Cuanto más alto subes, más te aproximas al Sol, así que hará más calor.

—¿Qué te hace pensar que el Sol está arriba?

—¿Cómo iba a estar abajo? Hay que mirar hacia arriba para verlo.

—¿Y por la noche? —dijo él.

—Está al otro lado de la tierra, pero la gente sigue alzando la mirada para verlo.

—El punto crucial de los razonamientos de don Albert Einstein —repuso él—, reside en cómo podría el Sol estar en lo alto si nos encontráramos sobre su superficie.

—El Sol es una enorme bola fundida —respondió ella—. Es imposible poner el pie sobre él.

—Él se limitaba a preguntar «si». Básicamente, no existen un arriba y un abajo, un calor o un frío, un día o una noche.

—¿Qué existe?

—Moléculas pesadas. La única función del espacio consiste en proporcionar a las moléculas ocasión de enfriarse cuando salen despedidas desde la superficie de las estrellas gigantes.

—Si no existen el frío y el calor, ¿cómo pueden las moléculas enfriarse?

—El frío y el calor son palabras. Piensa en ambos como palabras. Nos vemos obligados a utilizarlas. No podemos limitarnos a emitir gruñidos.

—Se denomina corona solar —dijo Denise dirigiéndose a Steffie. Ambas mantenían su propia discusión por separado—. Lo vimos la otra noche cuando dieron el pronóstico del tiempo.

—Pensé que el Corolla era un coche —dijo Steffie.

—Todo es un coche —dijo Heinrich—. Lo que tenéis que comprender acerca de las estrellas gigantes es que en las profundidades de su núcleo se producen explosiones nucleares. Podéis olvidaros de esos MBI rusos supuestamente tan potentes. Aquí hablamos de explosiones cientos de millones de veces más poderosas.

Se produjo una larga pausa. Nadie hablaba. Continuamos comiendo durante los escasos instantes que se tarda en morder y masticar.

—Dicen que la culpa de este tiempo tan raro la tienen los médiums rusos —dijo Babette.

—¿Por qué, raro? —dijo Heinrich—. Nosotros tenemos médiums, ellos tienen médiums... se supone. Intentan estropear nuestras cosechas manipulando el tiempo.

—Ha estado haciendo un tiempo normal.

—Para esta época del año —apuntó Denise astutamente.

Fue durante aquella semana cuando un policía afirmó haber visto un cadáver arrojado desde un ovni. Había sucedido mientras hacía la patrulla de rutina por las afueras de Glassboro. Aquella misma noche, algo más tarde, se había descubierto el cuerpo de un varón sin identificar, empapado y completamente vestido. La autopsia había revelado que la muerte se había debido a fracturas múltiples y fallo cardíaco, acaso como resultado de una conmoción grave. Sometido a hipnosis, el agente de policía, Tee Walker, revivió detalladamente el desconcertante espectáculo de un objeto reluciente como un neón y similar a una enorme peonza que flotara a veinte metros de altura. El oficial Walker, veterano de Vietnam, dijo que la insólita escena le recordó episodios anteriores en los que había visto a las tripulaciones de los helicópteros arrojar al vacío a sospechosos de pertenecer al Vietcong. Por increíble que pareciera, afirmó Walker, al ver abrirse la escotilla y observar cómo se desplomaba el cuerpo había experimentado la desazonadora sensación de que se estaba transmitiendo un mensaje dirigido a su mente. Los hipnotizadores de la policía

proyectan intensificar las sesiones con objeto de intentar desentrañar dicho mensaje.

Comenzaron a multiplicarse las apariciones en toda la zona. Cierta corriente energética mental, brillante y serpenteada, parecía trasladarse de población en población. No importaba que uno creyera en aquella clase de cosas o no. Conformaban una excitación, una onda, un temblor generalizados. De pronto, estallaba el estrépito de una voz o de un ruido a través del firmamento y uno se sentía rescatado de la muerte. La curiosidad movía a la gente a desplazarse en automóvil hasta las lindes de los pueblos. Una vez allí, algunos regresaban y otros se aventuraban hacia zonas más remotas que aquellos últimos días parecían inundadas por un sortilegio o una expectación vacua. La atmósfera se tornó blanda y templada. El perro de un vecino pasó toda una noche sin dejar de ladrar.

Consumimos nuestras raciones de tarta en el aparcamiento. Cuando las migas se nos quedaban pegadas a las manos las engullíamos lamiéndonos los dedos. A medida que íbamos terminando comenzó a expandirse la dimensión física de nuestra propia conciencia. Los límites impuestos por los alimentos cedieron ante el horizonte del mundo. Nuestras miradas sobrepasaron la frontera de nuestras manos. Contemplamos los automóviles y las luces que se divisaban más allá de las ventanillas. Observamos a la gente que abandonaba el restaurante, hombres, mujeres y niños provistos de cajas de comida, inclinándose hacia delante para combatir el empuje del viento. Los tres cuerpos acomodados en el asiento trasero comenzaron a exhalar una corriente de impaciencia. Querían estar en casa, no allí. Querían parpadear ligeramente y encontrarse a sí mismos en sus respectivas habitaciones, rodeados de sus cosas, y no sentados en un coche atestado en medio de aquella llanura de cemento azotada por el aire. Los viajes de regreso a casa siempre constituían una dura prueba. Puse el motor en marcha, sabiendo que apenas faltaban unos segundos para que aquel desasosiego generalizado adquiriera elementos amenazantes. Babette y yo podíamos sentir su inminencia. En el asiento posterior iba elaborándose una inquietud sorda. Nos atacarían, empleando para ello la clásica estrategia de pelearse entre sí. Mas, ¿por qué motivo lo harían? ¿Por no apresurarnos más en devolverles a casa? ¿Por ser mayores que ellos y más corpulentos y poseer, en cierto modo, un temperamento más estable que el suyo? ¿Nos atacarían por nuestra condición de protectores... de protectores que, tarde o temprano, han de fallarles? ¿O sencillamente nos atacarían por nosotros mismos, por nuestra voz, nuestros rasgos, nuestros gestos, nuestro modo de andar y de reír, por el color de nuestros ojos y nuestros cabellos, el tono de nuestra piel y las células y cromosomas que portábamos?

Como si intentara cortarles el paso, como si no soportara las implicaciones de su amenaza, Babette dijo plácidamente: «¿Por qué será que la mayor parte de estos ovnis son avistados en el norte de los estados?» Las mejores apariciones tienen lugar en el Norte. Ciudadanos que son secuestrados y remontados a bordo; granjeros que

descubren zonas quemadas allí donde han aterrizado los platillos; una mujer que da a luz a un niño engendrado en un ovni, o al menos eso asegura. Siempre en el Norte.

—Allí están las montañas —dijo Denise—. Quizá permiten que las naves espaciales se escabullan a la acción del radar, o algo parecido.

—¿Por qué están las montañas en el norte del estado? —inquirió Steffie.

—Las montañas siempre quedan al Norte —explicó Denise—. De este modo, la nieve se funde en primavera y fluye ladera abajo hasta las presas que hay junto a las ciudades, a su vez situadas en la parte sur por ese mismo motivo.

Por un instante, pensé que acaso estuviera diciendo la verdad. Curiosamente, su argumento parecía guardar cierta lógica. ¿O no? ¿Acaso no resultaba completamente descabellado? Tenía que haber ciudades importantes en la zona norte de algunos estados. ¿O quizá se encontraban al norte de los límites de los estados situados respectivamente al Sur? Lo que decía no podía ser cierto y, sin embargo, durante unos instantes, me costó trabajo refutarlo mentalmente. No podía enumerar los nombres de ciudades o montañas que lo rebatieran. Tenía que haber montañas en la parte sur de algunos estados. ¿O es que tendían a extenderse por debajo de la frontera de los mismos, en la parte norte de los que lindaban con ellos por el Sur? ¿Era tal vez eso lo que me resultaba confuso? ¿Era ése el punto crucial del error de Denise o en realidad tenía misteriosamente razón?

—Excesos de sal, fósforo y magnesio —dijo la radio.

Aquella misma noche, algo más tarde, Babette y yo nos sentamos a beber una taza de cacao. Sobre la mesa de la cocina, inmersa entre cupones, recibos de caja de medio metro de longitud y catálogos de venta por correo, había una postal de Mary Alice, mi hija mayor. Mary Alice es el fruto dorado de mi primer matrimonio con Dana Breedlove, la espía, y por tanto es hermana de Steffie por más que les separen diez años y dos matrimonios. Tiene diecinueve años, vive en Hawai y trabaja en algo relacionado con las ballenas.

Babette tomó una revista que alguien había dejado abandonada sobre la mesa.

—Diversas mediciones de los chillidos de los ratones han demostrado que poseen una frecuencia de cuarenta mil ciclos por segundo. Los cirujanos se sirven de grabaciones de chillidos de ratón registradas en alta frecuencia para destruir tumores enraizados en el cuerpo humano. ¿Te lo crees?

—Sí.

—También yo.

Soltó la revista.

—¿Cómo te encuentras, Jack? —me dijo en tono urgente al cabo de un rato.

—Estoy bien, me encuentro perfectamente. En serio. ¿Y tú?

—Quisiera no haberte contado mi situación.

—¿Por qué?

—Porque de ese modo no me habrías revelado que ibas a ser el primero en morir. Son las dos cosas que más deseo en el mundo: que Jack no sea el primero en morir y que Wilder continúe eternamente siendo como es.

Murray y yo atravesamos el campus caminando con nuestro estilo europeo: paso sereno y reflexivo, la cabeza inclinada bajo el peso de la conversación. A veces, uno de los dos así al otro por el codo con un gesto impregnado de intimidad y apoyo físico; otras, caminábamos ligeramente separados. Murray con las manos cogidas a la espalda; Gladney, manteniendo las suyas entrelazadas sobre el abdomen como los monjes, en actitud levemente preocupada.

—¿Haces progresos con tu alemán?

—Aún lo hablo mal. Tengo problemas con las palabras. Howard y yo estamos preparando la introducción de la conferencia.

—¿Le llamas Howard?

—No cuando estoy con él. Entonces no le llamo de ninguna manera, y él a mí tampoco. Mantenemos esa clase de relación. ¿Le ves alguna vez? Después de todo, vivís bajo el mismo techo.

—A veces, fugazmente. Los otros inquilinos parecen preferirlo así. Sentimos que apenas existe.

—Hay algo especial en él, ignoro de qué se trata exactamente.

—Tiene la piel de color carne.

—Cierto. Pero no es eso lo que me inquieta.

—Las manos suaves.

—¿Crees que es eso?

—Los hombres con manos suaves siempre me hacen vacilar. La piel suave en general. La piel de bebé. Creo que no se afeita.

—¿Qué más? —pregunté.

—Restos de saliva seca en las comisuras de los labios.

—Tienes razón —dije animadamente—. Saliva seca. Siento cómo me golpea el rostro cuando se inclina hacia delante para articular. ¿Qué más?

—Cierto modo de mirar por encima del hombro de las personas.

—Te has dado cuenta de todo eso por medio de vistazos ocasionales... Increíble. ¿Qué más? —pregunté.

—Un porte rígido que encaja mal con el modo que tiene de andar arrastrando los pies.

—Sí, camina sin mover los brazos. ¿Qué más, qué más?

—Hay algo más, algo que sobrepasa y trasciende todo eso, algo siniestro y terrible.

—Exacto. Pero ¿qué? Algo que no consigo identificar.

—Algo extraño en su manera de ser, cierta actitud, una sensación, una presencia,

una emanación.

—Pero ¿qué? —dije, consciente de los puntitos de colores que danzaban en el borde de mi campo visual, sorprendido de verme a mí mismo tan profunda y personalmente involucrado.

Habíamos avanzado treinta pasos cuando Murray comenzó a asentir con la cabeza. Contemplé su rostro mientras caminaba. Continuó asintiendo mientras cruzábamos la calle y siguió así hasta que dejamos atrás la biblioteca musical. Yo le seguía, acoplando mi paso al suyo, asiéndole por el codo, escrutando sus facciones, esperando a que hablara, ajeno al hecho de que me hubiera desviado completamente de mi camino. Seguía asintiendo a medida que nos aproximábamos a la entrada de Wilmot Grange, un edificio decimonónico restaurado que se alzaba en un extremo del campus.

—Pero ¿qué? —insistí—. ¿Qué?

Hubieron de transcurrir cuatro días hasta que, por fin, me telefoneó a casa a la una de la madrugada y me susurró servicialmente: «Da la sensación de ser un hombre que encuentra erotismo en los cadáveres.»

Acudí a una nueva clase, la última. Las paredes y las ventanas estaban oscurecidas por los objetos acumulados, que para entonces parecían ya avanzar lentamente hacia el centro de la estancia. El hombre de rostro blando que tenía ante mí cerró los ojos y habló, pronunciando hábiles frases para turistas. «¿Dónde estoy?», «¿Puede usted ayudarme?», «Es de noche, y me he perdido». Permanecer allí sentado me resultaba casi insoportable. La observación de Murray le había ligado para siempre a una identidad factible. El elemento elusivo de Howard Dunlop había sido localizado. Lo que antes había resultado extraño y medio siniestro era ahora enfermizo. Su cuerpo dejaba escapar una tétrica lascivia que luego parecía circular por la habitación atestada.

Lo cierto era que echaría de menos las clases. También echaría de menos a los perros, a los pastores alemanes. Un día, sencillamente, desaparecieron. Tal vez los necesitaran en otro sitio o quizá los habían devuelto al desierto para aguzar sus habilidades. En la zona seguían, no obstante, los hombres vestidos con trajes de Mylex, equipados con instrumentos con los que medir y tantear, atravesando el pueblo en equipos de seis y ocho a bordo de voluminosos vehículos con protuberancias que los hacían parecer juguetes de Lego.

Me acerqué a la cama de Wilder para verle dormir. En la habitación contigua, una voz decía: «En el Nabisco Dinah Shore de cuatrocientos cincuenta mil dólares.»

Aquella fue la noche en que se quemó el asilo. Heinrich y yo subimos al coche y acudimos a contemplar el suceso. Cuando llegamos vimos a otros hombres acompañados de sus hijos adolescentes. Evidentemente, se trata de ocasiones en las que padres e hijos estrechan sus vínculos de compañerismo. Los incendios logran

acercarlos entre sí, les proporcionan un lazo de conversación. Hay equipos que admirar, técnicas que discutir y criticar en la labor de los bomberos. Podría decirse que la virilidad de la lucha contra el fuego resulta apropiada para el lacónico estilo de diálogo que padres e hijos pueden acometer sin turbación ni embarazo.

—En esta clase de edificios viejos, la mayoría de los incendios se inician en la instalación eléctrica —dijo Heinrich—. Por culpa del mal estado de los cables. Eso es algo que siempre oirás decir por poco que permanezcas en las inmediaciones.

—La mayor parte de las víctimas no mueren quemadas —dije yo—, sino asfixiadas por el humo.

—Otra frase que también oirás —dijo.

Las llamas devoraban las buhardillas. Permanecimos al otro lado de la calle contemplando cómo el tejado cedía parcialmente. Una elevada chimenea se plegó lentamente sobre sí misma y se derrumbó. No cesaban de llegar camiones cisterna de otras poblaciones, y de ellos descendían pesadamente hombres que, equipados con botas de goma y cascos pasados de moda, instalaban y dirigían las mangueras. Sobre la trémula luminosidad del tejado se elevó una figura asida a una escalera telescópica. Vimos cómo el pórtico comenzaba a ceder a su vez a medida que una de sus últimas columnas se inclinaba. Una mujer atravesó el césped del jardín envuelta en un camisón en llamas. La contemplamos, atónitos, casi como si estuviéramos asistiendo a un espectáculo. Era frágil y canosa, y su silueta aparecía orlada de un aire abrasador. Resultaba fácil advertir que estaba loca, que se hallaba tan perdida en sus propias furias y sueños que el fuego que la rodeaba parecía casi un elemento casual. Nadie pronunció una palabra. Entre el ruido y el calor reinantes, la mujer emitía un aura de silencio. Qué cosa tan potente y tan real. Qué cosa tan profunda era la locura. Un jefe de bomberos echó a correr hacia ella y osciló levemente a su alrededor, desconcertado, como si de alguna manera no fuera ella la persona que había esperado encontrarse allí. La mujer se desplomó con un blanco destello, como una taza que se parte. En torno a ella, cuatro hombres se afanaban en sofocar las llamas golpeándolas con los cascos y las gorras.

La colosal tarea de contener el fuego prosiguió su curso, una labor que parecía tan antigua y perdida como la construcción de catedrales y que despertaba en los hombres el espíritu de una elevada artesanía comunitaria. Un dálmata contemplaba la escena sentado en la cabina de un camión de bomberos.

—Es curioso el modo en que uno lo mira y sigue mirándolo —dijo Heinrich—. Como si se tratara del fuego de la chimenea.

—¿Pretendes decir que ambas clases de fuego resultan igualmente atractivas?

—Digo simplemente que uno lo mira y sigue mirándolo.

—El hombre siempre se ha sentido fascinado por el fuego. ¿Es a eso a lo que te refieres?

—No me agobies. Es la primera vez que veo quemarse un edificio.

Los padres y los hijos se amontonaban en la acera, señalando las diversas partes de la estructura medio destripada. Murray, cuya casa de huéspedes se encontraba a pocos metros, se acercó en silencio a nosotros y nos estrechó la mano sin pronunciar una palabra. Las ventanas estallaron. Vimos cómo otra chimenea se hundía a través del tejado y unos cuantos ladrillos sueltos se precipitaban al suelo. Murray volvió a estrecharnos la mano y desapareció.

No tardó en flotar en el ambiente un aroma acre. Podía proceder de la combustión de materiales aislantes —la envoltura de poliestireno de cables y tuberías— o de una o varias sustancias distintas. El aire se llenó de un hedor afilado y amargo que neutralizaba el olor a humo y a piedra quemada y que modificó la actitud de la gente que permanecía sobre la acera. Algunos se llevaron el pañuelo a la nariz; otros, asqueados, partieron apresuradamente. Sea cual fuere la causa del olor, percibí que hacía que la gente se sintiera traicionada. Un drama antiguo, vasto y terrible se estaba viendo comprometido por algo antinatural, por una intrusión diminuta y malévola. Comenzaron a ardernos los ojos. La multitud se diseminó. Era como si nos hubieran obligado a reconocer la existencia de una segunda clase de muerte. Una era real; la otra, sintética. El hedor nos ahuyentaba, pero bajo él se adivinaba algo infinitamente peor, la conciencia de que la muerte llega hasta nosotros de dos modos distintos y, a veces, simultáneos, el modo en que la muerte penetra en nuestra boca y en nuestra nariz. Los distintos aromas de la muerte podían, en cierto modo, afectar diferentemente a nuestras almas.

Retrocedimos apresuradamente hacia los coches pensando en los que ya no tenían casa, en los locos y en los muertos, pero ahora también en nosotros mismos. Tal fue el resultado del olor de aquel material en combustión. Complicó nuestra soledad, nos acercó al secreto de nuestro propio e inevitable final.

Una vez en casa, calenté leche para ambos. Me sorprendió ver que se la bebía. Así la taza con ambas manos, hablando acerca del ruido reinante en el siniestro, de la violencia de la combustión fustigada por el aire, similar al chorro de un reactor. Casi esperé oírle dándome las gracias por aquel fuego tan bonito. Seguimos allí un rato, bebiéndonos la leche, hasta que, por fin, se dirigió a su armario para hacer unas flexiones con la barra.

Me quedé levantado hasta tarde, pensando en el señor Gray: grisáceo, borroso, incompleto. La imagen temblaba y avanzaba, los bordes de su cuerpo se orlaban con distorsiones imprevisibles. Últimamente me había sorprendido a mí mismo pensando en él con frecuencia. A veces como el señor Gray, el componente. Cuatro o más figuras grisáceas entregadas a investigaciones de vanguardia. Científicos, visionarios. Sus cuerpos ondulantes atravesándose mutuamente, entremezclándose, fundiéndose, integrándose. Casi como si se tratara de extraterrestres. Más inteligentes que el resto

de los mortales, desprendidos, asexuados, decididos a descubrir la salida a nuestro temor. Cuando los cuerpos se fundían, sin embargo, todo cuanto veía era una única figura, la del director del proyecto, un seductor gris y nebuloso desgranándose a través de una habitación de motel. Hacia la cama, hacia la acción. Veía las voluptuosas curvas de mi mujer, reclinada sobre un costado: el desnudo que aguarda eternamente. La veía como él la había visto: dependiente, sumisa, emocionalmente cautiva. Podía sentir el dominio y el control que él había experimentado. La superioridad de su posición. Aquel hombre al que nunca había visto y su imagen borrosa —equivalente apenas a un destello de luz cerebral— comenzaban a dominar mi mente. Sus manos pálidas rodeaban un pecho blanco y rosado. Cuán vívido y real resultaba aquel placer táctil, aquellas pecas rojizas que circundaban el extremo. Experimentaba un tormento aureolar. Podía distinguir los susurros de sus escarceos previos, las frases amorosas y el zumbido de la piel. Oía los chasquidos y los enjuagues, el chapoteo de sus bocas húmedas, el crujido de los muelles al ceder. Y, tras un intervalo de acomodados farfullados, las tinieblas se esparcían en torno a la cama de sábanas grises como un círculo que se cerrara lentamente.

Panasonic.

¿Qué hora era cuando abrí los ojos sintiendo la proximidad de alguien o de algo? ¿Una hora impar, tal vez? Percibía la habitación blanda y pegajosa. Estiré las piernas, parpadeé y enfoqué lentamente la mirada sobre un objeto familiar. Era Wilder, a medio metro de la cama, observando mi rostro. Transcurrió un largo instante de contemplación mutua. Su enorme cabeza redondeada remataba un cuerpo diminuto y enclenque, proporcionándole el aspecto de una primitiva figurilla de barro, de un ídolo doméstico procedente de oscuros cultos. Experimenté la sensación de que quería mostrarme algo. Descendí silenciosamente de la cama y él salió del dormitorio caminando con sus botitas acolchadas. Le seguí hasta el pasillo y nos dirigimos a la ventana que se abre sobre el jardín trasero. Yo, descalzo y sin bata, sentí un escalofrío que atravesaba el poliéster de Hong Kong con el que había sido fabricado mi pijama. Wilder se detuvo y miró por la ventana, la barbilla apenas dos centímetros por encima del alféizar. Me parecía haberme pasado la vida enfundado en un pijama torcido, con los botones abrochados en el ojal que no es y la abertura del pantalón abierta y colgante. ¿Estaría amaneciendo ya? ¿Eran cuervos lo que podía oír graznar entre los árboles?

Había alguien sentado en el jardín. Un hombre de cabellos blancos rígidamente acomodado en la vieja butaca de mimbre, una figura siniestramente inmóvil y formal. Al principio, atontado y soñoliento, no supe explicarme la escena. Aquello parecía precisar de una interpretación más cuidadosa de la que yo era capaz de ofrecer en el momento. Pensé una cosa: pensé que la figura había sido *añadida* a la escena con algún propósito. Por fin, el miedo comenzó a asaltarme de un modo palpable y sobrecogedor, como un puño que me golpeará repetidamente en el pecho. ¿Quién era? ¿Qué estaba ocurriendo allí? Advertí que Wilder me había abandonado. Accioné el picaporte de su dormitorio justo a tiempo de ver cómo hundía la cabeza en la almohada. Para cuando llegué a la cama se encontraba ya profundamente dormido. No sabía qué hacer. Me sentía frío, pálido. Regresé a tientas hasta la ventana y así un picaporte, una barandilla, cual si quisiera recordarme a mí mismo la calidad y la naturaleza de las cosas reales. El hombre aún seguía allí, absorto en la contemplación de los setos. Reinaba una luz incierta que me permitía distinguirlo de perfil, inmóvil y solemne. ¿Era tan viejo como había pensado en un principio o era su cabello blanco un elemento puramente emblemático que formara parte de su fuerza alegórica? Claro está: eso era. Sería la Muerte, o el mensajero de la Muerte, un especialista de ojos hundidos procedente de la era de la peste, las inquisiciones, las guerras interminables, los manicomios y las leproserías. Sería un aforista de las cosas últimas que, irónico y civilizado, apenas me dirigiría un leve vistazo mientras pronunciaba la frase hábil y

elegante con la que me anunciaría el fin. Permanecí allí observándole durante largo rato, esperando que moviera una mano. Su inmovilidad resultaba sojuzgadora. Sentí que mi palidez aumentaba por momentos. ¿Qué sientes al ver a la Muerte que ha venido en carne y hueso a buscarte? Me sentía paralizado de miedo, frío y acalorado, seco y sudoroso, como si fuera a la vez yo mismo y otra persona. Oprimí un puño contra el pecho. Retrocedí hasta la escalera, me senté en el escalón superior y me miré las manos. Quedaban aún tantas cosas... Cada palabra y cada objeto eran una sarta de brillantes creaciones. Mi propia mano, atravesada por un entramado de expresivos repliegues, era como un terreno fértil que podría haber servido a cualquiera de objeto de estudio y admiración durante años. Toda una cosmología frente al vacío.

Me puse en pie y retorné a la ventana. Aún estaba allí. Me oculté en el cuarto de baño. Cerré la tapa del retrete y permanecí allí sentado un rato preguntándome qué hacer a continuación. No quería que entrara en la casa.

Paseé nerviosamente de un lado a otro. Me mojé las manos y las muñecas con agua fría y me humedecí el rostro. Me sentía ligero y pesado, confuso y despierto. Cogí un pisapapeles escénico de la repisa colgada junto a la puerta. Dentro del disco de plástico flotaba una imagen tridimensional del Gran Cañón en la que los colores se aproximaban y retrocedían a medida que se hacía girar el objeto bajo la luz. Planos fluctuantes. Me gustaba la frase. Se me antojaba como la auténtica música de nuestra existencia. Si tan sólo pudiéramos contemplar la muerte como una superficie más en la que habitar durante cierto período... Como otra faceta del orden cósmico. Como una aproximación de enfoque sobre la Brillante Estela de los Ángeles.

Trasladé mi atención a las cosas inmediatas. Para mantenerlo fuera de casa era preciso salir a su encuentro. En primer lugar, miraría en la cocina pequeña. Me desplazé silenciosamente a través de las habitaciones, de puntillas sobre los pies pálidos y desnudos. Iba en busca de mantas que ajustar, juguetes que retirar de la cálida mano de un niño, sintiéndome como si hubiera invadido un momento televisivo. Todo parecía estar en calma. ¿Contemplarían la muerte de uno de sus progenitores simplemente como otra forma de divorcio?

Fui a ver cómo estaba Heinrich. Lo hallé acurrucado en la esquina superior izquierda de la cama, con el cuerpo firmemente arrollado como uno de esos artilugios que se extienden abruptamente al tocarlos. Lo contemplé desde el umbral, asintiendo levemente.

Fui a ver cómo estaba Babette. Había descendido varios niveles y volvía a ser una niña, una figura que corre en nuestros sueños. La besé en la cabeza, olfateando el aire rancio y cálido que ascendía de su letargo. Divisé mi ejemplar de *Mein Kampf* en una pila de libros y revistas. La radio se encendió y salí apresuradamente del dormitorio, temiendo que la voz del locutor o el lamento espiritual de algún extraño fuera lo

último que oyera en este mundo.

Bajé a la cocina y me asomé a la ventana. Ahí estaba, sentado en la butaca de mimbre frente a la hierba húmeda. Abrí la puerta y luego la rejilla exterior. Salí, aferrando estrechamente mi ejemplar de *Mein Kampf* contra el vientre. Al cerrarse la rejilla de golpe, el hombre dio un respingo y descruzó las piernas. Se puso en pie y, a continuación, se volvió hacia mí. La inquietante e invencible sensación de inmovilidad se desvaneció junto con su aura de sabiduría y la certeza que transmitía de hallarse en posesión de un antiguo y terrible secreto. Una segunda figura comenzó a emerger de los fantasmagóricos restos de la primera y empezó a adoptar una forma real, a desarrollar bajo la luz acerada el contorno propio y el conjunto de movimientos, líneas y rasgos de una persona viva cuyas principales características físicas iban resultándome más y más familiares a medida que, algo perplejo, las veía cobrar vida.

No era la Muerte quien se encontraba ante mí, sino tan sólo Vernon Dickey, mi suegro.

—¿Me había dormido? —preguntó.

—¿Qué estás haciendo aquí fuera?

—No quería despertaros.

—¿Sabíamos que venías?

—Yo mismo no lo supe hasta ayer por la tarde. He conducido sin parar. Catorce horas.

—Babette se alegrará de verte.

—Lo supongo.

Entramos y puse la cafetera al fuego. Vernon se sentó a la mesa sin quitarse su ajada cazadora vaquera y se puso a jugar con la tapa de un viejo Zippo. Mostraba el aspecto de un mujeriego inveterado en el ocaso de su carrera. Sus cabellos plateados, peinados hacia atrás con coleta, habían cobrado un tinte mustio, cierta decoloración amarillenta. Llevaba barba de al menos cuatro días. Su tos crónica había adquirido un matiz áspero, un elemento de irresponsabilidad. A Babette no le preocupaba tanto su condición como el hecho de que revelara la existencia de un placer sardónico en sus propios accesos y espasmos, como si existiera un componente fatalmente atractivo en aquellos sonidos terribles. Aún lucía su cinturón militar, rematado por una hebilla adornada con un cráneo cuernilargo.

—Bueno, pues qué demonios. Aquí estoy. Tampoco es para tanto.

—¿A qué te dedicas últimamente?

—Pongo un tejado aquí, aplico un antioxidante allá. Hago trabajos aislados, pero cada vez menos. Es lo único que te ofrecen.

Me fijé en sus manos. Ásperas, torcidas, nudosas, permanentemente cubiertas de grasa y de lodo. Él paseó la mirada por la estancia, intentando distinguir algo que

precisara ser reparado o sustituido. El descubrimiento de algún defecto constituía a menudo motivo de disertación. Proporcionaba a Vernon una posición de ventaja para hablar de lavadoras y de juntas de culata, de lechadas, calafateados y revoques. Había ocasiones en las que empleaba ciertos términos —taladradora de trinquete, sierra abrazadera— como si estuviera atacándome. Interpretaba mi ignorancia en tales cuestiones como signo de una incompetencia o estupidez más profundas. Para él, eran las cosas que servían para construir el mundo. No entender o no preocuparse de ellas constituía una traición a los principios fundamentales, al género, a la especie. ¿Qué podía haber más inútil que un hombre que no supiera reparar un grifo que gotea? ¿Qué podía haber más insensible a la historia y a los mensajes transmitidos por sus genes? Personalmente, no estaba muy seguro de discrepar con él.

—El otro día le decía a Babette: «Si hay algo que tu padre no parece es un viudo.»

—¿Qué respondió a eso?

—Piensa que constituyes un peligro para ti mismo. «Se quedará dormido con el cigarrillo en la mano. Morirá abrasado en la cama con una mujer desaparecida a su lado. Desaparecida oficialmente. Alguna pobre mujer sin identificar y con innumerables divorcios a la espalda.»

Vernon tosió de modo aprobatorio ante aquel ejemplo de intuición. Emitió una serie de jadeos pulmonares. Pude oír la mucosidad viscosa que se agitaba en su pecho. Le serví café y aguardé.

—Tan sólo para que sepas cuál es la situación, Jack, te diré que hay una mujer encoñada con casarse conmigo. Acude a una iglesia instalada en una casa rodante. No se lo digas a Babette.

—Sería lo último que haría.

—Se pondría demasiado nerviosa. Comenzaría a freírme a llamadas en las horas de tarifa nocturna.

—Opina que te has vuelto demasiado salvaje para el matrimonio.

—Hoy en día, lo bueno del matrimonio es que no tienes que salir de casa para disfrutar de los pequeños placeres extraordinarios. El hogar norteamericano ha abierto sus puertas a cuanto uno puede desear. Para bien o para mal, así son los tiempos que vivimos. Las esposas hacen de todo. Quieren hacer de todo. No hace falta insinuárselo con miraditas. Lo único disponible en el hogar norteamericano solía ser el acto básico y natural, pero hoy uno puede contar también con las opciones. La cosa se ha puesto seria, te lo aseguro. Hoy en día, todo el mundo comenta que cuantas más variables tienes a tu disposición en casa más prostitutas ves en las calles. ¿A ti que te parece, Jack? Tú eres el profesor. ¿Qué significa?

—No lo sé.

—Las mujeres casadas se ponen bragas comestibles. Conocen el vocabulario y

sus usos. Entretanto, las prostitutas permanecen en las calles día y noche, haga el tiempo que haga. ¿A quién esperan? ¿A turistas? ¿A hombres de negocios? ¿A hombres que se han convertido en depredadores de carne? Es como si todo hubiera saltado por los aires. ¿No he leído no sé dónde que los japoneses viajan a Singapur? Aviones enteros llenos de hombres. Es un pueblo singular.

—¿En serio estás pensando en casarte?

—Tendría que estar loco para casarme con una mujer que acude a una casa rodante para alabar a Dios.

En torno a Vernon se advertía un aura de astucia, una cualidad inexpresiva que denotaba una inteligencia despierta e inquisitiva, una perspicacia siempre a la espera de la ocasión propicia. Todo ello ponía nerviosa a Babette, quien a menudo le había visto deslizarse junto a mujeres en sitios públicos para hacerles preguntas exploratorias con la cautela e inocencia fingida clásicas en él. Rehusaba acompañarle a los restaurantes por miedo a los comentarios distraídos que dirigía a las camareras: observaciones íntimas, hábiles apartes y alusiones pronunciadas con la voz ronca de los viejos locutores de radio. Ya le había hecho pasar más de un momento de inquietud y algún que otro rato de ira y turbación en diversos reservados de locales de poca monta.

En ese momento entró en la habitación enfundada en su atuendo deportivo, lista para una carrera temprana por las gradas del estadio. Al ver a su padre sentado a la mesa, su cuerpo pareció perder la fuerza que lo animaba. Permaneció allí, con las rodillas semidobladas, incapaz de moverse, boquiabierto. Parecía estar realizando una parodia de la estupefacción. Toda ella era estupefacción. Estupefacción en estado puro. Mostraba la misma confusión y alarma que había sentido yo al verle sentado en el jardín, mortalmente inmóvil. Observé cómo su rostro se inundaba de una petrificada expresión de asombro.

—¿Sabíamos que venías? —dijo—. ¿Por qué no llamaste? Nunca llamas.

—Aquí estoy. No es para tanto. Campanas al vuelo.

Ella continuó allí, con las rodillas dobladas, intentando absorber la crudeza de su presencia, su cuerpo nervudo y su rostro fatigado. Qué fuerza épica no representaría él para ella al cobrar forma de aquel modo en su cocina: un progenitor, un padre, cargado con todo el peso de los años, con su densa historia de asociaciones y conexiones, recién llegado para recordarle quién era ella, para arrebatarle su difraz y, sin previo aviso, tomar temporalmente las riendas de su errabunda existencia.

—Podría haber preparado algo. Tienes un aspecto horrible. ¿Dónde quieres dormir?

—¿Dónde dormí la última vez?

Ambos me miraron, intentando recordar.

A medida que preparábamos y consumíamos el desayuno, a medida que los niños

bajaban y se aproximaban cautelosamente a Vernon para que los besara y alborotara el pelo, a medida que transcurrían las horas y Babette se habituaba a la imagen de aquella pausada figura enfundada en vaqueros remendados, comencé a advertir el placer que le proporcionaba revolotear a su alrededor, atendiéndole en pequeños detalles, escuchándole. Era un placer contenido en gestos rutinarios y ritmos automáticos. En ocasiones, se veía obligada a recordar a Vernon qué alimentos eran sus favoritos, cómo le gustaba que se prepararan y sazonaran, qué chistes eran los que mejor contaba, qué figuras del pasado había que recordar como simples mentecatos y cuáles como héroes de cómic. De su cuerpo parecía brotar el verdor de una vida anterior. La cadencia de su voz variaba, impregnándose de un tañido rural. Cambiaban las palabras y las referencias. Se había convertido en una muchacha que había ayudado a su padre a lijar y trabajar el roble viejo, a arrancar radiadores incrustados en el suelo. Sus años de carpintero, su afición por las motocicletas, los tatuajes de sus bíceps.

—Tienes un aspecto más larguirucho, papá. Termínate esas patatas. Hay más en el horno.

—Su madre preparaba las peores patatas fritas que puedas imaginarte. Como las que venden en los parques nacionales —me decía Vernon.

Tras lo cual se volvía hacia ella.

—Jack ya sabe la manía que tengo con los parques nacionales. No logro que me emocionen —decía.

Trasladamos a Heinrich al sofá y le cedimos su dormitorio a Vernon. Resultaba perturbador encontrarle en la cocina a las siete de la mañana, a las seis, a cualquier hora del amanecer en la que se nos ocurriera a Babette o a mí bajar a calentar el café. Daba la impresión de que se esforzaba por desconcertarnos, por excitar nuestra culpabilidad y demostrarnos que por poco que durmiéramos él aún dormía menos.

—Te diré una cosa, Jack. Cuando te haces viejo descubres que te sientes preparado para algo, pero que no sabes de qué se trata. Uno se prepara constantemente. Te pasas el peine por los cabellos, o te sitúas frente a la ventana para mirar al exterior. Siento como si en mi interior hubiera una personita quisquillosa que enredara con todo constantemente. Por eso es por lo que cogí el coche y conduje hasta aquí de un tirón.

—Para romper el sortilegio —dije—. Para escapar de las cosas rutinarias. La rutina puede llegar a ser mortal, Vern, si uno la lleva al extremo. Tengo un amigo que afirma que ése es el motivo por el cual la gente se toma vacaciones. No es para relajarse, ni para divertirse ni para visitar sitios nuevos. Es para escapar a la muerte que existe en la rutina.

—¿Qué es, judío?

—¿Qué tiene que ver eso?

—El canalón del tejado está cediendo —dijo—. Sabes cómo arreglar eso, ¿no?

A Vernon le gustaba holgazanear fuera de la casa, esperando a que llegara el camión de la basura, el servicio de reparaciones del teléfono, el cartero, el repartidor del periódico de la tarde... Gente con quien pudiera charlar de técnicas y procedimientos. De sistemas y métodos especiales. De rutas, plazos y equipos. De este modo, aprendiendo cómo se trabajaba en zonas situadas fuera de su campo de acción, lograba afianzar su dominio de las cosas.

También le gustaba hacer rabiar a los críos, para lo cual adoptaba su típico ademán inexpresivo. Ellos, por su parte, respondían a regañadientes a sus comentarios burlones. Se mostraban suspicaces ante todos sus parientes. Los parientes representaban un tema delicado, y formaban parte de un pasado turbio y complejo, de vidas divididas y de recuerdos susceptibles de ser puestos a flote por medio de una palabra o un nombre.

Le gustaba sentarse a fumar en el herrumbroso maletero de su coche.

En aquellos casos, Babette le observaba desde las ventanas, arreglándose para expresar cariño, inquietud, exasperación, desesperación, esperanza y melancolía, todo ello más o menos simultáneamente. A Vernon le bastaba con cambiar a una postura más cómoda para despertar en ella toda una serie de emociones extremas.

Le gustaba mezclarse con los corrillos de gente en los supermercados.

—Cuento contigo para enterarme, Jack.

—¿Para enterarte de qué?

—Eres la única persona que conozco que posee la educación necesaria para darme una respuesta.

—¿Una respuesta a qué?

—¿La gente era tan estúpida como ahora antes de que existiera la televisión?

Una noche, oí una voz y pensé que estaba gimiendo en sueños. Me puse la bata, salí al pasillo y descubrí que el sonido procedía del televisor instalado en el dormitorio de Denise. Entré y apagué el televisor: se había quedado dormida entre un revoltillo de mantas, libros y prendas de ropa. Movidio por un impulso, me acerqué silenciosamente al armario abierto, encendí la luz interior y escruté el interior en busca de los comprimidos de Dylar. Tenía medio cuerpo fuera y medio cuerpo dentro, pero entorné la puerta cuanto pude. Vi ante mí un amplio despliegue de telas, zapatos, juguetes, juegos y objetos diversos. Rebusqué a mi alrededor, tropezando con la presencia de algún que otro recuerdo evocador de su niñez. Trozos de arcilla, zapatillas de lona, virutas de lapicero. El frasco podía estar oculto en un zapato abandonado, o acaso en el bolsillo de alguna vieja camisa arrebujaada en un rincón. La oí desperezarse y permanecí inmóvil, conteniendo el aliento.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—No te preocupes, soy yo.

—Ya sé que eres tú.

Continué revisando el armario, con la esperanza de que con ello lograría parecer menos culpable.

—Y también sé lo que estás buscando.

—Denise, no hace mucho que me he llevado un susto. Pensé que iba a ocurrir algo terrible. Al final, gracias a Dios, resultó que estaba equivocado, pero aún quedan los efectos secundarios. Necesito el Dylar. Podría ayudarme a resolver mi problema.

Continué rebuscando.

—¿De qué problema se trata?

—¿Acaso no te basta con saber que existe un problema? De otro modo, no estaría aquí. ¿Es que no quieres ser mi amiga?

—Soy tu amiga. Sencillamente, no me gusta que me engañen.

—Nadie intenta engañarte. Tan sólo necesito probar ese medicamento. Quedan cuatro comprimidos. Me los tomaré y asunto terminado.

—No te los tomarás. Se los darás a mi madre.

—Vamos a dejar una cosa bien clara —dije, adoptando el tono de voz que hubiera empleado un alto funcionario estatal—. Tu madre no es una drogadicta, y el Dylar no tiene nada que ver con esa clase de medicamentos.

—¿Qué es, entonces? Dime sencillamente qué es.

Algo había en su voz o en mi corazón o en lo absurdo de la situación que me permitió considerar la posibilidad de responder a su pregunta. Para concederme un respiro. ¿Por qué no decírselo, simplemente? Era ya lo suficientemente responsable y capaz de calibrar las consecuencias de un asunto serio. Me di cuenta de que Babette y yo nos habíamos comportado como unos estúpidos al ocultarle la verdad. La chiquilla estaba ansiosa por aceptar la verdad, por conocernos mejor y amarnos aún más profundamente a pesar de nuestros temores y nuestras debilidades.

Me acerqué a la cama y me senté a los pies. Ella me observaba cuidadosamente. Le revelé los elementos esenciales de la historia, sin mencionar las lágrimas, la pasión, el terror, el horror, la exposición que había sufrido al Niodeno-D, el convenio sexual de Babette con el señor Gray y la perpetua discusión acerca de quién de los dos temía más a la muerte. Me concentré en el medicamento en sí, confesándole cuanto sabía acerca de su comportamiento y sus efectos en el cerebro y el tracto gastrointestinal.

Lo primero que mencionó fueron los efectos secundarios. Toda medicina, dijo, tiene efectos secundarios. Una droga capaz de eliminar el miedo a la muerte tenía que tener unos efectos secundarios sobrecogedores, especialmente si aún se encontraba en período de experimentación. Ni que decir tiene que tenía razón. Babette había hablado abiertamente de la muerte: de la muerte cerebral, de la muerte de hemisferios aislados, de parálisis parciales y de otros síndromes extraños y crueles que podían

afectar al cuerpo y a la mente.

Le dije que el poder de la sugestión podía ser más poderoso que los posibles efectos secundarios.

—¿Recuerdas que oíste en la radio que la nube tóxica podía provocar sudoración en las palmas de las manos? Y a continuación notaste sudor en las palmas, ¿no es así? El poder de la sugestión hace que algunas personas se sientan enfermas y otras reconfortadas. Quizá no tenga importancia el grado de potencia del Dylar. Si creo que puede ayudarme, me ayudará.

—Hasta cierto punto.

—Estamos hablando acerca de la muerte —susurré—. Si lo piensas desde un punto de vista real, lo de menos es lo que puedan contener esos comprimidos. Podría ser azúcar, podría tratarse de una especia. Estoy perfectamente dispuesto a que me engañen, a que me sigan la corriente.

—¿No te parece una actitud un poco estúpida?

—No es más que algo que suele sucederle a las personas que están desesperadas, Denise.

Se hizo el silencio. Esperé que me preguntara hasta qué punto dicha desesperación era inevitable, si a ella le llegaría también el día de experimentar un temor y una tortura similares.

—Da lo mismo que sea fuerte o débil. Hace tiempo que me deshice del frasco —dijo en su lugar.

—No es cierto. ¿Dónde lo tienes?

—Lo arrojé al triturador de basura.

—No te creo. ¿Cuándo?

—Hace cosa de una semana. Temía que Baba revisara mi habitación y lo encontrara, así que decidí quitármelo de en medio. Nadie quería decirme en qué consistía, ¿no es así? Pues bien, lo tiré, mezclado con todo el resto de latas, botellas y trastos y a continuación lo trituré.

—Como si fuera un coche viejo.

—Nadie me decía nada. Era todo cuanto os bastaba hacer. No me he movido de aquí ni un instante.

—Está bien, no te preocupes. Me has hecho un favor.

—Bastaba, yo qué sé, con ocho palabras...

—Estaré mejor sin él.

—No hubiera sido la primera vez que me engañabais.

—Aún te considero mi amiga —dije.

La besé en la frente y me encaminé hacia la puerta. Advertí que me encontraba hambriento, y bajé en busca de algo que comer. La luz de la cocina estaba encendida. Vernon, completamente vestido, estaba sentado frente a la mesa, fumando y tosiendo.

La ceniza del cigarrillo había superado ya los dos centímetros de longitud y comenzaba a ladearse. Era una de sus manías, dejar alargarse la ceniza. Babette opinaba que lo hacía para despertar sentimientos de emoción y ansiedad en los demás. Formaba parte del torbellino en el que se movía.

—Justamente la persona a la que quería ver.

—Salgamos al coche —dijo.

—¿Hablas en serio?

—Tenemos entre manos una situación que conviene tratar en privado, y esta casa está llena de mujeres. ¿Cierto o falso?

—Estamos solos tú y yo. ¿De qué quieres hablar?

—Escuchan en sueños —dijo.

Salimos por la puerta trasera para no despertar a Heinrich. Le seguí a lo largo del sendero que discurría junto al costado de la casa y descendimos los escalones que conducían al camino de acceso. Su cochecito descansaba aparcado entre las sombras. Se sentó al volante y yo me introduje en el asiento contiguo, recogíendome la bata y sintiéndome atrapado por las reducidas dimensiones del vehículo. En el automóvil flotaba un olor que sugería los vapores tóxicos que uno espera encontrar almacenados en las profundidades de una taller de chapa: una mezcla de metal golpeado, trapos inflamables y goma quemada. La tapicería estaba desgarrada. Bajo el resplandor de la farola pude distinguir diversos cables que colgaban del salpicadero y del techo.

—Quiero que te pertenezca, Jack.

—¿Que me pertenezca qué?

—Ha permanecido en mi poder durante años, y ahora quiero que se quede contigo. ¿Quién sabe si volveré a veros alguna vez? Qué demonios. Qué más da. No es para tanto.

—¿Me estás regalando tu coche? No quiero tu coche. Es un trasto horrible.

—¿Has tenido alguna vez un arma de fuego a lo largo de todos los años de madurez que has pasado en este mundo?

—No —dije.

—Eso pensaba. Me dije a mí mismo que tenía frente a mis ojos al último hombre de Norteamérica que aún no contaba con medios de defensa propia.

Alargó la mano hacia un orificio abierto en el asiento trasero y extrajo un pequeño objeto oscuro que sostuvo en la palma de su mano derecha.

—Cógela, Jack.

—¿Qué es esto?

—Pruébala. Cógele el gusto. Está cargada.

Me la entregó. Estúpidamente, pregunté de nuevo: «¿Qué es esto?» Había algo irreal en el hecho de sostener un arma. Permanecí con la mirada fija en aquel objeto, preguntándome cuáles podrían ser los motivos de Vernon para hacer todo aquello.

¿Acaso era el Mensajero de la Muerte, después de todo? Un arma cargada. Apenas tardó un instante en operar un cambio en mí, en hacer que sintiera la mano entumecida mientras la contemplaba, rehusando llamarla por su nombre. ¿Pretendía tal vez provocar en mí la reflexión, renovar el camino, el plan y la estructura de mi vida? Me acometió el impulso de devolvérsela.

—Parece un chisme sin importancia, pero dispara balas de verdad, y eso es lo único que un hombre en tu situación puede exigir con rigor de un arma de fuego. Y no te preocupes, Jack. Es imposible de localizar.

—¿Por qué iba a querer nadie localizarla?

—Simplemente opino que si le entregas un arma a alguien no está de más que le pongas al tanto de los detalles. Esto que ves es una Zumwalt automática del calibre 25. Alemana. No tiene la fuerza de un arma de grueso calibre, pero tampoco vas a tener que enfrentarte a un rinoceronte, ¿no es cierto?

—De eso se trata. ¿A qué tengo que enfrentarme? ¿Para qué necesito yo este trasto?

—No lo llares trasto. Respétala, Jack. Es un arma bien diseñada. Práctica, ligera y fácil de ocultar. Aprende a conocer tu arma. Tan sólo es cuestión de tiempo hasta que te llegue el momento de utilizarla.

—¿Cuándo iba a querer utilizarla?

—Me pregunto si tú y yo pertenecemos al mismo planeta. ¿En qué siglo vives? Observa lo fácil que me resultó colarme en tu jardín. Me habría bastado forzar una ventana para introducirme en la casa. En lugar de mí podía haberse tratado de un ladrón profesional, de un fugitivo de presidio o de uno de esos vagabundos sin afeitar. Podía haber sido uno de esos asesinos que actúan influidos por el Sol. O un funcionario psicópata. Elige lo que prefieras.

—Quizá tú la necesites donde vives. Llévatela. Aquí no la queremos.

—Yo ya me he buscado una Magnum de campaña y la conservo junto a la cama. Detestaría tener que contarte con detalle el efecto que puede tener sobre los rasgos faciales de un hombre.

Me contempló con expresión astuta y yo desvié de nuevo la mirada hacia el arma. Se me ocurrió que tenía ante mí el instrumento definitivo a la hora de determinar nuestra competencia en el mundo. La sopesé en la palma de la mano y olisqueé el cañón acerado. Más allá de su sentido de la competencia, del bienestar y de la valía personal, pensé, ¿qué significado tiene para una persona el portar un arma mortífera, saber manejarla y hallarse dispuesto y preparado para usarla? Un arma mortífera oculta. Era un secreto, una segunda vida, un sueño, un sortilegio, una maquinación, un delirio.

Alemana.

—No se lo digas a Babette. Se pondría histérica si supiera que guardas un arma

de fuego.

—No la quiero, Vern. Llévatela.

—Y tampoco la guardes en cualquier sitio. Basta con que la descubra un crío para que te encuentres inmediatamente con una situación de crisis. Sé listo. Piensa dónde puedes guardarla de tal modo que esté ahí cuando la necesites. Imagina con antelación cuál puede ser tu campo de tiro. Si te topas con un intruso, ¿por dónde es más probable que haya entrado? ¿Qué camino seguirá para llegar hasta los objetos de valor? Si entra un loco, ¿qué lugar elegirá para tenderte una emboscada? Los locos son impredecibles precisamente porque ellos mismos ignoran lo que están haciendo. Pueden aparecer en cualquier lugar, incluso en la rama de un árbol. Considera la posibilidad de incrustar cristales en las repisas de las ventanas. Aprende a tirarte al suelo sin pensarlo dos veces.

—Esto es un pueblecito. Aquí no queremos armas.

—Por una vez en tu vida, compórtate como una persona inteligente —repuso desde las tinieblas del coche—. Aquí no se trata de lo que tú quieras.

A primera hora del día siguiente se presentó un equipo de obreros para reparar la calle. A Vernon le faltó tiempo para salir a observar cómo taladraban y levantaban el asfalto. No se separó de ellos hasta que terminaron de apisonar el humeante alquitrán. Cuando partieron, percibimos que su visita había concluido, desintegrada por el desvanecimiento de su propio impulso. Comenzamos a ver un espacio vacío en el lugar que ocupaba Vernon. Él, por su parte, nos contemplaba desde una distancia prudencial, como si fuéramos extraños capaces de alimentar quién sabe qué resentimientos secretos. Nuestros esfuerzos por conversar se veían asaltados por una fatiga indefinible.

Cuando salimos a la acera, Babette abrazó a su padre y rompió en sollozos. Él, preparándose para la partida, se había afeitado, había lavado el coche y se había atado un pañuelo azul en torno al cuello. Parecía que Babette no habría de cansarse nunca de llorar. Le miraba a los ojos y reanudaba el llanto. Le abrazaba y seguía llorando. Le entregó un recipiente de plástico lleno de emparedados, de pollo y de café, y se echó a llorar de nuevo cuando él lo dejó sobre el asiento destripado y la tapicería destrozada.

—Es una buena chica —me dijo en tono seco.

Tras introducirse en el asiento del conductor, se atusó la coleta con los dedos mientras comprobaba el resultado en el espejo retrovisor. Tosió un poco para obsequiarnos con una última muestra del azote de su flema. Babette rompió a sollozar una vez más. Nos inclinamos por el costado opuesto y le observamos acomodarse en su postura favorita entre la portezuela y el asiento, dejando colgar el brazo izquierdo por la ventanilla.

—No os preocupéis por mí —dijo—. El hecho de que cojee un poco al andar no

tiene ninguna importancia. A mis años, las personas cojeamos. La cojera es algo completamente normal cuando se alcanza cierta edad. Y olvidaos también de la tos. Toser es sano. Así mueves la porquería. La porquería no te hace daño a no ser que permanezca inmóvil en un mismo lugar durante años. Resumiendo, que la tos es buena. Lo mismo que el insomnio. El insomnio está muy bien. ¿Qué gano yo con dormir? Uno alcanza una edad en la que cada minuto de sueño es un minuto menos que tiene para hacer cosas útiles como toser o cojear. En cuanto a las mujeres, da igual. Las mujeres también están bien. Alquiler una película y disfrutas del sexo. Ayuda a impulsar la sangre hacia el corazón. Tampoco importan los cigarrillos. Me gusta pensar que me estoy saliendo con la mía en algo. Que dejen de fumar los mormones, si quieren. Terminarán muriéndose de algo igualmente grave. El dinero no es problema. Tengo mis ingresos perfectamente organizados. Pensiones cero, ahorros cero y acciones y bonos cero. Conque no vale la pena que os preocupéis al respecto. De todo eso ya me he ocupado yo. Tampoco os inquietéis por la dentadura. Tengo unos dientes magníficos. Cuanto más sueltos están, más puedes moverlos con la lengua, y con eso la mantienes ocupada. No os preocupéis de los temblores. Todo el mundo tiembla de vez en cuando y, además, sólo me ocurre con la mano izquierda. Para disfrutar de tus propios temblores, basta con imaginarte que la mano pertenece a otra persona. Y no conviene prestar atención a súbitas e inexplicables pérdidas de peso. No tiene sentido que uno pretenda comer algo que no ve, lo que a su vez resta importancia a los ojos. Tampoco pueden empeorar más de lo que ya están. Olvidaos por completo de la mente. La mente va antes que el cuerpo, tal y como debe ser, así que no os preocupéis por ella. No le pasa nada. Preocupaos del coche. La dirección está fatal. Ha habido que revisar los frenos tres veces. Y el capó se abre de golpe cada vez que hay baches.

Inexpresivo. A Babette le divirtió la última parte. Todo lo que dijo acerca del coche. Yo permanecí allí, atónito, viéndola girar en círculos, reírse, doblar las rodillas y arrastrar los pies, todos sus temores y defensas dispersos por la astuta historia de su voz.

Llegó la época de las arañas. Arañas en los rincones superiores de las habitaciones. Capullos envueltos por tela de araña. Cabellos gráciles y plateados que semejaban el juego puro de la luz, de la luz como una noticia evanescente o una idea nacida de ella misma. En el piso de arriba, la voz dijo: «Fijaos ahora. Joanie está intentando romperle la rótula a Ralph con un palo de *bushido*. Le golpea, él cae y ella echa a correr.»

Denise hizo saber a Babette que Steffie había acudido a una revisión rutinaria del pecho para comprobar la existencia de bultos, y Babette me lo contó a mí.

Murray y yo alargamos la duración de nuestros paseos contemplativos. Un día, en el pueblo, él mismo se avergonzó del entusiasmo que le asaltó súbitamente al surgir el tema del estacionamiento en batería. Las hileras de automóviles aparcados en diagonal poseían para él una mezcla de encanto y de carácter de algo nativo. Aquella forma de estacionamiento constituía un elemento indispensable del paisaje urbano de Norteamérica incluso en el caso de vehículos fabricados en el extranjero. Semejante disposición no sólo resultaba práctica sino que evitaba la confrontación y la imagen de asalto sexual de los automóviles aparcados en línea en las ciudades.

Murray afirma que es posible sentir nostalgia de un lugar aunque no te hayas marchado de él.

Un mundo de dos plantas en una avenida principal cualquiera. Modesta, ordenada, comercial sin ser apresurada; una avenida de las de antes de la guerra, con rastros de arquitectura de la época que sobrevivan en los pisos altos, en las cornisas de cobre y en las ventanas de plomo, en el friso de ánforas que adorna la entrada de la tienda de saldos.

Me hacía pensar en la Ley de las Ruinas.

Le conté a Murray que Albert Speer había pretendido construir estructuras proyectadas para sufrir una descomposición gloriosa, formidable, como la de las ruinas romanas. Nada de construcciones oxidadas o nudosos esqueletos de acero retorcido. Sabía que Hitler se mostraría partidario de cualquier cosa que prometiera impresionar a la posteridad. Diseñó para el Reich una estructura que habría de ser construida con materiales especiales que le permitieran ir derrumbándose románticamente. En su dibujo podían verse muros caídos y medias columnas arropadas por la glicinia. El diseño de la ruina forma parte del de la propia creación, dije, lo que demuestra la existencia de cierta nostalgia tras el principio de poder, o acaso cierta tendencia a determinar los anhelos de las generaciones futuras.

—Personalmente, no confío en otra nostalgia que en la mía. La nostalgia es un producto de la insatisfacción y la rabia. Es un arreglo de cuentas entre el presente y el

pasado. Cuanto más potente es la nostalgia, más nos aproxima a la violencia. La guerra es la forma que adopta la nostalgia cuando los hombres sienten la necesidad perentoria de decir algo bueno acerca de su país —dijo Murray.

Una racha de tiempo húmedo. Abrí la nevera y escruté el cajón del congelador. Distinguí el extraño crujido que surgía de las envolturas de plástico, del acogedor abrigo de las cosas a medio consumir, de las bolsas de Ziploc colmadas de hígados y de costillas, todas ellas relucientes de cristales de escarcha. Una efervescencia seca y gélida. Un sonido como si algo se estuviera descomponiendo, transformándose en vapores de freón. Un chisporroteo misterioso, insistente y al mismo tiempo casi subliminal, que me hizo pensar en almas en hibernación, en formas de vida latentes que van aproximándose a un estado de percepción.

No había nadie a la vista. Atravesé la cocina, abrí el cajón del triturador y me asomé al interior de la bolsa de basura. Exudaciones de un cubo de latas medio destrozadas, perchas viejas, huesos de animales y otros desperdicios diversos. Las botellas, rotas; los cartones, aplastados. Los colores de los productos conservaban todo su brillo y su intensidad. Grasas, jugos y espesos sedimentos que rezumaban a través de capas de materia vegetal comprimida. Me sentí como un arqueólogo a punto de abrirse paso entre un nuevo hallazgo de fragmentos de utensilios y desechos prehistóricos. Hacía unos diez días que Denise había arrojado el Dylar al triturador. No cabía duda de que para entonces aquella partida de basura ya habría sido eliminada y recogida, e incluso si no fuera así, los comprimidos habrían sido despedazados por el triturador.

Aquella certeza contribuyó a mi esfuerzo por creer que me estaba limitando a pasar el rato escarbando en la basura.

Desasí las abrazaderas de cierre, descorrí el pestillo y extraje la bolsa. El hedor me golpeó con una fuerza demoledora. ¿Podía ser realmente nuestro todo aquello? ¿Nos pertenecía? Aquella masa comprimida reposaba frente a mí como una escultura moderna cargada de ironía, como una vasta mole achatada y burlona. La tumbé con el mango de un rastrillo y a continuación esparcí su contenido sobre el suelo de cemento. Lo revisé minuciosamente, investigando cada una de las masas informes que lo componían, preguntándome a qué se debería que me sintiera culpable, como un violador de la intimidad ajena ocupado en desenmascarar secretos privados y acaso vergonzosos. Resultaba difícil no distraer la atención ante algunas de las cosas que habían sido condenadas a la acción del monstruoso artilugio. Sin embargo, ¿por qué me sentía como si fuera un espía doméstico? ¿Tan privada es la basura? ¿Refleja acaso su núcleo nuestro calor personal, el rastro de nuestra naturaleza íntima y las revelaciones de anhelos secretos e imperfecciones humillantes? ¿Qué hábitos, fetiches, vicios e inclinaciones revela? ¿Qué actos solitarios, qué rutinas de comportamiento? Descubrí dibujos realizados con cera que representaban figuras

dotadas de pechos opulentos y genitales masculinos. Había un largo trozo de cordel salpicado de nudos y lazos. A primera vista, su distribución parecía haber obedecido al azar, pero al estudiarlo más de cerca creí adivinar la existencia de una complicada relación entre el tamaño de los lazos, la complejidad de los nudos (sencillos o dobles) y los intervalos entre lazos, nudos cerrados y nudos abiertos. Cierta oscura geometría o quien sabe qué festón simbólico de obsesiones. Descubrí una piel de plátano con un tampón en su interior. ¿Representaba aquello el lado oscuro de la conciencia del consumidor? Tropecé con una horrible masa apelmazada de cabellos, jabón, bastoncillos para los oídos, cucarachas aplastadas, anillas de lata, gasas estériles manchadas de pus y de grasa de beicon, trozos desgastados de seda dental, fragmentos de recambios de bolígrafo y mondadientes en los que aún podían adivinarse trocitos de comida atravesados. Había un par de calzoncillos hechos jirones con restos de pintura de labios: acaso un recuerdo del motel Grayview.

Así y todo, ni rastro de fragmentos de un frasco de color ámbar, ni tampoco restos de aquellos comprimidos en forma de platillo volante. No importaba. Me enfrentaría a lo que tuviera que enfrentarme sin ayudas químicas. Babette había dicho que el Dylar era como castillos en el aire. Tenía razón; Winnie Richards tenía razón; Denise tenía razón. Todas ellas eran amigas mías y todas tenían razón.

Decidí someterme a un nuevo examen médico. Cuando llegaron los resultados, acudí a ver al doctor Chakravarty en su diminuta consulta del complejo sanitario. Se sentó y comenzó a leer la lista de datos impresos. Era un hombre de mejillas abultadas y ojeras en los párpados. Mantuvo sus alargadas manos apoyadas sobre la mesa mientras hacía oscilar levemente la cabeza.

—Conque una vez más aquí, señor Gladney. Últimamente, le vemos muy a menudo. Resulta agradable encontrar un paciente que se toma en serio su condición.

—¿Qué condición?

—Su condición de paciente. La mayor parte de las personas tienden a olvidar que son pacientes. Tan pronto abandonan el hospital o la consulta del doctor, se limitan a olvidarlo. Pero son todos pacientes permanentes, lo quieran o no. Yo soy el médico y usted es el paciente. Los médicos no dejan de ser médicos cuando concluye la jornada, y los pacientes deberían hacer lo propio. La gente espera de los médicos que apliquen a su condición la mayor seriedad, habilidad y experiencia posibles. Pero ¿y los pacientes? ¿Hasta qué punto se comportan ellos de un modo profesional?

Mientras decía todo aquello con su meticuloso sonsonete no levantó ni una sola vez los ojos del papel.

—Me temo que no me gustan nada sus niveles de potasio —continuó—. Fíjese en esto. Un número entre paréntesis señalado con asteriscos.

—¿Qué significa eso?

—No tiene sentido explicárselo por el momento.

—¿Cómo tenía el potasio la última vez?

—La verdad es que dentro de la media normal. Sin embargo, puede tratarse de un error de recuento. Estamos hablando de la totalidad del contenido sanguíneo. Existe la cuestión de la barrera de gel. ¿Sabe usted lo que significa?

—No.

—No hay tiempo ahora para explicarlo. Existen elevaciones auténticas y elevaciones falsas. Es todo cuanto debe saber.

—¿Cuál es exactamente la elevación de mi nivel de potasio?

—No cabe duda de que se ha disparado.

—¿Qué podría indicar eso?

—Podría no significar nada y podría significar algo muy serio.

—¿Cómo de serio?

—Aquí ya entramos en el terreno de la semántica —dijo.

—A lo que me refiero es a si este grado de potasio podría constituir una indicación de que existe una condición que comienza a manifestarse. ¿Una condición provocada quizá por haber ingerido algo, por una exposición, una contaminación involuntaria o alguna sustancia absorbida del aire o de la lluvia?

—¿Tiene usted la certeza de haber entrado en contacto con alguna sustancia así?

—No —repuse.

—¿Está seguro?

—Completamente. ¿Por qué? ¿Acaso las cifras señalan la posibilidad de haber sufrido una exposición a algo?

—Si no ha sufrido ninguna, mal podrían indicarlo, ¿no le parece?

—En ese caso, estamos de acuerdo.

—Dígame una cosa con toda sinceridad, señor Gladney. ¿Cómo se encuentra?

—Que yo sepa, me encuentro muy bien. De primera. Relativamente hablando, me encuentro mejor de lo que me había encontrado en años.

—¿A qué se refiere al decir «relativamente hablando»?

—Teniendo en cuenta que ahora soy más viejo.

Me contempló detenidamente. Parecía estar tratando de doblegarme con la mirada. Por fin, anotó algo en mi ficha.

Me sentí como si fuera un crío al que hubieran enviado a ver al director del colegio para explicar una serie de ausencias injustificadas.

—¿Cómo podemos saber si la elevación es auténtica o falsa?

—Le enviaré a Glassboro para que le hagan más pruebas, ¿le parece? Ahora disponen de unas instalaciones nuevas conocidas con el nombre de Granjas de Otoño. Cuentan con equipos completamente nuevos. Verá como no se arrepiente. Da gusto verlos.

—De acuerdo, pero ¿es el potasio lo único que tenemos que controlar?

—Cuanto menos sepa, mejor. Vaya a Glassboro. Dígales que le hagan una revisión a fondo. Que no dejen piedra sin remover. Y dígales que le envíen de nuevo a mi consulta con los resultados sellados. Los analizaré hasta el más mínimo detalle. Los comprobaré, lo que se dice, con microscopio. En las Granjas de Otoño cuentan con los instrumentos más delicados que se fabrican, se lo aseguro. Tienen a los mejores técnicos del tercer mundo y disponen de los procedimientos más avanzados.

Desplegó ante mí una sonrisa radiante como un fruto maduro.

—Usted y yo, en tanto que médico y paciente, podemos hacer cosas que ninguno de los dos podría hacer por separado. Uno nunca puede ser demasiado cuidadoso. «Hombre prevenido, vale por dos», como dice el refrán. ¿Se trata de un proverbio o de una máxima? Usted, profesor, sabrá decírmelo, seguramente.

—Necesito tiempo para reflexionar sobre ello.

—En cualquier caso, la prevención es lo que cuenta, ¿no cree? Acabo de ver el último número de *Mortandad Nacional*. Francamente impresionante. La industria apenas logra dar abasto para ocuparse de la enorme cantidad de fallecimientos que tienen lugar.

Babette tenía razón. Hablaba inglés admirablemente. Regresé a casa y empecé a tirar cosas a la basura. Tiré cebos de pesca, pelotas de tenis deshinchadas, maletas rotas. Registré el ático en busca de muebles viejos, pantallas desechadas, biombos doblados y barras de cortina torcidas. Tiré marcos, zapateros, paragüeros, perchas, cunas y sillas de bebé; tiré bandejas de cama abatibles, sillitas de juguete y tocadiscos estropeados. Tiré papel de forrar, papel de cartas desvaído, manuscritos de artículos escritos por mí, galeradas de esos mismos artículos y todos los periódicos en los que habían aparecido impresos. Cuantas más cosas tiraba, más iban apareciendo. La casa era un laberinto color sepia de objetos viejos y fatigados. Nos hallábamos rodeados por una inmensidad de cosas, por un sobrecarga insoportable, por una conexión, una mortalidad.

Recorrí todas las habitaciones, arrojando cosas en cajas de cartón. Ventiladores de plástico, tostadoras quemadas, ganchillos decorativos de *Star Trek*. Tardé bastante más de una hora en trasladarlo todo a la acera. Nadie me ayudó. En ese instante no quería ayuda, ni compañía, ni comprensión humana. Sencillamente, deseaba sacar todo aquello de la casa. Me senté a solas en los escalones de la puerta principal, esperando que el aire que me rodeaba se impregnara de una atmósfera de paz y tranquilidad.

Por la calle pasó una mujer. Iba diciendo: «Un descongestionador, un antihistamínico, un analgésico y algo para la tos.»

Babette no se cansaba de escuchar tertulias radiofónicas.

—Detesto mi cara —decía una mujer—. Llevo ya años con este mismo problema. Desde el punto de vista del aspecto físico, creo que es la peor que me podía haber tocado. Sin embargo, ¿qué puedo hacer para no verla? Aunque me quitaran todos los espejos, aún me las arreglaría para toparme con ella. Por un lado, ¿cómo puedo evitar mirarme? Pero, por otro, aborrezco hacerlo. En otras palabras, que sigo mirándome. Porque, al fin y al cabo, ¿de quién es la cara? ¿Qué voy a hacer? ¿Olvidarme de que está ahí? ¿Imaginarme que pertenece a otra persona? Lo que intento con esta llamada, Mel, es descubrir a otras personas a las que les cueste trabajo aceptar su propio rostro. Y, para empezar, tengo las siguientes preguntas: ¿Qué aspecto teníamos antes de nacer? ¿Qué aspecto tendremos en nuestra vida futura, independientemente de nuestra raza y color?

Babette pasaba casi todo el tiempo enfundada en su chándal. Era una prenda gris y anodina que pendía holgadamente en torno a su cuerpo. Lo utilizaba para cocinar, para llevar a los niños al colegio y para acudir a la ferretería y a la papelería. Cavilé un rato sobre la cuestión, hasta que decidí que no había en ello nada excesivamente extraño, nada por lo que hubiera que inquietarse ni tampoco ningún motivo para temer que estuviera hundiéndose en la desesperación y la apatía.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté—. Dime la verdad.

—¿Cuál es la verdad? Paso más tiempo con Wilder. Wilder me ayuda a seguir adelante.

—Dependo de que sigas siendo la Babette de siempre: sana y ansiosa por salir. Lo necesito tanto como tú, si no más.

—¿Qué es la necesidad? Todos necesitamos algo. ¿Qué hay de peculiar en todo esto?

—¿Sientes que eres básicamente la misma?

—¿Te refieres a si me preocupa la muerte? Mis miedos no han desaparecido, Jack.

—Tenemos que mantenernos activos.

—La actividad ayuda, pero Wilder ayuda aún más.

—¿Se trata de mi imaginación —dije— o realmente es que cada vez charla menos?

—Bastante charla hay ya. ¿Qué es charlar? No quiero que charle. Cuanto menos charle, mejor.

—Denise está preocupada por ti.

—¿Quién?

—Denise.

—Decir charla es decir radio —dijo ella.

Denise no permitía que su madre saliera a correr a no ser que ésta le prometiera ponerse varias capas de crema solar. La muchacha solía seguirla hasta el exterior para aplicarle una última pincelada de loción sobre la nuca, y luego se ponía de puntillas para extenderla uniformemente. Intentaba cubrir todas las partes que podían quedar al descubierto. Las cejas, los párpados. Ambas sostenían violentas discusiones acerca de la necesidad de todo aquello. Denise afirmaba que el sol constituía un riesgo para las personas de piel clara, pero su madre defendía que todo aquello no era más que propaganda de las enfermedades.

—Además, yo soy una corredora —decía—. Un corredor es, por definición, alguien menos propenso a resultar afectado por cualquier rayo pernicioso que alguien que esté de pie o caminando.

Denise se volvía de un salto hacia mí con los brazos extendidos, implorándome con todo su cuerpo que sacara a aquella mujer de su error.

—Los peores rayos son los que caen directamente —dijo Babette—. Eso significa que cuanto más deprisa avance una persona más probabilidades tiene de recibir únicamente radiaciones parciales, rayos desviados, reflexiones.

Denise adoptaba una actitud boquiabierta y doblaba las rodillas. Lo cierto es que yo mismo no estaba tan seguro de que su madre no tuviera razón.

—Todo eso no es más que un dispositivo comercial —decía, a modo de resumen—. El factor de protección, el márketing, el miedo y las enfermedades. Siempre van unidos.

Me llevé a Heinrich y a Orest Mercator —su amigo el de las serpientes— a cenar al centro comercial. Eran las cuatro de la tarde, hora en que Orest debía realizar la comida principal de acuerdo con su plan de entrenamiento. A petición suya, acudimos a Casa Mario, propiedad de Vincent, una estructura de barracones provistos de troneras que parecía formar parte de algún sistema costero de defensa.

Me había sorprendido a mí mismo en diversas ocasiones pensando en Orest y en sus serpientes, y quería volver a hablar con él.

Nos sentamos en un reservado tapizado de color rojo sangre. Orest asió con sus manazas el menú, adornado con borlas. Sus hombros parecían más anchos que nunca, y la severa cabeza del muchacho aparecía parcialmente sumergida entre ellos.

—¿Qué tal marcha el entrenamiento? —pregunté.

—Estoy bajando un poco el ritmo. No quiero completarlo demasiado pronto. Sé cómo cuidar de mi cuerpo.

—Heinrich me dijo que duermes sentado para estar habituado cuando te metas en la jaula.

—Ya he perfeccionado eso. Ahora hago otras cosas.

—¿Como qué?

—Como acumular hidratos de carbono.

—Por eso hemos venido aquí —dijo Heinrich.

—Cada día acumulo unos pocos más.

—Es debido a la enorme cantidad de energía que consumirá diariamente cuando esté en la jaula, manteniéndose alerta, tensando los músculos cuando se aproxime una mamba, cosas así.

Pedimos pasta y agua.

—Dime una cosa, Orest. A medida que se aproxima el momento, ¿comienzas a experimentar ansiedad?

—¿Ansiedad? Tan sólo deseo meterme en la jaula. Cuanto antes, mejor. Así es Orest Mercator.

—¿No estás nervioso? ¿No piensas en lo que podría ocurrirte?

—Le gusta mostrar una actitud positiva —dijo Heinrich—. De eso se trata hoy en día con los deportistas: no pierden el tiempo con los aspectos negativos.

—Dime, pues: ¿qué es aquí lo negativo? ¿En qué piensas cuando piensas en lo negativo?

—He aquí lo que pienso: sin las serpientes, no soy nada. Ése es el único aspecto negativo. Lo negativo sería que no pudiera hacerlo, que la sociedad no me permitiera introducirme en la jaula. ¿Cómo puedo llegar a ser el mejor en mi especialidad si no me permiten ponerla en práctica?

Me gustaba verle comer. Engullía la comida ateniéndose a principios aerodinámicos, diferencias de presión y velocidades de admisión. Comía en actitud silenciosa y decidida, acumulando alimento, centrándose, pareciendo más consciente de su propia importancia con cada dosis de almidón que se deslizaba sobre su lengua.

—Sabes que puedes resultar mordido. Ya hablamos de ello la última vez. ¿Has pensado en lo que ocurre una vez que los colmillos se han cerrado sobre tu muñeca? ¿Piensas alguna vez en morir? Eso es lo que quiero saber. ¿Te asusta la muerte? ¿Persigue la muerte tus pensamientos? Permíteme que ponga las cartas sobre la mesa, Orest. ¿Te da miedo morir? ¿Eres capaz de experimentar miedo? ¿Tiemblas o sudas cuando sientes miedo? ¿Sientes que una sombra atraviesa la habitación cuando piensas en la jaula, en las serpientes, en los colmillos?

—¿Qué fue lo que leí hace pocos días? Que hoy hay más gente muerta que si juntamos toda la historia de la humanidad. ¿Qué importa uno más? Personalmente, no me importaría morir intentando incluir el nombre de Orest Mercator en el libro de los récords.

Miré a mi hijo.

—¿Intenta decirnos que está muriendo más gente en este período de veinticuatro

horas que en todo el resto de la historia del ser humano? —pregunté.

—Está diciendo que hay más muertos hoy que en ningún otro momento de la historia.

—¿Qué muertos? Defíneme qué entiendes por muertos.

—Se refiere a las personas que hoy están muertas.

—¿Qué quieres decir con que hoy están muertas? Todos los que han muerto están muertos.

—Se refiere a la gente que está en las tumbas. A los muertos conocidos. A los que uno puede contar.

Les escuchaba con toda mi atención, intentando comprender a qué se referían exactamente. Trajeron un segundo plato de comida para Orest.

—Sin embargo, hay gente que permanece cientos de años en la tumba. ¿Está diciendo que hay más muertos dentro de las tumbas que fuera de ellas?

—Depende de lo que quieras decir con «fuera de ellas».

—No sé qué quiero decir. Los ahogados. Los que mueren despedazados por una bomba.

—Hay ahora más muertos que en ningún otro momento de la historia. Eso es todo lo que quiere decir.

Seguí observándole durante unos instantes y me volví hacia Orest.

—Piensas enfrentarte deliberadamente a la muerte. Te estás preparando para hacer exactamente aquello que el resto de las personas se pasan la vida intentando evitar, y quiero saber por qué.

—Mi entrenador suele decir: «Respira y no pienses.» Dice: «Sé como la serpiente y adquirirás la inmovilidad de la serpiente.»

—Ahora tiene entrenador —dijo Heinrich.

—Es un musulmán suní —dijo Orest.

—Iron City tiene una comunidad suní. Viven cerca del aeropuerto.

—La mayoría son coreanos, pero el mío es árabe, creo.

—Cuando dices coreanos, ¿no te referirás quizá a los *moonies*?^[*]

—Él es suní —insistió Orest.

—Sin embargo, los coreanos son los *moonies*. Aunque tampoco es así, me imagino. La cúpula de su secta lo es.

Ambos parecieron reflexionar sobre aquello. Seguí contemplando a Orest mientras comía. Observé cómo tragaba bocado tras bocado de espagueti. Mantenía la cabeza inmóvil y siempre solemne, a modo de acceso para la comida que el tenedor transportaba mecánicamente. Transmitía una sensación de acto deliberado a la vez que perseguía íntimamente un curso de acción prefijado. Si cada uno de nosotros representamos el centro de nuestras respectivas existencias, Orest parecía decidido a ampliar dicho centro hasta abarcarlo todo. ¿Es eso lo que hacen los atletas?

¿Proporcionar una mayor plenitud a su propia identidad? Tal vez el motivo de que los envidiemos reside en una resolución que poco tiene que ver con el deporte. Al entrenarse para el peligro consiguen escapar de él de un modo más profundo, se acomodan en una especie de perspectiva angelical desde la que les es posible liberarse de la muerte cotidiana. No obstante, ¿era acaso Orest un atleta? No planeaba hacer otra cosa que sentarse: permanecer sentado durante sesenta y siete días en una jaula de cristal a la espera de ser mordido en público.

—No tendrás oportunidad de defenderte —dije—. Y no sólo eso, sino que estarás encerrado en una jaula en compañía de las criaturas más resbaladizas, repugnantes y temidas del planeta: las serpientes. La gente sufre pesadillas con las serpientes. Seres vertebrados, ovíparos y de sangre fría que reptan y se deslizan. La gente acude al psicólogo por su culpa. Las serpientes ocupan un lugar especialmente viscoso en nuestro inconsciente colectivo. ¿Y tú, sin embargo, estás dispuesto a encerrarte voluntariamente en un espacio reducido con treinta o cuarenta de las especies más venenosas del planeta?

—¿Por qué viscosas? No son viscosas.

—Su célebre viscosidad no es más que un mito —dijo Heinrich—. Va a meterse en una jaula en la que habrá víboras del Gabón dotadas de colmillos de cinco centímetros. Y a lo mejor, una docena de mambas. Ocurre que la mamba es el más veloz de los ofidios terrestres. ¿No te parece que la viscosidad es lo de menos?

—Precisamente a eso es a lo que me refiero. Colmillos. Mordeduras de serpiente. Todos los años mueren cincuenta mil personas a causa de mordeduras de serpiente. Lo dijeron en televisión la otra noche.

—No hay nada que no hayan dicho en la televisión la otra noche —comentó Orest.

Admiré su respuesta. Creo que incluso le admiraba a él. Estaba construyéndose una identidad imperial a base de una aspiración puramente imprimible. Se entrenaba sin descanso, hablaba de sí mismo en tercera persona y se atiborraba de hidratos de carbono. Siempre tenía a su lado a su entrenador, y sus amigos se acercaban a él atraídos por el aura de un riesgo inspirado. A medida que se acercara el momento, iría creciendo su fuerza vital.

—Su entrenador está enseñándole a respirar al modo antiguo, a la manera de los musulmanes suníes. Una serpiente es una cosa, pero una persona puede ser mil cosas distintas.

—Sé como las serpientes —dijo Orest.

—La gente comienza a interesarse por el tema —dijo Heinrich—. Es como si empezara a cobrar cuerpo. Como si se dieran cuenta de que realmente va a hacerlo. Como si ahora ya le creyeran. Lo que se dice *el paquete completo*.

Si la propia identidad es la muerte, ¿cómo puede ser también más potente que la

muerte?

Pedí la cuenta. Extraños destellos del señor Gray. Una imagen grisácea y goteante ataviada con calzoncillos grises y calcetines. Extraje varios billetes de la cartera, frotándolos con los dedos para asegurarme de que no se adherían entre sí. En el espejo del motel se reflejaba toda la historia de mi vida, un cuerpo de piel blanca y pecho abundante, rodillas rosadas y dedos achatados en los pies, cubierto tan sólo por unas medias verdes, como una adolescente que despertara los vítores de los concurrentes a una orgía.

Cuando regresamos a casa la encontré planchando en el dormitorio.

—¿Qué estás haciendo?

—Escuchar la radio, pero acaba de apagarse.

—Si pensabas que habíamos terminado con la cuestión del señor Gray, creo que es hora de que te ponga al día.

—¿Estamos hablando del señor Gray como componente o del señor Gray como individuo? En eso reside toda la diferencia.

—Desde luego. Denise tiró los comprimidos al triturador.

—¿Significa eso que ya hemos terminado con el Gray componente?

—Ignoro lo que significa.

—¿Significa que has desplazado tu atención masculina al individuo del motel?

—Yo no he dicho eso.

—No hace falta que lo digas. Eres un hombre. Los hombres siempre responden a la llamada de la furia homicida. Es una trayectoria biológica. La simple, estúpida y ciega trayectoria biológica masculina.

—Qué hogareño: planchando pañuelos.

—Jack, el día en que mueras me desplomaré sobre el suelo y no me levantaré de ahí. Al final, después de mucho tiempo, puede que alguien me encuentre acurrucada en la oscuridad: encontrarán a una mujer desprovista de habla y de gestos. Pero entretanto no pienso ayudarte a localizar a este hombre ni a sus medicamentos.

—Eterna sabiduría de las que planchan y cosen.

—Pregúntate qué deseas más, si aliviar tus miedos ancestrales o vengar tu absurdo e infantil orgullo masculino herido en lo más profundo.

Descendí al vestíbulo para ayudar a Steffie a hacer las maletas. Un locutor deportivo aclaraba: «No es “búuu, búuu”, no les abuchean; es “Bruce, Bruce”.» Denise y Wilder estaban con ella. De la velada atmósfera reinante deduje que Denise había estado dándole consejos confidenciales sobre cómo conducir las visitas a progenitores distantes. El vuelo de Steffie saldría de Boston y realizaría dos escalas entre Iron City y México capital; sin embargo, no tendría que cambiar de avión, por lo que la situación parecía aceptable.

—¿Cómo puedo estar segura de reconocer a mi madre?

—La viste el año pasado —dije—, y te gustó.

—¿Y si se niega a enviarme de vuelta?

—Imagino que semejante idea debemos agradecerse a Denise, ¿no es cierto?

Gracias, Denise. No te preocupes. Lo hará.

—¿Y si no lo hace? —preguntó de nuevo Denise—. Esas cosas pasan, ¿sabes?

—No pasará esta vez.

—Tendrías que ir a secuestrarla.

—Eso no será necesario.

—¿Y si lo es? —dijo Steffie.

—¿Lo harías? —inquirió Denise.

—Jamás podría suceder una cosa así.

—Sucede continuamente —repuso ella—. Uno de los padres se lleva al niño y el otro se ve obligado a contratar a unos secuestradores para que se lo devuelvan.

—¿Y si decide quedarse conmigo? —dijo Steffie—. ¿Qué harás?

—Tendrá que enviar a alguien a México. Es lo único que puede hacer.

—Pero ¿lo haría? —insistió ella.

—Tu madre sabe muy bien que no puede quedarse contigo —dije—. Se pasa la vida viajando. No hay posibilidad alguna.

—No te preocupes —le dijo Denise—. Diga lo que diga ahora, sabrá recuperarte si llega el caso.

Steffie me contempló con profundo interés y curiosidad. Le dije que acudiría a México personalmente y que haría lo que tuviera que hacer para traerla de regreso. Ella consultó a Denise con la mirada.

—Es mejor contratar a alguien —dijo la mayor en tono servicial—. De ese modo, cuentas con alguien que ya lo ha hecho otras veces.

Entró Babette y cogió en brazos a Wilder.

—Así, muy bien —dijo—. Vamos a ir al aeropuerto para acompañar a Steffie. Sí, vamos a ir. Sí, sí.

—Bruce, Bruce.

Al día siguiente hubo una evacuación por olores tóxicos. Había vehículos del SIMUVAC por todas partes. Hombres vestidos con trajes de Mylex patrullaban las calles, muchos de ellos provistos de instrumentos destinados a medir el grado de contaminación. La compañía de asesoramiento que había proyectado la evacuación reunió a un pequeño grupo de voluntarios, seleccionados por ordenador, en el interior de una furgoneta de policía estacionada en el aparcamiento del supermercado. Durante media hora, practicaron vómitos y náuseas autoprovocados. El episodio fue grabado en vídeo y enviado a un lugar especializado para su análisis.

Tres días después, un olor tóxico auténtico flotó hasta nosotros desde la margen opuesta del río. Sobre el pueblo pareció aposentarse una suerte de pausa, de actitud

pensativa y cuidadosa. El tráfico avanzaba con mayor lentitud, y los conductores se mostraban extraordinariamente corteses. No se advertían señales de que nadie hubiera adoptado medida oficial alguna, ni se veían autobuses o ambulancias pintados con colores primarios. La gente evitaba mirarse a la cara. Podía percibirse una punzada irritante en las fosas nasales y cierto sabor a cobre en la boca. A medida que transcurría el tiempo, la inactividad pareció volverse más profunda y acomodarse con firmeza en el ambiente. También los había que negaban percibir olor alguno. Con los olores, siempre ocurre lo mismo. Unos afirmaban no advertir la ironía de su propia inactividad. Habían tomado parte en los ejercicios del SIMUVAC, pero ahora se resistían a marcharse. Algunos se preguntaban por el origen del olor, otros adoptaban una expresión preocupada y los había también que aseguraban que la ausencia de personal especializado significaba que no había nada de qué preocuparse. Comenzaron a llorarlos los ojos.

Aproximadamente tres horas después de que advirtiéramos su presencia por primera vez, el vapor se desvaneció súbitamente y nos liberó de nuestras deliberaciones formales.

De vez en cuando pensaba en la Zumwalt automática oculta en el dormitorio.

Llegó la época de los insectos colgantes. Blancos capullos que cuelgan de los aleros con una oruga en su interior. Guijarros blancos en los accesos de los jardines. Uno recorre a pie la calle en mitad de la noche y oye a mujeres hablando por teléfono. El tiempo, al caldearse, da lugar a la aparición de voces en la oscuridad. Hablan acerca de sus hijos adolescentes. Qué grandes, qué rápidos. Casi da miedo oír hablar de ellos. Lo que comen. Cómo acechan en las puertas. En estos días abundan los bichos con aspecto de gusano. Se esparcen por la hierba, se adhieren a los marcos de puertas, cuelgan en el aire, penden de los árboles y los canalones y se aferran a las rejillas de las ventanas. Las mujeres hablan a larga distancia con los abuelos de los adolescentes. Ancianos radiantes, ataviados con jerséis hechos a mano, que viven de rentas fijas y comparten un teléfono de diseño Trimline.

¿Qué es de ellos cuando acaba el anuncio?

Yo mismo recibí una llamada cierta noche. La operadora dijo: «Una tal Madre Devi desea hablar con Jack Gladney a cobro revertido. ¿Acepta la llamada?»

—Hola, Janet. ¿Qué quieres?

—Tan sólo saludaros. Ver qué tal estáis. Hace siglos que no hablamos.

—¿Que no hablamos?

—Swami quiere saber si nuestro hijo va a venir al *ashram* este verano.

—¿Vuestro hijo?

—Tuyo, mío y suyo. Swami considera a los hijos de sus seguidores como propios.

—La semana pasada envié a una hija a México. Cuando regrese, estaré dispuesto a hablar del niño.

—Swami dice que Montana le sentará bien. Que crecerá y echará cuerpo. Está en sus años más delicados.

—¿Para qué has llamado? En serio.

—Sólo para saludarte, Jack. Aquí nos saludamos constantemente.

—¿Es uno de esos swamis caprichosos con barbas blancas como la nieve que tan graciosos resultan de contemplar?

—Aquí somos gente seria. El ciclo de la historia tan sólo tiene cuatro eras, y ocurre que estamos viviendo la última. No hay tiempo para caprichos.

Su vocecita aflautada descendía hasta mí, rebotada desde un balón hueco que giraba en órbita geosincrónica.

—Si Heinrich quiere ir a verte este verano, por mí no hay ningún problema. Que monte a caballo, que salga a pescar truchas. Pero no quiero verle involucrado con nada intenso y personal como la religión. Por aquí la gente anda nerviosa. Ya ha

salido a relucir el tema de los secuestros.

—La última era es la Era de las Tinieblas.

—Perfecto. Ahora, dime qué es lo que quieres.

—Nada. Lo tengo todo. Paz de espíritu, objetivos y auténtico compañerismo. Sólo quería saludarte, Jack. Te echo de menos. Echo de menos tu voz. Sólo quiero charlar un rato, disfrutar amistosamente de nuestros recuerdos durante un minuto o dos.

Colgué el auricular y salí a dar un paseo. Las mujeres seguían en sus hogares iluminados, hablando por teléfono. ¿Tenía el swami la mirada chispeante? ¿Sería capaz de responder a aquellas preguntas del chiquillo ante las que yo había fracasado y reconfortarle en aquellos aspectos en los que yo le había incitado a la discusión y al debate? ¿Hasta qué punto es conclusiva la Edad de las Tinieblas? ¿Implica acaso la destrucción suprema, la llegada de una noche que absorbe tan profundamente la existencia que habré de verme curado de mi propia agonía solitaria? Escuché el parloteo de las mujeres. Sonidos y almas.

Cuando regresé a casa, encontré a Babette enfundada en su chándal, contemplando la noche desde la ventana del dormitorio.

Comenzaron a llegar los delegados a la conferencia de Hitler. Aproximadamente noventa eruditos hitlerianos que se pasarían los tres días que había de durar el acontecimiento asistiendo a discursos, integrando equipos de expertos y acudiendo a proyecciones de películas. Recorrerían el campus con sus nombres inscritos en letra gótica sobre tarjetas plastificadas prendidas en las solapas. Intercambiarían cotilleos en torno a Hitler y propagarían los habituales rumores sensacionalistas acerca de los últimos días en el *Führerbunker*.

Resultaba interesante comprobar hasta qué punto se parecían entre sí a pesar de la amplia diversidad de sus orígenes nacionales y regionales. Todos ellos se mostraban alegres y excitados, y tendían a escupir cuando reían, a vestir con estilos pasados de moda, a revelarse como hogareños y puntuales. A todos parecían gustarles los caramelos.

Les di la bienvenida en la moderna y austera capilla. Sirviéndome de mis apuntes, hablé en alemán durante cinco minutos. Hablé fundamentalmente de la madre, del hermano y del perro de Hitler. El perro se llamaba *Wolf*, una palabra común en inglés y en alemán. La mayor parte de las palabras que utilicé en mi discurso eran iguales o muy similares en ambos idiomas. Me había pasado varios días compilándolas con ayuda del diccionario, y supuse que mis observaciones debían de resultarles necesariamente peculiares e inconexas. Hice numerosas referencias a *Wolf*, aún más a la madre y al hermano, alguna que otra a sus zapatos y calcetines y unas pocas al jazz, la cerveza y el béisbol.^[*] También hablé del propio Hitler, claro está. Pronuncié

su nombre con frecuencia con la esperanza de que su sonido lograría compensar la inseguridad de mi estructura sintáctica.

El resto del tiempo intenté evitar a los alemanes del grupo. Incluso ataviado con la negra toga y las gafas oscuras y con mi nombre escrito en caracteres nazis sobre el corazón, su presencia me hacía sentir débil y propenso a la muerte mientras les oía producir sus sonidos guturales, sus palabras, su *heavy metal*. Contaban chistes acerca de Hitler y jugaban al pinocle. Apenas era capaz de murmurar algún que otro monosílabo de vez en cuando o de agitar los costados movido por una hilaridad vacía. Pasaba largos períodos oculto en mi despacho.

Cada vez que recordaba la pistola, acechante bajo una pila de camisetas como si se tratara de un insecto tropical, experimentaba una sensación minúscula e intensa recorriendo mi cuerpo. No estaba seguro de si resultaba placentera o sobrecogedora. La vivía fundamentalmente como un instante infantil, como la profunda agitación del secreto bien guardado.

Qué artilugios tan arteros son las pistolas. Especialmente las que son tan pequeñas. Objetos íntimos y taimados que encierran la historia secreta de sus dueños. Recordé cómo me había sentido pocos días antes, durante mi búsqueda del Dylar. Como alguien que espiaba en la basura familiar. ¿Acaso me estaba sumergiendo poco a poco en una vida secreta? ¿Pensaba tal vez que se trataba de mi última defensa frente a la hecatombe tan frívolamente desencadenada sobre mí por las fuerzas o las no fuerzas, los principios, los poderes o los caos que determinaban tales cosas? Quizá comenzaba por fin a comprender a mis ex esposas y sus lazos con el espionaje.

Los eruditos hitlerianos se reunían, paseaban, comían vorazmente y se reían mostrando sus dentaduras desproporcionadas. Yo permanecía sentado frente a mi mesa en la oscuridad, pensando en los secretos. ¿Representan los secretos el túnel de acceso a un mundo soñado en el que a uno le es dado controlar los acontecimientos?

Aquella tarde partí apresuradamente hacia el aeropuerto para esperar el avión de mi hija. Llegó feliz y excitada, ataviada con cosas mexicanas. Dijo que las personas que enviaban a su madre libros para que los leyera no la habían dejado en paz. Dana recibía a diario gruesos novelones de los que escribía crónicas que luego trasladaba a microfilme y enviaba a archivos secretos. Se quejaba de tener los nervios deshechos y de sufrir períodos de profunda fatiga espiritual. Dijo a Steffie que estaba pensando en salir de la clandestinidad.

Por la mañana acudí a las Granjas de Otoño de Glassboro para someterme a las pruebas adicionales recomendadas por mi médico. La solemnidad de esta clase de ocasiones es directamente proporcional al número de emisiones corporales que nos exigen aportar para su análisis. Llevaba conmigo varios frascos de muestras en los que se recogían otros tantos desechos y secreciones melancólicos. En la guantera, aislado del resto, viajaba un ominoso relicario de plástico que había protegido

reverentemente por medio de tres bolsas de plástico anudadas y selladas. En él transportaba una muestra de la más solemne de aquellas excreciones, algo que sin duda los analistas de guardia contemplarían con la deferencia, el respeto y el temor confusos que hemos llegado a asociar a las diversas religiones exóticas que existen en el mundo.

Pero primero tenía que encontrar el sitio. Resultó ser un edificio funcional de ladrillo pálido, dotado de pavimentos de losa y brillantemente iluminado. ¿Por qué habrían escogido el nombre de Granjas de Otoño para un lugar semejante? ¿Constituía quizá un intento por contrarrestar la impersonalidad de sus relucientes instrumentos de precisión? ¿Qué clase de enfermedad podía uno esperar que le diagnosticaran en un laboratorio llamado Granjas de Otoño? ¿Tos ferina, garrotillo? ¿Un ataque de gripe? ¿Viejos achaques rurales para los que se recomienda mucha cama, masajes pectorales y reconfortantes aplicaciones de Vicks VapoRub? ¿Nos leería alguien pasajes extraídos de *David Copperfield*?

Sentía recelos de todo aquello. Se quedaron con mis muestras y me sentaron ante un ordenador. En respuesta a las preguntas que me formulaba la pantalla fui mecanografiando poco a poco la historia de mi vida y de mi muerte: cada respuesta despertaba nuevas preguntas a lo largo de una implacable progresión de secciones y subsecciones. Mentí en tres ocasiones. Me proporcionaron una holgada prenda con la que cubrirme y un brazalete de identificación. Me enviaron al fondo de estrechos pasillos para que me tallaran, me pesaran, me hicieran análisis de sangre, encefalogramas y grabaciones de las corrientes que atravesaban mi corazón. Sala tras sala, investigaron y sondearon mi organismo. Cada cubículo en el que penetraba se me antojaba aún más pequeño que el anterior, más brillantemente iluminado y más desprovisto de dotación humana. Constantemente aparecía un técnico nuevo. Constantemente me cruzaba con otros pacientes sin rostro a través de aquel laberinto de pabellones, todos ellos de camino hacia una sala distinta y todos ellos ataviados con el mismo tipo de bata. Nadie saludaba. Me sujetaron a un artilugio similar a una sierra industrial, me colgaron boca abajo y me mantuvieron suspendido durante sesenta segundos. De un aparato cercano emergió un listado impreso por ordenador. Me colocaron sobre una cinta sin fin y me dijeron que corriera y siguiera corriendo. Tenía instrumentos conectados a los muslos, electrodos adheridos al pecho. Me introdujeron en una estructura de representación de imágenes, una especie de escáner computerizado. Alguien tecleaba frente a una consola, transmitiendo a la máquina un mensaje mediante el cual mi cuerpo habría de tornarse transparente. Mis oídos detectaron la presencia de vientos magnéticos, y mis ojos pudieron distinguir destellos de luz septentrional. Los pacientes, sosteniendo sus orines en pálidos recipientes, atravesaban la sala como almas en pena. Me introduje en una estancia del tamaño de un armario. Me dijeron que alzara un dedo y lo mantuviera inmóvil junto

al rostro cerrando al mismo tiempo el ojo izquierdo. Frente a mí se cerró un panel y observé el destello de una luz blanca. Intentaban ayudarme, intentaban salvarme.

Una vez vestido, tomé asiento ante una mesa, frente a un joven de aspecto nervioso que, enfundado en una bata blanca, estudió mi expediente y masculló algo por lo que pude adivinar que confesaba ser nuevo en todo aquello. Me sorprendió advertir que el hecho no me preocupaba. Creo que incluso me sentí aliviado.

—¿Cuánto tiempo hay que esperar a que estén los resultados?

—Ya están los resultados —repuso.

—Pensé que me había hecho llamar para discutir unos cuantos tópicos. El aspecto humano. Aquello que las máquinas no saben detectar. Para comunicarme, en fin, que las cifras estarían listas en dos o tres días.

—Las cifras ya están listas.

—Quien no sé si está aún listo soy yo. Todos esos aparatitos relucientes resultan algo inquietantes. No me es difícil imaginar que una persona perfectamente sana pudiera enfermar tan sólo como consecuencia de someterse a sus pruebas.

—¿Por qué habrían de hacerlo? Se trata de los sistemas de medición más certeros que existen hoy en día. Contamos con avanzados ordenadores que analizan todos sus datos. Estos equipos salvan vidas. Créame, he visto cómo funcionan. Tenemos equipos que operan con más eficiencia que cualquier aparato de rayos X o cualquier escáner TAC. No sólo vemos cosas más ocultas, sino que las distinguimos con más precisión.

Parecía ir ganando confianza. Era un tipo de complexión menuda y ojos apacibles, y me recordaba a esos muchachos que ves al final de las colas de los supermercados, ocupados en introducir artículos en bolsas de plástico.

—Por lo general, comenzamos así —dijo—: yo le pregunto cosas basadas en el informe y usted responde lo mejor que sepa. Cuando hayamos terminado, le entregaré el informe impreso en un sobre sellado y usted deberá llevárselo a su médico previo establecimiento de cita para una consulta adicional.

—Bien.

—Bien. Normalmente, comenzamos por preguntarle cómo se encuentra.

—¿Basándose en los datos impresos?

—Dígame sencillamente cómo se encuentra —dijo con voz apacible.

—Tal y como yo lo veo, y hablando en términos reales, me encuentro relativamente bien, aunque siempre pendiente de confirmación.

—Habitualmente continuamos preguntando por el grado de fatiga. ¿Se ha sentido usted fatigado últimamente?

—¿Qué suele responder la gente?

—«Sí, ligeramente fatigado» constituye una de las respuestas más extendidas.

—Podría responderle exactamente eso y salir de aquí convencido de haberle

proporcionado una respuesta honesta y precisa.

Pareció satisfecho con la respuesta y anotó algo con gesto desenfadado en la página que tenía ante él.

—¿Qué me dice de su apetito? —inquirió.

—Acerca de eso podría responder de un modo u otro.

—Más o menos lo que esperaba, según indica este informe.

—En otras palabras, intenta decirme que a veces experimento un reforzamiento del apetito y otras no.

—¿Eso es una afirmación o una pregunta?

—Depende de lo que digan las cifras.

—En ese caso, estamos de acuerdo.

—Bien.

—Bien —asintió—. Dígame, ¿qué tal duerme? Normalmente, entramos en el tema del sueño antes de preguntarle al sujeto si quiere café o descafeinado. No tenemos azúcar.

—¿Les llega mucha gente con problemas de sueño?

—Sólo en las etapas finales.

—¿En las etapas finales del sueño? ¿Se refiere a que se despiertan por la mañana temprano y son incapaces de retornar al sueño?

—En las etapas finales de la vida.

—Eso pensé. Bien. Lo único que a veces sufro es cierta leve animación del duermevela.

—Bien.

—Me pongo algo nervioso. ¿A quién no le pasa?

—¿Se agita y da vueltas?

—Me agito —dije.

—Bien.

—Bien.

Tomó algunas notas. Todo parecía marchar correctamente. Me sentí tranquilizado por lo bien que parecía ir todo. Rechacé su oferta de una taza de té, lo que pareció complacerle. Íbamos por buen camino.

—Ahora es cuando preguntamos acerca del tabaco.

—Eso es fácil. La respuesta es no. Y no se trata de que lo haya dejado hace cinco o diez años. Nunca he fumado. Ni siquiera de adolescente. Nunca lo intenté. Nunca vi la necesidad de hacerlo.

—Eso siempre es bueno.

Me sentí tremendamente reconfortado y agradecido.

—Vamos por buen camino, ¿no es así?

—Hay personas a las que les gusta alargar todo esto, dicen. Se preocupan por su

estado. Para ellas, llega a convertirse casi en un hobby.

—¿Quién necesita la nicotina? Y no sólo eso: raramente bebo café y, desde luego, nunca con cafeína. No comprendo qué atractivo le encuentra la gente a esa clase de estímulos artificiales. A mí, para excitarme, me basta con pasear por el bosque.

—La ausencia de cafeína siempre ayuda.

Sí, pensé. Recompensad mi virtud. Concededme la vida.

—Luego está la cuestión de la leche —dije—. A la gente no le basta con la cafeína y el azúcar. También quiere la leche. Todos esos ácidos que tanto engordan. No he probado la leche desde que era un crío. Tampoco las natas grasas. Como alimentos ligeros y raramente bebo licores fuertes. Nunca he podido imaginar por qué resultan tan populares. Agua. Ésa es mi bebida favorita. Uno puede fiarse de un vaso de agua.

Hice una pausa en espera de que me dijera que con ello no hacía sino añadir años a mi vida.

—Hablando de agua —prosiguió—. ¿Se ha visto expuesto alguna vez a contaminantes industriales?

—¿Cómo?

—Materias tóxicas contenidas en el aire o en el agua.

—¿Es esto lo que habitualmente pregunta cuando ha terminado con los cigarrillos?

—No se trata de una pregunta programada.

—¿Se refiere a si trabajo con alguna sustancia parecida al asbesto? Desde luego que no. Soy profesor. La enseñanza es toda mi vida. Mi existencia ha transcurrido en un campus universitario. ¿Dónde iba a intervenir el asbesto en semejante escenario?

—¿Ha oído hablar alguna vez del Niodeno Derivado?

—¿Se supone que debería ser así, a tenor del informe?

—Se han detectado rastros en su torrente sanguíneo.

—¿Cómo es posible si nunca he oído hablar de eso?

—El escáner magnético dice que está ahí. Tengo ante mí numeritos entre paréntesis señalados con asteriscos.

—¿Pretende decirme que el informe muestra los primeros vestigios ambiguos de un estado apenas perceptible, resultante de haber sobrepasado los mínimos aceptables de exposición a algún vertido?

¿Por qué me daba por hablar de aquel modo tan pomposo?

—Los resultados del escáner magnético son bastante evidentes —repuso él.

¿Qué había sido de nuestro acuerdo tácito, según el cual habríamos de desarrollar hábilmente el programa sin perder el tiempo y sin dejarnos atrapar por controversias inútiles?

—¿Qué ocurre cuando alguien muestra restos de esta materia en la sangre?

—Obtiene una masa nebulosa —dijo.

—Sin embargo, pensaba que nadie sabía a ciencia cierta qué resultados producía el Niodeno-D en los humanos. En las ratas, sí.

—Hace un momento me ha dicho que nunca había oído hablar de él. ¿Cómo sabe ahora lo que hace o deja de hacer?

Ahí me tenía arrinconado. Sentí que me había engañado, que me había seguido la corriente para ponerme en evidencia.

—Cada día se sabe algo nuevo —dijo—. Contamos con datos contradictorios según los cuales la exposición a esta sustancia puede producir decididamente la presencia de masas.

Mostraba una confianza apabullante.

—Bien. Pasemos al siguiente punto. Tengo algo de prisa.

—Hemos llegado al momento en el que le hago entrega del sobre sellado.

—¿Llegamos ahora a la cuestión del ejercicio? La respuesta es nada de nada. Lo detesto, me niego a practicarlo.

—Bien. Le hago entrega del sobre.

—¿En qué consiste una masa nebulosa? Lo pregunto por simple curiosidad.

—Un posible tumor corporal.

—Y lo llaman nebuloso porque les resulta imposible obtener una imagen definida del mismo.

—Obtenemos imágenes sumamente definidas. El simulador de imágenes representa las formas con la mayor fidelidad humanamente posible. Se llama masa nebulosa debido a que carece de forma, silueta o límites definidos.

—¿Qué puede ocasionar si nos ponemos en el peor de los casos?

—Puede ocasionar la muerte del sujeto.

—¡Exprésese con claridad, por todos los diablos! ¡No soporto esa jergonza moderna!

Sabía aceptar los insultos. Cuanto más me enfadaba, más complacido parecía. Irradiaba salud y energía.

—Ahora es cuando le indico que debe pagar en el despacho que hallará a la salida.

—¿Qué me dice del potasio? Si por algo he venido aquí es porque tenía el potasio muy por encima del límite normal.

—Aquí no comprobamos el potasio.

—Bien.

—Bien. Lo último que se supone que debo recomendarle es que no deje de llevarle el sobre a su médico. Su médico conoce los símbolos.

—Conque eso es todo. Bien.

—Bien.

Cuando quise darme cuenta, le estaba estrechando la mano calurosamente. A los pocos minutos ya estaba en la calle. Un chiquillo con andares de pies planos atravesaba un parque público impulsando un balón de fútbol con el pie. Otro muchacho, sentado en la hierba, se quitaba los calcetines cogiendo los talones y tirando con fuerza. Cuán literario, pensé con irritación. Las calles repletas con los impulsivos detalles de la vida mientras el protagonista pondera la última fase de su agonía. Hacía un día parcialmente nuboso, con vientos que amainaron al atardecer.

Aquella noche recorrí las calles de Blacksmith. El ojo refulgente y azulado de los televisores. Voces a través de los teléfonos de marcación tonal. Muy lejos de allí, los abuelos se acurrucan en su butaca, encantados de compartir el auricular que modula las ondas transmisoras para convertirlas en señales audibles. Escuchan la voz de su nieto, del adolescente cuyo rostro aparece en las fotografías distribuidas en torno al aparato. La alegría inunda sus ojos, pero no tarda en verse apagada por el influjo de una certeza amarga y compleja. ¿Qué les está diciendo el muchacho? ¿Que se siente amargado por su ridícula complejión? ¿Que quiere dejar el colegio y trabajar a jornada completa empaquetando alimentos en el hipermercado Foodland? Les está diciendo que le *gusta* empaquetar alimentos. Encuentra que es una de las cosas más gratificantes que hay en la vida. Primero hay que introducir las botellas de tamaño familiar, luego cuadrar los paquetes de seis envases y, por fin, reforzar los bultos más pesados con una segunda bolsa. Lo hace bien; tiene un don para ello; es capaz de *ver* los artículos dispuestos en las bolsas antes de tocar nada. Es como el Zen, abuelo. Saco dos bolsas y encajo una dentro de la otra. No golpees la fruta, cuidado con los huevos, mete el helado en una bolsa térmica. Junto a mí pasan un millar de personas todos los días, pero nadie me ve. Me gusta, abuela, no es una labor amenazadora; así es como quiero pasar mi vida. Y los abuelos le escuchan apesadumbradamente, sintiendo aumentar su afecto hacia él, oprimiendo sus rostros contra el esbelto auricular Trimline (en el dormitorio, un blanco modelo Princess; y en el sótano, en el refugio de paredes revestidas de madera del abuelo, un austero modelo Rotary). El anciano alisa con la mano su breve mechón de cabellos blancos mientras su esposa sostiene los lentes plegables contra su rostro. Grupos de nubes desfilan sobre la Luna mientras ésta se desplaza en dirección Oeste y las estaciones cambian siguiendo su montaje sombrío, hundiéndose cada vez más profundamente en la quietud del invierno hasta componer un helado paisaje de silencio.

Su médico conoce los símbolos.

El largo paseo se inició a mediodía. Al principio ignoraba que se convertiría en una caminata. Pensé que no pasaría de una meditación variopinta entre Murray y Jack, apenas media hora vagando por el campus. No obstante, se convirtió en una tarde memorable, en una solemne y tortuosa caminata socrática que habría de tener consecuencias prácticas.

Me reuní con Murray a la salida de su seminario sobre accidentes automovilísticos. Recorrimos juntos las lindes del campus, dejando atrás los condominios de madera de cedro distribuidos entre los árboles en su bien conocida actitud defensiva: un grupo de viviendas tan admirablemente encajadas con el entorno que los pájaros se estrellaban continuamente contra los cristales de sus ventanas.

—Veo que fumas en pipa —dije.

Murray sonrió furtivamente.

—Te da buen aspecto. Me gusta. Funciona.

Bajó la mirada sin dejar de sonreír. La pipa tenía una boquilla larga y estrecha y una cazoleta cúbica. Era de color castaño claro y daba la impresión de ser un utensilio doméstico altamente disciplinado, acaso una Amish o una Shaker antigua. Me pregunté si no la habría escogido para que hiciera juego con su barba, algo severa. Sobre sus gestos y expresiones parecía flotar una larga tradición de austera virtud.

—¿Por qué nos resulta imposible analizar la muerte con inteligencia? —pregunté.

—Resulta evidente.

—¿Tú crees?

—Ivan Ilyich se pasó tres días gritando. Eso viene a representar nuestra máxima capacidad de inteligencia al respecto. El propio Tolstói se esforzaba por comprenderla. Sentía un pavor espantoso hacia ella.

—Es como si fuera nuestro propio miedo lo que la desencadena. Si pudiéramos aprender a no temerla, viviríamos eternamente.

—La conjuramos a fuerza de hablar de ella. ¿Es a eso a lo que te refieres?

—No sé a qué me refiero. Sólo sé que me limito a realizar todos aquellos movimientos que conforman la vida. Técnicamente, estoy muerto. Mi cuerpo está desarrollando una masa nebulosa. Hoy en día son capaces de seguirle el rastro a esas cosas como si fueran satélites. Todo como resultado de un producto de desecho procedente de un insecticida. Mi muerte tiene algo de artificial. Resulta poco profunda, poco gratificante. No pertenezco ni a la tierra ni al cielo. Deberían tallar un bote de aerosol en mi lápida.

—Bien dicho.

¿Qué quería decir con «bien dicho»? Quería forzarle a discutir conmigo para así encumbrar mi muerte a un nivel más elevado, para hacerme sentir mejor al respecto.

—¿Opinas que es injusta? —dijo.

—Claro que sí. ¿O consideras eso como una respuesta trivial?

Pareció encogerse de hombros.

—Mira cómo he vivido. ¿Acaso ha sido mi vida una alocada carrera en busca del placer? ¿Acaso la he pasado enfrascado en mi propia autodestrucción haciendo uso de drogas ilegales, conduciendo veloces automóviles o bebiendo en exceso? Si acaso, un poco de jerez seco en los guateques universitarios. Como alimentos ligeros.

—No es cierto.

Aspiró solemnemente de su pipa, hundiendo las mejillas. Durante un rato, caminamos en silencio.

—¿Consideras tu muerte prematura? —dijo.

—Todas las muertes son prematuras. No existe motivo científico alguno por el que no podamos vivir ciento cincuenta años. De hecho, algunos lo consiguen, o al menos eso leí en unos titulares cuando salía del supermercado.

—¿Piensas que es una sensación de falta de plenitud lo que despierta en ti un pesar tan profundo? Hay cosas que aún esperabas conseguir. Tenías tareas que realizar, retos intelectuales a los que enfrentarte.

—La muerte constituye el mayor de los pesares. A ella es a lo único que nos enfrentamos. Eso es lo único que pienso. Aquí estamos hablando de una única cuestión: quiero vivir.

—Basado en la película del mismo nombre dirigida por Robert Wise, con Susan Hayward como Barbara Graham en el papel de asesina convicta y una agresiva partitura de jazz de Johnny Mandel como banda sonora.

Le miré.

—Así pues, Jack, lo que vienes a decir es que la muerte te resultaría igualmente amenazadora si hubieras conseguido todo cuanto esperabas lograr en tu vida y en tu trabajo.

—¿Estás chiflado? Por supuesto que sí. Se trata de una idea elitista. ¿Acaso le preguntarías a un tipo que se dedica a empaquetar alimentos en bolsas de la compra si teme a la muerte no por sí misma sino porque aún quedan algunos artículos interesantes que le hubiera gustado empaquetar?

—Bien dicho.

—Hablamos de la muerte. No pretendo rezagarla un poco para que me dé tiempo a escribir una monografía. Quiero apartarla de mí durante setenta u ochenta años.

—Tu categoría de condenado presta a tus palabras un cierto prestigio y autoridad. Me gusta eso. Creo que descubrirás que a medida que se aproxima el momento la gente irá mostrándose cada vez más interesada en lo que tienes que decir. Te

buscarán.

—¿Pretendes decirme que me encuentro ante una maravillosa oportunidad para hacer amigos?

—No; sólo digo que no puedes defraudar a los vivos dejándote arrastrar por la autocompasión y la desesperación. La gente esperará de ti que seas valiente. Lo que la gente busca en un amigo moribundo es esa terca nobleza que se manifiesta en un discurso ronco, esa negativa a rendirse, esos destellos de humor indoblegable. Tu prestigio crece incluso mientras hablamos. Poco a poco, estás creando un aura de luz nebulosa en torno a tu cuerpo. Tiene que gustarme.

Descendíamos por el centro de una calle empinada y tortuosa. No se veía un alma. Las casas, viejas y siniestras, se alzaban sobre túmulos a los que se accedía por medio de estrechos tramos de escalones parcialmente deteriorados.

—¿Crees que el amor es más poderoso que la muerte?

—Ni por lo más remoto.

—Bien —dijo—. No hay nada más poderoso que la muerte. ¿Crees tal vez que las únicas personas que temen a la muerte son aquellas que temen a la vida?

—Eso es una bobada. Es completamente ridículo.

—Perfecto. Todos tememos a la muerte en cierto grado. Quienes afirman lo contrario son personas superficiales y se están engañando a sí mismas.

—Sí, son esas personas a las que les gusta llevar el apodo impreso en la matrícula del coche.

—Magnífico, Jack. ¿Piensas que la vida sin la muerte sería hasta cierto punto incompleta?

—¿Cómo podría ser incompleta? La muerte es lo que la convierte en incompleta.

—¿Acaso nuestro conocimiento de la muerte no añade más valor a la propia vida?

—¿De qué nos sirve un valor basado en el miedo y la ansiedad? Es algo inquietante, estremecedor.

—Cierto. Las cosas más profundamente valiosas son aquellas que sentimos más seguras. La mujer, los niños. ¿Acaso el espectro de la muerte hace que tus hijos te resulten más valiosos?

—No.

—No. No hay motivo alguno para creer que la vida sea más valiosa debido a que es fugaz. Ahí tienes una declaración. Una persona tiene que saber que va a morir antes de que pueda comenzar a vivir con la máxima plenitud. ¿Verdadero o falso?

—Falso. Una vez que ha quedado establecida tu muerte resulta imposible gozar de una vida satisfactoria.

—¿Preferirías conocer la fecha y lugar exactos de tu muerte?

—Desde luego que no. Bastante malo es ya temer lo desconocido. Enfrentándonos a lo desconocido, nos queda por lo menos la posibilidad de fingir que

no existe. Una fecha exacta impulsaría a muchos al suicidio, si no por otro motivo, al menos por llevarle la contraria al sistema.

Atravesamos la autopista por un viejo puente; sus costados se hallaban protegidos con tela metálica y aparecía regado de objetos desvaídos y melancólicos. Continuamos a lo largo de un sendero paralelo a un arroyo, aproximándonos a los límites del campo de deportes del instituto. Las mujeres llevaban allí a sus hijos pequeños para que jugaran en los bancos de arena que remataban las pistas de salto de longitud.

—¿Cómo puedo superarlo? —pregunté.

—Podrías depositar tu fe en la tecnología. Si te ha conducido a este estado, también debería poder sacarte de él. De eso se trata con la tecnología: por una parte, consigue despertar nuestro apetito por la inmortalidad; por otra, amenaza con nuestra extinción universal. La tecnología es la naturaleza desprovista de lujuria.

—¿Tú crees?

—Es lo que hemos inventado para ocultar el terrible secreto de la descomposición de nuestros cuerpos. Pero también es vida, ¿no crees? Prolonga la vida, suministra nuevos órganos a aquellos que han consumido los suyos. Todos los días surgen mecanismos nuevos, nuevas técnicas. Rayos láser, rayos maser, ultrasonidos. Ríndete a ellos, Jack. Confía en ellos. Te introducirán en un tubo reluciente e irradiarán tu cuerpo con los ingredientes básicos del universo. Luz, energía y sueños. La misericordia divina.

—Creo que prefiero no visitar a más médicos por el momento, Murray, gracias.

—En ese caso, siempre puedes burlar a la muerte a base de concentrarte en la vida que hay más allá.

—¿Cómo puedo hacerlo?

—Es evidente. Lee cosas acerca de la reencarnación, la transmigración, el hiperespacio, la resurrección de los muertos, etcétera. Esas creencias han sido el punto de partida de sistemas fabulosos. Estúdialas.

—¿Crees tú en algo de todo eso?

—Hay millones de personas que lo han creído a lo largo de miles de años. Únete a ellas. La creencia en el renacimiento y en la reencarnación es algo prácticamente universal. Tiene que tener algún significado.

—Sin embargo, todos esos sistemas «fabulosos» son distintos entre sí.

—Escoge el que más te guste.

—No. Haces que suene como una fantasía cómoda: el peor autoengaño posible.

Una vez más, pareció encogerse de hombros.

—Piensa en las grandes poesías, melodías, danzas y rituales que han surgido de nuestra aspiración a una vida más allá de la muerte. Quizá esas cosas basten para justificar por sí mismas nuestras esperanzas y nuestros sueños, aunque, la verdad,

nunca le diría algo así a un moribundo.

Me dio un golpecito con el codo. Continuamos caminando, esta vez en dirección a la zona comercial del pueblo. Murray se detuvo un instante, dobló una pierna y alargó el brazo hacia atrás para sacudir la ceniza de su pipa. A continuación, con ademán experto, se metió la pipa en el bolsillo de su chaqueta de pana con la cazoleta hacia abajo.

—Te lo digo en serio: podrías descubrir un considerable alivio a largo plazo en la idea de una vida ulterior.

—¿Cómo? ¿Acaso para ello no es preciso que crea? ¿Acaso para ello no debo sentir en mi corazón que existe algo real más allá de esta vida, algo que me espera ahí fuera, acechando desde la oscuridad?

—¿Qué crees que es la vida después de la vida? ¿Acaso un cúmulo de hechos a la espera de que alguien los descubra? ¿Crees realmente que la Fuerza Aérea de los Estados Unidos está reuniendo datos acerca de nuestra vida ulterior y manteniéndolos en secreto porque opina que no somos lo bastante maduros para aceptar el resultado de sus investigaciones? ¿Piensas que esos resultados podrían dar origen a una situación de pánico? No. Te diré lo que es la vida después de la vida: no es más que una idea terriblemente dulce y conmovedora. Puedes aceptarla o rechazarla. Entretanto, ocúpate de sobrevivir a posibles intentos de asesinato. Hallarías en ello un estimulante instantáneo. Te sentirías especialmente favorecido y aumentaría tu carisma.

—Antes has dicho que la muerte ya estaba haciendo aumentar mi carisma... Además, ¿quién querría matarme?

Se encogió nuevamente de hombros.

—Sobrevive a un accidente de tren con cien muertos. Sal despedido y aterrizas ileso cuando, poco después del despegue, tu monohélice Cessna se estrella en un campo de golf bajo un aguacero tras chocar contra una línea de alta tensión. No tiene por qué ser un atentado. Lo importante es que te veas a ti mismo sano y salvo junto a un paraje arrasado en el que otros yacen despedazados e inertes. Eso debería de bastar para contrarrestar el efecto de cualquier masa nebulosa, al menos durante algún tiempo.

Nos entretuvimos mirando escaparates durante un rato y, por fin, entramos en una zapatería. Murray se dedicó a estudiar los Weejuns, Wallabees y Hush Puppies. Salimos de nuevo al sol. Los bebés nos contemplaban desde sus cochecitos como si juzgaran extraño nuestro aspecto.

—¿Te ha ayudado en algo el alemán?

—No puedo decir que haya sido así.

—¿Te ayudó en algún momento?

—No sabría decirlo. No lo sé. ¿Quién sabe esas cosas?

—¿Qué has estado intentando hacer durante todos estos años?

—Imagino que someterme a mí mismo a un sortilegio.

—Exacto. No hay nada de lo que avergonzarse, Jack. Tan sólo es tu propio miedo lo que te impulsa a actuar de ese modo.

—¿*Tan sólo* mi miedo? ¿*Tan sólo* mi muerte?

—Tu falta de éxito no debería sorprendernos. ¿Hasta qué punto resultaron ser poderosos los alemanes? Después de todo, perdieron la guerra.

—Eso mismo dijo Denise.

—¿Has comentado todo esto con los niños?

—Sólo de un modo superficial.

—La gente indefensa y temerosa se siente atraída por las figuras mágicas y míticas, por los héroes épicos, sombríos y amenazantes.

—Entiendo que estás refiriéndote a Hitler.

—La imagen de algunas personas es más poderosa aún que la propia vida. La imagen de Hitler es aún más poderosa que la muerte. Pensaste que te protegería. Te comprendo perfectamente.

—¿Hablas en serio? Lo digo porque desearía comprenderme yo mismo...

—Resulta completamente evidente. Querías sentirte ayudado y defendido. Ese horror insuperable no dejaría sitio para tu propia muerte. «Sumérgeme», dijiste. «Absorbe mis temores.» Por un lado, querías refugiarte en Hitler y en sus obras; por otro, querías servirte de él para incrementar tu importancia y tu fuerza. Percibo en todo ello una confusión de medios, y no es que pretenda criticarte con ello. Lo que hiciste fue un acto de osadía, un impulso temerario. *Utilizarle*. Me resulta posible admirar el intento aun consciente de la inmensa estupidez que encierra, una estupidez que, no obstante, no es mayor que la que supone llevar un amuleto o tocar madera. No creas que te considero un caso único: hay días en que seis millones de hindúes se quedan en casa sin ir a trabajar cuando creen que los signos no son favorables.

—La vasta y terrible profundidad.

—Claro —dijo.

—La inexhaustibilidad.

—Entiendo.

—Algo inmenso e innumerable.

—Sí, desde luego.

—Una oscuridad masiva.

—En efecto, en efecto.

—Ese espacio terrible e interminable.

—Sé exactamente a qué te refieres.

Mostrando una media sonrisa, propinó un golpecito al parachoques de un automóvil aparcado en diagonal.

—¿Por qué has fracasado, Jack?

—Por una confusión de medios.

—Correcto. Existen numerosos medios de enfrentarse a la muerte, y tú has intentado utilizar dos de ellos simultáneamente. Por una parte, diste la cara y por otra trataste de ocultarte. ¿Qué calificativo aplicamos a esa clase de cosas?

—El de estupidez.

Le seguí al interior del supermercado. Estallidos de color, capas de sonido oceánico. Avanzamos bajo un brillante estandarte en el que se anunciaba una rifa destinada a reunir dinero para la investigación de no sé qué enfermedad incurable. El texto parecía sugerir que el ganador contraería la enfermedad. Murray comparó el estandarte con un gallardete tibetano de oración.

—¿Por qué he experimentado este temor durante tanto tiempo y de un modo tan consistente?

—Resulta evidente. Ignoras cómo reprimirlo. Todos somos conscientes de que no hay modo de escapar a la muerte. ¿Cómo enfrentarnos a esa apabullante certeza? Reprimimos, disfrazamos, sepultamos, excluimos. A algunas personas se les da mejor que a otras, eso es todo.

—¿Cómo puedo mejorar?

—No puedes. Algunas personas sencillamente carecen de los mecanismos inconscientes que se precisan para desempeñar las necesarias operaciones de encubrimiento.

—¿Cómo sabemos que existe la represión si esos mecanismos son inconscientes y aquello que estamos reprimiendo está tan ingeniosamente disfrazado?

—Lo dijo Freud. Y hablando de cifras impresionantes...

Cogió una caja de Handi-Wrap II, leyó el texto que llevaba impreso y estudió su colorido. Olfateó un paquete de jabón deshidratado. Era un día de información abundante.

—¿Crees que estoy más sano porque no sepa cómo reprimirme? ¿Es posible que el miedo constante constituya el estado natural del hombre y que el hecho de vivir en estrecho contacto con él suponga un acto de heroísmo por mi parte, Murray?

—¿Te sientes heroico?

—No.

—En ese caso, probablemente no lo eres.

—Pero ¿no es la represión algo antinatural?

—El miedo es antinatural. Los truenos y los relámpagos también son antinaturales. El dolor, la muerte y la realidad son cosas antinaturales. No somos capaces de soportarlas tal y como son. Sabemos demasiado. En consecuencia, recurrimos a la represión, al compromiso y al encubrimiento. Así es como logramos sobrevivir en el universo. Se trata del lenguaje natural de las especies.

Le observé detenidamente.

—Hago ejercicio. Cuido mi cuerpo.

—No, no lo haces —repuso.

Ayudó a un anciano a leer la fecha de envasado de un bizcocho de pasas. Junto a nosotros desfilaban niños subidos en carritos plateados.

Tegrin, Denorex, Selsun Blue.

Murray anotó algo en su libretita. Observé cómo sorteaba hábilmente una caja de huevos derribada cuyos costados rezumaban un líquido yemoso.

—¿Por qué me encuentro tan a gusto cuando estoy con Wilder? No es igual que cuando estoy con los demás niños —dije.

—Percibes su ego total, su inmunidad a las limitaciones.

—¿En qué sentido es Wilder inmune a las limitaciones?

—No sabe que va a morir. Desconoce por completo la muerte. Y tú atesoras esa bobalicona bendición que él disfruta, esa exención del sufrimiento. Quieres estar cerca de él, tocarle, mirarle, embeberte de él. Qué afortunada es esa personita omnipotente, resguardada por su aura de ignorancia. El niño lo es todo, el adulto no es nada. Piensa en ello. La vida entera de una persona consiste en la resolución de ese conflicto. No es de extrañar que nos sintamos confusos, desconcertados y destrozados.

—¿No estás yendo demasiado lejos?

—Soy de Nueva York.

—Creamos cosas hermosas y duraderas; construimos vastas civilizaciones.

—Magníficas formas de evasión —dijo él—. Grandes vías de escape.

Las puertas se abrieron fotoelectrónicamente a nuestro paso. Salimos, dejando atrás la tintorería, la peluquería y la óptica. Murray reencendió su pipa y aspiró majestuosamente de la boquilla.

—Hemos hablado de modos de enfrentarnos a la muerte —dijo—. Hemos comentado el hecho de que tú lo has intentado de dos maneras que se neutralizan mutuamente. Hemos mencionado la tecnología, los accidentes de ferrocarril y la creencia en una vida ulterior. Existen también otros métodos, otros enfoques: quisiera referirme a uno de ellos.

Atravesamos la calzada.

—Opino, Jack, que en este mundo hay dos clases de personas. Los que matan y los que mueren. La mayoría de nosotros pertenecemos al último grupo. Carecemos de la disposición, la rabia o lo que sea que configura la condición del que mata. Dejamos que la muerte tenga lugar. Nos tendemos y morimos. Pero piensa en lo que debe de ser pertenecer al grupo de los que matan. Piensa cuán excitante resulta —en teoría— matar a una persona enfrentándose directamente a ella. Si ella muere, tú vives. Matar equivale a prolongar nuevamente tu vida. Cuantas más personas matas, más crédito

vital acumulas. Ello explicaría todas las masacres, guerras y ejecuciones.

—¿Me estás diciendo que a lo largo de la historia los hombres han intentado curarse a sí mismos de la muerte a base de matar a otros?

—Resulta evidente.

—¿Y consideras eso emocionante?

—Hablo en teoría. Teóricamente, la violencia no es sino una forma de renacimiento. El que muere, sucumbe pasivamente. El que le da muerte, continúa viviendo. Qué ecuación tan maravillosa. A medida que una banda de malhechores acumula cadáveres va incrementando su fuerza. La fuerza se acumula como un regalo de los dioses.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—No es más que una teoría. Tú y yo somos un par de académicos que salen a dar un paseo. Imagina, sin embargo, la sacudida visceral que se experimenta al ver al oponente desangrándose en el polvo.

—Y tú piensas que con eso las personas pueden incrementar su crédito vital, como si se tratara de una transacción bancaria.

—La nada te contempla cara a cara. El olvido más completo y permanente. Cesarás de ser. *De ser*, Jack. El que muere, lo acepta y desaparece. El que mata, en teoría, trata de derrotar a su propia muerte a base de dar muerte a otros. Adquiere tiempo, adquiere vida. Contempla cómo los otros se retuercen. Los ve desangrarse, tendidos en el polvo.

Le contemplé, estupefacto. Él siguió succionando su pipa con aire satisfecho sin dejar de producir ruidos huecos.

—Constituye un modo de controlar la muerte. Un modo de obtener la ventaja definitiva. Convertirse uno en el que mata, para variar. Que otro se encargue de morir. Que nos sustituya teóricamente en ese papel. Si él muere, tú no puedes morir. Si él muere, tú vives. Observa lo admirablemente sencillo que resulta.

—Y dices que eso es lo que la gente lleva haciendo desde hace siglos.

—Aún lo hacen. Lo hacen íntimamente, en pequeña escala, y también agrupados en muchedumbres y masas. Matan para vivir.

—Suena bastante terrible.

Pareció encogerse de hombros.

—La muerte nunca opera al azar. Cuantas más personas matas, más poder obtienes sobre tu propia muerte. En las matanzas más salvajes e indiscriminadas se advierte siempre una secreta precisión. Con todo esto no pretendo hacerle una labor de relaciones públicas al asesinato. Somos dos académicos situados en un entorno intelectual. Examinar corrientes de pensamiento e investigar el significado del comportamiento humano forma parte de nuestro deber. Piensa, sin embargo, cuán excitante debe de resultar salir vencedor de un enfrentamiento mortal, contemplar

cómo se desangra el hijo de puta que tienes delante.

—Estás hablando de planear un asesinato. Pero toda conspiración constituye en efecto un asesinato. Conspirar es morir, tanto si lo sabemos como si no.

—Conspirar es vivir —dijo él.

Le miré, estudiando con detalle su rostro y sus manos.

—Iniciamos nuestras vidas sumergidos en el caos, farfullando sonidos sin sentido. A medida que nos incorporamos al mundo, intentamos organizar un plan configurado. Descubrimos que existe dignidad en ello. Toda nuestra vida es un plan, una conspiración, un diagrama. Un plan fracasado, de acuerdo, pero no se trata de eso. Planear equivale a afirmar la vida, a buscar en ella forma y control. Incluso después de la muerte —muy especialmente después de la muerte— nuestra búsqueda continúa. Las honras fúnebres constituyen un intento por completar ritualmente nuestro plan. Imagínate un funeral de Estado, Jack. Rebosa precisión, detalle, orden y diseño. La nación contiene el aliento. Se recurre a los mayores esfuerzos de un gobierno fuerte y poderoso para celebrar una ceremonia que habrá de disipar los últimos vestigios del caos. Si todo sale bien, si logran llevarlo a cabo, se habrá obedecido cierta ley natural de la perfección. La nación es liberada de su angustia, la vida del muerto es redimida y la propia vida resulta reforzada y reafirmada.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Hablo del hecho de planear, de conspirar contra algo, de dar forma al tiempo y al espacio. Así es como logramos desarrollar el arte de la conciencia humana.

Fuimos describiendo un amplio rodeo de regreso al campus. Las calles, alineadas con bolsas de basura listas para su recogida, aparecían sumidas en una profunda y silenciosa penumbra. Al atravesar el paso elevado de las puestas de sol nos detuvimos brevemente para observar los coches que pasaban a gran velocidad. Sus vidrios y cromados reflejaban el destello de los rayos solares.

—¿Eres tú de los que matan o de los que mueren, Jack?

—Sabes muy bien la respuesta. He sido de los que mueren durante toda mi vida.

—¿Y qué puedes hacer al respecto?

—¿Qué podemos hacer los que pertenecemos a este grupo? ¿Acaso nuestra idiosincrasia no lleva ya implícita la imposibilidad de cambiar de bando?

—Reflexionemos acerca de eso. Examinemos la naturaleza de la bestia, por así decirlo. Examinemos el animal masculino. ¿No crees que la psique masculina alberga una suerte de fondo, de estanque, de reserva potencial de violencia?

—En teoría, supongo que sí.

—*Hablamos* de teoría. De eso es *exactamente* de lo que hablamos. Dos amigos que pasean por una calle ensombrecida por los árboles. ¿Qué hay aquí sino teoría? ¿Acaso no contamos con un profundo campo, con una especie de depósito de petróleo que podemos abrir si llega la ocasión y resulta necesario? Una gran laguna

tenebrosa de ira masculina.

—Eso es lo que dice Babette. Furia homicida. Parece que estoy oyéndola hablar a ella.

—Fascinante mujer. ¿Tiene o no razón?

—¿En teoría? Probablemente la tiene.

—¿Acaso no existe una resbaladiza región de cuya existencia prefieres no enterarte? ¿El recuerdo de cierto período prehistórico en el que los dinosaurios se paseaban sobre la tierra y los hombres luchaban con armas de pedernal? ¿Un período en el que matar equivalía a vivir?

—Babette habla de biología masculina. ¿O estoy pensando en geología?

—¿Acaso importa, Jack? Tan sólo queremos saber si está ahí, sepultada en las almas más prudentes y modestas.

—Supongo que sí. Puede estar. Depende.

—¿Está o no está?

—Está ahí, Murray. ¿Y qué?

—Tan sólo quería oírtelo decir, eso es todo. Sólo quiero extraer de ti certezas que ya posees, verdades de las que siempre has sido consciente a cierto nivel básico.

—¿Estás diciendo que el que muere puede convertirse en el que mata?

—Yo no soy más que un conferenciante invitado. Teorizo, doy paseos y admiro vuestros árboles y vuestras casas. Cuento con mis alumnos, con mi habitación alquilada y con un televisor propio. Recojo una palabra aquí, una imagen allá. Contemplo los jardines y los porches. Qué cosa tan fantástica son los porches. ¿Cómo he podido vivir hasta ahora sin un porche en el que sentarme? Especulo, reflexiono y tomo notas constantemente. Estoy aquí para pensar, para ver. Permíteme que te lo advierta desde ahora, Jack: no me rendiré.

Dejamos atrás mi calle y ascendimos por la colina en dirección al campus.

—¿Cómo se llama tu médico?

—Chakravarty —dije yo.

—¿Es bueno?

—¿Cómo podría saberlo?

—Se me disloca el hombro. Es una antigua lesión sexual.

—Me da miedo ir a verle. He guardado el informe impreso de mi propia muerte en el fondo de un cajón de la cómoda.

—Sé cómo te sientes, pero lo peor aún está por llegar. Te has despedido de todos menos de ti mismo. ¿Cómo se despide uno de sí mismo? Ahí tienes un dilema existencial de lo más jugoso.

—Ya lo creo que lo es.

Pasamos junto al edificio de administración.

—Detesto tener que ser yo quien lo diga, Jack, pero hay algo que debe ser dicho.

—¿Qué?

—Preferiría que te tocara a ti antes que a mí.

Asentí gravemente.

—¿Por qué era necesario decirlo?

—Porque los amigos tienen que ser brutalmente francos entre sí.

—Me sentiría fatal si no te dijera lo que pensaba, especialmente en un momento como éste.

—Te lo agradezco, Murray. Lo digo en serio.

—Además, todo ello forma parte de la experiencia universal de la muerte. Tanto si uno es consciente de ello como si no, siempre sabemos a cierto nivel que los demás van por ahí diciéndose a sí mismos: «Mejor que le toque a él y no a mí.» Es natural. No puedes reprochárselo ni sentir rencor hacia ellos.

—Todos menos mi mujer. Ella quiere morir antes que yo.

—No estés tan seguro —dijo.

Nos despedimos con un apretón de manos frente a la biblioteca, y yo aproveché para darle nuevamente las gracias por su sinceridad.

—A eso se reduce todo al final —dijo—. Nos pasamos la vida despidiéndonos de los demás. Pero ¿cómo despedirnos de nosotros mismos?

Tiré alambre de enmarcar, conteras de metal, salvamanteles de corcho, etiquetas de plástico para las llaves, frascos polvorientos de mercromina y vaselina, pinceles apelmazados, amazotados cepillos para el calzado y resacas botellitas de líquido corrector. Tiré cabos de vela, posaplatos contrachapados y agarradores raídos. Me lancé en busca de perchas acolchadas y soportes magnéticos para dejar notas. Me encontraba en un estado vengativo y cuasi salvaje. Experimentaba un rencor personal en contra de todas aquellas cosas. De algún modo, sentía que eran ellas las responsables de mi situación. Me habían arrastrado consigo, imposibilitando cualquier vía de escape. Las dos niñas me siguieron por la casa, observándome con respetuoso silencio. Tiré mi abollada cantimplora de color caqui y mis ridículas botas de pesca. Tiré diplomas, certificados, premios y menciones. Cuando las muchachas me detuvieron por fin, había empezado ya con los cuartos de baño, deshaciéndome de pastillas de jabón usadas, toallas húmedas y frascos de champú sin tapón y con la etiqueta manchada.

POR FAVOR, TENGA EN CUENTA LO SIGUIENTE. Dentro de algunos días, le llegará por correo su nueva tarjeta bancaria automatizada. Si es de color rojo con una franja plateada, su código secreto habrá permanecido invariable. Si es de color verde con una franja gris, deberá acudir con ella a su sucursal para determinar el nuevo código. Los códigos basados en fechas de cumpleaños son cada vez más corrientes. AVISO. No escriba su código en ningún sitio. No lleve su código apuntado entre los papeles que transporta sobre su persona. RECUERDE. No podrá acceder a su cuenta a no ser que

introduzca correctamente su código. Apréndase su código. No revele su código a nadie. Tan sólo su código le permitirá acceder al sistema.

Tenía la cabeza apoyada entre sus pechos, un lugar en el que últimamente parecía pasar bastante tiempo. Sentí que me acariciaba el hombro.

—Murray afirma que el problema es que no logramos reprimir nuestro temor.

—¿Reprimirlo?

—Hay personas que tienen ese don y personas que no.

—¿Ese don? Pensé que la represión era algo pasado de moda. Se han pasado años diciéndonos que no reprimamos nuestros miedos ni nuestros deseos. La represión causa tensión, ansiedad, infelicidad y cientos de síndromes y enfermedades. Pensé que lo último que debíamos hacer era reprimir nada. Nos han estado diciendo que expresemos nuestros temores, que entremos en contacto con nuestros propios sentimientos.

—No se referían a entrar en contacto con la muerte. La muerte es algo tan potente que aquellos que sabemos hacerlo tenemos que reprimirla.

—Pero la represión es algo totalmente falso y mecánico. Todo el mundo lo sabe. Se supone que no debemos negar nuestra propia naturaleza.

—Según Murray, negar nuestra naturaleza es algo completamente normal. En ello reside precisamente nuestra diferencia respecto a los animales.

—Eso es una locura.

—Es el único modo de sobrevivir —dije, hablando desde sus pechos.

Ella volvió a acariciarme el hombro mientras cavilaba sobre ello. Destellos grises procedentes de un tipo borroso situado frente a una cama de matrimonio. Su cuerpo distorsionado, alterado, inacabado. No necesitaba imaginarme a su compañero de motel. Nuestros cuerpos —el de ella y el mío— constituían una superficie común, pero las delectaciones del tacto formaban parte del territorio particular del señor Gray. Yo experimentaba su placer, su dominio sobre Babette, su poder barato y sórdido. Allá en el vestíbulo, una voz ansiosa dijo: «Si no hace usted más que perder los rollos de cordel, guárdelos en una cesta Barney, adhiera unas cuantas pinzas al tablero de avisos de su cocina y cuelgue la cesta de las pinzas. ¡Es muy sencillo!»

A partir del día siguiente comencé a llevar conmigo la Zumwalt automática en los desplazamientos a la universidad. Durante mis conferencias permanecía en el interior del bolsillo con solapa de la chaqueta, y cuando recibía alguna visita en mi despacho la mantenía oculta en el cajón superior de la mesa. El arma creó una segunda realidad que yo podía habitar. En torno a mi cabeza se arremolinaba una atmósfera cada vez más transparente. Sentía el pecho oprimido por sensaciones excitantes e inenarrables. Se trataba de una realidad que podía controlar y dominar en secreto.

Qué estúpidas eran todas aquellas personas, atreviéndose a entrar en mi despacho

desarmadas.

Un día, ya avanzada la tarde, saqué la pistola del cajón y la examiné cuidadosamente. En el peine tan sólo quedaban tres balas. Me pregunté en qué habría empleado Vernon Dickey la munición restante (o comoquiera que llamen a las balas las personas que se encuentran familiarizadas con las armas de fuego). Cuatro comprimidos de Dylar y tres balas de Zumwalt. ¿Por qué me sorprendía descubrir que las balas poseían una forma de bala tan inequívoca? Imagino que por entonces pensaba que a lo largo de las décadas transcurridas desde que empecé a ser consciente de la existencia de los objetos y de sus funciones, prácticamente todo había recibido nuevos nombres y nuevas formas. La pistola tenía forma de pistola, y sus pequeños proyectiles aguzados mostraban una tranquilizadora forma de bala. Eran como objetos infantiles con los que uno se tropieza al cabo de cuarenta años para advertir por vez primera la genialidad que encierran.

Aquella tarde oí que Heinrich, encerrado en su habitación, cantaba en voz baja *Calles de Laredo*. Me detuve a preguntarle si Orest había entrado ya en la jaula.

—Han decidido que no era admisible desde un punto de vista humanitario. No logró hallar un lugar en el que le permitieran hacerlo de modo oficial. Tenía que ser clandestinamente.

—¿Clandestinamente, dónde?

—En Watertown. Orest y su entrenador. Descubrieron allí a un notario público dispuesto a firmar un documento en el que daría fe de que Orest Mercator había pasado tantos días encerrado con tales y cuales reptiles venenosos, bla, bla, bla.

—¿Cómo se las arreglaron para conseguir una jaula grande de cristal en Watertown?

—No la consiguieron.

—¿Qué consiguieron?

—Una habitación en el único hotel del pueblo. Además, sólo consiguieron hacerse con tres serpientes y le mordieron antes de que hubieran transcurrido cuatro minutos.

—¿Quieres decir que el hotel les permitió introducir reptiles venenosos en una de sus habitaciones?

—En el hotel no sabían nada. El hombre que les consiguió las serpientes las transportó en el interior de una bolsa de viaje. Todo se convirtió en un engaño a gran escala, con la particularidad de que el tipo se presentó con tres bichos en lugar de veintisiete.

—En otras palabras, les había dicho que tenía acceso a veintisiete reptiles.

—Venenosos. Pero no lo eran, con lo que Orest se dejó morder para nada. El muy gilipollas.

—De repente, resulta que es un gilipollas.

—Iban equipados con un montón de antídotos que ni siquiera tuvieron oportunidad de utilizar. No tardaron en mordele ni cuatro minutos.

—¿Cómo se siente él?

—¿Cómo te sentirías tú si fueras un gilipollas?

—Me alegraría de estar vivo —dije.

—Orest no. Ha desaparecido. Se ha aislado del resto del mundo por completo. Desde entonces, nadie ha vuelto a verle. No sale a abrir, ni responde al teléfono ni acude al instituto. Nada de nada.

Decidí acercarme al despacho dando un paseo y revisar unos cuantos exámenes finales. La mayoría de los estudiantes ya se habían marchado, ansiosos por iniciar el hedonismo rutinario de un nuevo verano con las extremidades al sol. El campus aparecía oscuro y desierto. Reinaba una neblina estremecida. Al pasar junto a una hilera de árboles me pareció sentir la presencia de alguien situado a unos treinta metros detrás de mí. Al volver la vista, sin embargo, no vi a nadie en el sendero. ¿Acaso la pistola me estaría volviendo asustadizo? ¿Atraen quizá las armas la violencia circundante, estimulando el acercamiento de otras armas a su campo de acción? Reanudé apresuradamente el camino en dirección al Salón Centenario. Podía distinguir el llamativo crujido de unas pisadas que avanzaban sobre la grava. Había alguien ahí fuera, cerca de la linde del aparcamiento, oculto por los árboles y la niebla. ¿Por qué sentía miedo, si tenía un arma? Y si tenía miedo, ¿por qué no echaba a correr? Conté cinco pasos, desvié rápidamente la mirada hacia la izquierda y pude ver una figura que avanzaba siguiendo un recorrido paralelo al sendero, entrando y saliendo de las profundas sombras. Aceleré el paso hasta alcanzar un torpe trote e introduje la mano en el bolsillo para asir la automática. Cuando volví a mirar, la figura ya no estaba allí. Moderé cautelosamente la velocidad, atravesé una amplia zona de césped y oí a alguien correr, distinguiendo con claridad el ritmo de sus pisadas sobre el suelo. Esta vez procedía de la derecha y se aproximaba rápidamente, lanzado a toda velocidad. Eché a correr en zigzag, esperando que así complicaría el blanco de mi cuerpo ante posibles disparos por la espalda. Hasta entonces, nunca había corrido en zigzag. Mantuve la cabeza agachada, esforzándome por cambiar de dirección rápidamente y sin previo aviso. Me pareció un modo interesante de correr. Me sorprendió el amplio número de posibilidades y combinaciones que podía realizar sin salirme de una estructura de giros a la izquierda y a la derecha. Torcía rápidamente a la izquierda, ampliaba el círculo, doblaba luego inesperadamente a la derecha, fingía torcer a la izquierda, iba a la izquierda, torcía de nuevo ampliamente a la derecha. Cuando ya me encontraba a unos veinte metros del límite de la zona de exposición abandoné el zigzag y corrí tan velozmente como pude en línea recta hacia un roble. Extendí el brazo izquierdo, rodeé el árbol con un impetuoso impulso excéntrico y me serví al mismo tiempo de la mano derecha para extraer la Zumwalt

del bolsillo de la chaqueta, con lo que lograba dar la cara a la persona que había estado persiguiéndome, pero ya protegido por el tronco de un árbol y con un arma en la mano.

Rara vez me había comportado con tanta habilidad. Escruté la espesa neblina a medida que mi atacante se aproximaba con pasitos leves, pero tan pronto advertí las familiares zancadas que tanto conocía, devolví la pistola a su bolsillo. Era Winnie Richards, cómo no.

—¿Qué hay, Jack? Al principio no sabía quién eras, por lo que preferí utilizar tácticas evasivas. Cuando me di cuenta de que eras tú, me dije a mí misma: «Precisamente la persona a la que quería ver.»

—¿Y eso?

—¿Recuerdas aquella vez que me preguntaste acerca de un grupo de científicos que investigaba en secreto a propósito del miedo a la muerte y que intentaba perfeccionar un medicamento que lo remediara?

—Claro que sí: el Dylar.

—Ayer encontré en el despacho un boletín olvidado por alguien. *Psicobiología norteamericana*. Contenía una historia bastante curiosa. Decididamente, tal grupo ha existido. Estaba financiado por una multinacional gigante, y operaba en el más absoluto secreto en un edificio anónimo situado a las afueras de Iron City.

—¿Por qué tanto secreto?

—Evidentemente, para evitar el espionaje de otros gigantes de la competencia. A lo que voy es a que se acercaron considerablemente a sus objetivos.

—¿Qué ocurrió?

—Ocurrieron un montón de cosas. El genio organizativo de la empresa, uno de los cerebros que alimentaban el proyecto, era un tipo llamado Willie Mink. Resultó ser un personaje muy controvertido a la vez que el responsable de numerosas acciones igualmente controvertidas.

—Apuesto a que adivino qué fue lo primero que hizo. Puso un anuncio en un periódico sensacionalista pidiendo voluntarios para un experimento peligroso. MIEDO A LA MUERTE, rezaría.

—Muy bien, Jack. Un pequeño anuncio en cualquier periodicucho barato. Entrevistó a los solicitantes en una habitación de motel y, entre otras muchas cosas, les sometió a pruebas de integración emocional en un intento de dibujar el perfil necrológico de cada uno de ellos. Entrevistas en un motel. Cuando los científicos y abogados lo descubrieron, perdieron ligeramente los estribos, amonestaron severamente a Mink y dedicaron todos sus recursos a investigaciones informáticas. La clásica reacción oficial.

—Pero no acaba ahí la cosa.

—Cuánta razón tienes. A pesar de que sabe que Mink está siendo sometido a una

escrupulosa vigilancia, uno de los entrevistados se las arregla para burlar la barrera que le rodea y ambos inician un programa de experimentación humana más o menos libre de supervisión. Utilizan una droga absolutamente desconocida, no experimentada ni aprobada, cuyos efectos secundarios podrían tumbar a un caballo. La utilizan sobre un voluntario humano de buena constitución.

—Femenino —dije.

—Exacto. Esta mujer acude periódicamente para informar a Mink en el mismo motel en el que se habían realizado las entrevistas originales. A veces llega en taxi; otras, acude a pie desde una destartalada y deprimente estación de autobuses. ¿Cómo viste, Jack?

—Lo ignoro.

—Lleva un verdugo para la nieve. Es la mujer del verdugo. Cuando los otros descubren la última jugarreta de Mink, se inicia un largo período de controversia, litigios y escándalo. Los gigantes farmacéuticos también tienen su código ético, como tú y como yo. El director del proyecto es despedido, pero el proyecto continúa sin su colaboración.

—¿Decía el artículo qué ha sido de él?

—El periodista siguió su rastro. Está viviendo en el mismo motel en el que se desarrollaron los acontecimientos.

—¿Dónde está ese motel?

—En Germantown.

—¿Dónde está eso? —pregunté.

—Iron City. En el antiguo distrito alemán. Detrás de la fundición.

—Ignoraba que había en Iron City un distrito llamado Germantown.

—Hoy en día ya no viven alemanes, claro.

Regresé directamente a casa. Denise escribía señales en un libro de bolsillo titulado *Directorio de números telefónicos gratuitos*. Encontré a Babette sentada junto a la cama de Wilder, leyéndole un cuento.

—No tengo nada en contra de la ropa deportiva en sí —dije—. Las sudaderas son prendas prácticas para cualquier ocasión. Sin embargo, preferiría que no te las pusieras para leerle cuentos a Wilder o hacerle trenzas a Steffie. Esos momentos tienen algo enternecedor que la ropa deportiva estropea.

—Quizá existe un motivo especial por el que la llevo.

—¿Como cuál?

—Como que voy a salir a correr —dijo.

—¿Te parece buena idea? ¿En mitad de la noche?

—¿Qué es la noche? Algo que sucede siete veces por semana. ¿Qué tiene de particular?

—Todo está oscuro y húmedo.

—¿Acaso vivimos en un desierto deslumbrante y cegador? ¿Qué es la humedad? Vivimos constantemente en contacto con la humedad.

—Babette no suele hablar así.

—¿Acaso tiene que interrumpirse la vida porque una mitad del planeta se encuentre a oscuras? ¿Tiene la noche algo que obstaculice físicamente al corredor? Necesito correr, jadear. ¿Qué es la oscuridad? No es más que un nombre distinto que damos a la luz.

—Nadie me convencerá de que la persona que conozco con el nombre de Babette desea realmente subir corriendo por las gradas del estadio a las diez de la noche.

—No se trata de lo que deseo, sino de lo que necesito. Jadear, resollar. Todos los corredores comprenden esa necesidad.

—¿Por qué tienes que subir escalones corriendo? No eres una atleta profesional intentando reforzar una rodilla lesionada. Corre en terrenos llanos. No hagas una montaña de un grano de arena. Hoy en día, todo el mundo hace una montaña de un grano de arena.

—Se trata de mi vida. Tiendo a complicármela.

—No se trata de tu vida. Se trata únicamente de ejercicio.

—Los corredores tienen necesidades —dijo.

—Yo también las tengo, y esta noche necesito el coche. No me esperes levantada. Quién sabe a qué hora volveré.

Esperé que me preguntara qué misteriosa misión podía exigirme coger el coche y ponerme a conducir en plena noche a través de la lluvia sin saber a qué hora iba a regresar.

—No puedo ir caminando hasta el estadio, subir seis o siete veces corriendo por las gradas y regresar otra vez a pie. Llévame hasta allí, espérame y tráeme de vuelta. Luego, si quieres, el coche es tuyo —dijo.

—No lo quiero. ¿Qué dices a eso? Si quieres el coche, quédatelo tú. Las calles están resbaladizas. Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

—¿Qué significa?

—Que te abroches el cinturón de seguridad. Y hace fresco. Ya sabes lo que significa que haga fresco.

—¿Qué significa?

—Que no olvides ponerte el verdugo para la nieve —repuse.

El termostato comenzó a zumbiar.

Me puse una chaqueta y salí a la calle. Desde que ocurriera el escape tóxico, nuestros vecinos, los Stover, habían adquirido la costumbre de no meter el coche en el garaje. Lo dejaban estacionado en la entrada del jardín con las llaves puestas y de cara al exterior. Ascendí por el camino y me introduje en el vehículo. Había recipientes de basura colgados del salpicadero y de los asientos posteriores, bolsitas

de plástico llenas de envoltorios de chicle, resguardos de entradas para el cine, Kleenex con restos de pintura de labios, latas de refrescos aplastadas, circulares y recibos arrugados, desperdicios de los ceniceros, palos de sorbete, patatas fritas, cupones, servilletas de papel y peines de bolsillo con algún diente roto. Tras familiarizarme con aquel entorno, puse en marcha el motor, encendí las luces y arranqué.

Cruzando Middlebrook me salté un semáforo en rojo. Al salir a la autopista por el carril de incorporación no frené en el ceda el paso. Durante todo el recorrido hasta Iron City experimenté una sensación de ensimismamiento, liberación y falta de realidad. Aminoré la velocidad al llegar al peaje, pero no me molesté en echar los veinticinco centavos en el cajetín. Saltó una alarma, pero nadie salió en mi persecución. ¿Qué significan veinticinco centavos más o menos para un estado que ya tiene deudas por valor de miles de millones? ¿Qué son veinticinco centavos cuando estamos hablando de un automóvil robado que cuesta nueve mil dólares? Así debe de ser como las personas escapan a la atracción de la tierra, al temblor gravitacional que nos aproxima constantemente hacia la muerte. Sencillamente, uno deja de obedecer. Roba en lugar de comprar y dispara en lugar de hablar. Me salté dos semáforos más en las lluviosas carreteras de aproximación a Iron City. Los edificios de los alrededores eran bajos y alargados. Mercados de pescado y artículos varios, terminales cárnicas provistas de viejas marquesinas de madera... Penetré en la ciudad y encendí la radio: no había necesitado compañía en la solitaria autopista, pero sí allí, en aquellas calles adoquinadas, bajo el vapor de sodio de las luces, donde la sensación de vacío se adhiere estrechamente a uno. Cada ciudad tiene sus propios distritos. Dejé atrás el distrito de coches abandonados, el distrito de basuras sin recoger, el distrito de los francotiradores, el distrito de los sofás en llamas y los cristales rotos. Los trozos de vidrio crujían bajo los neumáticos. Me dirigí hacia la fundición.

Memoria RAM, Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida, Destrucción Mutua Asegurada.

Me sentía aún extraordinariamente ligero, más ligero que el aire, incoloro, inodoro, invisible. Sin embargo, en torno a aquella ingravidez y soñolencia iba construyéndose algo distinto, una emoción de carácter diferente. Un impulso, una voluntad, una pasión agitada. Deslicé la mano en el bolsillo y froté los nudillos contra el granuloso acero del cañón de la Zumwalt. El locutor de la radio dijo: «Los premios no podrán quedar desiertos.»

Subí al coche y rodeé por dos veces la fundición en busca de signos que delataran la antigua presencia alemana. Pasé junto a la hilera de casas edificadas sobre una empinada colina: casas de fachada estrecha cuyos tejados se sucedían formando un plano inclinado. Dejé atrás la terminal de autobuses, azotada por la lluvia. Tardé un rato en encontrar el motel, un edificio de planta única construido junto al muro de cemento que bordeaba la autopista. Se llamaba Motel de la Autopista.

Placeres pasajeros, medidas drásticas.

La zona aparecía desierta. Me hallaba en un distrito de almacenes y fábricas de industria ligera, pintarrajeado de aerosoles. El motel tenía nueve o diez habitaciones, todas a oscuras. No se veían coches aparcados ante ellas. Pasé tres veces frente al edificio para estudiar la escena, aparqué a media manzana de distancia entre los escombros esparcidos bajo la autopista y regresé caminando hasta el motel. Aquéllos eran los primeros tres elementos de mi plan.

Mi plan consiste en lo siguiente: pasar varias veces frente al lugar, aparcar a cierta distancia, regresar a pie, localizar al señor Gray tanto si utiliza su propio nombre como si se oculta bajo un alias, pegarle tres tiros en las vísceras para lograr el máximo dolor posible, limpiar las huellas del arma, depositarla en la mano borrosa de la víctima, buscar un lápiz o una barra de labios y garabatear una críptica nota suicida en el espejo de cuerpo entero, apoderarme de todos los comprimidos de Dylar que descubra en posesión de la víctima, regresar al coche, dirigirme a la entrada de la autopista, enfilarse hacia el Este en dirección a Blacksmith, desviarme a la altura del viejo camino del río, estacionar el automóvil de Stover en el garaje del Viejo Treadwell, cerrar la puerta del garaje y retornar a casa a pie a través de la lluvia y la niebla.

Elegante. Sentí retornar mi buen humor. Mi grado de conciencia aumentaba. Me observaba a mí mismo acometiendo cada paso por separado. Con cada nuevo movimiento iba advirtiendo gradualmente procesos, componentes y cosas relacionadas con otras. El agua se precipitaba sobre la tierra en forma de gotas. Veía las cosas bajo una luz nueva.

Sobre la puerta de la recepción había una marquesina de aluminio. La puerta mostraba una serie de pequeñas letras de plástico dispuestas en ranuras, formando un mensaje. El mensaje era: NU MISH BOOT ZUP KO.

Un galimatías, pero de alta calidad. Seguí avanzando pegado a la pared, mirando a través de las ventanas. Mi plan es como sigue: situarme junto al borde de las

ventanas de espaldas al muro y volver la cabeza para obtener una visión periférica de las habitaciones. Algunas ventanas aparecían desnudas; otras, ocultas por persianas o cortinas polvorientas. Podía distinguir la silueta borrosa de las sillas y las camas que contenían. Sobre mi cabeza pasaban atronadoramente los camiones. En la penúltima unidad pude distinguir un destello de luz casi imperceptible. Me situé junto al borde de la ventana, escuchando. Volví la cabeza y miré al interior de la habitación por el rabillo del ojo derecho. En una butaca baja podía verse una figura absorta bajo la luz parpadeante. Me sentí como si formara parte de un entramado de estructuras y canales. Supe cuál era la naturaleza precisa de los acontecimientos. A medida que iba aproximándome a una violencia e intensidad arrolladoras, iba también acercándome a las cosas en su estado real. El agua caía en forma de gotas. Las superficies relucían.

Se me ocurrió que no tenía que llamar. La puerta estaría abierta. Así el picaporte, abrí lentamente la puerta y me deslicé al interior de la estancia. Astucia. Resultaba fácil. Todo resultaría fácil. Me detuve en el interior de la habitación, sintiendo la presencia de las cosas, percibiendo la densidad del aire y el tono del aposento. La información fue asaltándome lentamente, de modo creciente. La figura, claro está, era masculina. Permanecía derrumbada sobre la butaca de patas diminutas. Aparecía ataviada con una camisa hawaiana y unos pantalones cortos Budweiser. De sus pies colgaban unas sandalias de plástico. Una robusta butaca, una cama deshecha, una alfombra barata, una cómoda desvencijada, paredes tristes y verdosas y grietas en el techo. El televisor flotaba en el aire sujeto por una abrazadera metálica, apuntándole.

Habló él primero, sin apartar la vista del guiño constante de la pantalla.

—¿Se siente usted despechado o desanimado?

Me apoyé contra la puerta.

—Usted es Mink —dije.

Al cabo de un rato, se decidió a volver la mirada hacia mí, hacia la enorme figura amistosa de hombros caídos y facciones neutras.

—¿Qué clase de nombre es Willie Mink? —dije.

—Un nombre y un apellido. Como los de todo el mundo.

¿Hablabas con acento? Su rostro era peculiar, cóncavo, con la frente y la barbilla prominentes. Había estado mirando el televisor con el sonido apagado.

—Algunos de esos carneros de montaña han sido equipados con radiotransmisores —observó.

Sentí que podía percibir la presión y la densidad de las cosas. Tal era el cúmulo de acontecimientos. Podía sentir la actividad de mis moléculas cerebrales a medida que se desplazaban a lo largo de sus senderos neuronales.

—Ha venido en busca de un poco de Dylar, por supuesto.

—Por supuesto. ¿Qué, si no?

—¿Qué, si no? Liberarse del miedo.

—Liberarse del miedo. Clarificar la trama.

—Clarificar la trama. Para eso acuden a consultarme.

Mi plan avanzaba según lo previsto. Entrar sin llamar, ganarme su confianza, esperar un momento de descuido, sacar la Zumwalt, dispararle tres veces en las vísceras para obtener una agonía lo más lenta posible, depositar el arma en su mano para sugerir el suicidio de un hombre solitario, escribir algunas cosas semicoherentes en el espejo y guardar el automóvil de Stover en el garaje de Treadwell.

—Ha aceptado cierto comportamiento por el simple hecho de acudir aquí —dijo Mink.

—¿Qué comportamiento?

—El comportamiento propio de una habitación. El único objeto de las habitaciones es que están dentro. Nadie debería entrar en una habitación si no comprende eso. La gente se comporta de un modo determinado en las habitaciones y de otro modo distinto en las calles, los aparcamientos y los aeropuertos. Penetrar en una habitación equivale a aceptar cierto modo de comportamiento. De ello se deduce que tal es el comportamiento que debe observarse en las habitaciones. Un comportamiento establecido y diferente del que se sigue en los aparcamientos o en las playas. Las habitaciones no poseen otro sentido. Nadie debería penetrar en una habitación sin conocer ese sentido. Entre la persona que invade una habitación y la persona cuya habitación ha sido invadida se produce un acuerdo tácito, cosa que no ocurre en un teatro al aire libre o una piscina descubierta. El propósito de las habitaciones deriva de la naturaleza especial de cada una. Las habitaciones están dentro. Eso es algo en lo que tienen que coincidir las personas que la ocupan, cosa que no sucede en los jardines, en los prados, en los campos y en los huertos.

Estaba completamente de acuerdo con él. La lógica de todo ello era indiscutible. ¿Para qué había acudido allí si no para definir, buscar objetivos y apuntar hacia ellos? A mis oídos llegó un ruido débil, monótono, de fondo.

—Cuando uno se propone hacerse un jersey —continuó—, primero debe preguntarse qué tipo de manga se adapta a sus necesidades.

Poseía una nariz plana, y su piel mostraba la tonalidad de los cacahuets. ¿Cuál es la tipología de un rostro con forma de cuchara? ¿Era acaso melanesio, polinesio, indonesio, nepalí, surinamés, chino-holandés? ¿Se trataba quizá de un compuesto? ¿Cuánta gente acudía allí en busca de Dylar? ¿Dónde estaba Surinam? ¿Qué tal avanzaba mi plan?

Estudí el diseño de palmeras de su holgada camisa, el dibujo de Budweiser que se repetía sobre sus bermudas demasiado grandes. Tenía los ojos semicerrados. Sus cabellos eran largos y erizados. Permanecía tendido en la actitud propia de un viajero perdido, alguien que hace ya tiempo que se siente derrotado por la espera mortecina, por el batiburrillo de voces del aeropuerto. Comencé a sentir lástima de Babette. En

el pulso fatigado de aquel hombre de cabellos puntiagudos, para entonces reducido al papel de vulgar camello que enloquece poco a poco en un motel exánime, había residido su última esperanza de refugio y serenidad.

Retazos audibles, jirones, motas que revolotean. El realzamiento de la realidad. Una densidad que es también transparencia. Superficies relucientes. El agua golpeaba el tejado en forma de masas esféricas, de glóbulos, de sueños chapoteantes. La cercanía de la violencia, de la muerte.

—Hay animales de compañía que pueden necesitar medicación para vencer el estrés —dijo.

Ni que decir tiene que no había sido siempre así. Antes había sido un director de proyectos dinámico y emprendedor. Incluso entonces me era posible distinguir en sus ojos los débiles vestigios de su astucia e inteligencia empresariales. Introdujo la mano en el bolsillo, extrajo un puñado de comprimidos blancos y los arrojó en dirección a su boca abierta. Algunos entraron; otros, cayeron al suelo. Los comprimidos con forma de platillo volante. El fin del miedo.

—¿De dónde eres originario? ¿Puedo llamarte Willie?

Se sumió en sus reflexiones, intentando recordar. Yo hubiera querido tranquilizarle, lograr que hablara de sí mismo y del Dylar. Formaba parte esencial de mi plan. Mi plan era el siguiente: asomar la cabeza para mirar en el interior de las habitaciones, tranquilizarle, aguardar un momento de descuido, dispararle tres veces en el abdomen para lograr el mayor dolor posible, arrebatarse el Dylar, salir de la autopista por el camino del río, cerrar la puerta del garaje y regresar a casa caminando a través de la lluvia y la niebla.

—No siempre he sido como me ves ahora.

—Eso es precisamente lo que estaba pensando.

—Hacía un trabajo importante. Me envidiaba a mí mismo. Me hallaba literalmente enganchado. La muerte sin temor es el pan nuestro de cada día. Es perfectamente posible vivir con ella. Aprendí inglés escuchando la televisión de Estados Unidos. Mi primer contacto sexual norteamericano tuvo lugar en Port-OSan, Texas. Todo lo que me habían dicho era cierto. Ojalá pudiera recordarlo.

—Estás diciendo que no existe la muerte tal y como la conocemos sin el ingrediente del miedo. La gente se adaptaría a ella, aceptaría su inevitabilidad.

—El Dylar falló por poco, pero no cabe duda de que acabará consiguiéndose. Quizá hoy en día, quizá nunca. Bastará, señora, con el calor de su mano para que el pan de oro se adhiera al papel encerado.

—Estás diciendo que terminará por descubrirse una medicación eficaz. Un remedio contra el miedo.

—Sí, seguido por una muerte aún más profunda. Un producto más efectivo. Eso es lo que los científicos no comprenden, ocupados como están en frotarse las batas

con Woolite. Tampoco es que yo tenga nada personal en contra de la muerte desde la aventajada posición que ocupamos en la cumbre del Metropolitan County Stadium.

—¿Me estás diciendo que la muerte se adapta? ¿Que elude nuestros intentos por razonar con ella?

Aquello se parecía a algo que Murray había dicho en cierta ocasión. Murray había añadido: «Imagínate la sacudida visceral que se experimenta al ver al oponente desangrándose en el polvo. Él muere, tú vives.»

La cercanía de la muerte, la proximidad del impacto de los proyectiles sobre la carne, la sacudida visceral. Le vi engullir aún más comprimidos, arrojándoselos al rostro, chupándolos como si se tratara de caramelos, sin apartar la mirada de la pantalla parpadeante. Ondas, rayos, haces coherentes. Veía las cosas con ojos nuevos.

—Sólo entre tú y yo —dijo—, lo cierto es que me los como igual que si fueran dulces.

—Eso estaba pensando.

—¿Cuántos quieres comprar?

—¿Cuántos necesito?

—Por tu aspecto, eres un hombre robusto de unos cincuenta años de edad. ¿Logra eso describir tu angustia? Te veo como una persona vestida con una chaqueta gris y pantalones de color marrón claro. Dime hasta qué punto estoy en lo cierto. Te dedicas a convertir grados Fahrenheit en Celsius.

Se produjo un silencio. Las cosas comenzaron a refulgir. La destartada butaca, el sórdido aparador, la cama deshecha. La cama tenía ruedas en las patas. Pensé: «He aquí la figura grisácea que me atormenta, el hombre que se apropió de mi mujer. ¿Habría empujado ella la cama por el cuarto mientras él, sentado en ella, se atiborraba de pastillas? ¿Se habrían tumbado ambos boca abajo, uno a cada lado del colchón, impulsando la cama con las manos a modo de remos? ¿Habrían logrado hacer girar la cama mientras copulaban, descargando un torbellino de almohadas y sábanas sobre las ruedecillas giratorias? Mírale ahora, refulgiendo en la oscuridad, mostrando su sonrisa senil.»

—Apenas comienzo a olvidar los ratos que he pasado en esta habitación —dijo— y ya me siento extraviado. Había una mujer que se cubría con un verdugo de montaña, pero su nombre se me escapa en este instante. Se lo aseguro: he aprendido inglés gracias al sexo norteamericano.

La atmósfera rezumaba elementos extrasensoriales. La proximidad de la muerte, la cercanía de una visión más profunda. Una intensidad devastadora. Avancé dos pasos en dirección al centro de la estancia. Mi plan era elegante. Avanzar gradualmente, ganándome su confianza, sacar la Zumwalt, dispararle tres tiros en el abdomen para obtener el máximo padecimiento visceral, limpiar las huellas del arma, escribir mensajes suicidas y pseudorreligiosos en los espejos y las paredes,

apropiarme de sus existencias de Dylar, escabullirme de regreso al coche, dirigirme hasta la entrada de la autopista, enfilarse hacia el Este en dirección a Blacksmith, abandonar el coche de Stover en el garaje de Treadwell, regresar a casa caminando a través de la lluvia y la niebla.

Engulló unos cuantos comprimidos más, dejando caer algunos sobre sus pantalones Budweiser. Avancé otro paso. La moqueta ignífuga estaba salpicada de comprimidos de Dylar resquebrajados. Pisoteados, aplastados. Arrojó unos cuantos comprimidos hacia la pantalla. El televisor, chapado en nogal, tenía adornos plateados. La película aparecía desenfocada.

—Ahora cogeré el tubo de purpurina —dijo—. Y sirviéndome de una espátula y de trementina inodora espesaré la pintura de la paleta.

Recordé las observaciones de Babette sobre los efectos secundarios de la medicación.

—Se cae el avión —dije, a modo de ensayo.

Me miró, aferrándose a los brazos del sillón. Sus ojos empezaron a mostrar los primeros signos de pánico.

—El aparato se desploma —añadí, pronunciando las palabras en tono cortante y autoritario.

Se despojó de las sandalias con una patada y se acurrucó en la postura fetal recomendada, adelantando la cabeza y entrelazando las manos tras las rodillas. Realizó la maniobra de un modo automático, plegándose con una destreza que casi sugería la presencia de articulaciones dobles. Interesante. La droga no sólo hacía que el afectado confundiera las palabras con las cosas a las que éstas se referían, sino que también le proporcionaba la capacidad de obrar de un modo cuasi estilizado. Le observé, allí tirado, tembloroso. Ése era mi plan: pasear una mirada periférica por las habitaciones, entrar sin llamar, reducirle a un amasijo tembloroso, dispararle tres veces en el abdomen, abandonar la autopista por el camino del río, cerrar la puerta del garaje.

Avancé un paso más en dirección al centro de la estancia. Mink pareció volverse más vívido a medida que la imagen de la televisión saltaba, temblaba y se atascaba, gruñendo. La naturaleza precisa de los acontecimientos. Las cosas en su estado real. Por fin, abandonó su postura encogida y se puso en pie con ademán elegante, mostrando su silueta claramente definida contra el aire cargado de partículas. Ruido de fondo por doquier.

—Contiene hierro, ácido nicotínico, riboflavina. He aprendido inglés en los aviones. El inglés es la lengua internacional de la aviación. ¿Para qué has venido aquí, hombre blanco?

—Para comprar.

—Eres sumamente blanco, ¿lo sabías?

—Eso se debe a que me estoy muriendo.

—Este potingue te curará.

—Aun así, me moriré.

—Pero no importará, que viene a ser lo mismo. Algunos de esos delfines tan juguetones han sido equipados con radiotransmisores. Sus remotas escapadas pueden revelarnos cosas.

Mi nivel de conciencia continuaba progresando. Las cosas refulgían a medida que de ellas emanaba una vida secreta. El agua golpeaba el tejado formando orbes alargados, chapoteantes pelotazos. Por primera vez, comprendí en qué consistía realmente la lluvia. Supe el significado de «húmedo». Entendí la química neuronal de mi cerebro y el sentido de los sueños (productos de desecho de las premoniciones). Una materia grandiosa por doquier, precipitándose con lentitud a través de la alcoba. Una sensación de riqueza, de densidad. Creía en todo. Me sentía budista, jainí, baptista de Duck River. Mi única amargura era por Babette, por haber tenido que besar un rostro vaciado.

—Conservaba puesto el verdugo para la nieve con objeto de no tener que besar mi cara. Decía que era antiamericana. Le dije que las habitaciones están dentro. Que no penetrara en una habitación si no admitía ese hecho. De eso se trata, a diferencia de lo que sucede con la costa al emerger en el horizonte y con los desayunos continentales. Aunque uno también puede consumir cereales naturales, vegetales y huevos, pero nada de fruta ni pescado. O fruta, vegetales y proteínas animales evitando los cereales y la leche. O grandes cantidades de leche de soja, rica en vitamina B-12, y montones de vegetales para regular la producción de insulina pero sin tocar la carne, la fruta y el pescado. O carnes blancas pero no carnes rojas. O vitamina B-12 pero nada de huevos. O huevos pero nada de cereales. Existen interminables combinaciones posibles.

Me sentía listo para matarle, pero no quería poner en peligro el plan. El plan era complicado. Pasar varias veces con el coche por delante de la escena, llegar a pie hasta el motel, torcer la cabeza para obtener una visión periférica de las habitaciones, localizar al señor Gray bajo su verdadero nombre, entrar sin llamar, ganarme su confianza, avanzar poco a poco, reducirle a un guiñapo tembloroso, aguardar un momento de descuido, extraer la Zumwalt automática de calibre 25, dispararle tres tiros en las vísceras para alargar al máximo su agonía y producir el dolor más profundo e intenso que fuera posible, limpiar las huellas del arma, colocarla en la mano de la víctima para sugerir el suicidio trivial y previsible de una persona recluida en un motel, garabatear groseros mensajes en las paredes con la propia sangre de la víctima como prueba de su último frenesí pseudorreligioso, apoderarme de sus existencias de Dylar, deslizarme de nuevo hasta el coche, tomar la autopista en dirección a Blacksmith, abandonar el automóvil de Stover en el garaje de Treadwell,

cerrar la puerta del garaje y regresar a casa caminando a través de la lluvia y la niebla.

Avancé hasta la zona de luz parpadeante, dejando atrás las sombras, intentando sobrecogerle con mi presencia. Introduje la mano en el bolsillo y aferré el arma. Mink contemplaba la pantalla.

—Lluvia de balas —dije suavemente, sin sacar la mano del bolsillo.

Se derrumbó sobre el suelo y empezó a arrastrarse hacia el cuarto de baño volviéndose para mirar por encima del hombro, como una criatura, sirviéndose de la mímica y de los principios de un diseño ensalzado pero reflejando un terror auténtico, un pánico luminoso y acobardante. Le seguí hasta el interior del cuarto de baño, pasando junto al espejo de cuerpo entero frente al que él habría posado sin duda junto a Babette con su miembro velludo colgando como el de un rumiante.

—Tiroteo —susurré.

Apretando fuertemente las piernas y cubriéndose la cabeza con ambas manos, intentó refugiarse tras la taza del retrete. Yo permanecí en el umbral de la puerta, consciente de haber logrado una presencia sobrecogedora, contemplándome a mí mismo desde su perspectiva, engrandecido, amenazador. Había llegado el momento de decirle quién era. Aquello formaba parte de mi plan. Mi plan era el siguiente: decirle quién soy, revelarle el motivo de su lenta y dolorosa muerte. Le dije mi nombre, le expliqué la relación que me unía a la mujer del verdugo para la nieve.

Cubriéndose las ingles con las manos, intentó nuevamente introducirse tras la taza y ocultarse bajo la cisterna. La intensidad del ruido que reinaba en la habitación era idéntica en todas las frecuencias. Ruido por doquier. Extraje la Zumwalt. Mi pecho se vio asaltado por un cúmulo de emociones grandiosas e innombrables. El agua caía en forma de gotas, haciendo relucir las superficies. Veía las cosas con ojos nuevos.

Mink separó una mano de entre sus piernas, cogió otro puñado de comprimidos del bolsillo y se los arrojó a la boca. Su rostro aparecía al fondo de aquella estancia blanca como un zumbido de fondo, como la superficie interior de una esfera. Se incorporó, desgarrándose la camisa de un tirón en busca de más comprimidos. Mostraba un miedo espléndido.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué teniendo treinta y dos dientes estos cuatro nos producen tantos problemas? Tendré la respuesta en un minuto —me dijo.

Disparé el arma, la pistola, la automática, la Zumwalt. El estampido se expandió por la estancia como una bola de nieve, creciendo con cada onda reflejada. Contemplé cómo un chorro de sangre surgía de algún punto próximo a la cintura de la víctima formando un delicado arco. Me sentí extasiado ante la riqueza de su color, consciente de la acción cromatizadora de aquellas células desprovistas de núcleo. El chorro disminuyó hasta convertirse en un hilillo, extendiéndose por el suelo de baldosas. Vi más allá de las palabras. Supe lo que era el rojo, lo distinguí como

longitud de onda dominante, como pureza y luminosidad. El dolor de Mink era magnífico e intenso.

Efectué un segundo disparo por el simple hecho de hacerlo, por revivir la experiencia, por escuchar las ondas sonoras distribuyéndose en capas por la habitación y sentir la sacudida ascendiendo por el brazo. La bala le penetró a la altura de la cadera derecha. En sus pantalones y su camisa se dibujó una mancha de color rosado oscuro. Hice una pausa para fijarme en él. Permanecía sentado entre el retrete y la pared. Había perdido una sandalia y tenía los ojos completamente en blanco. Intenté nuevamente contemplarme a mí mismo desde su perspectiva. Imponente, dominante, crecientemente henchido de poder vital, acumulando esperanza de vida progresivamente. Él, sin embargo, se encontraba ya demasiado ausente como para disfrutar de perspectiva alguna.

Todo marchaba bien. Me satisfacía advertir lo bien que marchaba todo. Los camiones seguían rugiendo a su paso sobre mi cabeza. La cortina del baño olía a vinilo mohoso. Experimentaba una riqueza e intensidad desbordantes. Me aproximé a la figura postrada cuidando de no pisar la sangre ni dejar huellas reveladoras. Extraje el pañuelo, limpié el arma y la coloqué en la mano de Mink. A continuación, retiré cuidadosamente el pañuelo, esforzándome por doblar uno por uno sus dedos huesudos en torno a la culata e introduciendo delicadamente el índice por el aro del gatillo. Las comisuras de sus labios espumeaban levemente. Retrocedí para contemplar el resultado de aquel instante devastador, aquella escena de sórdida violencia y muerte solitaria acaecida en las tenebrosas márgenes de la sociedad. Ése era mi plan: retroceder, contemplar aquel cuadro de miseria, asegurarme de que todo estuviera en su sitio.

Los ojos de Mink parecieron salirse de sus órbitas y refulgieron brevemente. Alzando la mano, apretó el gatillo y me alcanzó en la muñeca.

El mundo pareció explotar con sus vívidas texturas y conexiones sepultadas bajo montañas de objetos corrientes. Me sentí disgustado. Disgustado, dolido y estupefacto. ¿Qué había sido de aquel plano de energía más elevado desde el que había llevado a cabo mi plan? El dolor era insoportable. Tenía el antebrazo, la muñeca y la mano cubiertos de sangre. Retrocedí a trompicones, gimiendo, contemplando la sangre que goteaba por las puntas de los dedos. Me sentía inquieto y confuso. Advertí pequeños puntos de colores en el borde de mi campo de visión. Distinguí las motitas danzantes que tan familiares me resultaban. Las dimensiones extraordinarias y las percepciones engrandecidas se redujeron a un amasijo visual, a un torbellino de mezcolanzas sin sentido.

—Y esto podría representar el frente principal de una masa de aire cálido —dijo Mink.

Le miré. Vivo. Su regazo era un charco de sangre. Ya restaurado el orden normal

de la materia y de las sensaciones, pensé que le estaba viendo por última vez como persona. Los viejos caprichos y embrollos humanos volvían a fluir. La compasión, el remordimiento, la clemencia. Sin embargo, antes de poder asistir a Mink tenía que prestarme ciertas atenciones básicas a mí mismo. Una vez más, extraje el pañuelo. Ayudándome de la mano derecha y los dientes, me las arreglé para atarlo firmemente sobre el orificio de bala que presentaba en la muñeca izquierda, o entre la herida y el dedo corazón. A continuación, succioné brevemente la herida sin saber muy bien por qué y escupí la bocanada de sangre y pulpa resultante. La bala había penetrado superficialmente antes de desviarse. Sirviéndome de la mano sana, así a Mink por el pie desnudo y le arrastré a través de las baldosas ensangrentadas consciente de que su puño aún aferraba el arma. Seguí arrastrándole con los pies por delante a través de las baldosas, de la moqueta ignífuga, de la puerta y de la noche. Algo grandioso, enorme y escénico. ¿Es mejor cometer un acto malvado e intentar equilibrarlo mediante un acto exaltado o vivir una vida resueltamente neutral? Sé que entonces, mientras arrastraba a aquel hombre malherido a lo largo de la calle oscura y desierta, me sentía virtuoso, ensangrentado y majestuoso.

La lluvia había cesado. Me impresionó la cantidad de sangre —suya, en gran medida— que íbamos dejando a nuestro paso. La acera era rayada, lo que consideré como un testimonio cultural interesante. Él extendió la mano débilmente y engulló un nuevo puñado de comprimidos de Dylar, arrastrando la mano con la que asía el arma.

Alcanzamos el coche. Mink se desasíó involuntariamente de una patada. Su cuerpo se agitaba y retorció como el de un pez. Emitía sonidos jadeantes y agónicos que delataban la falta de oxígeno. Decidí intentar el boca a boca. Me incliné sobre él, le aprisioné las fosas nasales utilizando el pulgar y el índice a modo de pinza e intenté aproximar mi rostro al suyo. El embarazo y la siniestra intimidad de aquel acto realzaba su propia dignidad en tales circunstancias, prestándole una grandiosidad y generosidad aún mayores. Continué intentando alcanzar su boca, dispuesto a insuflar poderosas bocanadas de aire en sus pulmones. Mantuve los labios fruncidos, listos para soplar. Sus ojos seguían la trayectoria de mi rostro a medida que descendía. Quizá pensaba que estaba a punto de recibir un beso. Disfruté de la ironía que ello encerraba.

Su boca estaba inundada de espuma de Dylar regurgitada, de comprimidos a medio masticar y de pequeños fragmentos de polímero. Me vi a mí mismo como alguien admirable, desinteresado e inmune al rencor. Tenía ante mí la clave de la filantropía, o al menos eso creía mientras me arrodillaba sobre el herido y exhalaba rítmicamente bajo el trazado de la autopista. Sobrepongo a la repugnancia. Perdona la inmundicia de este cuerpo. Envuélvelo en un abrazo. Transcurridos unos minutos, sentí que volvía en sí, que respiraba regularmente. Mantuve la cabeza suspendida sobre él, nuestras bocas casi en contacto.

—¿Quién me disparó? —dijo.

—Tú.

—¿Quién te disparó a ti?

—Tú. El arma está en tu mano.

—¿Qué pretendía demostrar con ello?

—Habías perdido el control. No eras responsable de ti mismo. Te perdono.

—¿Quién eres tú exactamente?

—Alguien que pasaba por aquí. Un amigo. No tiene importancia.

—Algunos miriápodos tienen ojos. Otros, no.

Con gran esfuerzo y tras algún que otro intento frustrado, conseguí introducirle en el coche, y él se extendió en su interior, gimiendo. Ya no era posible determinar si la sangre que empapaba mis manos y mis ropas era suya o mía. Mi conciencia humanitaria se hallaba por las nubes. Encendí el motor. El dolor del brazo, menos intenso que antes, se había convertido en una palpitación sorda. Conduje con una sola mano a través de las calles vacías en busca de un hospital. Sanatorio de Iron City. Nuestra Señora de la Misericordia. Conmiseración y Armonía. Me conformaría con lo que tuvieran, aunque sólo fuera un pabellón de urgencias situado en la peor zona de la ciudad. Allí era, después de todo, donde uno debía acudir con múltiples heridas cortantes, orificios de entrada y salida, lesiones por arma contundente, traumas, sobredosis y delirios agudos. El único tráfico que encontramos fue una furgoneta de reparto de leche, otra de reparto de pan y algún que otro camión pesado. El cielo comenzaba a clarear. Llegamos a un lugar cuya entrada aparecía adornada por una cruz de neón. Se trataba de un edificio de tres plantas que podría haber sido una iglesia pentecostal, un centro de asistencia diurno o la sede mundial de quién sabe qué movimiento juvenil.

Había una rampa de acceso para sillas de ruedas, lo que significaba que podría arrastrar a Mink hasta la puerta principal sin que se golpeará la cabeza con los escalones de cemento. Le saqué del coche, le aferré nuevamente por el pie y comencé a ascender por la rampa. Él, sin soltar el arma, se sujetaba el abdomen con la otra mano para contener la hemorragia. Amanecía. El instante destilaba grandiosidad, compasión y cierta piedad épica. El hecho de haberle disparado para luego hacerle creer que se había disparado a sí mismo inspiraba en mí la sensación de que uniendo su destino y el mío y conduciéndole físicamente a lugar seguro estaba honrándole a él, honrándome a mí y honrando a todos. Avancé a grandes zancadas, arrastrando su peso. No se me había ocurrido hasta entonces que los intentos de un hombre por redimirse pudieran prolongar la euforia que había sentido al cometer el crimen que intentaba enmendar.

Llamé al timbre. Al cabo de unos segundos, alguien acudió a la puerta. Una anciana, una monja, vestida de negro, el rostro cubierto por un velo oscuro, apoyada

en un bastón.

—Nos han disparado —dije, alzando la muñeca izquierda en el aire.

—Eso es bastante frecuente por aquí —respondió ella, sin impresionarse. Hablaba con cierto acento. A continuación, dio media vuelta y regresó al interior.

Arrastré a Mink a través del umbral. Aquello parecía una clínica. Había salas de espera, cubículos ocultos por biombos, puertas señaladas con carteles de Rayos-X y Graduación Visual. Seguimos a la anciana monja hasta el pabellón de Traumatología. Aparecieron dos enfermeros, dos grandes tipos rechonchos dotados de una constitución física que recordaba a la de los luchadores de sumo. Alzaron a Mink, lo depositaron sobre una mesa y le arrancaron la ropa con gestos breves, elegantes y largamente ensayados.

—Inflación y ajuste de los ingresos —dijo él.

Llegaron más monjas igualmente ancianas y susurrantes, hablando alemán entre ellas. Llevaban consigo equipos de transfusión y empujaban carritos cubiertos de relucientes instrumentos quirúrgicos. La que nos había recibido se aproximó a Mink para despojarle del arma que aún llevaba en la mano. Contemplé cómo la arrojaba al interior de un cajón en el que se amontonaban aproximadamente otras diez pistolas y una media docena de cuchillos. En la pared colgaba una imagen de Jack Kennedy estrechando la mano del papa Juan XXIII en el cielo. El cielo aparecía representado como una sustancia parcialmente nubosa.

Llegó el doctor, un hombre de edad avanzada ataviado con un raído traje de tres piezas. Se dirigió en alemán a las monjas y estudió la figura de Mink, para entonces semicubierta por un conjunto de sábanas.

—Nadie sabe qué impulsa a las gaviotas a acudir a San Miguel —dijo Willie.

Comenzaba a tomarle afecto. La primera monja me condujo a uno de los cubículos para ocuparse de mi herida. Comencé a inventar una versión que explicara el tiroteo, pero advertí que no me prestaba atención. Le dije que se trataba de un arma antigua, cargada con balas sin fuerza.

—Vivimos en un país violento.

—¿Lleva usted mucho tiempo en el distrito alemán? —inquirí.

—Nosotros somos los últimos alemanes que quedamos.

—¿Quién vive aquí ahora?

—Básicamente, nadie —repuso.

Junto a nosotros desfilaban otras monjas con gruesos rosarios colgando del cinturón. Formaban un espectáculo alegre: la clase de presencia homogénea que en los aeropuertos provoca sonrisas entre la gente.

Pregunté a mi monja cómo se llamaba. Hermana Hermann Marie. Le dije que hablaba algo de alemán en un intento por congraciarme con ella, tal y como siempre hacía con cualquier tipo de personal médico —al menos en las etapas iniciales—

antes de que el miedo y la desconfianza dieran al traste con cualquier esperanza que pudiera haber albergado de que mis maniobras me situaran en una posición de ventaja.

—*Gut, besser, best* —dije.

Sus labios dibujaron una sonrisa sobre su rostro arrugado. Conté en alemán para que me oyera, señalé diversos objetos y pronuncié sus nombres. Ella asentía alegremente mientras limpiaba la herida y me vendaba la muñeca con gasas esterilizadas. Dijo que no haría falta entablillarme el brazo, y que el doctor me daría una receta para adquirir antibióticos. Contamos juntos hasta diez.

Aparecieron otras dos monjas, ambas marchitas y chirriantes. La mía les dijo algo y al cabo de unos instantes los cuatro nos encontrábamos inmersos en una divertida conversación de corte infantil. Repasamos los colores, las prendas de vestir y las partes del cuerpo. Me sentía mucho más cómodo entre aquella compañía de habla alemana de lo que había estado entre los eruditos hitlerianos. ¿Será quizá que el hecho de recitar sustantivos posee una cualidad inocente que resulta agradable a los ojos de Dios?

La hermana Hermann Marie procedió a darle los toques finales a mi herida de bala. Desde el lugar en el que me hallaba sentado disfrutaba de una perspectiva sin obstáculos de Kennedy y el Papa juntos en el cielo. Experimentaba una admiración furtiva por el cuadro. Me hacía sentir bien, a la vez que sentimentalmente reconfortado. El presidente, aún vigoroso a pesar de su muerte. El Papa, con su actitud acogedora y radiante. ¿Por qué no podía ser real? ¿Por qué no habían de reunirse para estrecharse la mano en algún lugar proyectado hacia el futuro y enmarcado por una capa de algodonosos cúmulos? ¿Por qué no habíamos de reunirnos todos como si formáramos parte de una épica de dioses proteicos y gente ordinaria en estado flotante, resplandeciente y bien constituido?

—¿Qué dice la Iglesia hoy en día acerca del cielo? ¿Sigue siendo el de siempre, como ése, entre nubes? —dije volviéndome hacia la monja.

Se volvió para lanzar una ojeada a la imagen.

—¿Piensa acaso que somos tontos? —dijo.

Me sorprendió lo enérgico de su respuesta.

—¿Qué es, pues, el cielo según la Iglesia si no es la morada de Dios y de los ángeles y de las almas de los que se salvan?

—¿De los que se salvan? ¿Qué es salvarse? Menuda cabeza de chorlito tiene usted para venir aquí a hablar de los ángeles. Muéstreme un ángel. Por favor. Me apetece verlo.

—Pero usted es monja. Las monjas creen en esas cosas. Ver a una monja es algo que nos pone de buen humor porque son ustedes simpáticas y divertidas, y nos recuerdan que aún existe gente que cree en los ángeles, en los santos y en todas las

figuras tradicionales.

—¿Es usted tan papanatas como para creer en eso?

—No se trata de lo que yo crea, sino de lo que crea usted.

—Cierto —dijo ella—. Los no creyentes necesitan a los creyentes. Ansían desesperadamente que alguien crea. Pero muéstreme usted un santo. Muéstreme un solo cabello procedente del cuerpo de un santo.

Se inclinó hacia mí, su rostro puro enmarcado por el velo negro. Comencé a inquietarme.

—Estamos aquí para cuidar de los enfermos y los heridos. Exclusivamente. Si quiere conversación acerca del cielo, tendrá que buscarse otro sitio.

—Otras monjas van vestidas de calle —dije, razonando—, pero ustedes aún llevan el uniforme a la antigua usanza. El hábito, el velo, los zapatones... Deben de creer en la tradición. En la misa en latín, en el cielo y el infierno de toda la vida... El Papa es infalible y Dios creó el mundo en seis días. Las grandes creencias de siempre. El infierno son grandes lagos ardientes regidos por demonios alados.

—¿Es usted capaz de entrar aquí desangrándose y decirme que se tardaron seis días en construir el universo?

—El séptimo, descansó.

—¿Es capaz de hablar de los ángeles? ¿Aquí?

—Claro está que aquí. ¿Dónde, si no?

Me sentía frustrado y confundido, a punto de gritar.

—¿Y por qué no de los ejércitos que habrán de luchar en el firmamento tras el fin del mundo?

—¿Y por qué no? ¿Acaso no es usted una monja, después de todo? ¿Por qué tiene esa imagen puesta en la pared?

Se enderezó. Sus ojos aparecían inundados de cierto placer despreciativo.

—Esa imagen está destinada a otras personas. No a nosotras.

—Eso es ridículo. ¿Qué otras personas?

—Todos los demás. Aquellos que se pasan la vida convencidos de que *nosotras* aún creemos. Nuestra tarea en este mundo consiste en creer cosas que nadie más se toma en serio. De abandonar por completo tales creencias, la raza humana perecería. Por eso estamos aquí. Una ínfima minoría que encarna los antiguos conceptos y creencias. El demonio, los ángeles, el cielo y el infierno. De no fingir que creemos en esas cosas, el mundo se derrumbaría.

—¿Fingen?

—Claro que fingimos. ¿Cree acaso que somos estúpidas? Salga de aquí.

—¿Es usted monja y no cree en el cielo?

—Si no cree usted, ¿por qué iba a hacerlo yo?

—Si usted creyera, a lo mejor creería yo.

—Si yo creyera, no haría falta que creyera usted.

—Los viejos caprichos y embrollos —dije—. La fe, la religión, la vida eterna. Las grandes credulidades humanas de todos los tiempos. ¿Intenta decirme que no se las toma usted en serio? ¿Que su vocación no es más que una pantomima?

—Nuestra pantomima es una vocación. Tiene que haber alguien que parezca convencido de sus creencias. Nuestras vidas no son menos serias de lo que lo serían si profesáramos una fe real y unas creencias auténticas. A medida que la fe abandona el mundo, la gente encuentra más necesario que nunca que haya *alguien* que crea. Hombres primitivos que vivan en cuevas. Monjas vestidas de negro. Monjes sujetos por el voto de silencio. Existimos para creer. Los niños, los locos... Aquellos que han abandonado la fe aún se ven obligados a creer en nosotros. Están convencidos de acertar en su ausencia de fe, pero saben que la fe no debe desvanecerse por completo. El infierno llega cuando ya nadie cree. Siempre tiene que haber creyentes. Dementes, idiotas, gente que oye voces y habla lenguas extrañas. Nosotros somos vuestros lunáticos. Entregamos nuestras vidas a permitir la existencia de vuestro descreimiento. Estáis seguros de tener razón, pero no queréis que todos piensen como vosotros. Sin locos, no hay verdad posible. Nosotros somos vuestros locos, vuestras locas; los que nos levantamos al alba para rezar, los que encendemos velas y rogamos a unas cuantas estatuas que nos concedan buena salud y una larga vida.

—Usted ha disfrutado de una larga vida. A lo mejor funciona.

Dejó escapar una risa chasqueante, mostrando una hilera de dientes tan viejos que se habían vuelto casi transparentes.

—Pronto dejará de funcionar. Perderéis a vuestros creyentes.

—¿Ha estado usted rezando por nada durante todos estos años?

—He rezado por el mundo, pedazo de alcoroque.

—¿Y nada sobrevive? ¿La muerte es el fin?

—¿Prefiere que le diga lo que creo o lo que finjo creer?

—Me niego a escuchar todo esto. Es espantoso.

—Pero cierto.

—Es usted una monja. Compórtese como tal.

—Prometemos ciertos votos. Pobreza, castidad y obediencia. Se trata de votos solemnes que conducen a una vida seria. No podríais sobrevivir sin nosotras.

—Tiene que haber alguna entre ustedes que no finja; que crea realmente. Sé que las hay. Tantos siglos de fe no pueden desvanecerse en unos pocos años. Ha habido grandes áreas de estudio dedicadas a estos temas. La angelología. Una rama de la teología dedicada exclusivamente a los ángeles. La ciencia de los ángeles. Grandes mentes han dedicado su tiempo a tales cuestiones. Incluso hoy en día existen grandes mentes que aún debaten y creen.

—¿Cómo puede usted entrar aquí arrastrando un cuerpo por el pie y ponerse a

hablar de los ángeles que viven en el cielo? Márchese.

Dijo en alemán algo que no comprendí. A continuación, volvió a hablar durante unos minutos aproximando su rostro al mío; sus palabras se volvieron más ásperas, más húmedas, más guturales. Sus ojos mostraban una terrible expresión de placer ante mi incompreensión. Me roció con una tormenta de palabras en alemán. A medida que su soliloquio avanzaba, iba animándose gradualmente. Su voz se tiñó de una vehemencia regocijada. Comenzó a hablar más deprisa, con un acento más expresivo. En su rostro y en sus ojos llameaba un entramado de capilares. Empecé a detectar cierta cadencia, cierto ritmo constante. Decidí que debía de estar recitando algo. Letanías, himnos, catecismos. Los misterios del rosario, quizá. Se servía de oraciones burlonas para provocarme.

Lo curioso del caso es que se me antojó hermosísimo.

Cuando su voz se debilitó, abandoné el cubículo y vagué por las inmediaciones hasta que encontré al doctor.

—*Herr Doktor* —exclamé, sintiéndome como un personaje de película. Él conectó su audífono y me entregó la receta. Yo le pregunté si Willie Mink se pondría bien. Respondió que no, al menos durante algún tiempo. Pero tampoco moriría, lo que le proporcionaba ventaja sobre mí.

Durante el trayecto de regreso a casa no se produjeron incidentes dignos de mención. Dejé el coche en la entrada de los Stover. El asiento trasero estaba cubierto de sangre. Había sangre en el volante, en el salpicadero y en los picaportes. El estudio científico del comportamiento y desarrollo cultural del hombre. La antropología.

Subí al piso de arriba y contemplé a los críos durante un rato. Todos dormían, rebullendo en el sueño, agitando velozmente los ojos bajo los párpados cerrados. Me deslicé en la cama junto a Babette, completamente vestido con excepción de los zapatos, consciente de que lo encontraría extraño. Mi mente, sin embargo, proseguía su alocada carrera, impidiéndome conciliar el sueño. Al cabo de unos minutos, bajé a la cocina y me senté frente a una taza de café sintiendo el dolor de la muñeca y el pulso acelerado.

No había nada que hacer, excepto aguardar el próximo crepúsculo, momento en el que el firmamento restallaría como el bronce.

Aquél fue el día en que Wilder recibió su triciclo de plástico, dio la vuelta a la manzana subido en él, dobló a la derecha por una calle sin salida y pedaleó ruidosamente hasta el fondo de la misma. A pie, condujo el triciclo en torno a la verja y, a continuación, volvió a encaramarse a él y enfiló una acera pavimentada que se alejaba describiendo curvas junto a solares repletos de matorrales hasta alcanzar una escalinata formada por veinte escalones de cemento. Las ruedas de plástico retumbaban y chirriaban. Llegados a este punto, nuestra reconstrucción se atiene a la conmovedora crónica de dos ancianas que observaron los acontecimientos desde el porche trasero del segundo piso de una elevada mansión semioculta entre los árboles. Wilder se apeó del triciclo y descendió por los escalones, guiando el vehículo con mano deferente y severa, dejando que rebotara junto a él como si se tratara de un hermanito de extraña forma por el que no experimentara necesariamente afecto alguno. Volvió a montar, atravesó la calle y la acera y se internó en la ladera de césped que bordea la autopista. Al verle, las mujeres empezaron a gritar. Eh, eh, dijeron, tímidamente al principio, resistiéndose a aceptar las implicaciones del proceso que se desarrollaba ante sus ojos. El chiquillo pedaleó en sentido diagonal ladera abajo reduciendo hábilmente su ángulo de descenso, y a continuación hizo una pequeña pausa al llegar abajo para enfilarse el triciclo hacia el punto que, en su opinión, representaba el recorrido más corto hasta la margen opuesta. ¡No, hijo, no! Agitando los brazos, mirando frenéticamente a su alrededor en busca de cualquier transeúnte capaz que pudiera haber en escena. Wilder, entretanto, comenzó a pedalear atravesando la autopista cual si se hallara poseído por una fuerza mística. O bien hacía caso omiso de sus gritos, o bien no los oía bajo el zumbido periódico de rancheras y furgonetas. Las mujeres no pudieron hacer otra cosa que mirar, enmudecidas, cada una con un brazo alzado en el aire como implorando que la escena se invirtiera, que el muchacho pedaleara hacia atrás y su desvaído juguete de color amarillo y azul retrocediera al igual que en los dibujos animados de la programación televisiva matinal. Los conductores no alcanzaban a comprender la escena. Anudados por su postura, aprisionados por sus cinturones de seguridad, supieron que aquella imagen no debía pertenecer a la vertiginosa conciencia de la autopista ni a su amplio flujo modernista. La velocidad poseía un sentido propio en las señales, en los modelos y en las vidas fugaces. ¿Qué significaba aquel pequeño y borroso objeto rodante? Alguna fuerza del universo se hallaba fuera de control. A través del largo atardecer, torcieron el volante, frenaron e hicieron sonar sus bocinas como un lamento animal. El chiquillo ni siquiera les miró, sino que continuó pedaleando sin desviarse hacia la mediana, formada por una estrecha franja de hierba pálida.

Avanzaba inflamado, potente; parecía mover los brazos a la misma velocidad que las piernas, haciendo oscilar su cabezota redonda en una danza que parecía sugerir cierta determinación animada por una cojera cerebral. Hubo de aminorar la marcha para encaramarse a la mediana e incorporarse para elevar la rueda delantera con movimientos cuidadosamente deliberados cual si siguiera un plan torpemente preconcebido, y los automóviles desfilaron aullando junto a él, haciendo ulular sus bocinas a destiempo mientras los ojos de los conductores escrutaban los espejos retrovisores. Pie a tierra, condujo el triciclo a través de la hierba y las mujeres le vieron afianzarse nuevamente en el sillín. Quédate ahí, gritaron. No sigas. No, no. Como extranjeras reducidas a unas pocas frases sencillas. Los automóviles seguían pasando, incorporándose velozmente a la recta, formando una interminable corriente de tránsito. El niño, dispuesto a atravesar los tres carriles que restaban, descendió de la mediana rebotando como una pelota, primero la rueda delantera, luego las traseras. A continuación, una nueva carrera de la cabezota oscilante en dirección a la margen opuesta. Los conductores le esquivaban, se desviaban y se encaramaban al arcén asomando sus cabezas estupefactas por las ventanillas. El muchacho, en su furioso pedaleo, no podía imaginar cuán lento era su desplazamiento desde la perspectiva de las mujeres que le observaban desde el porche. Para entonces, ambas permanecían sumidas en el silencio, ajenas al acontecimiento, súbitamente exhaustas. Cuán lentamente se movía, cuán confundido estaba al pensar que avanzaba como una exhalación. Su progresión las agotaba. Las bocinas sonaban sin cesar, y sus ondas sonoras se mezclaban en el aire, aplanándose, increpándole y reprendiéndole desde los vehículos que se alejaban. El chiquillo alcanzó la margen opuesta, avanzó brevemente en dirección paralela al bordillo, pareció perder el equilibrio, cayó y rodó por el arcén como un alud multicolor. Cuando reapareció, un segundo después, se hallaba sentado sobre un surco encharcado que formaba parte del riachuelo intermitente que discurre junto a la autopista. Atontado, decidió prorrumpir en llanto. Tardó un instante en decidirse, rodeado como estaba de barro y agua, con el triciclo desplomado junto a él. Las mujeres comenzaron a gritar una vez más, alzando nuevamente los brazos en un intento de suspender el curso de los acontecimientos. Un niño en el agua, dijeron. Miren, ayúdenle, se ahoga. Y el pequeño, aún sentado en el riachuelo y agitado por un profundo lamento, pareció oírlas por primera vez y elevó la mirada por encima del túmulo de tierra para fijarla en los árboles que se elevaban al otro lado de la autopista, pero con ello no consiguió sino asustarlas aún más. Chillaban y gesticulaban, próximas ya a las primeras fases de un pánico incontrolable, cuando un automovilista de paso —tal y como suelen denominarse en estos casos— aparcó diestramente, salió del vehículo, descendió hasta el fondo de la zanja, alzó al niño desde sus lúgubres profundidades y lo sostuvo en el aire, exhibiéndolo para clamor de los adultos.

Babette, Wilder y yo acudimos constantemente al paso elevado. Nos llevamos un termo de té helado, estacionamos el automóvil y contemplamos la puesta de sol. Las nubes no constituyen un elemento disuasorio. Las nubes intensifican el dramatismo a la vez que atrapan y modelan la luz. Los cielos encapotados apenas ejercen efecto alguno. La luz irrumpe a través de ellos formando rayos trazadores y arcos difuminados. Los cielos encapotados refuerzan la atmósfera. Hallamos poco que decirnos unos a otros. Llegan más coches, y sus conductores los van aparcando hasta formar una hilera que se extiende hasta la zona residencial. La gente asciende caminando por la ladera hasta el paso elevado; llevan consigo fruta y cacahuetes, bebidas frías. Se trata fundamentalmente de personas de mediana edad o ya ancianas, algunas de ellas provistas de tumbonas de playa de tejido entramado que instalan en la acera. Sin embargo, también acuden parejas jóvenes que, cogidas del brazo, contemplan el Oeste desde la barandilla. El cielo adquiere una mezcla de satisfacción y sentimiento, mostrando a quienes lo admiran su exaltada vida narrativa. Sus franjas de color alcanzan tal altura que a veces parecen separarse en sus componentes individuales. Se observan cielos encumbrados, tormentas ligeras y auroras boreales que descienden suavemente. Resulta difícil determinar qué sensación cabe experimentar ante todo ello. A algunas personas les inspiran miedo las puestas de sol; otras, se muestran decididas a sentirse eufóricas; pero la mayoría de nosotros ignoramos cómo sentirnos, y lo mismo nos da optar por una u otra posibilidad. La lluvia no nos amilana. La lluvia produce imágenes degradadas y magníficas tonalidades acuosas. Llegan aún más coches, y sus ocupantes ascienden trabajosamente por la cuesta. Resulta difícil describir la atmósfera de estos atardeceres cálidos. Se percibe en el aire una sensación de anticipación que no tiene nada que ver con el zumbido expectante y veraniego que producen las muchedumbres en mangas de camisa y los juegos de descampado, dotados de coherencia en sus precedentes y de un historial de reacciones previsibles. Se trata de una espera introvertida, desigual, tímida y casi reacia, que tiende al silencio. ¿Qué más experimentamos? Ciertamente, se produce una sensación de sobrecogimiento —todo se reduce a un sobrecogimiento que trasciende incluso categorías previas— pero ignoramos si nuestra contemplación es admirada o temerosa, ignoramos qué es lo que estamos viendo y lo que significa, ignoramos si se trata de algo permanente, si nos hallamos frente a un nivel de experiencia al que habremos de adaptarnos gradualmente y que terminará por absorber nuestra incertidumbre o sencillamente una curiosidad atmosférica que no tardará en pasar. Las tumbonas plegables se despliegan y los ancianos se sientan. ¿Qué más cabe añadir? Las puestas de sol no tienen prisa, y nosotros tampoco. El cielo se encuentra sometido a un sortilegio poderoso y estructurado. De cuando en cuando, un automóvil se decide a atravesar el paso elevado con lentitud y deferencia. Sigue ascendiendo gente por la cuesta.

Algunos avanzan en silla de ruedas, deformados por la enfermedad, y los que los guían han de recostarse profundamente para vencer el grado de inclinación. Ignoraba el número de minusválidos e incapacitados que vivían en el pueblo hasta que las cálidas noches comenzaron a atraer a multitudes de ellos hacia el paso elevado. Bajo nosotros desfilan a toda velocidad vehículos procedentes de la encumbrada luz que domina el Oeste, y nosotros los observamos como si esperásemos hallar en ellos una señal, como si sus superficies pintadas conservaran algún vestigio del crepúsculo: cierto lustre apenas detectable o una reveladora capa de polvo. A nadie se le ocurre encender un transistor ni elevar la voz por encima de un susurro. Algo dorado descende sobre los presentes, una suavidad adquirida por el aire. Se ven personas que pasean a sus perros, chiquillos en bicicleta, un hombre provisto de una cámara y un teleobjetivo que aguarda el momento idóneo para disparar. Algún tiempo después, cuando ya han descendido las tinieblas, los insectos comienzan a chillar bajo el calor y todos vamos dispersándonos tímida y educadamente, coche tras coche, devueltos a nuestras identidades separadas y defendibles.

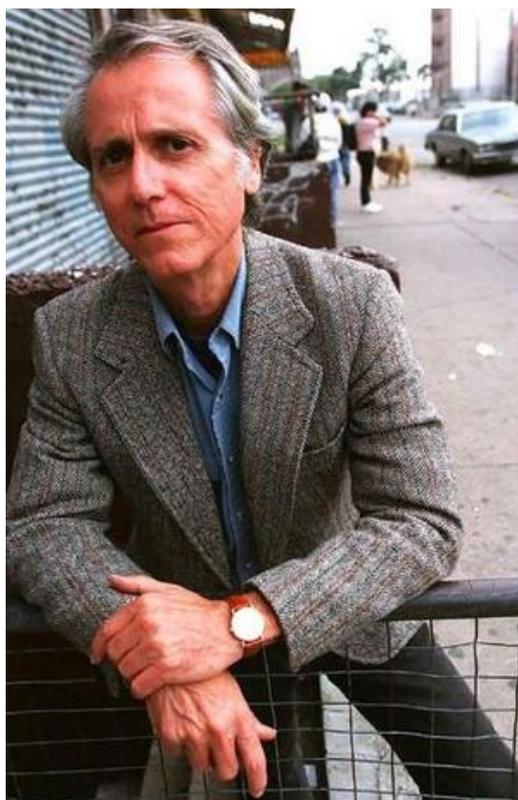
Los hombres con trajes de Mylex aún siguen en la zona exhibiendo sus hocicos amarillos, recolectando sus terribles datos y orientando sus artilugios de infrarrojos hacia el cielo y la tierra.

El doctor Chakravarty quiere hablar conmigo, pero he decidido mantenerme alejado de él. Se muestra ansioso por comprobar los progresos que hace mi muerte. Un caso interesante, quizá. Quiere insertarme una vez más en el bloque perfilante, bajo partículas en colisión y vientos de altura, pero a mí el bloque perfilante me da miedo. Me dan miedo sus campos magnéticos y su pulso nuclear computerizado. Me da miedo lo que pueda saber acerca de mí.

Me niego a contestar el teléfono.

Los estantes del supermercado han sido reordenados. Sucedió un día, sin previo aviso. En los pasillos hay agitación y pánico, y los rostros de los clientes de edad avanzada muestran una expresión desolada. Caminan bajo un trance fragmentado, se detienen y reanudan la marcha formando grupos de figuras bien vestidas, congeladas en los pasillos, intentando imaginar el sistema, tratando de discernir la lógica subyacente y esforzándose por recordar dónde vieron por última vez la pasta de trigo. No encuentran razón ni sentido en todo ello. Ahora, los estropajos individuales están con el jabón de tocador, y los condimentos aparecen dispersos. Cuanto más viejo es el cliente o la clienta, más pulcramente vestido y acicalado acude. Hombres ataviados con pantalones Sansabelt y brillantes camisas de punto. Mujeres que muestran un aspecto empolvado y quisquilloso y cierto aire de autoconciencia, como si se hubieran preparado para la llegada de un acontecimiento desazonador. Tuercen por el pasillo que no es, revisan los estantes y se detienen abruptamente en ocasiones obligando a otros carritos a chocar contra ellos. Tan sólo los alimentos genéricos

conservan su antiguo emplazamiento, formando hileras de blancos paquetes claramente etiquetados. Los hombres consultan listas; las mujeres, no. Impera una atmósfera errabunda, una sensación de encantamiento y de falta de objetivo definido, de personas normalmente amables a punto de perder la paciencia. Escrutan la letra pequeña de los envases, recelosas de la posibilidad de un segundo nivel de traición. Los hombres vigilan las fechas de caducidad; las mujeres se concentran en los ingredientes. Muchos de ellos tienen dificultades para leer las palabras impresas. Inmersos entre los estantes alterados, el rumor del ambiente y la cruda y despiadada realidad de su propia decadencia, intentan abrirse paso a través de la confusión. Al final, sin embargo, poco importa lo que ven o creen ver. Las terminales han sido equipadas con lectores holográficos que descodifican infaliblemente los secretos binarios de cada artículo. Se trata del lenguaje de las ondas y la radiación, o del modo en que los muertos se comunican con los vivos. Ése es el lugar en el que, independientemente de nuestra edad, aguardamos juntos frente a nuestros carritos cargados de mercancías brillantemente coloreadas. Una hilera que avanza lenta y satisfactoriamente, dándonos tiempo para echar un vistazo a los periódicos clasificados en los expositores. Todo cuanto necesitamos se encuentra en esos expositores, con excepción del alimento o el amor. Historias de extraterrestres y de fenómenos sobrenaturales, vitaminas milagrosas y remedios para el cáncer y la obesidad. Las creencias de los famosos y de los muertos.



DON DELILLO. Novelista estadounidense. Nació en Nueva York y estudió en la Universidad de Fordham. Su primer libro, *Americana* (1971), es un relato fantasmagórico de un viaje por carretera que denota la influencia de John Dos Passos, Jack Kerouac y Thomas Pynchon, y señala lo que se convertiría en una constante en toda su obra, como es el funcionamiento mecánico de las psicologías individuales, casi siempre extrañas y patológicas, dentro de modas subculturales específicas integradas a su vez en un marco dinámico de movimientos sociales más amplios. En la alegórica *Zona final* (1972), por ejemplo, analiza el lenguaje barroco utilizado por los jugadores de fútbol americano en contraste con la brutalidad del juego. *Great Jones Street* (1973) desentraña de forma parecida el mundo de la música rock, contrastando su conciencia de aspiración empresarial con la sombría carrera personal del cantante Bucky Wunderlick. Cuatro novelas más tarde, con *Ruido de fondo* (1985), que estudia las consecuencias de una catástrofe medioambiental en la familia de un profesor especialista en Hitler, DeLillo se confirmó como uno de los novelistas posmodernos más importantes de Estados Unidos, y desde luego el más ameno. Después escribió *Libra* (1988), que trata del asesino Lee Harvey Oswald, y *Mao II* (1991), un brillante análisis de la distorsión de los medios de comunicación y el instinto gregario. En 1997 publicó *Underworld* y más tarde *The Body Artist* (2001) y *Cosmópolis* (2003).

Notas

* *Gray*: Gris, en inglés. (*N. del t.*) <<

* *Moonies*: miembros de la secta fundada por el reverendo Moon. Véase al respecto *Mao II* del mismo autor. (N. del t.) <<

* Palabras, todas ellas, que se escriben o suenan de modo similar en alemán y en inglés. (*N. del t.*) <<